



Celia del Palacio
(editora)

"Porque la lucha por un hijo no termina..."

Testimonios de las madres del Colectivo Familias
de Desaparecidos Orizaba-Córdoba

Daniel GM (fotografía)

Universidad Veracruzana

“PORQUE LA LUCHA
POR UN HIJO NO TERMINA...”

Testimonios de las madres
del Colectivo Familias de Desaparecidos
Orizaba-Córdoba

UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Sara Ladrón de Guevara
Rectora

María Magdalena Hernández Alarcón
Secretaria Académica

Salvador Tapia Spinoso
Secretario de Administración y Finanzas

Octavio Ochoa Contreras
Secretario de Desarrollo Institucional

Édgar García Valencia
Director Editorial

“Porque la lucha por un hijo no termina...”

Testimonios de las madres
del Colectivo Familias de Desaparecidos
Orizaba-Córdoba

Celia del Palacio
Editora

Fotografías de
Daniel GM

Diseño de interiores de la serie: David Medina
Armado de forros e ilustración digital: Jorge Cerón Ruiz

Clasificación LC: HV6322.3.MX P67 2020

Clasif. Dewey: 362.87

Título: "Porque la lucha por un hijo no termina..." : testimonios de las madres del Colectivo Familias de Desaparecidos Orizaba-Córdoba / Celia del Palacio, editora literaria ; fotografías de Daniel GM.

Edición: Primera edición.

Pie de imprenta: Xalapa, Veracruz, México : Universidad Veracruzana, Dirección Editorial, 2020.

Descripción física: 269 páginas, 30 páginas de láminas sin numerar : fotografías (algunas en color) ; 23 cm.

Nota: Bibliografía: páginas 19-23.

ISBN: 9786075028538

Materias: Personas desaparecidas-México-Veracruz-Llave (Estado).

Víctimas de secuestro-México-Veracruz-Llave (Estado).

Víctimas del terrorismo de Estado-México-Veracruz-Llave (Estado).

Autor relacionado: Palacio, Celia del.

DGBUV 2020/25

Primera edición, 10 de octubre de 2020

D. R. © Universidad Veracruzana
Dirección Editorial
Nogueira núm. 7, Centro, CP 91000
Xalapa, Veracruz, México
Tels. 228 818 59 80; 228 818 13 88
direccioneditorial@uv.mx
<https://www.uv.mx/editorial>

ISBN: 978-607-502-853-8

Este libro fue impreso gracias al apoyo financiero de la Fundación Heinrich Böll. Las opiniones vertidas por los autores en las páginas siguientes no representan las que pudiera sustentar la Fundación.

Impreso en México
Printed in Mexico

“Porque la lucha por un hijo no termina
y una madre nunca olvida...” Los testimonios
de las madres del Colectivo Familias de
Desaparecidos Orizaba-Córdoba

Celia del Palacio

Los desaparecidos no desaparecen ni desaparecerán,
mientras estén vivos en la memoria
de quienes se reconocen en ellos.

EDUARDO GALEANO

ESTE LIBRO ES UN EJERCICIO DE MEMORIA, un esfuerzo por visibilizar las historias de vida de jóvenes cuyo paradero, en la mayor parte de los casos, aún se ignora. Jóvenes que han sido criminalizados, estigmatizados o, como el menor de los agravios, ignorados, tanto por las autoridades que debieron encontrarlos como por una sociedad que teme involucrarse, que prefiere mirar hacia otro lado. La desaparición forzada de personas y la desaparición por particulares son crímenes que afectan no solo a la víctima directa. Estas historias muestran las muchas maneras en que la desaparición de un familiar destruye las vidas de los parientes cercanos y daña profundamente el tejido social.

El libro es también un reconocimiento a los familiares –en su mayoría madres– que no han claudicado en la búsqueda, ya no de justicia, porque ellas saben que eso es inalcanzable en el país de la impunidad, sino de

un vestigio, un fragmento, un indicio de sus seres queridos. Sus indagaciones para encontrar “en vida, en muerte o en fosas clandestinas” no se han detenido a lo largo de los años, ni siquiera en medio de la pandemia de COVID-19, con todo lo que ello ha implicado. Con gran valentía y entrega reclaman su derecho a saber qué pasó, a conocer el paradero de sus familiares y, al menos, en la peor de las circunstancias, el derecho a una tumba digna para sus hijos.

El Grupo RECO de Tijuana, que acompaña a las familias de desaparecidos en el norte del país, en su nombre abrevia los tres procesos de memoria relevantes para la sanación social: recordar, reconstruir y reconciliar. Estamos muy lejos de los últimos dos, pero coincidimos en que un ejercicio constante de memoria es fundamental para, algún día, reconstruir y reconciliar.

Este ejercicio de memoria debe servir para visibilizar a las personas que han sido ignoradas, para escuchar las voces que no han sido tomadas en cuenta; debe sobre todo dar reconocimiento a los testimonios de las personas –sobre todo mujeres– que han sufrido todo tipo de maltratos, el peor de los cuales es el descaro con el que las autoridades desestiman sus casos, revictimizan a sus hijos e ignoran sus demandas de justicia. Esas voces son las que se plasman en este libro. Las voces de familiares que comprendieron que solo unidos lograrían ser escuchados.

El Colectivo Familias de Desaparecidos Orizaba-Córdoba se formó en 2012 por la iniciativa de Aracely Salcedo Jiménez, quien, a raíz de la desaparición de su hija Fernanda Rubí, inició una lucha, al principio solitaria, para encontrarla. Fue reuniendo a otras madres que estaban también en busca de sus hijos desaparecidos y que tampoco hallaron apoyo en las autoridades. En 2020, este grupo está compuesto por más de 370 familias de la región.

En el Colectivo, los familiares encuentran acompañamiento en materia legal y apoyo solidario y, cuando se requiere, incluso ayuda económica. Se llevan a cabo búsquedas en fosas clandestinas –“campos de exterminio”, como las ha llamado Aracely Salcedo, o “espacios dolientes” (Aguirre, 2016)– para devolver a las víctimas la dignidad perdida; buscan también en cárceles, en centros de rehabilitación y en refugios para indigentes. El Colectivo lleva a cabo seguimiento legal e impulsa la visibilización de los casos, realiza cursos, talleres y, en ocasiones, brinda atención psicológica y cuidado emocional.

de dolor en innumerables artículos, crónicas e, incluso, en algunos libros (Canseco y Zavaleta, 2018; Santiago, 2019).

Algunos reportajes y crónicas de periodistas han ayudado a hacer patente esta situación incluso mucho más allá de las fronteras del país (Siscar, 2014; García, 2014) y varias entrevistas concedidas por las madres, contenidas en libros (Roitstein y Thompson, 2018) o transmitidas en medios internacionales, han sido fundamentales para dar a conocer la situación que se vive en Veracruz en materia de desaparición forzada.²

En un sinnúmero de videos y de cortometrajes se han contado algunas de las historias de estas familias veracruzanas tocadas por la tragedia y, en particular, las historias de algunas de las familias del Colectivo Familias de Desaparecidos Orizaba-Córdoba (Coronado, 2016; Rabasa, 2019; Cencos, 2018; Centro de Derechos Humanos Toaltepeyolo, 2016, 2019 y 2019a; *El Mundo de Córdoba*, 2020; ITESO, 2020; *Serapaz*, 2015).³ Finalmente, debo mencionar las denuncias por medio de la fotografía en reportajes periodísticos (García, 2014) y en libros (Márquez, 2018).

Es importante señalar que, a diferencia de todos estos acercamientos a la problemática que intentan comprender o hacer manifiesto el drama de la desaparición forzada, este libro no pretende hacer un análisis académico: presenta testimonios directos de las familias. Queremos darles la oportunidad de decir su verdad, en sus propias palabras. Es la primera vez, en Veracruz, que las experiencias narradas de manera extensa por 20 personas afectadas por la desaparición de sus familiares se reúnen en una sola publicación, con el valor adicional que aportan a sus testimonios las notables fotografías tomadas con una intención particular por el maestro Daniel GM, cuyo proyecto artístico dio pie a la idea de este libro. Damos así rostro a la tragedia narrada en estas páginas.

²No me detengo en las innumerables entrevistas hechas a las fundadoras de otros colectivos estatales (los más visibles ante la opinión pública han sido Solecito Veracruz y Colectivo María Herrera de Poza Rica) ni en los artículos y reportajes sobre su labor. Quiero, sin embargo, anotar las entrevistas hechas a Aracely Salcedo en Deutsche Welle (1 de abril de 2019) y en Radio France (15 de febrero de 2018).

³Acaba de hacerse pública una serie de entrevistas realizadas por el Instituto Mexicano de Derechos Humanos y Democracia a los familiares de desaparecidos en Veracruz, las cuales son accesibles en la página del proyecto Dignificando La Memoria.

Contexto mínimo

Las cifras de desaparecidos en Veracruz varían de una fuente a otra. De acuerdo con el Centro de Planeación, Análisis e Información para el Combate a la Delincuencia (Cenapi),⁴ se registran 1 164 desaparecidos entre 2006 y 2018; el Registro Nacional de Personas Desaparecidas (RNPD)⁵ registra 726 casos entre diciembre de 2006 y enero de 2018; y el Registro Público de Personas Desaparecidas (RPPD)⁶ afirma que desaparecieron 2 433 personas entre enero de 2006 y diciembre de 2016 (Soto, 2018). Estas cifras son constantemente cuestionadas por los 16 colectivos de familiares de víctimas existentes en el estado, quienes calculan una cifra negra mucho más alta (CEAV-IMDHD, 2019).

Las causas de esta cifra negra son varias: durante los años 2017 y 2018 la Fiscalía no proporcionó datos de personas desaparecidas en Veracruz (Soto, 2018) y, por otro lado, también se considera el hecho de que muchas familias han preferido no denunciar, por miedo no solo a los delincuentes, sino también a ser criminalizados por las autoridades.⁷ Los testimonios que se plasman en este libro confirman el reiterado abuso de los operadores del sistema de justicia, especialmente policías y agentes del ministerio público o fiscales.

En los municipios aledaños a las zonas urbanas de Córdoba y de Orizaba, las mismas fuentes registran los casos siguientes: Cenapi-76; (CEAV-IMDHD, 2019); Registro Nacional de Datos de Personas Extraviadas o Desaparecidas (RNPED), fuero común-73; RNPED, fuero federal-24 y RPPD-261 (Soto, 2018), aunque esta información no coincide con los registros del Colectivo Familias de Desaparecidos Orizaba-Córdoba, que a la fecha apoya a más de 370 familias de la región. No en vano al territorio situado entre Córdoba, Xalapa y Veracruz se le ha llamado “El Triángulo de los Bermúdez”, en alusión al Triángulo de las Bermudas, zona mágica donde aviones y barcos desaparecen. Tal denominación figurada fue motivada por el apellido del

⁴ Adscrito a la extinta Procuraduría General de la República (PGR).

⁵ Adscrito al Sistema Nacional de Seguridad Pública (SNSP).

⁶ Adscrito a la Fiscalía General del estado de Veracruz (FGE).

⁷ En una entrevista televisada, Aracely Salcedo afirmó que, en 2015, se calculaba que solo se hacía una denuncia por cada seis desapariciones (Serapaz, 2015).

entonces secretario de Seguridad Pública Estatal, Arturo Bermúdez Zurita (Andrés Timoteo, citado por Siscar, 2014), señalado de ser responsable o cómplice de muchos de los casos aquí reseñados.

Los casos no solo abarcan los municipios de Orizaba y Córdoba, sino muchos de la zona de las Altas Montañas e, incluso, de la zona metropolitana del Puerto de Veracruz. Esta región ha estado históricamente marcada por el trasiego de mercancías legales e ilegales entre la costa y el centro del país. Es también un paso obligado para los migrantes ilegales en su camino a Estados Unidos. En los últimos años, las bandas criminales que se resguardan todavía en las zonas montañosas y que operan en las fronteras entre Veracruz, Puebla y Oaxaca han sido señaladas como responsables de asaltos a autotransportes, huachicoleo y tráfico de armas, drogas y personas, así como de cobros de piso, secuestros y extorsiones, entre otros delitos (Soto, 2018; Siscar, 2014). Este ambiente criminal es una continuidad y extensión de la manera en que los conflictos sociales y políticos en la región han sido dirimidos históricamente en la región a través de la violencia. En efecto, la historia local está llena de conflictos por la tierra y de enfrentamientos entre caciques en las zonas cañeras de la región, así como de continuos pleitos intra e intersindicales en la industria textil del Valle de Orizaba, hoy casi desaparecida. La presencia de bandas criminales dedicadas al robo de mercancías y al tráfico de personas tiene también antecedentes remotos (Olvera, Zavaleta y Andrade, 2013). La impunidad de los delincuentes es ciertamente una lamentable característica de la historia tanto regional como del estado de Veracruz.

Ante las acciones de resistencia de los primeros colectivos de víctimas en el país, que surgen a partir de la histórica marcha del poeta Javier Sicilia en 2011, el Estado respondió creando leyes e instituciones que, siguiendo la tradición histórica, resultaron disfuncionales desde el principio. Se aprobó una Ley General de Víctimas (2013, reformada en 2017) a nivel federal y una Ley de Víctimas del Estado de Veracruz (emitida en 2014; después se emitió una nueva en 2017). Esta última determinaba la creación de un Sistema Estatal de Atención a Víctimas, que fue instalado formalmente hasta junio de 2019.

La Comisión Ejecutiva Estatal de Atención Integral a Víctimas (CEEAIIV) en el estado de Veracruz fue creada en 2017, envuelta en polémica. Como afirma Aracely Salcedo en este libro, dicha Comisión apenas contaba con los recursos para atender las necesidades más apremiantes. En 2017 fue emitida la Ley en Materia de Desaparición Forzada de Personas, Desaparición

Cometida por Particulares y del Sistema Nacional de Búsqueda de personas –este último fue instalado recién en noviembre de 2018 y reconoce, en el papel, una serie de derechos a las víctimas y a los familiares.

También en febrero de 2018 se establecieron las Fiscalía Especializada en la Investigación de Delitos de Desaparición Forzada a nivel federal; pero, a un año de su creación, la Fiscalía no había consignado ningún caso, es decir, se mantuvo 100% de impunidad. En Veracruz, la Ley en Materia de Desaparición de Personas fue promulgada en 2018. Dicha ley ordenaba la creación de: la Comisión Estatal de Búsqueda, el Consejo Estatal Ciudadano, el Fondo Estatal de Víctimas de Desaparición, la Fiscalía Especializada en Desaparición y el Mecanismo de Acceso a Datos, todos los cuales se quedaron en el papel.

Al asumir la gubernatura de Veracruz el 1 de diciembre de 2018, Cuitláhuac García tuvo el inusual gesto de declarar el estado de emergencia humanitaria, reconociendo así la gravedad de la situación. De ahí se derivó el Programa Emergente por Violaciones Graves de Derechos Humanos en Materia de Desaparición de Personas, que supuestamente debería poner en operación toda la legislación antes mencionada, dotando de recursos y de personal a las nuevas instituciones creadas o por crearse.

Se establecieron el Consejo Estatal Ciudadano y la Comisión Estatal de Búsqueda en febrero de 2019, pero esta última, hasta la fecha, la encabeza una encargada de despacho después de la renuncia de su titular a dos meses de tomar posesión. Se creó también en la misma fecha la Dirección de Cultura de Paz y Derechos Humanos dentro de la Secretaría de Gobierno y entró en vigor la Ley para la Declaración Especial de Ausencia por Desaparición de Personas.⁸

Todas estas regulaciones e instituciones han sido claramente insuficientes o definitivamente inoperantes, según los testimonios aquí contenidos, y se han constituido en meras “administradoras del sufrimiento” de las víctimas y de sus familiares (Estévez, 2017). Hasta la fecha, prevalecen las carencias en el Sistema Estatal de Atención a Víctimas, las cuales impiden realizar de manera adecuada el seguimiento de los casos.

⁸ Datos recabados en entrevista de Alberto Olvera a la licenciada Anaís Palacios, realizada en agosto de 2019.

Esta situación crítica se está agravando aún más por los recortes al presupuesto de la Comisión Ejecutiva de Atención a Víctimas, que están dejando a las familias de las víctimas en una mayor indefensión.⁹

Este libro

Este libro de ninguna manera pretende constituir un informe exhaustivo, ni siquiera estadísticamente representativo, ya que manifiesta las experiencias de apenas 5.4% de los integrantes del Colectivo. Debe considerarse también que los integrantes de los 15 colectivos restantes en Veracruz podrían narrar experiencias igualmente dolorosas. Por tanto, esta obra debe entenderse como una pequeña muestra –apenas la punta del iceberg– de la tragedia humana que se vive en el estado.

Se trata, ante todo, de un seguimiento al proyecto propuesto por el fotógrafo Daniel GM a los miembros del Colectivo Familias de Desaparecidos Orizaba-Córdoba a principios de 2018. El objetivo de Daniel era mostrar el dolor de las madres con hijos desaparecidos. Habiendo él mismo pasado por ese trago amargo –al haber enfrentado la desaparición de su primo–, se propuso mostrar imágenes diferentes de lo que cotidianamente vemos en las fichas oficiales de las víctimas. En estas se exhiben fotografías de las personas desaparecidas que terminan no diciendo mucho y que incluso naturalizan las desapariciones. Daniel quería mostrar más: quería hacer entender a otros lo que la ausencia de un ser querido provoca en los cercanos. ¿Cómo expresar lo inexpresable? Pidió a las señoras que accedieron a participar en el proyecto que tomaran en sus brazos una imagen de sus hijos y respondie-

⁹ Muestra de ello es la demanda de las familias de las víctimas del atentado al bar Caballo Blanco, de Coatzacoalcos, en 2019. Una abuela desesperada reclamó al presidente Andrés Manuel López Obrador, el 5 de junio de 2020, por el cese del apoyo que otorgaba la Comisión Ejecutiva de Atención a Víctimas (CEAV) a sus nietos, el cual no recibieron en los últimos dos meses. El gobernador Cuitláhuac García tampoco cumplió con la promesa de facilitar el otorgamiento de la custodia legal de esos menores a los familiares de las víctimas y de otorgar becas para los huérfanos. A la señora ya no le importa “que se haga justicia, sino que los niños no queden en el desamparo” (Aviña, 2020).

ran a la pregunta: “Si este 10 de mayo supieran algo de sus hijos o llegaran sus hijos, ¿qué harían ustedes?” Muchas de esas respuestas se encuentran en este libro.

El fotógrafo consiguió recursos a través de familiares y donadores solidarios para hacerse de los materiales necesarios. Lamentablemente no alcanzó lo recaudado para incluir a todas las madres. El proceso para elegir a quienes formarían parte de la exposición fue estrictamente aleatorio: la coordinadora y fundadora del colectivo, Aracely Salcedo, avisó a todas las madres y les pidió que aquellas que quisieran participar se inscribieran en una lista. Las 25 primeras fueron las que integraron el proyecto. Posteriormente, por circunstancias especiales, se añadieron cinco fotografías más, como lo narra Daniel en la entrevista contenida en este libro. La exposición se presentó por primera vez en la Galería Casa 243 de Orizaba, el 10 de mayo de 2018. Desde entonces se ha mostrado en distintos espacios del estado de Veracruz y ya hay planes para presentarla fuera del país.

Tuve la fortuna de estar presente en la inauguración de la exposición en la Casa del Lago en septiembre de 2018 en Xalapa. Ahí le propuse a Aracely Salcedo escribir los testimonios de las madres que aparecen en las fotografías. Una vez que ella puso a consideración del Colectivo la idea y esta fue aceptada, hice las entrevistas a profundidad en la ciudad de Orizaba, entre octubre y noviembre de 2018, con 25 madres, hermanas, tías, esposa y padre de los desaparecidos.

No me interesaba que contaran los pormenores de los expedientes ni pensé en utilizar los datos para estadísticas de ningún tipo, consciente de que no estaba construyendo una “muestra representativa” de una tragedia social y de que, con frecuencia, por mejores que sean las intenciones, en los trabajos académicos no deja de haber un componente de “extractivismo” que no beneficia en nada a las víctimas. Este libro es fundamentalmente un intento de darles voz a los familiares de los desaparecidos, de recoger sus historias tal como ellos las han sistematizado después de años de lucha.

Por eso tampoco hay pretensiones de objetividad en el emprendimiento. Quise que contaran su experiencia, que hablaran de quiénes son sus hijos, cómo eran en la infancia, cuáles eran sus ilusiones antes de que un “rayo frío, un golpe helado, un hachazo invisible y homicida”, como escribiera Miguel Hernández, truncara sus planes y destrozara la vida de sus familiares.

Por circunstancias ajenas a mi voluntad, el proyecto avanzó muy lentamente en 2019, hasta que pude retomarlo en marzo de 2020. Las entrevistas fueron transcritas puntualmente y con gran profesionalismo y empatía por David Torres, entre noviembre de 2018 y febrero de 2019, y completadas en tres casos excepcionales por Elisa Rifka y Aidée Orea, a finales de 2019 y principios de 2020; a los tres agradezco cumplidamente.

Fueron editadas, reescritas por mí a lo largo del año, en los momentos en que la quimio y la radioterapia para tratar un cáncer de mama agresivo me lo permitieron. Pude concluir la labor en marzo de 2020. Entonces procedí a presentar esas versiones y a aclarar dudas con los familiares en entrevistas largas en Orizaba los días 13 y 14 de ese mismo mes. En los casos en que los familiares no pudieron estar presentes, se enviaron las entrevistas a Aracely Salcedo para que ella se las compartiera e hicieran las correcciones pertinentes. No pude hacer una nueva visita a Orizaba debido a que la pandemia de COVID-19 ya no lo permitió. La misma Aracely Salcedo me envió, en mayo de 2020, algunas impresiones de las entrevistadas sobre la entrevista y su participación en este libro.

Lo más desolador del reencuentro con los familiares fue constatar que los procesos legales que me habían sido narrados en octubre y en noviembre de 2018 no registraban avance alguno en marzo de 2020. En lo que concierne al ámbito legal, nada había cambiado. Respecto a la esfera de lo íntimo, en algunos casos hubo pérdidas irreparables: madres que quise entrevistar en 2018 y que pensé encontrar al fin en 2020 murieron sin conocer el paradero de sus hijos; un abuelo que acompañaba la búsqueda también falleció y algunas de las madres entrevistadas se retiraron del Colectivo por diversas razones. Por todo lo anterior, la versión definitiva de este libro contiene 20 entrevistas.

También entrevisté para este libro a las personas que han colaborado con este grupo de familias: Víctor Hugo Guzmán, del Centro de Derechos Humanos Toaltepeyolo, A. C., que ha sido un constante sostén para los familiares que buscan a sus hijos en la región, y el artista gráfico Aldo Daniel Hernández, *Fise*, autor de varios murales que representan los rostros de los jóvenes desaparecidos. Ellos narran las dificultades y vicisitudes por las que ha pasado este grupo de personas para visibilizar los casos de sus familiares. Y, por supuesto, no podía faltar el testimonio de Daniel GM, en su doble carácter: como primo de un desaparecido y como el fotógrafo autor de las imágenes aquí presentadas.

Entiéndase pues este libro como un artefacto de memoria que contiene los testimonios de quienes son silenciados por los discursos oficiales o apabullados por equívocas cifras que no dicen nada. Es un discurso alternativo al institucional, para hacer frente a quienes aún ahora niegan la verdad, quienes aún ahora criminalizan y revictimizan a los desaparecidos y a sus familiares.

Los testimonios contenidos en estas páginas evidencian muchos elementos que aún quedan por analizar en otros espacios:

1. Los núcleos geográficos y las coyunturas específicas de la delincuencia a partir de 2011 en esa región de Veracruz. A partir de esta pequeña muestra, podemos ver lugares y fechas específicos en donde se agrupan las desapariciones, patrones más o menos sistemáticos que un análisis de contexto cuidadoso podría develar claramente.
2. La cantidad escandalosa de víctimas de desaparición forzada o por particulares, en su mayoría jóvenes, y cuyos perpetradores son presuntos miembros de la delincuencia organizada, miembros de las corporaciones de seguridad o una mezcla de ambos.¹⁰
3. La precariedad extrema en que vive una gran cantidad de personas de la zona y la descomposición social en la región.
4. La indolencia de todo el sistema de justicia y la criminalización y hostigamiento a los familiares por parte de las autoridades de todos los niveles, lo que resulta en una total impunidad. En las tres administraciones estatales y en las dos federales que han transcurrido entre 2011 y 2020, los familiares no han encontrado una solución a este grave problema.¹¹

¹⁰ Como un ejemplo de que esta colusión sigue vigente, muestro estas notas recientes: el 7 de junio de 2020, se publicó la detención, por parte de agentes ministeriales, de dos miembros de unas llamadas Fuerzas Rurales, presuntamente ligadas a desapariciones, que se encontraban resguardados en el cuartel militar Miguel Hidalgo, de Orizaba. Uno de ellos es Carlos N, líder cañero del ingenio Central Motzorongo. A raíz de estas detenciones, se desataron protestas de los cañeros en la zona (*Al Calor Político*, 7 de junio de 2020a y 7 de junio 2020b).

¹¹ Si Javier Duarte ignoró las demandas del Colectivo, obligando a sus integrantes a interpellarlo públicamente en varias ocasiones, y Miguel Ángel Yunes hizo promesas que olvidó rápidamente, Cuitláhuac García, en una reunión pactada con los familiares en Orizaba, condicionó la audiencia a que solo estuvieran presentes los familiares de siete desaparecidos en

5. El empoderamiento y crecimiento personal de los familiares, quienes de manera involuntaria han tenido que adoptar el papel de ministerios públicos o de fiscales, tomando a su cargo la investigación de los casos. Han tenido que aprender sobre leyes, antropología forense, tanatología y otros tantos temas, y se han visto forzados a hablar en público y ante los medios de comunicación y a interpelar a funcionarios de todos los niveles, exigiendo el esclarecimiento de sus casos.

Este libro pretende sensibilizar a los lectores sobre un problema fundamental que se extiende no solo en el estado de Veracruz sino en todo el país. Es un grito contra la impunidad, al que debemos sumarnos todos. Es, además, un puente entre estas familias que han sufrido lo indecible y una sociedad que no quiere saber, que no quiere escuchar, que piensa que la desgracia no le llegará si se mantiene lo suficientemente lejos. Las historias contadas por personas comunes y corrientes, que hablan de jóvenes normales, como muchos otros, nos recuerdan que nadie está exento de la violencia criminal y de la impunidad oficial: no hay un “ellos” y un “nosotros”. Los desaparecidos son de todos.

Palabras finales

Quiero agradecer infinitamente, en primer lugar, a todas las madres, hermanas, abuelas, esposa, tía, padre de las víctimas, iniciando por Aracely Salcedo, por la confianza depositada en mí para la realización de este proyecto, por permitirme ser la voz de su dolor. Y agradezco profundamente a Daniel GM, por facilitarnos las fotografías que tanto han significado en su vida.

Extiendo mi agradecimiento también al Centro de Derechos Humanos Toaltepeyolo, A. C., en cuyas instalaciones se llevaron a cabo las entrevistas; a su coordinador, Víctor Hugo, y al artista gráfico Fise.

octubre de 2019, provocando el enojo de las familias de más de 50 víctimas que esperaban fuera del hotel donde se hospedaba. El mandatario estatal terminó por escaparse por la puerta trasera del recinto (Zavaleta, 2019 y testimonios personales de madres).

Mi gratitud a Aidée Orea, Elisa Rifka y, con especial cariño y reconocimiento, a David Torres, por la transcripción puntual y cuidadosa de las entrevistas y su acompañamiento solidario en todo momento.

Gracias también a la Fundación Heinrich Böll, por apoyar económicamente el proyecto, en particular a su coordinador de programas para México, Rodolfo Aguirre, y a Édgar García Valencia, director de la Editorial de la Universidad Veracruzana, por su interés en realizar todos los trámites de la edición de este libro.

En este sentido, va también mi reconocimiento a Silverio Sánchez por su labor en la fina corrección del manuscrito, así como al extraordinario equipo editorial de la Universidad Veracruzana. Un lugar especial merece la rectora de esta casa de estudios, Sara Ladrón de Guevara, por poner un interés personal en este libro de modo que pudiera llegar a más personas. Su apoyo para la realización de este proyecto fue fundamental; de corazón, gracias.

Un reconocimiento a Sergio Stern, que estuvo apoyando emocionalmente este viaje y, como siempre, con todo mi amor, va mi gratitud a Alberto J. Olvera, por el soporte emocional, sus valiosas contribuciones académicas y sus acertados comentarios y correcciones a este texto.

Estoy convencida de que entre todos hemos constituido una comunidad emocional (Jimeno, Varela y Castillo, 2019) que ha permitido compartir el dolor y buscar conjuntamente un modo de visibilizar la impunidad ante la violencia sufrida por estos jóvenes, cuyos sueños se vieron truncados, y por sus familias.

Referencias

- AGUIRRE, Arturo. 2016. *Nuestro espacio doliente. Reiteraciones para pensar en el México contemporáneo*. Puebla: Afiita-BUAP.
- Al Calor Político*. 7 de junio de 2020a. “Fuerzas rurales en Orizaba ligadas a desapariciones; detienen a dos elementos”, <https://www.alcalorpolitico.com/informacion/fuerzas-rurales-en-orizaba-ligadas-a-desapariciones-detienen-a-2-elementos-318156.html#.Xr2hgS3mHJx>

- Al Calor Político*. 7 de junio de 2020b. “Confirman detención del líder cañero del ingenio Central Motzorongo, Carlos N.”, <https://www.alcalorpolitico.com/informacion/confirman-detencion-del-lider-canero-del-ingenio-central-motzorongo-carlos-n-318160.html#.Xt2iXC3mHJx>
- AVIÑA, Elizabeth. 5 de junio de 2020. “Ya no nos interesa si resuelve caso Caballo Blanco. Nos dejó desamparados”. *Al Calor Político*, <https://www.alcalorpolitico.com/informacion/ya-no-nos-interesa-si-resuelve-caso-caballo-blanco-nos-dejo-desamparados-318060.html#.X0WE4C2b5-U>
- CANSECO, Germán y Noé Zavaleta (coords). 2018. *Los buscadores*. México: Ediciones Proceso.
- CEAV-IIMDHD. 2019. *Dignificando la memoria. La Desaparición de Personas en Veracruz*. México: Comisión Ejecutiva de Atención a Víctimas-Instituto Mexicano de Derechos Humanos y Democracia.
- ESTÉVEZ, Ariadna. 2017. “La repolitización de los derechos humanos frente a la gubernamentalidad neoliberal del sufrimiento social”. En Ariadna Estévez y Daniel Vázquez (coords.), *9 razones para desconfiar de las luchas por los derechos humanos*, 181-208, México: FLACSO-UNAM.
- GARCÍA, Jacobo. 26 de junio de 2014. “Las cinco cruces de doña Berta en el pueblo de las fosas”. *Diario El Mundo*, <https://www.elmundo.es/cronica/2014/06/29/53ae87ffe2704eba3e8b456d.html>
- GUILLÉN, Alejandra, Mago Torres y Marcela Turati. 12 de noviembre de 2018. “El país de las dos mil fosas”. Quinto elemento Lab- A dónde van los desaparecidos, <https://quintoelab.org/project/el-pais-de-las-2-mil-fosas>
- HOLST, Maximilian. 18 de mayo de 2020. “Veracruz, territorio fértil para la violencia”. México Evalúa. <https://www.mexicoevalua.org/15125-2/>
- HUFFSCHMIDT, Anne. 2019. “Paisajes forenses. Sobre cómo mirar, leer y narrar a las fosas intervenidas de nuestro tiempo” En Arturo Aguirre y Juan Carlos Ayala (eds.), *Tiempos sombríos. Violencia en el México contemporáneo*. Buenos Aires: Biblos. 39-70.
- ILINÁ, Nadejda. 2019. Hasta encontrarles. Una mirada feminista a la lucha contra el narco de las madres de la guerra contra el narco en el caso de las Fuerzas Unidas por Nuestros Desaparecidos(as) en

- Nuevo León. Tesis de Maestría en Estudios Políticos y Sociales. UNAM.
- JIMENO, Myriam. 2008. "Lenguaje, subjetividad y experiencias de violencia". En Veena Das (coord.), *Sujetos del dolor. Agentes de dignidad*. Colombia: Pontificia Universidad Javeriana-Universidad Nacional, 261-291.
- . Daniel Varela y Ángela Castillo. 2019. "Violencias, comunidades emocionales y acción política en Colombia". En Morna McLeod y Natalia de Marinis (coords.), *Comunidades Emocionales, resistiendo las violencias en América Latina*. México: UAM-X/Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 33-64.
- LOZANO, Erika. 3 de marzo de 2020. "La verdad está enterrada en los cerros". A dónde van los desaparecidos, <https://adondevanlosdesaparecidos.org/2020/03/05/la-verdad-esta-enterrada-en-los-cerros/>
- MÁRQUEZ, Félix. 2018. *Testigo de la violencia. Memoria gráfica del Veracruz contemporáneo*. México: Juan Pablos/Conacyt.
- OLVERA, Alberto, Alfredo Zavaleta y Víctor Andrade (coords.). 2013. *Diagnóstico de la violencia, la inseguridad y la justicia en Veracruz*. México: Universidad Veracruzana.
- PADILLA CRUZ, Segundo Carmelo. 2018. La construcción social del dolor. Análisis del caso Tierra Blanca, Veracruz, 2016. Tesis de Maestría en Ciencias Sociales. Universidad Veracruzana.
- ROBLEDO, Carolina. 2017. *Drama social y política del duelo*. México: El Colegio de México.
- ROITSTEIN, Florencia y Andrés Thompson. 2018. *La rebelión de lo cotidiano. Mujeres generosas que cambian América Latina*. Buenos Aires: Biblos.
- SANTIAGO, Violeta. 2019. *Guerracruz. Rinconcito donde hacen su nido las hordas del mal*. México: Aguilar.
- SISCAR, Majo. 3 de noviembre de 2014. "Los 20 desaparecidos en Veracruz que no están ni en las estadísticas". *Animal Político*, <https://www.animalpolitico.com/2014/11/los-20-desaparecidos-en-veracruz-que-aparecen-ni-en-las-estadisticas/>
- SOTO ESPINOSA, José Luis. 2018. Colectivo Familias de Desaparecidos Orizaba-Córdoba: Acción Colectiva, identidad y comunidades de duelo. Tesis de Maestría en Sociología Política. Instituto José María Luis Mora.

- VECCHIOLI, Virginia y Alicia Rebollar. 2019. "El activismo de las víctimas y sus repertorios de movilización". En Laura Loeza Reyes y Jairo Antonio López (coords.), *Derechos humanos y conflictos por la justicia en América Latina*. México: UNAM. 21-48.
- VILLARREAL, María Teresa. 2004. "Respuestas ciudadanas ante la desaparición de personas en México (2000-2013)". *Espacios Públicos*. (17) 39, 105-135.
- . 2014. "La desaparición de personas en Veracruz". *Revista Clivajes*. 5, 1-29.
- . 2016. "Los colectivos de familiares de personas desaparecidas y la procuración de justicia". *Intersticios Sociales*. 11, 1-28.
- ZAVALETA, Noé. 3 de diciembre de 2019. "Cuitláhuac García y la fiscal de Veracruz huyen de familiares de desaparecidos". *Revista Proceso*. <https://www.proceso.com.mx/609279/cuitlahuac-garcia-desaparecidos-veracruz>

Videos, cortometrajes, entrevistas televisadas

- Animal Político*. 5 de abril de 2017. *Fosas de Santa Fe. Buscando a un hijo desaparecido en México*. <https://www.youtube.com/watch?v=NnCNOyAygqo>
- CENCOS. 25 de julio de 2018. *Lucha por los desaparecidos en Orizaba-Córdoba, Veracruz*. Centro Nacional de Comunicación Social, A. C. <https://www.youtube.com/watch?v=FrYdBuyCsGc>
- CENTRO DE DERECHOS HUMANOS TOALTEPEYOLO. 2016. *A mí no me va a pasar. Documental sobre desaparecidos*. Centro de Derechos Humanos Toaltepeyolo A. C./Colectivo Familias de Desaparecidos Orizaba-Córdoba/Producciones Audiovisuales En la Línea. <https://aristeguinioticias.com/2612/mexico/a-mi-no-me-va-a-pasar-documental-sobre-desaparecidos-video-completo/>
- . 2019. *Retrato de la Memoria. Serie de cortos documentales*. Centro de Derechos Humanos Toaltepeyolo A. C./Colectivo de Familias de Desaparecidos Orizaba-Córdoba/Producciones Audiovisua-

- les En la Línea/Agencia de Cooperación Alemana. <https://www.facebook.com/toaltepeyolo/>
- . Agosto de 2019. *Raíces del dolor. Cortometraje documental*. Centro de Derechos Humanos Toaltepeyolo, A. C./Colectivo Familias de Desaparecidos Orizaba-Córdoba. <https://www.facebook.com/toaltepeyolo/videos/557359658005742/?v=557359658005742>
- CORONADO, Oliver. 8 de noviembre de 2016. *Colectivo de Familias Orizaba-Córdoba*. https://www.youtube.com/watch?v=Hmx9fJw_Q0M
- DEUTSCHE WELLE. 1 de abril de 2019. *Desaparecidos en Veracruz. La paz que nunca llega*. https://www.youtube.com/watch?v=DjuV_At8IBU
- ELIE, Julien. 2018. *Soles negros*. Cinemabelmopan.com
- El Mundo de Córdoba*. 11 de mayo 2020. *Un corazón que espera. Serie de cortometrajes*. <https://www.facebook.com/ElMundodeOrizaba/videos/vb.465530763473874/440772633454575/?type=2&theater>
- HUFFSCHMIDT, Anne y Jan-Holger Hennies. 2019. *Persistencia*. <https://vimeo.com/354946953>
- ITESO. 30 de enero de 2020. *¿Qué hacemos con tantos desaparecidos en México?* https://www.youtube.com/watch?v=ptfX_FHFq2I&feature=youtu.be
- RABASA, Diego. 2019. *Sin tregua. Cortometraje documental sobre personas desaparecidas en México*. México: #eldíadespués/R7D/Serapaz/Movimiento por nuestros desaparecidos. <https://www.youtube.com/watch?v=5uiKVB9amJo>
- RADIO FRANCE. 15 de febrero de 2018. “No vivimos, sobrevivimos: Aracely Salcedo”. <https://www.youtube.com/watch?v=hvFEALa36CU>
- ROMPEVIENTO TV-RELÁMPAGO PRODUCCIONES. 2014. *Veracruz, la fosa olvidada*. <https://www.youtube.com/watch?v=XSTWOTz6oXU>
- SERAPAZ. 9 de noviembre de 2015. *Programa sobre desaparición forzada y desaparición por particulares*. RompevientoTV. <https://www.youtube.com/watch?v=rR4Qk9Y0fS8>

La búsqueda que dio origen a un colectivo

Fernanda Rubí Salcedo Jiménez
Desapareció el 7 de septiembre de 2012

*Aracely Salcedo,
madre de Fernanda Rubí*

SOY ORIGINARIA DE VILLA AHUMADA, CHIHUAHUA, pero gran parte de mi vida la he vivido aquí, en Orizaba, porque mi padre, el señor Fernando, es de acá. Mi mamá, la señora Josefina, es de allá. Pero, desde que mis papás se separaron, mi familia regresó a Chihuahua. Yo tendría 13 años.

Antes de que Rubí desapareciera, habíamos estado de vacaciones allá porque mi hija fue a bautizar a mi nieto, hijo de su hermano mayor; ella es su madrina y lo bautizó el 7 de julio de 2012. Rubí se quedó por allá con mi familia un tiempo más.

Cuando regresó, acababa de cumplir 21 años y quedó de reunirse con unas amigas. Por unas declaraciones de esas muchachas supe que una semana antes estuvieron en un antro y a mi hija le mandaron un ramillete. Me dijeron que ella lo rechazó, no lo quiso. Y, por eso, según declararon otros testigos después, a mi hija se la mandó a levantar, porque ella despreció a un jefe de plaza. En ese tiempo prevalecía la negación, no tan solo en la ciudad de Orizaba, sino en todo el estado. Se decía que aquí no pasaba absolutamente nada.

El día 7 de septiembre del 2012 llovió mucho. En la tarde me habló mi hija, me dijo que pensaba salir en la noche. Siempre me decía las cosas, por-

que yo con Rubí tengo una muy buena relación. Ese día yo llegué a mi casa cerca de 10:20, 10:25 de la noche, porque me quedé hasta tarde a trabajar en la clínica y llovía mucho, mucho.

Cuando llegué a casa me recibió mi hijo el más pequeño y, así como si nada, me dijo:

—Mami, mi hermanita se acaba de ir. Vino el taxi por ella porque llovía mucho.

—¿Y se fue mojando? —le pregunté.

—No, se llevó un paraguas.

Efectivamente, entre las cosas personales que se quedaron en el antro esa noche y que luego me regresaron, estaban la bolsa de mi hija, un paraguas, una chamarra, su cartera completa con su dinero, todas sus pertenencias. Lo único que ella llevaba en la mano era el teléfono celular, eso fue.

Yo le hablé ese día a las 10:30. Lo tengo muy presente: eran las 10:30 cuando yo le marqué a mi Rubí y le dije:

—Negra, ¿dónde estás?

—¡Ay, mamá! Ya te había yo dicho. Acabo de llegar, no me tardo, llego temprano.

Siempre que me quería colgar el teléfono, me decía:

—¿Qué crees, mamá? —y ya sabía yo—: ¿Sabes que te amo? ¿Sabes que te quiero? Besitos, besitos, bye, bye, chau, chau.

Luego me colgó. Esa fue la última vez que yo escuché a mi hija. Yo hubiera querido estar en ese momento con ella. Después, cuando supe que se la habían llevado, yo decía:

—¿Cómo pude yo estar aquí en la casa, en pijama, acostada?

En ese mismo momento mi hija estaba siendo agredida, mi hija estaba siendo llevada y yo estaba ahí en el confort de mi casa.

No hubo quien la auxiliara, solamente sé que llegaron, que iban tres, cuatro personas. Iban dos hombres y dos mujeres en un auto Ibiza amarillo con quemacocos, que se estacionó afuera del antro. El antro tenía cadena. Obvio que a estas personas las dejaron entrar. El tipejo del antro, simple y sencillamente me dijo, cuando yo le enseñé la foto de mi hija:

—¡Ah, sí! Era una niña muy bonita. Estaba sentada ahí y venía toda de rosita. Pero no pudimos hacer nada.

Ahí empezó un camino largo en donde yo, sin tener el conocimiento de todo lo que estaba pasando, me fui dando cuenta, en la medida en que

me fui encontrando a las mismas personas en la Cruz Roja, en el Hospital Regional, en el IMSS. Entonces me atreví a preguntarle a uno de ellos:

—Disculpe, a usted lo acabo de ver allá, ¿busca a alguien?

—Sí, a mi hijo.

En total, ese día hubo nueve personas desaparecidas de diferentes lugares. Del antro donde estaba Rubí, solo fue ella; a otras personas las sacaron de diferentes lugares, incluyendo al hijo de un médico muy reconocido aquí en Orizaba, estudiante también.

Yo empecé a recibir llamadas cerca de 11:30, casi las 12, de un número de Nextel. Cuando contestaba, se oía bullicio, como choque de vasos, como que brindaban. Las personas estas que hablaban, hoy en día sé que pudieron estar superdrogados, porque hablaban balbuceando, no se les entendía nada. Primero no me daban nombres, me llamaban y me colgaban, me llamaban y me colgaban, yo deduzco que me marcaban a casa porque Rubí tenía el número en su celular, que ya era un teléfono inteligente. Debe haberlo tenido registrado como “Mami casa”, cosa que he aprendido que es un error.

Hoy en día sabemos de quién es ese Nextel: es de una persona que ha estado vinculada a secuestros, desapariciones, relacionada al huachicoleo, al robo de tráileres, pero es una persona que tenía acuerdos con los servidores públicos de entonces. Él entraba y salía libremente de la región.

Al otro día, el sábado 8, cerca del mediodía, yo marqué nuevamente el teléfono de mi Rubí. Hasta entonces no me lo habían contestado para nada, pero en ese momento me contestó un hombre. Un tipo de voz fuerte, de voz nada agradable, grosero, que me empezó a insultar, porque yo, en mi ansiedad por saber de mi hija, le empecé a gritar:

—¿Por qué tienes el teléfono de Rubí? ¡Ese es el teléfono de mi hija!

—¿Qué? Yo no tengo a ninguna Rubí.

Y me empezó a agredir con palabras altisonantes. Lo más *light* para ellos es “perra”. Y fue todo lo que me dijeron. Jamás, jamás, me volvieron a contestar el teléfono de mi hija.

Rubí es una niña bien linda. Ella quería ser chef. Rubí es una niña muy amorosa, Rubí es una niña buena. Rubí es, hasta cierto punto, ingenua. Ella apoyaba y daba su amistad, su corazón, sin medir, y yo creo que esa falta de malicia pudo haberla perjudicado.

Rubí es la única niña entre tres hombres. El núcleo familiar está formado por tres varones y ella. Es una niña que ama a sus hermanos. Mis padres

se separaron desde que yo tenía trece, catorce años. Tengo tres hermanos más, pero crecí lejos de ellos: crecí con mi papá, y mis hermanos crecieron con mi mamá. Entonces yo siempre dije que cuando tuviera a mis hijos, ellos se iban a llevar muy bien.

A mí como que me hicieron falta los hermanos; crecí aislada. Por eso, cuando mis hijos nacieron, yo los enseñé a quererse. Claro, se peleaban como cualquier hermano, pero al ratito ya estaban abrazados. Rubí ama a sus hermanos, así como sus hermanos la aman a ella. Ellos le dicen “huerca”. Así le dicen: “¡Ay mamá!, la huerca esta.” “Si la huerca estuviera aquí ahorita, te regañaría.” “Si la huerca esto...”

Ella tenía un carácter muy particular. A tal grado de que el último cumpleaños que ella me festejó, me mandó a hacer un pastel de brujas y tenía una bruja de vela, y mi casa estaba llena de telarañas. ¡Así me festejó mi cumpleaños! Y muchos han de haber dicho: “¡Ay! ¿Por qué trata así a su mamá?” ¡Así es ella!

En el Facebook me tenía como “madrastra”, porque cuando ellos eran pequeñitos, yo les ponía los audios de “La mamá más mala del mundo”: la mamá que te reprime, la mamá que te dice “No vayas”, la mamá que no sé qué y, al fin y al cabo, cuando tú creces y eres padre o eres madre, dices: “Yo quiero ser la mamá más mala del mundo”.

Nos poníamos todos en shorts, en chanclas y a cada quien le daba un cepillito y nos poníamos a lavar los pisos de la casa, a limpiar. Los fines de semana limpiaban los zapatos, los dejábamos abajo, los poníamos a orear y luego los acomodábamos. Que ellos me ayudaran era parte de la mecánica, porque yo tenía que trabajar y ellos colaboraban. Y Rubis me decía:

—¡Nooo! Es que tú no eres mamá, tú eres madrastra.

En un principio, cuando vieron eso de “madrastra” en Fiscalía pensaban que yo y Rubí nos odiábamos. ¡No! ¡Claro que no era así!

Los hermanos de Rubí son unos chicos sanos, unos chicos a los que les gusta el deporte.

Tuvieron que salir desplazados. A raíz de lo de Rubis, yo hablé con mis hijos y les dije que yo no iba a cesar en la búsqueda, que yo necesitaba que ellos me apoyaran en la cuestión de no darme problemas y de ser sensatos en lo que hicieran, porque si no yo no iba a poder.

Les dije que no creyeran que yo no los amaba, al contrario, los amo demasiado, porque si a cualquiera de ellos le hubiera pasado, yo actuaría de la

misma manera. Yo sé que también tengo hijos, pero ellos están aquí, ellos me pueden hablar, se pueden enojar, se pueden divertir, se pueden reír, tienen a su familia, y Rubí no tiene todo eso. Soy afortunada porque mis hijos no me dan problemas, gracias a Dios.

Yo hubiese querido que mis hijos tuvieran otra vida de disfrute, pero nos la quitaron. Uno de mis hijos tenía 16 años cuando pasó lo de su hermana. Se la pasaba llorando día y noche por ella. Yo siempre que llegaba de Fiscalía corría al cuarto de Rubí a ver si estaba, si había llegado, si habían movido algo. Ese día yo llegué al cuarto de mi hija y, cuando abrí, ¡sorpresa!, estaba mi hijo acostado con el muñeco de mi hija abrazado y yo, enardecida, le grité:

—¡Párate! ¿Por qué estás acostado en la cama de Rubí? ¿Por qué tienes los muñecos de Rubí?

Yo empecé como loca y mi hijo, a pesar de su corta edad, joven y con su dolor, se paró, me vio y me dijo:

—Yo también extraño a mi hermana, no nada más tú.

Agachó la cabeza y se salió. Me sentí peor que un perro por haberle dicho eso a mi hijo, porque mi hijo no se merecía eso. Pero yo no entendía ese sufrimiento, yo pensaba que quien sufría era solo yo, no alcanzaba a dimensionar más allá de mis ojos. Estaba siendo egoísta, porque yo decía: “Rubí es mía, mía”. Pero no: Rubí no nada más es mía, Rubí es parte de este núcleo familiar. Yo no lo entendía en ese momento.

Mi hijo es un chico que tuvo que salir de aquí a un lugar lejos de casa. Estaba con su hermano mayor, su cuñada y sus sobrinos, pero él no quería estar allá. Lo mandé porque estábamos recibiendo muchas amenazas, porque iban sobre ellos, porque mi casa estaba vigilada. Lo tuve que desplazar. Él solamente quería dormir, dormir y dormir, se sentía mal; me costó mucho trabajo, porque él ya no quería nada.

En todo este camino mis hijos no solo perdieron una hermana, sino que también perdieron a su mamá, porque su mamá no está. Su mamá en cierta manera les cubría sus necesidades: de cariño, de comida, de aseo. Y esa mamá los dejó. Esa mamá los abandonó. Mis hijos perdieron doble y, a pesar de ello, son buenos chicos. Ahora yo les pido a ellos lo que necesito o si se le ofrece algo a otra mamá. Y ellos me apoyan, porque yo no hago otra cosa, no tengo otro trabajo.

Con la desaparición de mi hija inicié un grave camino. Y digo grave porque yo me vi muy mal: caí enferma, me dio herpes en todo el cuerpo, me

dio herpes en la cabeza. Yo tenía el cabello muy largo y soy china. ¡Se me caían los manojos de cabello! Y tenía la piel llagada. Al poquito tiempo vino el deterioro grave: el estrés, la angustia, tanto llorar, todo eso me empezó a mermar la salud.

Para que mis hijos no me escucharan, me encerraba en el baño y agarraba una almohada y gritaba de dolor, de impotencia. Aunque yo no quería que me escucharan, ellos sabían qué pasaba. El más chico, el que más afectado ha estado, se sentaba afuera de la puerta y preguntaba:

—Mami, ¿estás bien?

Según esto me iba a dormir, para que todo mundo estuviera tranquilo y, cuando ya sentía que estaban dormidos, me bajaba a ver esa puerta, esa puerta por donde mi hija salía, esa puerta en la que veía el taxi en el que se fue o en el que habría de regresar. Tenía el alma en un hilo, pensando que mi hija iba a regresar. Veía luces de carros y de patrullas, y yo me pasaba las noches en vela. Bajé a todos los santos habidos y por haber, llegó un momento en el que me desesperé, quité todo, dije:

—Dios mío, ¡he rezado a santos que ni conozco!

Pero me decían “Encomiéndate a ellos”. Hice novenarios, hice misas, hice de todo y no me funcionó. Le reproché a Dios, le reproché mucho a Dios. Le preguntaba: ¿por qué mi hija?

En una ocasión llegué a la iglesia de El Carmen, aquí en Orizaba, y estuve muchas horas. Me tiré al pie de la cruz y ahí estuve horas llorando, suplicando. Llegó una viejita y me dijo:

—Hija, ya no llores más. Vete a tu casa.

Y vi en sus ojos la tristeza. Entonces me levanté y caminé durante mucho tiempo.

La Iglesia ha sido indolente con las familias de los desaparecidos: no hay un compromiso de ellos hacia nuestros hijos e hijas. Hacen comentarios como “Ya dejen de buscar, Dios les dará resignación”. También llegaron a decirme que si le habían quitado la vida a mi hija, no le habrían quitado su alma, así que ya no llorara. ¿Cómo puede un servidor de Dios decirnos eso, cuando ellos deberían darnos fe y esperanza? Dejé de ir a la iglesia. Creo que Jesús no ponía condiciones, caminaba con sus discípulos y sembraba fe.

La búsqueda

Yo recuerdo en las primeras horas que fui a buscar a mi hija, fui a poner una denuncia. No me la quisieron tomar, me dijeron que mi hija andaba de fiesta tomando, que se había ido con algún novio o, en el mejor de los casos, se había conseguido un hombre rico y se había ido con él. Esas fueron sus palabras.

Y yo, llorando, le suplicaba ahí en la ventanilla a la oficial. Me hubiera gustado haber tenido la pericia de haberle preguntado “¿Cómo te llamas?” o de haberme fijado en su gafete. Pero en ese momento no piensas en nada, vas con el dolor, con la angustia, con la incertidumbre y yo me di la vuelta, llorando. Uno de mis hijos iba conmigo y, cuando me di la vuelta, me abrazó. Así empezamos la búsqueda de Rubis.

Comenzamos a volantear, a buscarla en hospitales, en la Cruz Roja, en todos los servicios de salud posibles, tanto aquí en Orizaba como en Córdoba ¡y en muchos lugares! Hasta que me pusieron un “estate quieto”. Me dijeron que no denunciara, que no hiciera absolutamente nada, que si no, no iba yo a volver a saber de ella. Eso fue inmediatamente, como a las 27 horas.

Al día siguiente fue cuando yo marqué al teléfono de Rubí y me contestó el tipo que me insultó y que me dijo que no la tenía. Hoy sé que teníamos derecho a que se investigaran las sábanas de llamadas correctamente, a que eso se mandara a servicios periciales con Inteligencia, a que fueran proporcionados los videos de la C4 del antro. Pero nada de eso se hizo en ese momento. Y yo tenía un desconocimiento total, porque no había quien me apoyara, no existía el A, B, C de los desaparecidos, yo caminaba sola con mis hijos, porque cuando te pasa algo así te quedas sola, sin familia, sin amigos. Había familias con desaparecidos, pero no habían salido a la luz.

Así empecé a recorrer ese camino. Contacté a una persona, sus dos hermanos habían sido secuestrados. Me sugirió ir a la Marina. Y, para ir hasta allá, me trasladaron como si fuera delincuente: agachada, completamente tapada en un vehículo. Luego me cambiaron de vehículo, para sacarme de aquí, porque me decían que me andaba siguiendo “la gente”.

—“La gente” sabe que te vas a mover —me decían.

En la Marina me revictimizaron al pedirme que volviera a exponer todo: cómo había sido, minuto a minuto, qué había pasado, qué me habían di-

cho. Volví a empezar y me hacían repetir las respuestas a sus preguntas una y otra y otra vez. Y lo más terrible es que yo iba con el alma llena de esperanza de que ellos me iban a ayudar.

¡Lejos de eso! No pasó absolutamente nada. Cuando escuchaba helicópteros de la Marina, yo decía “¡Ya van a buscar a mi hija!”

Esa era mi esperanza. Una esperanza que se fue muriendo día con día, mes con mes y año con año. Una esperanza que se desvaneció completamente porque vi que no pasó absolutamente nada. A estas personas lo que menos les importa son nuestros hijos. Yo creo que ellos nos han utilizado simplemente para que les proporcionemos nombres de los delincuentes, rutas de cómo operan, centros o casas donde posiblemente pudieran estar operando. A ellos lo que realmente les importa es ser quien agarre al mejor jefe de plaza, quien desarticule la mejor banda criminal. Y nuestros hijos pasan a ser daños colaterales.

Hice un recorrido muy feo. Estuve en Xalapa, en las oficinas de la PGR, donde me atendió el licenciado Santiago Ceballos, coordinador del Ministerio Público Federal, quien me envió a la Unidad Antisecuestro, en la calle Xico núm. 8, fraccionamiento Pomona, en Xalapa. Ahí me turnaron con el licenciado Jorge Pucheta, quien a su vez me envió con el director de la Policía Ministerial del Estado, la AVI, que era el licenciado Mario Delfín Domínguez. Él me mandó a Córdoba, con el delegado de la AVI, el licenciado Pablo Miguel Rachet Cruz. A él le expuse de nuevo el caso de mi hija y él me turnó con el subprocurador de justicia de Córdoba, el licenciado Ricardo Javier Carrillo Almeida. Él levantó en ese momento una denuncia por privación de libertad de mi hija ante el agente del ministerio público de Córdoba, el licenciado Benito Carpinteyro Solano y el primer comandante de la AVI, Tomas Espinoza. Él tomó en sus manos la investigación ministerial de mi hija con número 1371/2012/SECTOR NORTE, en la agencia del ministerio público investigador de la ciudad de Córdoba. Posteriormente, me tomaron muestras de ADN y me llamaron de Cedac, que es el programa de apoyo a extraviados, y ahí me contactó el licenciado Héctor Carvallo E.

En todas partes me escucharon y me preguntaron, y en todas partes me decían:

—Tiene que regresarse a Orizaba a denunciar.

Y yo les decía:

—No puedo ir ahí, en Orizaba están ellos y yo tengo familia.

Luego me fui a Córdoba... ¡Una burla total! Cuando yo empecé a hablarles, a darles el número de Nextel de donde me llamaron, se volteaban a ver, porque ellos sabían perfectamente quiénes eran. Están bien coludidos con toda esta mafia. La prueba es que enseguida los criminales se enteraron de que yo había denunciado. Entonces recibí una llamada y me dijeron que “por perra me iba yo a arrepentir, porque nunca me iban a regresar a mi hija”. Me pesó. Mucho tiempo lo traje cargando. Pasaron los días, los meses y empecé a sentir culpa. Me decía: “¿Yo por qué denuncié? Si me hubiera esperado, si hubiera aguantado, pues a lo mejor mi vida sería otra cosa”.

Pero yo no me podía quedar de brazos cruzados, porque para mí no era vida sentarme, acostarme y no saber qué pasaba con mi hija. Luego empecé a conocer más gente y me han dicho: “Amiga, no te sientas mal: yo no fui a denunciar y tampoco me lo dieron”. “Yo pagué y tampoco me lo dieron.” “Eso no era algo que te garantizara que te iban a regresar a tu hija.”

Me costó mucho trabajo aprenderlo. Aún me pesa, pero ya no me acaba como al principio. Fui muy criminalizada, y aun lo sigo siendo, aquí en Orizaba. En octubre de 2018 salió una nota nuevamente, en contra de mi hija, criminalizándola, acusándola de haber matado a su supuesta hija de tres años, y acusándome a mí de golpearla. ¡Es un pinche hostigamiento! ¿Yo qué les hago? Lo único que hago es que busco a los desaparecidos.

El mero 7 de septiembre que mi hija cumple años de desaparecida, yo siempre le hago una misa. En el sexto aniversario, ese día, me llegó un correo: “Yo la tengo y la prostituyo”. ¡Cuánta impotencia! Porque se investigó, sabemos quiénes fueron y no ha pasado absolutamente nada con esas personas. Y eso que fueron los de la Fiscalía los que los encontraron.

Cuando empecé con la búsqueda, me quitaban los volantes –porque yo andaba volanteando–, los policías me los quitaban. Las motos iban atrás de mí y los agentes me los quitaban, diciendo:

—Usted no ha pagado el permiso de volanteo.

Por más que yo les decía que no estaba vendiendo nada, que necesitaba que me ayudaran a buscar a mi hija, me quitaron los volantes. También quise poner unas lonas y fui aquí al Municipio, y me dijeron que sí me lo permitían pero me cobraban mil pesos por lona. Así empezó el hostigamiento.

Luego me empezaron a llegar mensajes: “Hija de tu puta madre, bájale de huevos, te vamos a chingar a otro de tus hijos. A tu hija ya se la cargó la puta madre”. Una barbarie. Cuando fui con mi MP, me dijo:

—¡Ay, señora!, pues ¿para qué los hace enojar? ¿Para qué va a la televisión a decir que su hija está desaparecida? Usted los hizo enojar.

Ellos simple y sencillamente simularon una búsqueda, una falsa búsqueda de mi hija Fernanda. Y no solo de Fernanda: de muchos más. A partir de ahí, yo empecé a buscar a otras personas. Yo dije:

—¡Yo no puedo estar sola en esta situación!

Y empecé a buscar a otras personas que también tenían un hijo desaparecido y empecé a juntarlas. A la primera que localicé fue a mi compañera Alicia Noemí Mendoza Castillo. Ella es madre de Joshua Aldair, que desapareció a los 14 años. Luego localicé a la familia de Yael, otro joven de 15 años, también desaparecido. Y por eso nos llamaban “Las mamás de los desaparecidos de Orizaba”.

Empezamos con las acciones. Mandé cartas a Enrique Peña Nieto, que en ese momento acababa de tomar posesión. Me las contestaron, pero nunca dieron seguimiento. En enero del 2013 me fui a México. Le pedí ayuda a una amiga de mi hija Rubí, porque ella es de México y sabe moverse allá, porque yo no tenía idea de distancias o instituciones donde me pudieran ayudar. Yo me había quedado sin trabajo, porque solamente me dieron un mes y yo no quise regresar, ni siquiera a pelear un finiquito, un aguinaldo, a lo que tenía derecho. Empecé a vender todo para moverme, porque en ese lapso, si decían que encontraban a alguien en tal lado, ahí iba, me trasladaba a todas partes y era un gasto para el que no estaba preparada.

Me fui en enero a México, con Verónica, la amiga de mi hija. Llegamos a los moteles más baratos imaginables, para ahorrar dinero. Unos moteles de paso en la colonia Guerrero, cerca de la PGR, donde inhalabas el humo de los que estaban drogándose, oías a las personas alcoholizadas, escuchabas a chicas llorando. Y yo decía: “Puede ser mi Rubí”.

Fueron muchos días de andar de motel en motel y subsistí por las gorditas de chicharrón. Afuera del motel, una señora en un puestecito vendía gorditas de chicharrón. Era lo que yo desayunaba: una gordita de chicharrón y un café o un atole, y en la tarde va de nuez, porque tenía yo que cuidar los recursos, no sabíamos cuánto tiempo íbamos a estar. Vero fue –y sigue siendo– de gran apoyo para mí, al igual que su amigo César.

Fueron días de andar de un lado para otro dejando oficios, y ahora me da risa porque no eran oficios, eran cartas en que nada más relataba lo que había pasado y las imprimía. Por aquellos días se creó la primera unidad de

desaparecidos, la primera de búsqueda. Lía Limón, la titular, me recibió y me mandó a Fevimtra (Fiscalía Especial para los Delitos contra las Mujeres y la Trata de Personas) y ahí se inició el caso de mi hija con una excelente licenciada: Fabiola Barajas.

Pero en ese momento la persona que estaba como titular no era la persona correcta para estar ahí. Yo tuve un desafortunado evento con ellos porque a mí se me avisó que había un cuerpo, que era mi hija. Me mandaron las fotos y yo las vi en mi teléfono y dije: “Es mi hija”. De ahí me vino una parálisis: se me subió el labio hasta la parte baja del ojo, se me hizo el ojo pequeño. Tengo secuelas porque cuando lloro mucho o me pongo muy nerviosa, me empieza a brincar toda la cara.

Cuando la licenciada Fabiola se enteró, me dijo que toda la diligencia estaba mal, que no habían hecho pruebas de ADN. Ahí empecé yo a saber lo que era el ADN. Afortunadamente se hicieron todas las confrontas, todo, y no era mi niña. ¡No era mi niña!

En ese camino, en los primeros meses del 2013, tuve la oportunidad de entrar a una reunión con Murillo Karam. Yo me enteré porque, afuera de la PGR, vi que había una manifestación de familiares de desaparecidos. Yo me fui y me senté en una banquita desde donde veía a las familias. Me fui acercando poquito a poquito y preguntando. Así me empecé a colar con ellos. Lo único que sé es que en esa ocasión grité tan fuerte que me vieron cómo transmitía mi angustia, mi dolor, y me permitieron entrar a una junta con Murillo Karam.

No tenía derecho de hablar, pero le pedí a uno de ellos, de los que iban a hablar, que me diera un minuto para entregarle un documento al procurador y se compadeció de mí. Cuando me hizo la seña que habíamos acordado, me paré como loca con mi documento y le pedí al procurador que me lo recibiera. El señor lo tomó, lo abrió, lo empezó a leer y me dijo que mi caso no tenía por qué estar ahí en Fevimtra, que mi caso se iba a una unidad de SEIDO (Subprocuraduría Especializada en Investigación de la Delincuencia Organizada). Fue él quien me dio el servicio de escoltas, sabiendo que me iban a chingar por todo lo que él estaba viendo en mensajes, en amenazas y todo, y a partir de ahí se empezaron a hacer muchísimas gestiones.

La primera vez que enfrenté al ex gobernador de Veracruz, Javier Duarte, fue un 5 de julio del 2013, en Córdoba, Veracruz. Y poquito después, otra vez en Las Trancas, en un Día del Medio Ambiente. Yo ya preparada, con seis

familias que éramos en ese momento, lo confrontamos. ¿Cómo burlamos la seguridad? No lo sé. Como era un evento sobre del medio ambiente, una amiga nos prestó unas blusas bordadas, de esas artesanales, y abajo cada compañera llevaba la playera con la foto de nuestros hijos. Cuando empezó todo, vimos el acto protocolario y hasta aplaudimos y gritamos: “Bravo, bravo”. Recuerdo, porque así le hicimos para que no se dieran cuenta.

Justo cuando se subió Duarte al estrado y empezó a hablar, nos paramos, nos quitamos la blusa y nos quedamos con la camiseta. Entonces él se quedó sorprendido, volteó a ver a su gente, y sus escoltas corrieron a querernos sacar. Nos jalonearon. Ahí yo le dije:

—Yo no me muevo y de aquí no me saca. Queremos que nos atienda.

Le empezamos a gritar y como había muchos medios, como que se controlaron, y nos decían:

—Los van a atender ahorita, pero salgan.

No nos salimos, ahí nos quedamos. Duarte titubeaba cuando estaba dando su discurso, porque veía que estábamos ahí. Lo que fue terrible para nosotros fue que la gente que estaba en el acto nos empezó a agredir: “¿Qué les pasa? ¿Por qué vienen aquí a echarle a perder su gran trabajo? ¿Por qué no se salen?”

Nos dio cita para el día 6 de julio en Xalapa y nos recibió con todo su gabinete, ahí en Palacio de Gobierno. Tenemos una minuta firmada por él, pero no pasó absolutamente nada. Nos dio ese momento para él públicamente decir: “Ya fueron atendidas las mamás de los desaparecidos”.

En 2013 conocí a muchas ONG, conocí a otros colectivos, empecé a pedir que me sumaran a todas esas actividades, sin detener la búsqueda de Rubí. No cesaron las amenazas, el acoso, la persecución de la propia autoridad. Ya no era solo la delincuencia, sino también era la autoridad la que me perseguía. Me vinieron a ofrecer dinero por parte del Estado para que dizque con ese dinero yo pudiera seguir la búsqueda de mi hija, incluso pagar detectives privados, darles a mis hijos una mejor vida fuera de aquí, donde no estuvieran amenazados. Nunca acepté un solo peso. Yo les decía:

—No me dé el dinero, busque a mi hija. El día en que usted me regrese a mi hija yo me largo de su estado y no vuelvo a hacer nada, pero regrésame a mi hija.

No fue una sola vez, fueron varias ocasiones. En ese momento yo no tenía nada, pero yo creo que lo único que no les gustó fue que yo marchaba,

bloqueaba calles, hacía ese tipo de manifestaciones, seguía gritando. Eso les incomodaba, temían que más gente fuera a ir saliendo, como sucedió.

En Orizaba, bloqueábamos la puerta del panteón. Desde ahí salíamos marchando, bloqueábamos la calle. Después aprendí que no era la forma, porque en vez de ganarme a los ciudadanos me los echaba encima. Ellos se preguntaban: “¿Por qué me afectas a mí como ciudadano que no te hice nada? Me afectas porque bloqueas la calle y yo ya no llego temprano a mi trabajo, yo ya no llevo a mis hijos a la escuela, o si tengo una emergencia ya no puedo llegar”.

Ese tipo de experiencias las aprendí en el camino. A mí en ese momento me valía madre. En ese momento cerraba todo y se acababa, porque yo también, con mi dolor, quería que todo mundo sufriera porque yo lloraba. Yo quería que en el momento en que Rubí desapareció todo el mundo se parara, que nadie escuchara música, que nadie riera, que nadie fuera feliz, porque yo no lo era. Aprendí que yo también estaba siendo indolente con las otras familias, que estaba en falta con ellos.

Es verdad que aquí hubo muchos servidores públicos involucrados, además de la delincuencia, otros muchos actores que permitieron que pasara esto. Y digo permitieron porque, por ejemplo, en el antro, solo me dijeron: —Se llevaron a tu hija y no pudimos hacer nada.

Yo tengo denuncia federal y denuncia estatal. La denuncia estatal nunca la he quitado. Cuando estaba Luis Ángel Bravo, me mandó una notificación para decirme que él se declaraba incompetente, que el estado de Veracruz se declaraba incompetente en el caso de Rubí, y yo le dije:

—No, no, fiscal. Yo no se la acepto. Si usted se quiere declarar incompetente en el caso de mi hija, abandone el puesto, declárese incompetente para todos los casos, porque esto pasó aquí y los actores principales están aquí y ustedes tienen el deber y yo tengo el derecho de que me digan la verdad de lo que pasó aquí.

En el ámbito federal hemos hecho diligencias hasta al extranjero, porque yo he recibido mensajes de que a mi hija la traían en trata, he recibido mensajes de personas que me dijeron: “Yo estaba en tal lugar, en tal restaurant en el extranjero, cuando una chica me abordó así, así y asado, y ella me dijo: ‘Dígale dos palabras a mi mamá y mi mamá le va a creer que soy yo’”.

Por eso nos fuimos a hacer una diligencia en ese ámbito, pero no prosperó, porque la instancia que debió haberla hecho no la hizo en su momento con el FBI, con el ICE de Estados Unidos. A mí me dijeron:

—Señora, México no tiene un compromiso contra la trata, por eso a sus hijas, a sus niñas, las sacan muy rápido del país.

Es sabido que en menos de 48 horas una de nuestras hijas puede ya no estar en México. Hay una corrupción total, connivencia de la autoridad con la delincuencia. Se sabe de los casos del Puerto de Veracruz. Casos que han sido masivos, hasta 24, 25 chicas en una sola noche. Los papás han apuntado que esas niñas fueron llevadas en barcos de Fidel Herrera, transportados para la trata en otros países. ¿Y qué ha pasado con esos servidores? Nada. Lejos de hacerle algo al exgobernador, ahora resulta que tenemos que tenerle consideración porque está en una silla de ruedas, cuando él debería de ser juzgado por casos de lesa humanidad en contra de todas estas víctimas de desaparición.

Porque esto empezó desde el gobierno de Fidel Herrera, cuando dejó entrar a trabajar a los Zetas. Se habla de que, cuando él estaba en el poder, había un departamento de secuestros: si a ti te secuestraban a alguien, tú acudías a él y ellos hacían el pago, ellos te ayudaban con el pago. Pero no era un pago, era un desvío de recursos encabronado. Era su forma de trabajar. A Duarte se le fue de las manos, no supo controlarlo. Él se dedicó más a su ambición de robar y de saquear el estado y los dejó hacer lo que se les pegara su gana. Por eso hoy en día estamos así, porque no solamente es Rubí, son miles de desaparecidos en el estado de Veracruz.

Nosotros estamos en una ruta encabronada de trata de personas: empezamos desde Tlaxcala, seguimos con Puebla, Ciudad Mendoza, Nogales, Río Blanco, Orizaba, Córdoba, hasta llegar a Tamaulipas. Tenemos un trampolín y, desafortunadamente, el gobierno es un aliado de la delincuencia organizada, con toda su corrupción.

Todo consta en la carpeta de investigación. Tengo declaraciones de personas que sabían desde el primer día quiénes se la iban a llevar y con nombres y apellidos. Saben a quién la entregaron, dónde la entregaron, en qué lugar. Yo solicité localizar y presentar a la persona que tenía toda la información y me dijeron que no procedía jurídicamente una denuncia en contra de ella porque, como pareja sentimental de un jefe de plaza, no estaba obligada a dar a conocer los hechos. Y del jefe de plaza Daniel Oviedo M. alias *el Muerto* no sabemos nada, solo que fue levantado a mediados de 2014 en Xalapa por un comando. Dicen que eran marinos. Luego supimos que no, porque lo último que se vio en su teléfono es que estaba en El Lencero: fue

la Secretaría de Seguridad Pública de Veracruz. No sabemos realmente si esté vivo o no.

Tengo líneas de investigación de una persona que fue rescatada de trata y que señala que a mi hija la tuvieron en octubre de 2012 en una casa de seguridad en Querétaro. Ella hace el señalamiento y dice: “Ella es Daniela. Ella se llama Daniela porque así nos la presentaron a nosotros”. Y nos la describió tal cual. Dijo todo lo que les hacen, cómo las golpean, las drogan, las obligan a prostituirse, las amenazan con lo que les van a hacer si no acceden a lo que ellos quieren.

Aun sabiendo todos esos datos, las autoridades no han hecho nada. Cuando hay diligencias en ciertos lugares, desgraciadamente ya no encuentran nada. Entonces te entra la impotencia de que, si ahí la tuvieron, no hubo quien la ayudara.

El trabajo en el Colectivo

Yo hago el trabajo en el Colectivo de manera honorífica: a mí no me pagan. Incluso los desplazamientos para Córdoba, gasolina, casetas, yo no los cobro: yo veo cómo le hago. Espero que eso, el día de mañana, valga un poquito para que yo sepa de mi hija. Porque yo no vivo, sobrevivo, y a veces siento que mi carga es muy pesada, siento que ya no puedo.

¿Cómo voy a ayudar a tantas mamás? ¿De dónde voy a sacar para que ellas estén bien? He logrado bajar algunos programas para ayudarlas, se ha conseguido cirugías para alguna de ellas o para algún integrante de su familia, aparatos auditivos, despensas, gastos funerarios, traslados o apoyos de otra índole.

Yo sigo en la búsqueda de Rubí gracias a las ONG que nos ayudan. A lo mejor se sabe que estoy en un taller o que me fui a prepararme en servicio forense a Guatemala. Pero yo no gasto en eso: a mí me pagan los gastos para que vaya a aprender. Y no nada más es aprender, porque tengo que venir y compartir lo aprendido con mis familias. La búsqueda de un hijo es moral y económicamente desgastante.

En lo que se refiere a la salud, la búsqueda te merma totalmente. Muchas madres dejan de buscar a sus hijos, no porque no los quieran, sino por-

que no tienen el dinero para viajar o porque no pueden buscar y cubrir sus necesidades de salud. Por eso yo estoy agradecida con las ONG, porque me ayudan, porque me apoyan, porque han apoyado a mis compañeras.

Todos esos aprendizajes y todos esos talleres yo los he tenido gracias a esas personas que han creído en mí y que han creído en el trabajo que he hecho, en las búsquedas que hago en vida, en muerte y en fosas clandestinas, en el seguimiento, en la búsqueda de verdad, memoria y justicia. Y también el abogar por la no repetición, cosa que no lo hemos logrado, porque estamos en la misma situación a pesar del tiempo que ha pasado.

Por parte del Colectivo, hemos regresado a personas con vida, pero también hemos regresado a personas sin vida; hemos ayudado en casos de secuestro y tenemos un gran trabajo que debe quedar plasmado, porque eso es justo el rescate de toda la memoria y de toda la verdad que hemos venido buscando y construyendo en este camino.

En este año 2020 estamos apoyando 16 nuevos casos y los agregamos a las 350 familias en el Colectivo. No tenemos familias repetidas. Es una de las reglas que ponemos: si quieres estar en el Colectivo Familias de Desaparecidos Orizaba-Córdoba, no debes pertenecer a ningún otro colectivo. Porque yo respeto el trabajo de cada quien. Si tú quieres que se te ayude a difundir la foto de tu familiar desaparecido, ok, colaboramos, te hacemos tu ficha y la difundimos, pero el caso no lo podemos llevar. Tampoco nos gusta aceptar compañeras que dejen otros colectivos. A lo mejor es algo muy feo, pero no me gustan los problemas, no me gusta que se salgan de uno y que se vayan a otro. Algunas venimos muy viciadas y contaminamos el grupo.

Es la realidad. Ha pasado muchas veces y se da uno cuenta. Yo he visto cómo hay personas que se han salido de colectivos y despotrican en contra de la gente; creo que eso es algo muy feo, eso no se debe dar, porque ya bastante dolidas estamos, bastante lastimadas, como para todavía tener problemas de esos. Yo los evito. Les he dicho a mis compañeras: “Si ustedes en algún momento piensan que yo no les puedo satisfacer algo y en otro colectivo sí, pues adelante. Ustedes se pueden subir y bajar cuando ustedes lo deseen, porque yo no soy dueña de sus casos. Yo las puedo ayudar en un asesoramiento, en un acompañamiento, en una búsqueda o en una culminación. Si llegamos a localizar a su hijo, a su hija, pues culminamos el proceso”. Aun así, al culminar el proceso, no se salen del Colectivo: siguen caminando con nosotros.

Se han hecho intentos de unir a todos los grupos de desaparecidos en Veracruz. Se quiso formar algo como el Movimiento Nacional por Nuestros Desaparecidos que hay en México. Aquí está el Movimiento Veracruz, por decirlo, que es donde estamos. Creo que eran 16 colectivos hasta fines del 2018. Ahora hay más.

Participamos en mesas de trabajo, con autoridades estatales para ver rutas o plantear alguna estrategia. Pero, si ponerse de acuerdo entre dos es difícil, ahora 16 colectivos que trabajamos de manera muy diferente, ¡todavía más! Además, yo creo que los colectivos que tienen una o dos personas ni siquiera son colectivos. Es mucha la diferencia, no puedes tener un colectivo que tiene 370 familias y uno que tiene dos; ese último se la lleva bien *light*. No es lo mismo.

Estoy convencida de que los colectivos ni siquiera deberíamos existir porque no somos cadenas de Oxxo. Debería existir un movimiento, es más, sin nombre; nada más “Los desaparecidos de Veracruz” y se acabó. Y deberíamos caminar de manera armoniosa, todos al mismo paso. No me gusta que haya casos federales y casos estatales, porque es como si unos fueran de élite y otros no. Lejos de eso.

La autoridad usa eso para confrontarnos, porque quienes tienen sus casos en instancias estatales dicen: “¿Por qué a ellas sí les dan apoyo y a nosotras no?”

No es nuestra culpa. Hay personas que nada más están en lo estatal y nunca van a llegar al sistema federal, porque para que una instancia como Femimtra, como SEIDO, como UEITMPO (Unidad Especializada en Investigación de Tráfico de Menores, Personas y Órganos de la Subprocuraduría Especializada en Investigación de la Delincuencia Organizada) pueda tomar tu caso, necesita estar comprobado al cien por ciento que es delincuencia organizada; si no, no. Entre el 2015 y el 2018 no se tomaron casos, porque estaban superrebasados. Pero en el 2019 hubo apertura y se logró colocar 10 casos más en sistema federal

En el catálogo de delitos federales, si te clonan tu tarjeta es un delito federal. La desaparición de personas, sean del estatus que sean, es un delito grave, debería ser considerado siempre como un delito federal. No puede pesar más una tarjeta que la vida de una persona; pero, obvio, yo no voy a cambiar las leyes. Vamos a tener que ponernos a meter iniciativas jo a ver qué carajos!

En el Colectivo solo tenemos 20 casos federales. Esos 20 casos federales los apoyé yo. En enero del 2014 hicieron federal el caso de mi hija. Después

me llevé a Alice, luego a Lili, más tarde nos llevamos a Elo. Poco a poco hicimos federales sus casos. Eso es parte de lo que yo aprendí: si a mí me funciona esto, tengo que compartirlo para que las demás lo repliquen.

A mí me costó mucho trabajo y no quería que mis compañeras vivieran eso que yo viví. Por eso puede decirse que ahora es más fácil para todas las que se van acercando, ya que hay más información, hay leyes sobre los desaparecidos y hay personas que te puedan asesorar, ya no la sufren como la sufrí yo. De ahí vinieron muchas cosas, como que la CEAV (Comisión Ejecutiva de Atención a Víctimas, federal) tiene un presupuesto grande de dinero para ayudar a las víctimas: a lo mejor te pagan los traslados, te pagan alguna diligencia.

Y, en cambio, a nivel estatal, el presupuesto etiquetado a la CEEAIV (Comisión Especial Estatal de Atención Integral a Víctimas), que es la hermanita de la CEAV, sirve para pagar salarios y pagar la renta del edificio, además de ayuda mensual a las compañeras que tienen registro y para algunos traslados. Entonces yo digo que son estrategias del gobierno para que las víctimas también se peleen entre ellas. A mí me han llegado a decir:

—Oye, Chely, ¿qué? ¿El caso de ella vale más que el mío?

—¡No, mi vida! Pero es que no soy yo.

Muchas veces mis compañeras piensan que yo soy la que toma decisiones; pero, a medida que alguien se va metiendo en esto, se da cuenta de que en las tomas de decisiones yo ni siquiera participo. Es muy triste ver que a veces mis compañeras no consideren esto.

Yo me dedico a buscar gente altruista, a buscar gente que nos apoya, que hace diferentes tipos de donaciones. Por ejemplo, ahorita que desafortunadamente estamos viviendo algo terrible como esta pandemia, si alguien necesita medicina, los apoyo consiguiéndola; si alguien necesita una consulta, pues los apoyo con eso, y que no se las cobren; se consiguió dinero para despensas o en especie y a las compañeras no se les ha desamparado, ya que muchas quedaron sin trabajo y tienen niños pequeños. Todo esto es desgastante, porque estamos encerradas sin trabajar; y lo peor: sin buscar a nuestros hijos desaparecidos. Estresadas y enfermando de tristeza.

Yo no me quedo con despensa, porque yo vivo sola en mi casa y sería egoísta. ¿Yo para qué la quiero ahí guardada? Mejor se la doy a mis mamás que sí lo necesitan. En Córdoba me dan cierto número fijo de despensas mensuales para mis mamás y yo se las hago llegar. Es parte de algo que me

gusta hacer y que me satisface. Luego le digo al de allá arriba: “¡Ya, Diosito! Ve todo lo que hago y sin salario y sin nada. Nomás échame la mano, nada más dame lo que quiero, eso es todo lo que pido, no pido más”.

Yo vivo en la búsqueda de mi hija y tengo que viajar, porque mi denuncia más fuerte es ante una instancia federal. Si me invitan a un taller en México, aprovecho también para ir a revisar mi expediente, ver si hay adelantos. Oí decir en una ocasión que las ONG usan a las víctimas para vivir. Y yo me dije a mí misma: “¡Ay, güey! Pues que las ONG no se enteren que yo las uso a ellas, porque si no, ya no me van a ayudar”.

A mí me dicen: “De 9 a 3 hay taller y te vamos a pagar los viáticos para que vengas al taller. Va a ser lunes, martes y miércoles”. “¡Va!”, digo yo. Me apunto al taller. Voy y aprendo. Voy y me pagan mis pasajes. Tengo un compromiso de tres días con ellos, pero, saliendo de ahí, me voy en chinga con mi fiscal. Voy a ver a UEITMPO, voy a ver acá, allá. Yo aprovecho. Así no he dejado la búsqueda de mi hija, porque me han apoyado en ese aspecto. Pero mi compromiso es cumplir. Por eso yo decía: “Si las ONG se enteran que yo las uso, ya no me van a invitar”.

Así es como yo busco a mi hija, gracias a esas ONG que me ayudan y yo puedo ir a aprender y a buscar a mi hija. Entonces eso lo replico con varias compañeras. Tengo un grupo como de seis mamás que sí van a los talleres. Tengo un grupo de cinco personas que han hecho la Escuela de Paz, que promueve Serapaz. Yo lo hice hace tres años. Dura todo un año, con sesiones cada dos meses. Íbamos dos, tres días a Casa Xitla. En 2017 se graduaron otras dos más de aquí del Colectivo y en 2018 se graduaron otros dos compañeros.

Es parte del compromiso que ellas van adquiriendo. Yo siempre les he dicho: “Si nos vamos a meter a esto, culménenlo, porque es muy feo que no lo hagan y las ONG gastan, y a lo mejor alguien que sí quiere ir a aprender no va porque ya no alcanzó”.

También busqué los acompañamientos psicosociales por parte de la PGR. Esos son nada más para casos federales, pero acordamos que se los dieran a todas las víctimas, porque son muy buenos. Una va ahí como mediando. Y va una viendo de qué manera consigue aliados, de qué manera una puede apoyar y de qué manera me apoyan a mí, para poder seguir con la búsqueda de mi hija.

En cuanto al apoyo en la parte jurídica, tenemos a Idehas. Gracias a esa organización tengo dos abogados. El licenciado Juan Carlos Gutiérrez me

lleva todo ante la ONU, en el comité de Desaparición Forzada, en Ginebra. El caso de mi hija está abierto en esa instancia y la ONU se ha pronunciado a favor mío por todos los incidentes graves. El otro abogado es el que ve con UEITMPO cómo va el avance en el caso de mi hija.

Por ese apoyo, yo he aprendido a caminar con esas organizaciones, que han ayudado en todo este proceso tan grave. He aprendido muchísimo. Yo lo he dicho: si Rubis me viera hoy hablar, expresarme, moverme, ella me diría: “¡Guaaaauuu! ¡Mi mamá!”

Porque yo fui una mamá muy sumisa. Ahora no soy nada de lo que era antes y mis hijos dicen: “¡No manches, mamá, ahora estudias más que antes!”

Cuando empecé a ir reuniones en el 2013, cuando empecé a conocer organizaciones, y yo veía cómo se expresaban, cómo movían los brazos las licenciadas, las abogadas, las activistas de las ONG, yo decía: “Esta palabra no la entiendo” y la apuntaba. Ya cuando estaba en mi cuarto empezaba yo: “¿Y esto qué significa? ¿Y esto cómo lo hilas con esto?” Así aprendí. Luego la gente me dice: “¡No manches, Chely! ¿De dónde carajos sacas todo eso que haces?” Estudiando, preguntando, investigando, pidiendo, haciendo vínculos para construir.

Hoy fui a recoger unas dispensas con unas licenciadas. Yo había pedido apoyo con un oficio, pero apenas las conocí en persona. Y, platicando con ellas, me dijeron:

—Señora, me llegaron dos casos de víctimas de desaparición, los estamos manejando con la psicóloga.

—Pues, mire –le dije–, podemos hacer un puente, un vínculo, en que yo las puedo ayudar a ustedes con esas personas a ver cómo vamos avanzando en el caso de la carpeta.

Y sabiendo que la PGR venía a darnos el taller de acompañamiento, con mucho gusto las invité:

—¿Qué les parece si van y ven cómo trabajamos y construimos?

La licenciada se me quedó viendo y me preguntó, incrédula:

—¿De veras nos invitaría?

—¡Claro! Se trata de avanzar, se trata de construir.

—Señora, de verdad que yo había escuchado cosas buenas de usted, pero ahorita me acaba de sorprender.

Eso tengo que hacer. Nos guste o no, en todos los ámbitos hay personas muy buenas, hay personas muy malas, pero yo creo que a esas personas ma-

las hay que darles la vuelta e irnos por la construcción. Siempre nos vamos a encontrar piedras, pero hay que empezar a brincarlas, a hacerlas a un ladito; si no, no vamos a llegar a ningún lado.

Las autoridades

En cuestión de la autoridad local, estamos viviendo tiempos muy difíciles, dado que la magnitud del problema se agravó más. Sabemos que en el estado de Veracruz la coparticipación de la autoridad con la delincuencia se ha venido generalizando, se ha comprobado. A eso le agregamos que en el ámbito local, en Orizaba, la colusión de las autoridades con los delincuentes se ha dado desde hace mucho tiempo. Hablo de los alcaldes, de la persona a la que le han dado el poder para representar a la corporación de policías.

Al ejecutar, en noviembre del 2018, a dos jóvenes y al violar los derechos de muchos, muchos ciudadanos, la autoridad ya rebasó la tolerancia de la sociedad. Llegó el hartazgo. Si a esto le agregamos las falsas detenciones como pasó conmigo, sin argumento alguno, la cosa se complica más.

Ese día íbamos a Córdoba, yo tenía una cita en Fiscalía. Íbamos bien, cuando de repente nos paró una patrulla sin argumento alguno. Uno de mis escoltas le preguntó al oficial quiénes eran.

—Estoy trabajando —le respondió el policía—. Soy de PGR, de PGR de aquí.

No tienen ni la menor idea de cómo son las instancias. PGR no es local, ni siquiera estatal. El agente le dijo que tenía que reportar a su mando y empezó a hablar con otro policía que traía cámara. Si nosotros estábamos equivocados, así como lo declaró después el alcalde, ¿por qué no sacaron su video?

Ellos sabían que era una retención ilegal, porque me tuvieron más de 20 minutos sin argumento alguno, sin explicaciones. No cometimos falta administrativa y ellos nunca comprobaron nada, nunca llegó su alto mando. Después de los 20 minutos, me dejaron ir por órdenes de Herebia. Porque yo ya había hablado al fiscal, le mandé mensaje, también mandé mensaje a México y subí una foto a redes sociales. Fue una arbitrariedad.

No solo ha pasado conmigo: ha pasado con mi compañero Oliver, que también colabora y trabaja con nosotros. Herebia lo retuvo y, cuando lo

tenía en su oficina, le dio un mensaje para mí. Él me mandó decir que respetaba mi trabajo y que comprendía el dolor por el cual pasaba. Nada más. Nos preguntamos: ¿qué pasa? ¿Es un mensaje de qué? De ellos podemos esperar cualquier cosa.

Centeno, el jefe de la Policía Municipal de Orizaba en tiempos de Duarte, nos hizo un falso operativo, con más de ocho patrullas. Era un mundo de policías, nos tenían rodeados, con armas largas apuntándonos, sin argumento alguno. Al otro día, el Ayuntamiento sacó un comunicado diciendo que la policía recibió una llamada diciendo que un vehículo blanco transportaba gente armada, una camioneta y un Nissan donde yo viajaba. Luego volvieron a reportar un vehículo blanco.

Ninguno de los tres concordaba con el vehículo que traíamos. Claramente fue un hostigamiento, una forma de estar recordándonos: “Aquí estoy”. Lo único que les incomoda a ellos es que nosotros busquemos y que los expongamos como las autoridades corruptas que son, autoridades que no han servido absolutamente para nada. Podremos tener una ciudad bella, pero ¿la seguridad de sus ciudadanos en dónde queda?

La última vez que tuve una reunión con el alcalde sobre el hostigamiento, él me dijo, delante de los agentes de Derechos Humanos y de abogados y de todo:

—Pues a mí se me hace chistoso lo que pasó.

Al alcalde se le hizo muy chistoso lo que hizo Herebia con mi compañero y el hostigamiento policial.

—Discúlpeme, alcalde –le respondí–. Me da tristeza escuchar eso de usted, porque usted está aquí para defender a sus ciudadanos, no para que se le haga chistoso que hostiguen a alguien.

Entonces ni yo, ni el Colectivo, tenemos ningún apoyo con la autoridad local. No tenemos coadyuvancia, ni una plática constructiva. He querido meter la iniciativa de un panteón ministerial en la zona de Orizaba. Y el alcalde, al día siguiente de que mataron a estos jóvenes, en noviembre de 2018, no sé por qué, dio una declaración a los medios de comunicación diciendo que Orizaba no iba a tener panteón ministerial. Ni venía al caso. Yo me dije: “¡Ah, chirrión! ¡En vez de que se pronuncie sobre los jóvenes que asesinaron, saca esta nota en contra del Panteón!”

—A Aracely Salcedo ya le dije que no va a haber panteón ministerial –declaró, así nomás.

Estaba enojado por algo. No es mi problema.

Noviembre de 2018 fue de cambios en el Congreso del estado de Veracruz y esperábamos que realmente el cambio al que mucha gente le apostó se llegara a concretar. Aunque yo sé que, incluso antes de que empezaran a ejercer, las autoridades cayeron de la gracia de mucha gente.

No se puede pensar que llegará el Mesías a cortar de tajo todo y a decir que va a haber nuevos brotes. Deberían tener una estrategia real sobre el contexto de Veracruz, en diferentes temas: en lo social, la seguridad, educación, servicios médicos, sector salud... y, conforme a esa estrategia, ir haciendo rutas de trabajo hasta concretar. Si no, no se va a poder.

A nivel federal hemos tenido reuniones con Olga Sánchez Cordero y con Alejandro Encinas, porque yo estoy en el Movimiento por Nuestros Desaparecidos en México, soy del Grupo de Incidencia y soy la vocera oficial del Movimiento. Hemos tenido diferentes reuniones donde se les ha planteado toda la situación de lo que estamos viviendo y se les explicó dónde realmente queremos que se hagan estrategias de trabajo, que realmente se lleven a cabo.

Yo le dije a la doctora Olga Sánchez Cordero y al maestro Alejandro Encinas en alguna reunión que tuvimos:

—Yo creo que muchos de nosotros ya nos cansamos de dar insumos, yo creo que ustedes son parte de esta sociedad dolida, ustedes saben las necesidades que tenemos.

Yo sí lo creo. Más, porque muchos de ellos vienen de puestos políticos. Creo que ellos no están cerrados de ojos, por eso realmente deben de implementar algo para empezar a subsanar todo esto. No se va a llevar un mes, no se va a llevar un año, no se van a llevar dos ni tres: esto va a tardar muchos años. Yo creo que vamos a acabar el sexenio y todavía ni siquiera se van a llegar a concretar cosas. Así lo veo, porque socialmente estamos muy dañados, estamos muy deshumanizados. Ojalá realmente se haga un cambio, que todos esos servidores públicos que nos deben ayudar a los ciudadanos a implementar, a reformar, a meter iniciativas, que realmente se concreten. Podemos tener mucho compromiso, muchas ganas de querer hacer algo, pero de tener ganas a realmente hacerlo, estamos lejos.

Nosotros esperábamos que con el nuevo gobierno las cosas mejorarían un poco, ya que en los discursos de campaña a nivel nacional, estatal y local se decía que los desaparecidos eran prioridad. Pero una vez más nos enfren-

tamos a que eran solo discursos bonitos de campaña que las familias que buscamos a un ser querido queríamos escuchar, pero la realidad fue otra. Fue una burla escuchar al presidente López Obrador decir que “PERDÓN Y OLVIDO”, “ABRAZOS, NO BALAZOS” o, peor aún, que había que acusar a los delincuentes “con su ABUELITA”. ¡¿Cómo le pide a una madre cuya hija o hijo fue torturado que perdone?! ¡¿Cómo le pide a una madre cuyo hijo o hija está desaparecido que olvide?! ¡Bien dicen que mientras los desaparecidos no sean de tu familia no te van doler!

¡Ojalá la sociedad en general se sumara a esta causa, que no espere a tener un desaparecido para entender el dolor que sufrimos de no saber dónde están! ¡Ojalá que todos juntos alzáramos la voz exigiendo VERDAD, MEMORIA Y JUSTICIA para todas las jóvenes que, como a mi Rubí, les arrebataron sus sueños y su libertad! ¡Y también para todas aquellas a quienes les arrebataron la vida, como Vanessa, Kimberly, Estefanía, Karen, Mariluz y Karina, que en gloria de Dios estén!

Hemos hecho mucho trabajo: en visibilización, y sensibilización. Lo que hago, lo hago de corazón, porque creo que, a raíz de todas esas acciones, que el ayudar alguien, me ayudará a mí; que valen mucho ante los ojos de Dios para que yo pueda encontrar a Rubí. Y, primero Dios, así va a ser.

Una frase que yo le hice a Rubis y que repito siempre es: “Porque la lucha por un hijo no termina y una madre nunca olvida”.

Palabras finales

Quiero agradecer a mi padre, el señor Fernando, por estar conmigo. A mis hijos Irving, Giovanni y Alexiss, por haberme escogido como su madre. A mis nuevas: a Laura, que es mi segunda hija y que llora la ausencia de Rubí, porque se quieren como hermanas, y a Fritz. A mis hermosos nietos Joseph, Evans, Santiago y Aithana, por mantener la memoria siempre en presente de su tía Rubí. A nuestro ángel, Iker Santiago, quien nos protege desde el cielo y que cuida a su mami día a día.

Quiero agradecer a Dios por poner en mi camino a mis ángeles sin alas pero que caminan a diario en la búsqueda de mi hija, que me han ense-

ñado a ser más fuerte y más segura. Sobre todo, hemos pasado momentos muy tristes, momentos de peligros y, gracias a ellos, sigo viva: pertenecen a la Policía Federal Ministerial adscrita al servicio de protección. Me refiero al comandante licenciado Ernesto G. y a los oficiales licenciado Óscar Alejandro C. y al licenciado Jorge Hermilo H.

Gracias a las compañeras del Colectivo Familias de Desaparecidos Orizaba-Córdoba por seguir adelante como una familia, apoyándonos en la búsqueda, dándonos fortaleza y ánimo cuando ya sentimos no tener fuerzas.

Gracias, amiga Celia, por todo tu apoyo, por enseñarnos que, a pesar de que estemos en la peor tormenta, el amor todo lo puede, por esa fortaleza que inspira a seguir adelante día a día con fe, por sumarte a esta causa de los desaparecidos, por ser la voz de cada uno de ellos y porque, a través de tus letras, quedará plasmada con más fuerza la exigencia de JUSTICIA.

Mi sentir cuando narraba cómo pasó la desaparición de mi hija Rubí fue volver a vivir ese día de dolor, ese día donde mi vida quedó anclada, cuando me arrebataron un pedazo de mi corazón, de mi vida. Reviví el dolor, la impotencia y la rabia de no saber dónde está.

Pensé que a través de este libro quedará plasmado lo que las madres vivimos en la búsqueda de nuestras hijas. Ahí estará la recuperación de memoria de cada una de ellas. Algún día mi hija Rubí leerá todo lo que su familia ha hecho por encontrarla.

“¿Qué tal si me voy y él llega a venir
y no me encuentra?”

Alain Emilio Cortés Rodríguez
Desapareció el 31 de marzo de 2011

*Guadalupe Rodríguez,
madre de Alain Emilio*

SIEMPRE ME HA GUSTADO SER UNA PERSONA MUY DIRECTA, muy sincera, ¿no? Y si yo hubiera visto que mi hijo andaba en malos pasos, se lo diría. Pues yo creo que una como madre lo ve. Aunque a veces una necesite hacerse un poquito así como que no, como que no sabe, ¿una se da cuenta!

Mucha, mucha gente que lo conoció siempre me habla muy bien de él. Cuando pasó lo que pasó, igual, muchas personas me decían: “Bueno, pero ¿por qué?, ¿qué pasó?”

A veces no sabemos en realidad con quién estamos, ¿no?

Ese 31 de marzo de 2011, él estaba en la casa, con unos vecinos. Estaban tomándose una cerveza, afuera de la puerta. Yo salí y le pedí que se metiera y él me respondió:

—Mamá, ¿qué me va a pasar?, estoy aquí afuera.

No era la primera vez que él estaba ahí, ni él ni los otros jóvenes. “Bueno”, pensé, “¿qué le va a pasar –sinceramente– estando afuera de la casa?” Tenían música; llegó otro vecino de junto que también está desaparecido. Estaban tomando una cheve y se salieron como a la una y media de la mañana a comprar, porque nosotros vivimos cerca de un negocio que se llama

Montosa, que es como un Oxxo. Estaba también un señor ya grande de edad e iba a irse con ellos, pero llegó su hijo y le dijo:

—¿Dónde vas? Espérate, ellos son más jóvenes.

Se fueron así como andaban. Mi hijo con un pantalón de mezclilla, una camisa de tirantitos, sus tenis. El vecino que también desapareció junto con mi hijo iba de chanclas, de short y una camiseta. O sea, no tenían planes, porque nada más llevaban la bolsita con el envase de cerveza y los centavos. ¿Cuánto pudieron haber juntado? ¡Ni cien pesos!, porque entre los que estaban ahí, el señor y los vecinos... muy poco.

Fue todo.

Llevo desde el 2011 hasta ahorita con la esperanza de que algún día él va a llegar y me va a hablar. Dos días después de haber desaparecido, me marcó. Muchas veces yo he cargado eso. Yo estaba en el trabajo. Sonó el teléfono y, cuando contesté, él me gritó, angustiadísimo:

—¡Ma! ¡Ma!

No sé qué pasó, se cortó. A mí se me hizo fácil regresar la llamada. A lo mejor ese fue mi error: yo regresar la llamada. Y me contestó un hombre. Cuando mi hijo me marcó no se oía más que la voz de él, pero cuando ya regresé esa llamada se oía mucho ruido, ¡pero mucho ruido! Entonces yo le dije que yo quería hablar con el joven que me había marcado, pero ahí no había nadie. ¡No había nadie! Y empezaron a oírse ruidos, mucha música, ¡pero fuertísima! Y el hombre comenzó a preguntarme que de dónde hablaba y yo quién era. Obvio, no le dije.

—Es que tengo una llamada...

A veces me arrepiento de haber regresado esa llamada, pero era la voz de mi hijo. Y yo pensé que a lo mejor me iba a decir: “Mami, pues estoy tomando”. A lo mejor. O no sé, no sé: “Estoy con unos amigos”. Aunque él nunca era así de irse. Él no.

Fue la última vez que oí su voz.

Él era un joven tranquilo, iba a la escuela, estudiaba, trabajaba. En la escuela nunca tuve problemas con él. Es un joven capaz de muchas cosas. En el momento en que desapareció, tenía 18 años y muchas ilusiones. Él quería trabajar porque la muchacha con la que se había juntado estaba embarazada. Estaba ilusionadísimo con conocer a ese bebé, pero desafortunadamente no se pudo, él se quedó con eso. Donde él esté ha de estar pensando en su hija o en su hijo, porque él estaba con esa ilusión y muchas veces me dijo:

—Mamá, va a nacer mi bebé, ¿qué vamos a hacer? Voy a entrar a trabajar a otro lado.

Quería entrar a trabajar a la Comisión Federal de Electricidad; además estaba estudiando la prepa. Como a los 15 días que desapareció, me entregaron su papel de que había acabado su prepa, porque la estaba estudiando abierta.

Mi nieta tuvo problemas para nacer, porque la muchacha entró en mucha depresión y la bebé nació de ocho meses. Estuvo entre que si se salvaba y no, pero gracias a Dios sí, la niña se salvó y ahorita ya tiene siete años. Su carita se parece mucho a la de mi hijo. La veo por fotos que me enseñan, porque la muchacha se casó con otro y él no la deja que venga. Ya sé que está bien, que es lo importante. Algún día va a crecer y a la mejor me va a buscar.

Yo vivía en Tijuana, con mi segundo esposo y mis hijos: Alain Emilio, que es de mi primer matrimonio, y mis otros dos hijos ya adolescentes. Me regresé porque es una zona horrible. Un día le dije a mi esposo:

—¿Sabes qué? Vámonos de acá, porque estamos trabajando, ganamos pues... no bien, pero ahí la llevamos. Es que aquí está bien feo, la situación está horrible, mejor me regreso a mi pueblo.

¿Cómo vas a adivinar que las cosas te vienen a suceder aquí, en donde menos te lo imaginas? Y sí, a veces digo: “¡Asumecha!, no sé si fue mejor venirme o no. ¿Qué tal si mejor me hubiera yo quedado allá y nada de esto me hubiera pasado?”

El padre de Alain Emilio vive en México, pero él no... Nunca... Se enteró, pero pues no... él nunca... él así no. Los que sí se pusieron muy malos, porque me ayudaron mucho a criar a mi hijo, fueron sus abuelos paternos, hasta la fecha. La señora se acabó mucho... Yo voy a la casa de la señora y me dice:

—Tú eres mi nuera, hay un lazo muy fuerte entre tú y yo. Los problemas con mi hijo, si no se quiso hacer responsable nunca, ora sí como dicen: allá él.

Ellos me ayudaban. Sinceramente los señores me ayudaron mucho. A la señora le agradezco, me enseñó a hacer muchas cosas, a cocinar; con eso pude salir adelante. Una vez mi hijo le preguntó a mi papá:

—Abuelito, quiero que me digas una cosa. ¿Es cierto que mi mamá me sacó adelante vendiendo tamales, gelatinas?

—Sí, ¿por qué? ¿Te avergüenzas de tu madre? —preguntó mi padre.

—No, abuelito, al contrario; admiro a mi mamá porque, aunque nunca tuvo el apoyo de mi papá, a mí nunca me faltó nada.

Yo trabajaba para mi hijo, siempre trabajé para él. Mi papá y sus abuelos me apoyaban, a la mejor no mucho, a lo que ellos podían, pero yo siempre trabajé para él. Si de algo no me puedo arrepentir, es de decir: “Pues lo dejé”. Nunca. Y cuando me volví a juntar yo le dije a la persona:

—¿Sabes qué? ¿Me quieres? Si vas a vivir conmigo, llevo un hijo. Y no creas que me vas a decir “Vente y déjalo”.

Él lo quería, lo estimaba. A él le dolió mucho cuando pasó lo de mi hijo, y me dice:

—No, gorda, ten fe, vas a ver que lo vamos a encontrar, de una u otra forma. Y cuando lo encuentres, ya también tú vas a estar tranquila.

Mis otros hijos también me apoyan. Ellos son los que me dicen:

—Mamá, échale ganas. Mi hermano, donde esté, va a estar bien, y a la mejor un día regresa.

Fui, como todos, a poner mi denuncia y me hicieron esperar hasta las 72 horas, porque en el Ministerio Público y todo eso, nunca, nadie hace caso de nada.

Luego fui muchas veces a preguntar y nunca saben nada. Dizque habían ido a preguntar, pero es pura mentira. Eso sí no creo, porque por lo menos ya me hubieran dicho los vecinos: “Oye, anduvieron preguntando”. Pero nunca... Eso no es cierto. Yo siempre fui a ver y a darme mis vueltas, y que no, que en eso estaban, que sí habían hablado. ¡Mentira!

Lo primero que dicen es que “son jóvenes”, “a la mejor se fue a otro lado a trabajar y después se comunica”. ¡Bueno fuera que se hubiera ido a otro lado! Pero no. Se echan la bolita unos a otros, cuando ven que no sabemos. Luego piden el expediente, por eso yo siempre andaba jalando las copias, los papeles. Les daba el número de expediente, así es más fácil de buscar. Pero pues no. Las autoridades aquí, no. Nada.

No me tomaron pruebas de ADN sino hasta apenas en octubre de 2018, que fue lo que hizo la señora Aracely. Yo tengo mis copias donde fui a meter mi denuncia y todo, pero el caso nomás no camina. Desafortunadamente es una ciudad bonita, pero hay muchísima gente desaparecida. Tampoco ha aparecido el vecino que iba con mi hijo.

Tengo una hermana que vive en Cancún y me invita a irme para allá. Le digo que no, porque ¿qué tal que yo me voy y mi hijo llega? No va a encontrar a nadie. ¿Qué tal si me voy y él llega a venir y no me encuentra? A veces tengo la esperanza de que algún día lo voy a ver.

Me quedan sus fotos, sus recuerdos... quedan los bellos recuerdos que tenemos de nuestros hijos. Es muy duro. Yo, al principio, renegaba mucho. Me preguntaba: “¿Por qué no mejor fue un accidente?” “¿Por qué no fue en otras circunstancias donde yo supiera que aquí lo voy a dejar, y que aquí lo voy a ver, dejarle una flor?” Yo cuando veía en la tele “Se busca un niño”, decía yo “¡Asu!, ¡pobres padres, qué tristeza y qué dolor!” Pero nunca, ¡nunca de los nuncas! me imaginé que yo iba a pasar por algo así.

Es algo que yo no se lo deseo a nadie, de veras, a nadie, ni a mi peor enemigo, porque hay mucha gente que es mala, no tienen ni la mínima idea de lo que es el llevar esta pena... Solo yo sé lo que siento. Uno como padre, todos los que estamos aquí sabemos lo que sentimos y es algo que no le deseamos a nadie; de veras, a nadie.

Mi hijo desapareció el 31 de marzo y, en una ocasión, el 10 de mayo, llegó a mi teléfono un mensaje: “Felicidades”. Yo dije: “Ay, ¿pues quién se acordó?” Se siente bonito cuando el 10, día de la madre, alguien se acuerda. Cuando vi mi teléfono, se me heló la sangre: el mensaje seguía: “Feliz día de la madre sin tu hijo”. Lo único que le contesté fue: “De corazón te deseo que nunca pases algo similar, porque entonces vas a saber lo que es el dolor de tener un hijo desaparecido”.

“¿Por qué desaparecieron a mi hijo
si los problemas son conmigo?”

Ángel Josué Avelino Conde
Desapareció el 31 de julio de 2011

*María del Carmen Conde,
madre de Ángel Josué*

ÁNGEL JOSUÉ ERA UN NIÑO HIPERACTIVO, ERA MUY SANO. Le gustaba subirse a los árboles. Era muy celoso cuando chiquito: bastaba con que me chulearan para que agarrara piedras y se las aventara al imprudente galán. Pero también era bondadoso: si veía niños más chiquitos les regalaba sus juguetes. No era nada envidioso.

Pero no dejaba de ser travieso. Una vez, forcejeando con su hermano, este le aventó la bicicleta y, como estaba más chiquito, se le enterró el pedal en la mandíbula. Tuvieron que llevarlo a suturar al hospital; aquel incidente le dejó una cicatriz. También era muy tímido y tenía un gran amor por mí. Siempre me decía: “Ma, cuando yo crezca te voy a comprar un coche”. “Ma, cuando yo crezca te voy a comprar todo lo que tú quieras.”

En una ocasión, cuando tuve un principio de neumonía por acomodar carnes frías en los refrigeradores de la tienda donde trabajaba como dependiente de salchichonería, ya estando él en la secundaria, de los dos hermanos, era él quien me decía: “¿Qué te duele? No te preocupes, ma”.

Y corría, y como él podía me hacía un té, me lo llevaba a la cama y se acostaba junto a mí para confortarme. Era muy sensible y mucho más ma-

duro que los otros chicos de su edad. Yo llegaba a pensar: “¿Cómo mi hijo puede pensar eso si está chiquito?”

En julio de 2011, Ángel Josué tenía 19 años y cursaba el segundo semestre en el telebachillerato de Santa Ana; yo lo llevaba y lo traía a diario. Seguía siendo muy sano: no fumaba, no bebía. Al igual que yo y que su hermano mayor, era selectivo y reservado con la gente. Por donde vivimos –atrás de Puerta del Sol, que ya pertenece a Mariano Escobedo– no hacemos amistad con las personas; solamente “Buenos días”, lo cordial. Mis hijos no eran de los que andaban vagando o metiéndose a la casa tarde, ni siquiera a las diez. Ángel Josué sí se llevaba con sus compañeros, pero vivían muy lejos. También se llevaba con los sobrinos de su padrastro.

Mi hijo ya había empezado a trabajar en el oficio de albañilería, pero lo que él realmente quería era ser chef. Incluso, los fines de semana iba con un chico que llegó a Orizaba de Monterrey a poner un restaurant de carnes y le estaba enseñando, hasta que el joven restaurantero se fue de la ciudad. A pesar de todo, Ángel Josué insistía en estudiar para chef y comenzó a comprar trastes: “Es que ahora necesito un esto, es que ahora necesito un lo otro...”

Y él era el que cocinaba en la casa. Hacía mucho que yo no lo hacía.

Ángel Josué es el segundo de los dos hijos que tuve. Me casé muy chica y mi marido me abandonó con los dos niños. Logré sacarlos adelante y terminar mi carrera de auxiliar de educadora, asistente de guardería. Volví a casarme con un hombre que al principio fue bueno conmigo y con mis hijos. Juntos compramos un terreno y con gran esfuerzo construimos una casa, la que sería patrimonio de mis hijos. Los niños recibieron el apoyo del programa Sedesol, desde el kinder hasta la preparatoria, y con esas cantidades, además de mi trabajo, se podía invertir en la casa.

Pero las cosas cambiaron con el tiempo. El que había sido un marido amoroso comenzó a golpearme, a agredirme, a pesar de ser discapacitado. Yo sabía que él andaba en cosas chuecas y amenazó con involucrarme si decía algo. Luego llegaron las demandas. Él arguyó violencia en su contra y abandonó el hogar, escriturando a nombre de otra persona la casa que habíamos comprado juntos.

Ángel Josué se daba cuenta y siempre quiso defenderme. Él era quien me daba apoyo moral y constituía mi más firme defensa. A pesar de sus entonces 17 años, era muy maduro. Tuvo un hijo con una chica mayor que él y, aunque la pareja decidió separarse, fue en buenos términos y él siem-

pre sintió la responsabilidad de darle dinero a su hijo. También insistía en trabajar para contratar a un abogado que arreglara el asunto de la casa de la familia; le angustiaba la idea de que pudieran quitarnos nuestro único patrimonio.

Otras veces me decía: “Ma, ya vámonos de esta casa, aunque nos quedemos sin nada”. Pero yo pensaba en todo lo que nos había costado levantarla y que era el patrimonio de mis hijos.

Ese día, 31 de julio de 2011, me fui a trabajar en la guardería y dejé a mi hijo en la casa, como muchas otras veces. Casi al medio día, Ángel Josué se comunicó conmigo. Me dijo que estaba en Veracruz.

—¿Y qué haces en Veracruz? —le pregunté.

—Es que me vine a buscar trabajo.

—¡Regrésate!, ¿qué haces allá? —le dije, furiosa—. No te preocupes por la casa.

Pero el muchacho no cedió. Al fin me dijo:

—No, ma. Cualquiera cosa, este es mi número —era un número de Veracruz.

Al parecer aquel viaje era algo que él ya había planeado. Y sabiendo cómo era él, desconfiado y selectivo para las amistades, pienso que tuvo que haber ido con alguien de confianza, porque él no se aventuraba solo.

Se fue sin dinero, con su credencial de elector, con cartilla militar, con el CURP y el acta de nacimiento: lo necesario para buscar un trabajo legal. También se llevó su viejo celular barato. Apenas empezaba la moda de los celulares; él traía un celular que no era moderno.

Cuando salí del trabajo, me enteré por mi hermana de que mi hijo también le había notificado, a través de Facebook, que estaba en Veracruz. Esa noche, cuando llamé al número que mi hijo me había dado, no recibí respuesta. Desde ese momento se lo tragó la tierra. Pasó un día, dos, tres... y él jamás se volvió a comunicar.

Acudí enseguida a las autoridades y me dijeron que tenía que pasar un tiempo para que se considerara a mi hijo como desaparecido. Regresé en septiembre a insistir sobre la denuncia y las autoridades finalmente accedieron a aceptarla. Pero aquello fue un calvario: me empezaron a cuestionar y a criminalizar a mi hijo. Comenzaron las preguntas:

—¿Su hijo llevaba dinero?

—¿Su hijo traía un buen celular?

—¿Su hijo andaba con amistades de carro?

Y, aunque respondí que mi hijo no tenía dinero ni un buen celular, ni las preguntas ni mis respuestas figuraron después en el acta de la denuncia. Yo sé que mi hijo desapareció por tanta violencia que yo viví en la casa y por su desesperación como adolescente de irse, para apoyarme con un abogado y salvar nuestra casa.

Entonces declaré que, efectivamente, yo tenía problemas con el padrastro de mi hijo, que se había ido, y empezaron las investigaciones. Antes, en ese año, todavía había judiciales –los llamados judiciales– pero, como se llevaban con mi marido, después de irlo a ver a él, regresaron a decirme:

—¿Cómo cree usted que el señor pudo hacerle algo a su hijo si le falta una pierna?

Nunca, nunca, me carearon con él, nunca me citaron con él, nunca nos confrontaron ni nada.

Mi marido los mandó con una niña que supuestamente tuvo algo que ver con mi hijo, una niña de 15 años. Yo a esa niña no la conozco. Y la niña declaró a los judiciales que mi hijo vivió con ella 15 días, pero que estaba embarazada de dos meses. No concordaban las fechas, nada.

Después de siete años, a mi fiscal yo le he estado insistiendo en esa declaración. He pedido que me presenten a la niña, ¿quién es? Nunca declaré conocer a esa niña o que mi hijo tuviera algo que ver con ella.

En esa ocasión, nos preguntaron si teníamos una prueba de ADN y, aunque hacía dos o tres años nos hicieron una, en mi expediente no había nada. La fiscal no sabía tampoco y sugirió que, en todo caso, se hiciera de nuevo. Nos la hicieron, pero la prueba resultó ser falsa.

Siete años después, apenas en octubre de 2018, volvieron a tomarme la prueba de ADN y a tomarme esta vez una declaración completa, tal y como debería ser. Desde que Ángel Josué desapareció, jamás me habían sentado a declarar tantas horas. Con eso confío en que ahora sí comenzarán las investigaciones tal como deben ser.

Ahora estoy sola en la casa, estoy sola en esa casa. Es mucha casa para mí, es rústica, toda la pared y el piso, pero ya no hay nadie, ya no está a quien yo amaba, ya mi otro hijo tampoco está. A veces como que ya quiero dejarle la casa a mi marido, pero otras veces pienso que ya no tengo edad para volver a alzar otra y que me voy a quedar desamparada, porque en esta vida y teniendo un desaparecido, empieza uno a perder familia, empieza

uno a perder amigos, empieza uno a perder amistades porque dicen: “¡Ay, mira esa!, ¿por qué se le desapareció su hijo?”

O mi mamá, que era de las personas que decía:

—¡Ya! Ya deja de buscarlo. Es que tu hijo a la mejor está muerto.

Y luego iba yo a la casa y me decía:

—¿Ves esa silla? Ahí se sentaba mi nieto...

Y en vez de ayudarme, salía yo más deprimida de la casa de mis papás. Entonces dejé de frecuentarlos. Tampoco frecuento ya a las amistades que me conocen, porque también me dicen:

—¿Todavía no aparece tu hijo? ¡Ay, mana! Pues ya déjasele a Dios.

¡Dios! Hasta pierde uno la fe. Aunque mis papás son cristianos, nunca me inculcaron ninguna religión. De pequeña daba catecismo, pero en la iglesia sufrí acoso por parte de un sacerdote cuando era yo joven y me salí. Después empecé a estudiar otra religión, pero en sí yo no profeso ninguna.

Hasta el trabajo perdí por andar buscando a mi hijo. Me dijo mi patrón, después de que le pedí permiso para ir a trámites, que mejor primero arreglara mis cosas y después volviera.

Hace cinco años, vinieron igual a hacer unas pruebas ahí en Norte 8, y me encontré a las del Colectivo y me alcanzaron y me preguntaron:

—Oiga, ¿tiene usted un desaparecido?

—Sí, es mi hijo.

—Mire, únase al Colectivo, que va a tener más apoyo.

Y sí, parece nada, pero algunas veces cuando es uno de un colectivo, como que se nos abren más las puertas, ¿no?, como que la autoridad dice: “¡Ay, mira! ¡Ahí vienen! Esa pertenece al Colectivo”. Y como que así nos hacen caso más rápido.

Palabras finales

Fue un desafío para mí, lo es día a día platicar esta pesadilla. Sin embargo, me sirvió de mucho ejercitar mi memoria y no olvidar ningún detalle sobre la desaparición de mi hijo Ángel Josué Avelino Conde, reconstruir cada se-

gundo, algo que me ayude a encontrarlo. Miles de veces me pregunto por qué a mí hijo lo desaparecieron, ¿por qué, si los problemas son conmigo? Pensé que, al platicarlo, quien me escuchó no sentiría mi dolor, pero no fue así: me sentí en confianza para contar y sentir que fui escuchada con interés. Muy pocos escritores lo tienen en este tema.

“Si no lo buscamos nosotros, ¿entonces quién?”

Miguel Ángel García Muñoz
Desapareció el 27 de agosto de 2012

*María Elena Miriam Muñoz Flores,
Melissa García Muñoz,
tía y hermana de Miguel Ángel.
Su madre, Norma Muñoz, falleció el 18 de abril de 2016*

CUANDO MIGUEL ÁNGEL DESAPARECIÓ, el 27 de agosto de 2012, tenía 28 años y vivía con su pareja y sus dos hijos. El niño más grandecito tenía un año y ocho meses y el pequeñito acababa de nacer en mayo: tenía tres meses y medio. Él trabajaba en una empresa de banquetes, aquí en Orizaba, aunque ellos vivían en Río Blanco. También estaba estudiando. Empezó a estudiar su carrera de Derecho en la Universidad del Golfo de México, en Ciudad Mendoza. El día que desapareció iba precisamente para la universidad. Ese día empezaba el semestre, iba al curso de inducción.

Él salió ese día a las 2:30 de la tarde de su casa. Llamó un taxi porque ya se le hacía tarde. Su mujer iba llegando con sus dos bebés, porque los había llevado a vacunar. Como a él ya le ganaba la hora, pidió el taxi. De la entrada de su casa hasta la calle, hay que recorrer un pasillo como de más de media cuadra, está bien largo.

Su mujer entró con los niños y su mamá, y él ya iba de carrera. Ella lo iba salir a dejar, pero él le dijo que no saliera porque los niños venían llorones por la vacuna. Él se salió rápido, corriendo, porque ya estaba el taxi ahí para

que lo llevara. Eso es todo lo que sabemos, hasta ahí tuvimos comunicación con él.

Yo le llamaba todos los días, para saber cómo estaban los niños, y ese día le llamé a las 2:50 de la tarde. Nunca me contestó. El teléfono sí llamaba, llamaba, pero nadie respondía. Le llamé y le llamé y no me contestó. Yo pensé que estaba ocupado, pero le marqué como una hora después y tampoco me contestó. Entonces ya me empecé a preocupar. No recuerdo a las cuántas horas le comenté a mi hermanita, porque yo estaba trabajando, y mi hermana, la mamá de él, igual trabajaba. Ella era contadora de una empresa. Le marqué a su mamá y le dije:

—Oye, le estoy hablando a Micky y no me contesta. Ya tiene rato, desde como al 10 para las 3 le empecé a marcar, pero no me contesta y ya me entró tentación.

—Deja, yo le marco —me dijo.

Igual, mi hermana le empezó a marcar y marcar; sonaba y sonaba, pero nada. Ya nos entró la preocupación y le llamamos a su esposa.

—Con razón me extrañó, porque él siempre me marca a media tarde o a la hora que puede, para preguntarme cómo están los niños —nos dijo.

Le marcaba a su mujer todos los días, si estaba ocupado o trabajando, lo que sea, le marcaba para ver cómo estaban los niños y ese día no le marcó para nada. Ella también pensó que estaba ocupado y que no había podido. Ya entonces su mujer le empezó a marcar, pero lo mismo. No tuvimos comunicación.

Ese fue el inicio de nuestro calvario. Toda esa noche nos la pasamos en vela, en la sala de la casa, todos sentados, su papá, su mamá; toda la familia estábamos a la expectativa de que hubiera una llamada, alguien que nos dijera. Nosotros no tenemos dinero, somos como cualquier persona común y corriente, gente que trabaja y va al día, pero aun así dijimos:

—Pues a esperar, no sea que alguien nos llame.

Pero jamás hubo ninguna llamada. Él desapareció completamente.

Lo que más nos conmovía era su niño, el grandecito, el de un año ocho meses. Lo quería muchísimo, esperaba a su papá todas las noches. Se la pasaba paradito en la cama y que quería a su papá. Hay un ventanal que da al largo pasillo de la salida y el niño ahí esperaba a su papá, veía hacia el pasillo, a ver si entraba, y nunca lo vio entrar. Ya desesperado, abría el closet, sacaba la ropa de su papá, sacaba un pantalón, una playera, formaba la silueta y ahí se dormía, se acostaba en el suelo.

Es lo que más me dolía a mí, a todos nos dolía, a mi hermana también. Nos dolía ver al niño cómo formaba la silueta de su papá y cómo él encontraba consuelo en eso, en quedarse acostadito en el suelo. Ahí se dormía, hasta que su mamá lo pasaba a su cama. Así pasaron varias noches que hizo lo mismo. Hasta ahora guarda una colonia de su papá. El niño es muy inteligente, tiene Asperger y es inteligentísimo, pero hace unos berrinches, que ¡ay, Dios mío!

Está en tratamiento, recibe terapia en el CRIO, así se llama ese centro aquí en Orizaba. Su abuela, la mamá de su mamá, es la que se encarga de ellos, porque la chica los tuvo muy jovencita. Se quedó en la secundaria cuando se enamoró de mi sobrino y se embarazó, entonces ya no terminó de estudiar. Ahora que pasó todo esto, ella decidió seguir preparándose por sus hijos: terminó la secundaria, terminó la prepa y se metió a estudiar para criminóloga.

Ella pensaba que, al estudiar esa carrera, tal vez podría encontrarlo. Ahorita, con el paso del tiempo, no le veo ya mucho interés por saber de él. Pero yo sí. Una vez se lo dije, que yo entiendo que ella tiene que rehacer su vida, porque es muy joven, y que si no le interesa saber de Miguel Ángel, pues ni modo, porque es el padre de sus hijos; pero a mí, a nosotros, sí: es nuestra sangre y nos duele y vamos a seguir buscándolo. Ella se molestó un poquito y nos dijo:

—Sí, de hecho, yo voy a rehacer mi vida.

La notamos como que cambió. Al principio sí estaba muy interesada en saber de él, en buscarlo. Lloraba. Pero, al paso de los años, siguió su vida. Pero si nosotros no lo buscamos, ¿quién? Yo voy a seguir en la lucha, yo voy a seguir buscándolo, que sea lo que Dios quiera.

A veces pienso que ya no lo voy a encontrar con vida, pero por lo menos queremos saber dónde está, dónde quedó, para llevárselo a mi hermana, que mi hermana tenga a su hijo, porque lloraba mucho por él. ¡Cómo lo extrañaba! Lloraba... Al principio, mi hermana le mandaba muchos mensajes a quien lo tuviera, al teléfono de él, que siguió funcionando cerca de un año, más o menos. Los primeros días sonaba, pero después como que se acabó la carga y lo volvieron a cargar, pero nunca respondió nadie.

Mi hermana les mandaba unos mensajes desgarradores a las personas que lo tenían. Les decía que él tenía hijos, que lo dejaran, que ellos también tendrían mamá, esposa, hijas o hermanas y que se pusieran en su lugar. Que

ella quería a su hijo y, sobre todo, él era papá de dos niños chiquitos que lo necesitaban para sacarlos adelante, que se tocaran el corazón y que lo soltaran. Les preguntaba qué querían, pero nunca se obtuvo ninguna respuesta.

Ahorita el niño grandecito tiene nueve años y el chiquito cumplirá pronto ocho. Tratamos de tener comunicación con ellos, más que nada para mantenerles vivo el recuerdo de mi sobrino. La abuelita es buena gente, el señor igual y a la muchacha no la critico ni le digo nada: es joven y tiene que rehacer su vida. A ellos ni los involucramos en esto porque no se prestan. A veces Chely nos ha pedido papeles de los niños para poder lograr algún tipo de beca, alguna ayuda o algo, por ser hijos de desaparecidos, pero como que ellos no quieren, no les convence esto. No los obligamos tampoco. Nosotras somos las que seguimos en la búsqueda.

Mi hermana era diabética. Cuando se embarazó de Melissa, 15 años después de que nació Micky, se hizo diabética prenatal. Le dijeron que se le iba a quitar, cuando nació la niña, pero no se le quitó. Melissa tenía 14 años cuando Micky desapareció y mi hermana se iba controlando la diabetes, pero se le recrudecieron más los síntomas con la pena.

Ella se cuidaba. Siguió trabajando hasta casi el último día de su vida, porque era contadora de una empresa de aquí de Orizaba y, aun así, con su pena, ella iba a trabajar, no faltaba, estaba al pendiente de la empresa. Poco a poco su salud fue decayendo. Ella le lloraba mucho, le decíamos que tratara de darse ánimo, de salir adelante por Melissa, porque ella todavía la necesitaba, pero mi hermana me decía:

—Si algún día me pasa algo a mí, no dejes a mi hija

—No, ¡cómo crees que la voy a dejar!, pero tú échale ganas, tú no dejes de luchar.

—Es que yo no puedo vivir sin mi hijo.

—Sí, tienes razón, yo tampoco.

Yo los crie porque mi hermana toda la vida trabajó. Yo tengo tres hijos varones y ella tuvo dos. Entonces yo crie a los cinco. Yo por eso le decía:

—Es que Micky también es mi hijo. Y yo lo siento, pero aun así tenemos que luchar por salir adelante y tú más que nadie, por la niña que todavía está chica.

—Sí, pero si algo me pasa, no me la dejes, no me la desampares.

Poco a poco fue decayendo. Le vino una infección gastrointestinal, le empezó a agarrar diarrea y calentura. Fuimos al doctor, le mandó medica-

mento, pero no se componía. Cuatro días tardó así enferma y terminamos por internarla, porque llegó el momento en que me dijo que ya no veía. Me espantó, porque según yo ese día ya la veía mejor, pero ella me pidió que la internara, porque no veía nada. ¡Ay, Virgen santa!, yo sentí que me echaron un balde de agua fría.

Mi hijo estuvo un tiempo de socorrista en la Cruz Roja y tiene amiguitos allí; pidió una ambulancia y llegó rapidísimo. Mi hermana todavía pudo dar sus datos, le preguntaron en la ambulancia su edad, el año de nacimiento: tenía 56 años.

Llegamos al hospital del Seguro Social. Todo fue rapidísimo, le empezaron a hacer análisis y salió que tenía alta la urea y que se le estaba desarrollando una enfermedad en los riñones. La tuvieron en urgencias, se llama sala de choque. Llegó su marido, llegaron mis hijos, y ya les dije lo que me habían dicho, pero que no podía yo estar con ella porque es como si fuera terapia intensiva y los pacientes deben estar solos, monitoreados y todo. Así pasamos la noche y, como a las dos de la mañana, me llamaron, que estaba teniendo problemas con su corazón y que tenían que intubarla, que si autorizábamos. ¡Es una decisión tan difícil! Tenía una arritmia.

Les pregunté a mi cuñado y a mi hijo el mayor y dijeron que, si era para salvarla, que lo hicieran, pero si era para hacerla sufrir, pues no. La intubaron, pero no... Amaneciendo, como a las 8 de la mañana, le dio un infarto. Todavía la sacaron adelante. Nos dijeron que esperaban que no le diera un segundo infarto, porque entonces iba a ser más difícil.

Una hora después, volvieron a salir a decirnos que le había dado un segundo infarto y que la habían estabilizado, pero que un tercero ya no lo iba a aguantar, que entráramos a despedirnos de ella. Nos permitieron entrar a todos a despedirnos. Estaba inconsciente, estaba intubada. Nos despedimos de ella y falleció. No tardó ni 12 horas internada, se fue rapidísimo, el 18 de abril de 2016, cuando mi sobrino ya tenía tres años desaparecido.

Desde entonces tengo a mi niña conmigo, ella se me quedó, ¡pues tanto que me suplicaba mi hermana que no la dejara! Mis hijos la quieren mucho y, gracias a Dios, me la dejó en la prepa. Ahorita ya se va a recibir de Psicología.

Hemos ahondado más en la búsqueda desde que entramos al Colectivo. Al principio, cuando él recién desapareció, uno de mis hijos se fue a meter hasta por Acultzingo, a tratar de buscarlo, pero le dije:

—No, así no, hijo, ¡no te vaya a pasar algo! ¡Vente! Están las cosas muy feas como para que te vayas a meter por allá.

—Es que por aquí venía Micky, o luego andaba por Ciudad Mendoza.

—Sí, hijo, pero no sabemos por qué, qué fue lo que pasó, no te arriesgues.

Por su desesperación, se fue a Acultzingo con un amigo que lo acompañó. Se querían mucho ellos y por eso se fueron, anduvieron en terrenos horribles, a ver si lo veían o lo encontraban.

Mi hermana nunca quiso poner una denuncia, por miedo. Decía que no sabíamos por qué lo desaparecieron. Él trabajaba bien, hacía una vida normal, honrada.

Y no sabemos por qué pasó lo que pasó. Pero mi hermana siempre tuvo miedo. Decía que, si poníamos la denuncia, qué tal que recibíamos algún tipo de amenaza. Yo no entendía por qué, si nada debíamos. Pero como ella tuvo siempre ese miedo, fue hasta que ella falleció cuando nos armamos de valor y nosotros pusimos la denuncia. Dije:

—¡En nombre sea de Dios! Hay que poner la denuncia. Nosotros no pedimos culpables ya a estas alturas, ya nada más queremos saber dónde está él, dónde quedó. No creo encontrarlo vivo, a menos que sea un milagro, pero al menos para que estemos tranquilos.

Cuando pusimos la denuncia, allá nos encontramos a varias compañeras del Colectivo que nos apapacharon, nos dieron valor, nos animaron a denunciar y por eso se hizo. Luego vino la policía científica a hacer ADN. Fue Melissa, y la esposa de Micky llevó a uno de los niños, al grandecito, y le hicieron el ADN también al niño. Melissa se lo volvió a hacer en 2018, cuando vinieron a un auditorio aquí en Orizaba. Por las dudas, para que esté integrado a los expedientes.

No ha habido ninguna respuesta de las autoridades. Va uno y se echan la bolita, que “no es acá, es en Xalapa” o que “el ADN acá no, que en Xalapa, que no sé qué”. Puras evasivas. Yo de plano no creo que ellos hagan el intento de buscar o que busquen. El fiscal ha sido buena persona con nosotros, pero ni para bien ni para mal. Por lo menos nos ha atendido y ha sido amable, pero no para que nos diga “Ay, sí mire, ya investigamos acá”. No, para nada.

Nosotros no pudimos investigar mucho más. No supimos a qué compañía de taxis habló él ese día. En ese tiempo no tenían identificador de

llamadas ahí en su casa y no sé si él llamó de su celular. Si hubiéramos tenido por lo menos el número de taxi para recurrir al taxista y que nos dijera qué pasó, dónde lo dejó, dónde se bajó él, hubiera estado muy bien.

Pero ya había pasado mucho tiempo para pedir la sábana de llamadas del celular, ya no era posible. Por medio de amistades tratamos de preguntar que si alguien de pura casualidad ese día lo había visto o en la universidad. Pero él ahí nunca llegó. Lo que le haya pasado fue en el trayecto de su casa para la universidad: entre Río Blanco y Ciudad Mendoza, donde está muy poblado todo. Un recorrido de veinte minutos.

Quisiéramos ser videntes, adivinos, para saber qué pasó con él. Tratamos de ver con amigos, pero nadie supo en ese momento. Lo habían visto días antes o hacía tiempo que no lo veían. Nadie nos dijo algo útil o que pudiera uno intuir dónde quedó. Al principio deseábamos que alguien, aunque fuera anónimamente, nos dijera lo agarraron por esto o fue fulano y está en tal parte, o le hicieron algo y está en tal parte. Pero nada.

La tierra se lo tragó. Pasábamos las noches en la sala, en vela, esperando. Y en el día esperábamos que el teléfono sonara, que tal vez alguien dijera o nos pidieran algo. Pero absolutamente nada.

Micky fue un niño normal. Se crio con mis hijos porque vivimos en la misma casa de mis papás. Mi hermana vivía adentro y yo al frente, y ahí estábamos. Como mi hermana siempre trabajó, sus hijos siempre estaban con nosotros y se criaron muy unidos. Mis dos hijos mayores se criaron con Micky. Él era muy juguetón, se llevaba muy bien con mis hijos. Hizo la preparatoria abierta, porque empezó a trabajar en eso de los banquetes. Le gustaba mucho porque se llevaba bien con los dueños.

Empezó acarreando las sillas, descargando las mesas y todo lo de la comida. Él la llevaba. Después empezó a manejar una de las camionetas y ya acarreaban ellos a donde iban a ser los banquetes. Se llevaba muy bien con los hijos de estas personas. Luego empezó a estudiar derecho, pero después lo dejó porque no le daba tiempo. No era muy de amigos. Tenía amigos en su trabajo, en los banquetes sí se llevaba con los muchachos, con los meseros. Pero eso de que tuviera amigos, no. Él no era así.

No fue muy noviero tampoco. Anduvo con una chica, ya después conoció a la que fue su mujer, esta muchacha, que era una chica de secundaria. Ya que se embarazó, le dijo a mi hermana, y los suegros dijeron que se fuera a vivir allá y él siguió él trabajando en los banquetes. Era muy hogareño, le

gustaba estar en la casa y hacer sincronizadas. Hacía sus inventos y luego nos daba de cenar. Le gustaban las aceitunas.

Llegaba de trabajar y ya traía su tambache de cosas: queso de hebra, para hacer las quesadillas, y agua de limón, su preferida. No era de fiestas, ni de antros, mucho menos de tomar. Una sola vez se puso un cuete, un 15 de septiembre. Con lo de los banquetes, les sirvieron tequila ahí, pero como él no sabía tomar llegó rebotando. ¡Le ha dado un santo vómito! Al otro día dijo que jamás en la vida volvía a tomar. Y lo cumplió.

Miguel quería mucho a mis hijos. A los más chicos cuando podía les compraba algún juguete, algo. Siempre fue muy detallista con ellos, mientras no tuvo a sus hijos. Ya cuando nacieron sus niños, tenía que procurarlos a ellos.

Aun así, siempre fue muy detallista, siempre nos llevaba cosas o trataba de estar presente. Siempre fue muy cariñoso con Melissa, con nosotros. Miguel no tenía malicia en su corazón, siempre quiso mucho a su mamá y a nosotros, siempre luchó por salir adelante para que su madre y su hermana tuvieran una mejor vida. Ya que no tenían el apoyo del papá, que era un poco despegado, él siempre trató de tomar ese papel para su hermana. Era muy bueno con ella. Y no hay ningún mal recuerdo de él, más allá de las peleas que tienen todos los hermanos. Pero, a pesar de que él le llevaba muchos años, siempre trató de estar con ella. Era muy juguetón, les gustaba jugar luchitas.

A pesar de que hizo su familia, nunca dejó a su mamá y a su hermana, siempre estuvo ahí. Nos llamaba, que cómo estábamos. Le daba dinero a Melissa, a su mamá, y era recíproco. Tenían momentos buenos y momentos malos, pero pues ahí iban. Fue un buen hombre. Queremos pensar que está con vida, pero es muy difícil, por los años que han pasado. A pesar de todo lo que han dicho, de que a lo mejor se fue con otra, porque eso fue lo que dijo el fiscal, eso no lo creemos, porque él no era así. Él habría visto la manera de comunicarse con nosotros.

Nunca se alejaba más del tiempo permitido de su familia o, si llegaba a salir fuera por alguna razón, nos comentaba a dónde iba y cuándo regresaba, porque luego viajaba, por lo mismo de los banquetes; pero casi nunca. Salió una o dos veces, pero siempre avisaba dónde andaba, siempre. Así estamos acostumbrados todos: a avisar dónde está uno, por cualquier cosa. Y más ahorita.

Cuando nació su segundo niño, dijo que tenía que volver a estudiar y a seguir trabajando para salir adelante. Mi hermana lo apoyó como pudo, con despena, para que pudiera volver a estudiar. Él adoraba a sus hijos, eso sí; adoraba a sus hijos y él nunca se hubiera ido sin ellos. Si nunca regresó, es porque algo le hicieron, pero no por su propia voluntad.

El niño grande ya sabe lo que le pasó a su papá y nosotros, cuando íbamos a su casa, les hablábamos de él. Los niños nos preguntaban, más el grandecito, que hacía más preguntas; era el que nos preguntaba a veces cosas de su papá, que dónde estaba, que cuándo iba a regresar. Ahora ya la imagen de él para sus hijos es muy borrosa. Ya ni se acuerdan de él y para el chiquito es un extraño. Tenía tres meses, nunca lo conoció. Nosotros somos los que seguimos con la imagen de él, tratamos de que siga esa imagen viva porque, pues, si no lo recordamos nosotros, ¿quién lo va a recordar?

El papá de Micky, el esposo de mi hermana, vive ahí donde vivimos nosotros. Él no se fue ni nada, ayuda en lo que puede, pero no ha hecho ningún intento por buscar a su hijo, porque su familia tiene otras ideas. Su familia le aconsejaba que no lo buscáramos porque era bien peligroso, y que no nos fuera a pasar algo. Le metieron miedo. Parte de la familia de él no sabe que está desaparecido, porque tienen miedo de decirles. Su familia le dice que nos vieron en las marchas y le aconseja que nos diga que no vayamos, que es peligroso. Yo le digo:

—Mira, lo que te diga la gente me sale sobrando. Yo voy a seguir buscando y vamos a seguir buscando mis hijos, Melissa y yo. No vamos a ceder a no buscarlo. Le pido a Dios que me preste vida para encontrarlo y que mi hermana esté tranquila.

Dios está con nosotros, nos encomendamos mucho a Dios y, primero Dios, no pasa nada. Después de que ya tiene más de siete años de haber desaparecido, no creo que alguien intente algo contra nosotros. Él no fue un perro para decir que ya se perdió y ya. Lo vamos a seguir buscando, porque si no lo hacemos nosotros, ¿quién?

Palabras finales

Sentí mucho dolor al contar esto, ya que, al narrar todo, volví a vivir lo que sufrimos toda la familia y seguimos sufriendo, desde el momento de su desaparición. Me hizo pensar de nuevo en dónde podría estar mi sobrino, si estaría sufriendo... De cualquier modo, estoy agradecida por haber sido tomada en cuenta para este proyecto que plasma el dolor de la familia después de la desaparición de un ser querido.

“Eso y más se hace por un hijo”

Yael Zuriel Monterrosa Jiménez
Desapareció el 1 de septiembre de 2012

*Ana Lilia Jiménez,
madre de Yael Zuriel*

Yael Zuriel Monterrosas Jiménez tenía 15 años y 10 meses el 1 de septiembre de 2012. Ese día salió de la casa rumbo al centro de Orizaba. Estaba terminando su secundaria en el sistema abierto y me comentó que iba a recoger libros para acabar de hacer sus exámenes y obtener su certificado. Fue la última vez que estuve con él.

Ese sábado lo levanté para desayunar juntos, le preparé lo que le gustaba. Cuando terminamos de desayunar, se levantó de la mesa, fue a su habitación por una mochila y se despidió de mí. Me abrazó y me dijo: “Ya me voy, gordita”. Le di dinero para el camión y, cuando iba saliendo, le pregunté si iba a ir a ver a su hermana, porque ella radicaba en Ciudad Mendoza, y me dijo que no, porque no tenía dinero para el pasaje. Yo estaba entonces con la plena conciencia de que iba a regresar a comer.

Como es muy alto (mide 1.85), se tuvo que agachar a abrazarme. Entonces oí que en la mochila le sonaba algo, así que hice que la abriera. Eran unas latas de aerosol, porque a él le gusta mucho lo del grafiti, pero las latas estaban vacías. No sé para qué las traía en la mochila, pero le dije que las dejara porque, si no, no iba a salir. Él, muy molesto, abrió la mochila y aventó las latas a su cama. Me enseñó la mochila vacía y se fue.

Eso fue lo último que vi de él, que hablé con él y que supe de él.

Se llegó la noche de ese sábado y no llegó a dormir. No teníamos cómo contactarlo, porque en esos meses estaba muy precaria la situación económica en la casa y no había celulares. Esperé al otro día, que era domingo, y fui a ver a mi hija. Cuando le pregunté por su hermano, me dijo:

—No, el niño no vino a dormir. Ha de estar con sus amigos. Algo le ha de haber pasado donde no llegó ni a tu casa ni acá. Espéralo, tal vez llegue acá. Ha de tener miedo de que lo regañes.

Esperé hasta la noche del domingo pero no llegó, así que me fui a mi casa. El lunes me fui a trabajar y, cuando salí, me fui a Mendoza a ver si ya había llegado mi hijo allá. Nada. Entonces la zozobra empezó más fuerte.

Fui a un cibercafé con mi nieta para ver si había algo en las redes sociales, pero no. Nada. Le mandé un mensaje por Messenger, pero nada. Cuando llegué de regreso a la casa, por fin le dije a mi marido que mi hijo no había llegado a dormir y me regañó:

—¿Cómo es que tu hijo no llegó a dormir? ¿Por qué hasta ahorita me estás avisando? Desde el sábado no está tu hijo. ¡Ya podríamos haber hecho algo!

Él no es el papá de mis hijos, pero ha sido mi pareja durante casi 13 años y le ha tocado ver crecer a mis hijos y a mis nietos. Esa tarde nos abocamos a buscarlo con la novia, ver que si alguien sabía algo, pero no se supo nada. El martes seguí la misma rutina: me fui a trabajar y al salir del trabajo me fui a casa de mi hija. Ese día también le tuve que decir a mi papá y con eso se angustió toda la familia.

Pasé otra vez al ciber a revisar y ya tenía un mensaje de mi hijo. Me decía que estaba bien, que no me preocupara, que estaba trabajando como guardia de seguridad en Puebla, cosa que vi rara, porque a un niño de 15 años, sin documento alguno, no le iban a dar un trabajo así. Me dijo que con lo que iba a ganar ahí me podía comprar una casa o una moto, porque sabe que soy fanática de las motos. Me escribió que me quería mucho y que pronto se iba a comunicar conmigo o con la novia. Eso fue todo.

Yo le contesté el mensaje. Le dije que a mí eso no me importaba, le pregunté que cómo era posible que él tuviera ese tipo de trabajo. Le seguí escribiendo, ya no sabía qué escribirle porque, al escribirle, yo lloraba. Y mi nieta ahí viéndome llorar. ¡Fue algo muy difícil!

Yo hacía de comer y simulaba que comía, por mi nieta. Era una niña de siete años en ese entonces y su tío era su figura paterna. El no tenerlo ahí con ella le generó una terrible angustia.

—¿Qué tienes? ¿Qué te pasa? —me preguntaba—. ¿Por qué no comes? ¿Por qué lloras? Mi tío está bien, va a regresar.

Y yo tenía que hacerme fuerte para ella. Mi hija estaba embarazada de mi otra nieta y todo se nos juntó.

El miércoles volví a la misma rutina: ir al trabajo, irme a Mendoza, revisar en el ciber la red social y ver que mi hijo me contestó diciendo que, cuando bajara, se iba a contactar conmigo o con la novia. Que no me preocupara.

Le volví a escribir. Le respondí que yo veía que decía ahí, la leyenda abajo, que él se conectaba desde un celular. Le dije que me diera el número para llamarle. “Si tú no quieres regresar a la casa yo te voy a respetar —le dije—, pero quiero saber dónde estás, quiero verte, llevarte ropa”.

Él nada más se salió con una playera puesta y su pantalón. Lo demás lo dejó. Dejó incluso una gorra que amaba, un cinturón que adoraba. Yo no sé qué le pasó. Hoy supongo que fue enganchado, pues esa fue la última conexión que tuve con él. Luego le perdí la pista.

Se fueron los días, los meses. Yo no puse una denuncia por desaparición porque me daba miedo. Las mismas autoridades nos decían que denunciar una desaparición implicaba que nuestro familiar estaba metido en algo malo. En el 2012 estaba muy presente lo de los grupos delincuenciales: sabíamos que había un grupo delincriminal aquí en la zona. Entonces las autoridades etiquetaban con mucha facilidad: “Es que está metido en algo malo”. “Pertenece a algún grupo.”

También nos decían que si denunciábamos nos iban a ubicar y nos iban a hacer algo malo. Nos metieron la zozobra. Y como uno desconoce los procedimientos, el mundo se vuelve negro. No hay más salidas.

A finales de octubre, en el periódico local salió una nota: habían abatido a cinco personas en un enfrentamiento. Ellos habían secuestrado al hijo de un notario de Cosamaloapan. En la fotografía que se publicó, uno de los cuerpos abatidos tiene mucha similitud con mi hijo. Mi hija, que estaba en casa, pocos días antes de dar a luz, lo vio y se alteró muchísimo.

—¡Mamá! ¡Es mi hermano! —me dijo—. ¡Nos lo mataron!

—No, hija. No es tu hermano —le respondía yo, queriendo conservar la ilusión de que él sigue con vida.

—¡Haz algo, mamá! ¡Y si no vas tú voy yo!

Su embarazo era delicado y no podía yo exponerla. Yo necesitaba ver cómo llegar a Cosamaloapan y preguntar por ese cuerpo. Y pensaba: “¿Si me dicen que no? ¿Si me dicen que sí estaba relacionado?” No sabía qué era peor.

A la mañana siguiente, mi hija me contó:

—Soñé con mi hermano. Dice que está muy frío ese lugar, que lo saquemos de ahí. Que tiene miedo de estar solito en esa plancha. ¡Vete por mi hermano, mamá!

Le preguntamos aquí a un abogado qué se hacía en esos casos, porque había que prever la cuestión legal, si efectivamente era mi hijo. Y sí, nos orientaron.

Mientras junté dinero para poderme ir a Cosamaloapan, pensando en lo que iba a enfrentar, se llegó el lunes. Avisé a la familia del papá de mis hijos, aunque el papá se hizo a un lado desde el momento que supo de la desaparición de mi hijo. No quiso saber más. Decía que mi hijo se lo había buscado. La familia me decía que hiciera lo que tuviera yo que hacer, pero nadie metió las manos. Por eso cuando fui a avisarles les advertí que, si en efecto era el cuerpo de mi hijo, yo no los quería ver en el funeral; que si no me habían ayudado, ¿para qué los quería allí?

Yo soy profesora de educación primaria, así que el lunes temprano le avisé a mi director y él lo entendió muy bien. Dijo que él se iba a hacer cargo del grupo.

El trayecto de Orizaba a Cosamaloapan se me hizo eterno. Fue puro llorar, puro pensar: “Y si es mi hijo ¿cómo me lo voy a traer? ¿Qué pasó con él? ¿Quién le hizo esto? ¿Quién lo enroló en esto?” Y mi marido me decía:

—Cálmate, primero vamos a llegar. Tú tranquila, vas a ver que no es él. Y si es, ya lo vas a tener de regreso contigo, ya se va a acabar tu sufrimiento.

De ese lapso del 1 de septiembre a finales de octubre de 2012, yo bajé 10 kilos. Me consumí, aunque tenía que aparentar que estaba fuerte por mi nieta y mi hija.

Llegué a Cosamaloapan con mi marido y preguntamos por el Ministerio Público. Les explicamos a los ministeriales y me dejaron pasar. Uno de ellos me dijo que tenía respaldadas en la computadora las fotos de los abatidos, todavía en calidad de desconocidos. Eran cuatro jóvenes y un adulto. Cuando las buscó, ya no las encontró.

—Me las quitaron de la computadora, pero acá las tengo en el celular —nos dijo.

Buscó en su celular y me mostró la fotografía de cara, ya limpia. Era mi hijo.

Le pasé el celular a mi marido, le pregunté:

—¿Es el niño?

—Sí. Es tu hijo, vamos por él.

Nos dijeron que teníamos que ir al Semefo a reclamar el cuerpo y nos orientaron sobre los trámites que había que hacer. El Semefo está junto al panteón municipal de Cosamaloapan, así que fuimos al Ministerio Público que está a un costado. Cuando expliqué la situación, me dijeron que tenía que reconocer el cuerpo y hacer el trámite. Pero, cuando llegó el de periciales que estaba a cargo del Semefo y le expliqué la situación, me dijo:

—No, señora. No es su hijo.

—Pero es que vengo de tal Ministerio, me acaban de enseñar una foto, su cara, todo. Sí es él.

—No, señora. Fueron cinco cuerpos —abrió su computadora y empezó a ver los archivos—: Muerto número 1, fulano de tal. Muerto 2, muerto 3... ¡Ah! El muerto 3 es el que dice usted que es el del periódico. Se llama así, del otro modo, tanta edad, tanta estatura. Y ya esos cuatro jóvenes fueron reclamados por sus familias. Aquí ya no están. El único que tengo es un adulto de 45 años, apodado así, fue ex policía municipal y su familia no ha venido por él.

Por más que le pregunté, él me siguió diciendo que no era mi hijo y que ya había sido entregado a su familia. Regresé con cierta tranquilidad de que no era mi hijo, que él sigue con vida. Pero la incertidumbre sigue presente al paso de los años. He hecho trámites para lograr la exhumación de ese cuerpo y que se le hagan pruebas, pero no se ha conseguido nada.

Me animé a poner la denuncia por desaparición a finales de enero del 2013, cuando vi en el periódico que un joven de Río Blanco, que es amigo de mi hijo, también estaba desaparecido. Desapareció por las mismas fechas que Yael. Entonces dije: “Aquí hay algo raro”. Hay un antecedente legal, que generó una amenaza de muerte a mi hijo en enero de 2012, por una persona del crimen organizado. Mi hijo andaba con la sobrina de ese sicario, aunque en ese momento no estaba enterado de los lazos familiares de la chica. El delincuente amenazó con que, si lo encontraba, lo entregaría en cachitos.

Cuando vi la nota del otro muchacho desaparecido, quien había estado al tanto del noviazgo, dije: “Algo les hicieron, algo pasó ahí”.

Yo pensé que poner una denuncia era como decir: “Ahora si van a buscar a mi hijo, lo que yo no pude hacer en meses, lo van a hacer ellos”. Pero han pasado casi ocho años y la fiscal que lleva el caso de mi hijo actualmente me dice: “No hay ninguna línea de investigación”.

Cuando puse la denuncia, las autoridades me preguntaron si mi hijo salía de la casa, pero no. Si yo me iba a trabajar, sabía que mi hijo estaba adentro, él no podía salir. Yo llegaba del trabajo a las 2, 3 de la tarde y mi hijo estaba en la casa, bajo la vigilancia de mi marido.

Si iba a salir, pedía permiso. Y yo preguntaba: “¿A dónde vas? ¿Con quién?” Y a la hora que quedábamos, regresaba. Si se retrasaba 10 minutos, era por el tráfico, porque no había alcanzado el camión. Pero, si no, estaba todo el tiempo en la casa, acostado, con los audífonos puestos, la lap, escuchando música, dibujando. Ese era su mundo, pensando en el futuro. Pensábamos que cuando terminara la secundaria en el sistema abierto lo íbamos a poder meter en el sistema regular para bachillerato. Y hacíamos planes. Le gustaba cocinar y dibujar.

—¡Pues entonces ahí está! —le decía—. Entre que seas chef o diseñador gráfico, una de las dos, pero en algo vas a sobresalir.

Se inclinaba más por el diseño gráfico, era su ilusión estudiar eso. Pero alguien nos lo arrebató.

Cuando puse la denuncia, mencioné el antecedente de la amenaza que nos hizo el sicario. Mencioné a los involucrados: a la mamá de la niña, al cuñado, pero nunca pudieron hacer nada, nunca los pudieron vincular. El sicario murió en 2015 por cirrosis hepática. Pero la mamá yo sabía que tenía un perfil falso de Facebook y desde ahí lanzó amenazas contra mí y contra otras dos personas que tenemos familiares desaparecidos. Ahí escribía que ya se los habían “fumado en una exhibición”.

Pregunté qué quería decir esa expresión y me dijeron que significaba que los habían matado delante de ese grupo delincuencia, que no los íbamos a encontrar. En nuestras denuncias lo mencionamos, pero jamás pudieron vincular a esa mujer. Rastrearon esa cuenta de Facebook y no dieron con ella. Yo sabía, por mi hijo, que esa mujer era la que tenía el perfil falso. Cuando la citaron a declarar para mi caso, dijo una sarta de tonterías. A raíz de eso yo me enfermé, me puse mal, empecé con taquicardias, me volví hiper-

tensa; empezó mi cuadro de depresión y ansiedad, por no saber. En el 2016, mi propio exesposo, el papá de mis hijos, lanzó una amenaza de muerte.

Nosotros empezamos a agruparnos en el Colectivo y nos mandaban a talleres de lo que fuera, para aprender a buscar en fosas clandestinas. Se llegó abril del 2016 y se inició la primera brigada de búsqueda de fosas clandestinas aquí en Amatlán de los Reyes, y encontramos indicios. Encontramos lugares donde habían sido ultimadas y carbonizadas personas. Fue una tarea de 15 días de búsqueda con otros colectivos del país que nos fueron agrupando. En ese lapso llegó el papá de mis hijos a visitar a mi hija y le dijo que me avisara que ya le parara yo a mi búsqueda, porque había una orden de levantarme si yo seguía buscando.

Cuando me lo dijo mi hija, yo lo expuse con mi fiscal. Para esto, en el 2015, cuando yo señalé a esa mujer como presunta involucrada en la desaparición de mi hijo, a los tres días, supuestos ministeriales fueron a visitar a mi exesposo, diciéndole que mi expediente se había perdido y que necesitaban información de esa mujer. El expediente no estaba perdido, porque yo había ido el día anterior al Ministerio Público y ahí lo tenían.

Esperé hasta las 6 de la tarde a que abrieran y pedí ver mi expediente. Claro que ahí estaba. Les conté lo que había pasado y les pedí que citaran a mi exmarido para que hiciera los retratos hablados de las personas que fueron a verlo. Pero como ya estaba todo en rezago, la que era titular del Ministerio Público de rezagos me dijo que tenía mucho trabajo, que estaba rebasada.

Como ya se había creado la fiscalía de desaparecidos en Xalapa, entonces hablé con la titular, María Aura Cortés. Le expliqué la situación y sacaron el expediente para mandarlo a Xalapa, en agosto del 2015. Entre 2013 y 2015 no habían hecho nada. Tardaron medio año en tomarme la muestra de ADN, y eso porque yo llegué a preguntar otra cosa. No me querían dar la constancia de mi denuncia, porque estaba en el sistema anterior. Algo raro. Peleé el ADN de mi hijo, porque en 2014 se encontraron las fosas de Tres Valles y yo pensé que, si ahí estaba mi hijo, ¿cómo iba yo a saber, entre tantos cuerpos, si él estaba!

Me fui a Xalapa, a periciales, a buscar mi ADN por mis propios medios. Mis compañeras del Colectivo ya me habían enseñado a anotar todo en una libretita: nombre del funcionario, número de oficio, fecha, las preguntas y las respuestas, para llevar una cronología precisa. Cuando buscaron el número de oficio, no lo encontraron, porque la gente de Orizaba me lo había

dictado mal. Ya se los dije por teléfono y me informaron que lo habían mandado a Córdoba y que no tardaría en llegar a Orizaba. Eso fue en el 2013 y la muestra la tuve hasta mayo del 2015, con todo y los muchos oficios que metí con el director de periciales en ese entonces. También traspapelaron la muestra de ADN del papá de mis hijos, diciendo que, como iban los chicos a hacer servicio social, seguro se les había traspapelado.

No hubo sábana de llamadas. La cuenta de Facebook de mi hijo desapareció. Cuando yo lo quise etiquetar porque se cumplían años de su desaparición en 2015, ya no la encontré. El MP la rastreó, pero nada. Hizo la solicitud a Facebook para que nos permitiera abrirla y rastrearla, pero Facebook nos respondió que legalmente mi hijo ya era mayor de edad y que no se podía. Se perdió toda esa información que nadie pudo procesar.

Así como esa, hubo muchas omisiones. La madre de la novia de mi hijo, en una de sus declaraciones, entregó una laptop que contiene información. Era de su cuñado, el sicario muerto. Ella declaró que sí sabía que su pariente pertenecía al crimen organizado pero que no decía nada por miedo. ¡Qué va! Ella estaba también vinculada con ellos. De todos modos, entregó esa lap. Después me informaron que esa lap tenía un listado de personas que trabajaron o trabajan con esa célula, desde el 2012, año en que se desapareció mi hijo, hasta el día de hoy. Pero no pueden procesarla por falta de cable tomacorriente.

En 2017, el policía ministerial de Xalapa vino expresamente a eso; conectó la lap y me mostró el listado. Son aproximadamente 90 nombres o apodos, con IDs, teléfonos celulares, de casa, puntos específicos. Me prometió rastrear todo, hacer la sábana de llamadas. No estaba el nombre de mi hijo, pero yo pensaba que, entre tantos, podría haber algún delincuente en la cárcel que nos pudiera dar una pista; estoy hablando de julio de 2017.

Se llegó octubre y la fiscal de la agencia especializada en delitos contra la mujer y los niños me dijo que iban a remitir el expediente a la Fiscalía especializada en desaparecidos en Córdoba, porque por edad ya no aplicaba que estuviera ahí. Una de las tres fiscales de Córdoba se haría cargo del expediente.

Yo pude verlo por fin hasta febrero del 2018. No me notificaron por escrito. Lo habían llevado a Córdoba en noviembre, pero ellos lo remitieron a la Fiscalía de rezagos en Orizaba, aun sabiendo que el expediente no debía entrar a esa ciudad. Omisión tras omisión. Y siguió dando vueltas: lo regresaron a Xalapa y de ahí lo remitieron ya a Córdoba.

Cuando fui a buscarlo, la fiscal me dijo que “todavía no lo había sacado de la maleta”. Y sí, ahí estaban las cajas de huevo con los 18, 19 tomos de que consta la investigación. Lo abrieron delante de mí. En una de esas cajas, maltratadísima, estaba la famosa lap top, pero no la pudo prender porque no traía el cable tomacorriente. También estaba el listado que yo vi en julio. No habían hecho ningún otro procesamiento de la información. Ya después de revisados los expedientes, hace dos meses me dijeron que se les habían acabado las líneas de investigación.

En agosto, en una página muy conocida de Facebook que se llama Balaceras Orizaba, alguien puso una nota donde hacían el listado de las personas que iban a ejecutar en próximas fechas. Así es como se anuncian los grupos delincuenciales aquí. Ponen “Somos fulanos de tales y vamos por ustedes”, y hacen el listado de personas. Entre los nombres, apareció el de la mamá de la niña con la que tuvimos problemas. Se lo hice saber a la fiscal, pero no se pudo hacer nada. No la llevaron a declarar, nada.

Como también tengo denuncia abierta en el sistema federal, se lo hice saber también a ese fiscal, pero me respondió que lo que le interesaba en ese momento era ir a campo, entrar a las fosas clandestinas y que a la mujer la interrogarían después. Todo se terminó el 19 de septiembre, porque a la mujer la balearon a la salida de su trabajo y a las pocas horas falleció. Se cumplió la amenaza del comunicado, un mes después de que apareció en Facebook. Ella se fue con la información de mi hijo, porque estoy segura que ella sabía qué pasó con él.

Yo perdí total contacto con esa gente. No quise saber más de ellos, solo me enteraba a través de lo que salía publicado; y oía a la gente decir que pobre mujer, maestra también de secundaria, víctima del crimen organizado, cuando en realidad ella también era delincuente.

Desde el 2015 hemos recibido amenazas de muerte. A mi hija la quisieron levantar con su niña. Ella salió desplazada del estado esa primera vez; yo me quedé con sus dos hijas. Después vino por la pequeña, me quedé con la grande. Regresó cuando ya estaban más tranquilas las cosas, pero desde el 2017 salió otra vez del estado.

Llegó el día último de agosto del 2017 y encontró su casa revuelta. Ya no entró, nada más salió con lo que traía puesto. Me pidió que la sacara de aquí y a esas horas buscamos quién la pudiera recibir en otra ciudad. Con lo poquito que tenía yo de dinero y la poca ropa que tenía para mis nietos nos

fuimos de aquí. Los medios de protección no sirven para nada, consisten en rondines de la Policía Ministerial y lo único que me dicen es: “Si se siente en peligro, nos habla”.

Se los demostré en enero del 2018. Estuvimos en un rancho para procesar una fosa y, a los tres días, cuando salí de la casa para buscar algo de cenar, al dar la vuelta, vi que se paró una motocicleta. No le di mucha importancia al principio, pero luego vi que el fulano se bajó de la moto, se acercó a mí, se me paró enfrente, me oprimió el cuello y me empezó a golpear en la cara.

Cuando sentí el primer golpe, nomás me quité los lentes, rápido, y cerré los ojos. Fueron tres, cuatro puñetazos. No me dijo nada. Cuando yo ya no sentí nada y ya no sentí la presión en el cuello, abrí los ojos. Él ya se había dado la vuelta, se subió a su moto y se fue. Regresé a la casa por el teléfono, le hablé al ministerial que está a mi cargo y le conté lo que acababa de pasar.

—¡Ay, maestra! Yo estoy hasta Cuitláhuac. No la puedo auxiliar. Ahorita le mando a la Policía Municipal.

Llegó la Policía Municipal de Ixhuatlancillo, que era el municipio donde radicaba yo. Sí es cierto, llegaron rápido, pero para decirme que a lo mejor los golpes me los había dado mi marido, que yo lo había hecho enojar.

—Tengo medidas de protección por parte del estado, porque tengo a mi hijo desaparecido —les dije.

—¡Ah...! Es que nosotros no tenemos conocimiento.

Claro, no se les da a conocer, porque también se sabe que las policías municipales están coludidas con la delincuencia organizada.

—Efectivamente, no sabían ustedes —les dije—. Pero ahorita les pidieron que me apoyaran.

—¿Y qué quiere que hagamos?

—Necesito que me lleven a la Fiscalía a declarar lo que me acaba de pasar.

—¡Uy...! No podemos llevarla hasta allá porque es otro municipio, lo máximo que podemos hacer es acercarla y pedirle un taxi seguro para que la lleve.

Yo, toda alterada, no sabía qué hacer. Nada más agarré mi chamarra, mi identificación, el monedero.

—¡Llévenme! ¡Sáquenme de aquí!

En el camino le hablaron a un taxista; ya nos estaba esperando en un punto y me subí. Cuando llegué a la Fiscalía, me tomaron la declaración. Llegó el médico legista, me certificó la lesión, le avisé a Chely, mandó a otra

compañera a que me auxiliara, pues ya los fiscales nos conocían por las mesas de trabajo que se estaban haciendo. Esa vez dormí como tres días en un hotel: no quise regresar a mi casa. Cuando mi marido me habló, yo le pedí que también se saliera de la casa, pero a él no le pasó nada.

Después de eso, me salí de mi casa. Cuando fui por mis cosas para hacer la mudanza, los vecinos me dijeron que, cuando estuve fuera, estuvo una patrulla de la Fuerza Civil tomándole fotos al carro de mi esposo y a mi casa. Y el Ministerio Público me dijo después que no había ninguna solicitud de colaboración con la Fuerza Civil. Estoy vigilada por la propia autoridad y por el grupo delincuencia.

Pedí protección del Mecanismo Federal a PGR, por la denuncia federal que tengo, pero la contestación fue que ya la tenía por parte del estado. ¿Para qué tener doble? Cuando tuve la agresión en enero, les demostré que el estado no me cuida. Hicieron la solicitud federal, pero es la hora que no ha ocurrido.

Cuando mataron a la mujer esa, se me ocurrió ir a ver al comandante de la Policía Ministerial para saber cómo iba mi protección. Ellos ya sabían que me había mudado, pero era otro comandante y le tuve que volver a explicar todo. Me dijo que las medidas seguían activas, que no me preocupara. A las tres horas, revisé esas páginas en Facebook que son las que nos informan de lo bueno y malo que pasa aquí y en los alrededores. Ahí vi un comunicado donde mencionaban a ese comandante de la Policía Ministerial, diciendo que tiene una deuda pendiente con la delincuencia organizada: “Te dimos dinero y no has hecho lo que tenías que hacer”, decía.

Hice la captura de esa nota, se la envié al fiscal de desaparecidos. “Mire –le puse–, ¿por estas gentes voy a ser cuidada?” Me dijo que me iba a cambiar de ministerial, pero igual le tiene que rendir cuentas a su jefe, a ese comandante. ¿Qué va a pasar conmigo? ¿Qué va a pasar con mi familia? ¿Qué va a pasar con mi hijo? No lo sé. Lo único que he podido arreglar legalmente son mis testamentos por parte del trabajo. Si algo me llegase a suceder, por lo menos que mi hija no tenga problemas para reclamar lo que me puedan dar por mi muerte. ¿Para dónde corremos? Le digo a mi padre que tengo que salir a hacer mis cosas. ¿Voy a regresar? No lo sé.

Las amenazas vienen por buscar en las fosas. Aquí en nuestro Colectivo varias las hemos recibido. La principal ha sido Aracely. Me ha tocado porque, a final de cuentas, somos tres o cuatro personas las que hacemos la exigen-

cia ante la autoridad, la hacemos pública. Somos las mismas que buscamos, que damos la cara por los demás familiares.

Ni al gobierno ni a los grupos delincuenciales les conviene. Al encontrar un terreno donde hay restos, le quitamos su área de trabajo a los delincuentes. Para ellos, fríaamente, es su área de trabajo; para nosotros es un lugar de dolor, de sufrimiento. Al quitárselos, eso les genera molestia. A las autoridades les molesta que evidenciamos que no hacen su trabajo. Que digamos que, si ellos quisieran, encontrarían a nuestros hijos.

No sé cuándo se termine esto porque diario hay otros. Lejos de disminuir, ha aumentado. En una semana nos enteramos de seis, siete casos. Dicen las nuevas autoridades que ya no hay desaparición forzada, pero hay más de 16 casos de personas levantadas por policías en la zona. También por acompañar esos casos hemos recibido amenazas.

Tengo una licencia médica en el trabajo, porque caí en una depresión muy fuerte, no pude salir adelante. Tuve tres intentos de suicidio, ya no pudo más mi cuerpo. Estuve dos veces internada en el área de salud mental y eso me impide regresar a laborar.

En mi trabajo tuve problemas con los padres de familia por tantas incapacidades. Primero eran quincenales, luego semanales. Sí, los entiendo, estaban cansados del cambio de maestros. Pero mi director no hizo nada por apoyarme y tomó el lado de los padres. Ellos llegaron a decir que, si yo regresaba a trabajar, iban a tomar la escuela para que ya no me dejaran entrar. Eran padres de familia con los que yo no había trabajado. ¿Cómo me reclamaban mi mal trabajo si ellos solo sabían lo que el director les dijo? Entonces pedí que sancionaran al director porque ¡no se vale! ¡Él también tiene una familia, tiene una hija! ¿Si a ellos les pasara esto? Yo no sé qué me espere el día que se me acabe mi licencia médica con esos padres de familia. Me dieron un año y luego otro. Ya se va a acabar.

Los padres de familia saben que yo qué más quisiera que regresar a trabajar con mis niños. Pero la salud mental no me da. Vivo con tratamiento psiquiátrico muy fuerte. Hay temporadas que no hacen efecto las pastillas para dormir. Sigo teniendo esos periodos de insomnio, de falta de apetito. Sigue la incertidumbre que se acelera cuando ve uno que se siguen encontrando más cuerpos en fosas. Uno mismo ha rascado la tierra para encontrar a alguien, uno les hace el trabajo a los de periciales que han demostrado su incompetencia, para que uno aún no tenga respuesta de quiénes son.

Hace falta sensibilizar a la sociedad, que se den cuenta que no es fácil vivir con un desaparecido. Cuesta. O trabajas o buscas o te cuidas o cuidas al resto de tu familia. Es feo tener que cambiar constantemente de rutas, de hábitos, no salir a fiestas, no convivir con gente... Y la gente te dice: “¿Por qué no sales? Sí, sabemos que tienes un desaparecido, pero también tienes que ver por ti”. Para que después le digan a uno: “Tú tienes un desaparecido, mejor hazte para allá, porque me puede pasar algo a mí porque estoy junto a ti”.

Muy difícil. Además, económicamente nos ha costado. No puede uno empeñar el alma porque ya no tiene uno ni eso. Tienes que buscar dinero por si te dicen que tu familiar está en tal lado poder ir hasta allá. Que las mantas, que las lonas, que hay que cooperar para esto, que hay que irnos para allá. ¿Qué hace uno? La familia también sufre. Hoy mi hija me reclama que no estoy con ella ni con sus hijos.

—Mamá, acuérdate de que tuviste dos hijos —me dice—. Yo no digo que no busques a mi hermano, pero en este momento la que está aquí soy yo y te estás perdiendo de ver crecer a tus nietos.

Y los escucho a diario decirme: “Abuela, ¿cuándo vienes para que me hagas de comer? Abuela, ¿qué no piensas llevarme a la escuela? Abuela, te quiero ver ahí cuando salga yo de la escuela. Abuela, se viene el festival de tal cosa. Abuela, me duele mi pancita, ven hazme un té. Abuela, mi mamá está llorando”.

A veces ellos vienen a escondidas, pero solo para estar como secuestrados dentro de su propia ciudad. No pueden salir. Le pido a mi hija que mejor la visiten sus amigas en la casa. Y si llevo a las niñas al centro, nomás me la paso volteando de un lado para otro.

Mientras mis nietas estuvieron viviendo acá, la niña grande iba a la primaria que estaba a dos cuadras de su casa. Pero tenía estrictamente prohibido salirse de la escuela e irse sola a casa. Al director le dijimos que hubo amenazas de muerte por el caso de mi hijo y que la niña no podía salir con nadie. Le dimos un sobrecito con una palabra clave y él solo podía entregar a la niña si el que la fuera a recoger sabía la palabra clave.

La tía abuela trabajaba en esa escuela y el abuelo nos había amenazado, así que ni con su familia paterna podía salir. Y a mi nieta tuvimos que decirle: “Así te digan que tu mamá se está muriendo, que a mí me pasó algo, tú no te vas con nadie, así sea tu abuelo, así sea tu tía, del lado paterno, tú no te vas”.

Ella se quejaba porque sus compañeras se iban solas a su casa, querían ir solas a la tienda, pero nunca las dejamos. Les tuve que decir a mis nietos que ya no podían hacer lo que usualmente hacían, porque yo no sé en qué momento pueda pasar algo. Hoy donde están son más felices, son más libres, con sus reservas. Al principio, a donde llegaron tenían vigilancia también y las niñas, tan pequeñas, vivían con el temor de que los policías se fueran a ir y las dejaran solas. Hoy están más tranquilas, ya se ambientaron.

Acá, a la grande le costó vivir toda esta tragedia. Ella iba a las marchas a gritar por su tío, una niña de ocho años. Cargaba un megáfono y empezaba a gritarle al gobernador de ese momento: “¿Dónde están nuestros desaparecidos?” Marcha que había, marcha que mi niña iba.

Psicológicamente también se afectó, llevó tratamiento, hasta que ella solita también entendió que ya no podía más. La psicóloga la dio de alta, porque ella ya había entendido que su tío probablemente estuviera sin vida, que ya lo iba a dejar descansar, que si no era así, que ella lo seguía esperando, pero que ya no iba a caminar más, ya no iba a gritar más por él, hasta que él solo regresara. Hoy todavía le llora de una manera desgarradora. Trata de hacerse fuerte por su madre, por sus hermanos, pero cuando llora por él, ¡llora!

Una no le hace entender lo que ella misma decía: que ya lo deje ir donde quiera que él esté. Todavía le afecta el recuerdo. Hace unos meses le escribió a su tío: “Tengo miedo de olvidarte, se me está olvidando cómo eres, ya no recuerdo tu voz, yo era muy pequeña, pero yo caminaba y gritaba por ti, tío”.

La de en medio nada más sabe que tiene a un tío desaparecido y lo conoce por fotografías, porque ella estaba en el vientre de su madre cuando pasó todo esto. Y el pequeño que tiene dos años, nada más sabe lo que las hermanas le dicen: “Ese es tío, es el hermano de mamá”.

Es difícil hablarles a los pequeños de un desaparecido, yo lo veo con las compañeras. Hay abuelitas que se quedaron con los nietos. ¿Cómo les explican a esos niños que su papá o su mamá no están? Esas abuelas se están muriendo y yo me hice un compromiso con esas madres: si ellas no pueden caminar, yo voy a caminar por ellas hasta donde pueda. Hoy me han rebasado las fuerzas, no sé cuándo pueda recuperar mis actividades de lleno, pero por el momento puse un poquito de pausa, era muy necesario.

Mi hija tampoco ha podido llevar un tratamiento psicológico como debe ser, porque aquí en Mendoza la psicóloga no sabía cómo tratar el tema, fue muy difícil. Allá donde está logró tener terapias hasta fin de año, porque

luego se venía el cierre de año fiscal y ya no se pudo hacer más, ya no se las volvieron a reprogramar. Está peleando con la burocracia.

Tengo un padre enfermo, que le ha costado ver mi sufrimiento. También tengo esa responsabilidad como hija, de cuidarlo en estos momentos que él me necesita. A veces ya no sé ni para dónde correr, si correr con mi hija, mis nietos, correr con mi padre o aislarme. Es difícil. A veces los demás no nos entienden, nos toman a locos. Me han dicho: “Estás así porque tu hijo estaba metido en algo malo”.

No es cierto. Y si así fuera, yo lo he dicho, que lo encuentren y que lo procesen si es que estaba haciendo algo malo, pero díganme dónde está.

El acompañamiento psicosocial es fundamental. Hoy una de las exigencias que hacemos es que esos acompañamientos se den en la localidad donde están los familiares de desaparecidos. Que no les digan “Si vives en Orizaba, tienes que ir a Córdoba, a una hora”. Y todavía le cobren a uno la terapia, con psicólogas que no están capacitadas. Así pasa. En el DIF le dicen a uno: “Ya supérela, ya su familiar está muerto, ya cierre su duelo”. Hacen falta especialistas en salud capacitados en el tema.

Cuando empecé mis terapias en el IMSS, a la tercera sesión me dijo la psicóloga: “Hazte a la idea de que tu hijo está muerto”. Yo le decía que los recuerdos son terribles al ver la habitación de mi hijo, recordarlo, ver sus cosas. Entonces me decía: “Quita todo, guárdalo, quémalo, para que cierres tu ciclo. Las cosas, la ropa no son el recuerdo de tu hijo, son objetos”.

Yo no entendía que me dijeran eso. ¿Por qué voy a hacer a mi hijo muerto si no lo tengo? Si me dijeran: “Aquí está su cuerpo, sus restos, ahora sí ve y entiérralos, según tu costumbre, tu cultura”, entonces sí. Pero me dicen: “Espera al otro mes”.

No regresé. Me seguí meses sin terapia, pero yo entendía que necesitaba ayuda. Me canalizaron con los psicólogos del DIF de Orizaba y sí me ayudaron un poco. Estuve un poco más de año y medio en tratamiento, pero por cambio de administración en julio me dijeron que tenían que hacer sus cierres, sus informes y hasta el siguiente año, en enero, podía regresar para canalizarme.

De julio a diciembre, por otra cuestión, me canalizaron otra vez al DIF y la psicóloga estaba muy molesta porque no me esperaba hasta enero. De la oficina de atención a víctimas de Fiscalía les estuvieron hablando, hasta conseguir el número personal de la directora del DIF. Todo por mí, por mi culpa.

Me trató mal y me dijo que regresara un semana después. No regresé. Pero sí les dije lo que había pasado y me volví a quedar desprotegida esos meses.

Cuando se hizo una nueva reunión con la Comisión Ejecutiva Estatal de Atención a Víctimas, les volví a comentar que sí necesitaba apoyo psicológico y que no pensaba abandonar la terapia por unas malas prácticas. Me mandaron al hospital de salud mental aquí en Orizaba. Primero me querían cobrar, pero luego quedó claro que estamos exentas del pago. Esa sí es una buena terapia, si son profesionales en la materia. Gracias a ellos estoy entendiendo mejor cómo seguir viviendo este proceso. Sé que mi hijo, donde quiera que esté, él está bien y que el día de mañana él me tiene que ver bien también. Me lo debo y se lo debo a mis hijos y a mis nietos.

Lo que peleamos para las demás familias es que tengan un apoyo psicológico profesional. Porque no es justo que las familias vengan de comunidades que están a dos horas de aquí de Orizaba para que lleguen a oír barbaridades de una psicóloga. Eso no podemos permitirlo. Si ya sabemos el camino, pues que otras familias no sufran tanto. Hacer el acompañamiento con las familias es para evitarles ese sufrimiento que nosotros pasamos al inicio, decirles que tienen que denunciar, qué deben decir, qué deben llevar.

Puedo decir que soy una de las primeras que conformaron el Colectivo. Porque mi hijo desapareció el 1 de septiembre, su amigo el 7 de septiembre y Rubí el 8 de septiembre. Chely es la que empezó aquí en la zona de Orizaba a mover esto. En su cuenta personal de Facebook empezó a visibilizar esto. Así es como mi hija la encontró y llegamos con ella.

Ahí ella vio que no nada más era su caso: había más. Pero por miedo no se hacía nada, no sabíamos cómo actuar. Ella empezó a hacer caminatas, exigencias, visibilizaciones. Cuando sabía que venía Duarte a la zona, ella nos decía que teníamos que ir. Se metían de infiltradas; ya adentro, empezaban a sacar sus lonas. Fueron tiempos muy duros.

Empezamos a ver cómo se trabajaba esto; ella nos contactó con otros colectivos del país. Así nos fueron agrupando, enseñando leyes, asuntos periciales, de todo, para hacer lo que hoy hacemos. Hicimos mesas de trabajo con las autoridades de ese entonces. Y me decían que, como yo “hablaba bien”, que fuera por delante. No es que yo sepa hablar bien, sino que ellas tenían miedo. Por eso nos visibilizamos más tres o cuatro personas dentro de todo el Colectivo, que es grande. Somos las que dimos la cara en los momentos más fuertes, durante el sexenio de Javier Duarte.

Ahora que vemos que el exfiscal y la exdirectora de Investigación Ministerial, Rosario Zamora, están tras las rejas, nos acordamos que teníamos el contacto ¡así, tan cercano...! Rosario nos decía: “Ay sí, señora”, nos apapachaba. El día que llevaron a la cárcel de Pacho Viejo al exfiscal Luis Ángel Bravo y lo pusieron a disposición, nos dijo Chely: “Vámonos, tenemos que estar en esa audiencia”, y así lo hicimos.

Fue muy fuerte verlo con una playera naranja en las primeras notas del periódico, después de haberlo visto impecable con su traje... pero ni un pelo se le movía al hombre. No se me va a olvidar nunca la cara que puso cuando entró a la sala de juicios, luciendo su traje impecable y zapatos nuevos que le llevaron sus abogados. Estaba sorprendido de vernos ahí. Nos dijo “Buenas tardes”, pero nadie le contestó el saludo. Estábamos atrás de él, como sus verdugos. Por lo menos que supiera que estábamos ahí, aunque también sabíamos que era un riesgo estar ahí, porque él no está solo, pero eso y más se hace por un hijo.

Palabras finales

Gracias por permitirme participar en este maravilloso proyecto. Fue remover nuevamente todo para que la sociedad no siga criminalizando a nuestros seres queridos desaparecidos. Parte fundamental para que realmente vean, lean y se imaginen la vida de la persona que hoy no está, en este caso, mi hijo. Sé que son pocas las personas que visibilizan este tema con tanto profesionalismo, y hoy se está concluyendo esta historia de vida en este libro. Reitero mi agradecimiento por habernos permitido este espacio. Asimismo agradezco a quien ha sido el pilar fundamental dentro del Colectivo Familias de Desaparecidos Orizaba-Córdoba: a Aracely Salcedo Jiménez, siempre alentándonos a buscar verdad, memoria y justicia... ¡Porque la lucha por un hijo no termina y una madre nunca olvida!

“Es algo que no se le desea a nadie,
ni al peor enemigo”

Pedro Iván Ramos Molina
Desapareció el 3 de septiembre de 2012

*María Eugenia Molina,
madre de Pedro Iván*

MI HIJO ERA UN NIÑO BIEN LINDO. Le decían *Chino*, porque ese pelo así chino chino lo tenía. Cualquier gente a la que uno le pregunte por él le va a decir que lo estimaba. Le gustaba mucho ayudar a las personas. ¡Cómo me acuerdo! Un día estaba ya acostada durmiendo y me hablaron por teléfono, que se estaban inundando las dos cuadras hacia abajo de donde vivimos. El río se había metido a las casitas.

Él oyó, se paró rápido y se fue a ayudar a los policías de ahí de Orizaba a sacar a las gentes. A las señoras las sacaba cargando, hasta lo vacilaban porque dicen que sacaba a las señoras en los brazos. Era muy caritativo, era muy buena persona; para todo, vaya. Todo mundo lo conocía como un buen muchacho. Era un niño sano. Por eso digo yo: no se vale que lo criminalicen, si no lo conocían. Yo puedo meter las manos al fuego por mi hijo, porque yo sí lo conocía. ¿Quién más que una como madre? Porque yo siempre he dicho: los hijos se quieren y se quieren mucho, pero una debe de reconocer cuándo el hijo la está regando. Y mi hijo no era de esos, ¡de veras! No era de esos.

Mi hijo a sus 25 años se encantaba jugando sus videojuegos, así era como él descansaba. Llegaba del trabajo al otro día, se dormía un rato, desayunaba;

al ratito se paraba a estar pegado frente al televisor. Esa era su vida. Si hubiera sido un mal chico no estaría en la casa, andaría en la calle. No, él era de su casa.

Un día llegó todo sucio del trabajo, todo revolcado. Y ya me contó:

—Ves que a mí me gusta mucho lo de la lucha libre. A una patrulla le tocó la ruta de Campo Chico... Y ¿tú crees?, hubo una bronca en una cantina. Y un tipo que estaba ahí, ¡que les saca el machete a los compañeros policías! Pero ellos tenían miedo de acercársele, no sabían. Pues que me hablan a mí y ahí voy, que lo agarro y que...

Ya me estuvo explicando todo lo que le hizo: las llaves, los candados... Había una barranquita y se fueron rodando los dos.

—Por eso estoy todo revolcado. Por eso, donde hay peleas, me hablan a mí, mamá, ¡porque los otros son remensos! Y a mí me gusta todo eso.

Así era, él todo eso aprendía y le encantaba todo eso, las luchas. Y veía las clases que dan ahí en YouTube. Él solito se preparaba, para aprender a defenderse. Por su trabajo, decía, él debía saber de eso.

Hice una misa, de limosnas, para mi hijo. Y las gentes me dieron a cual más. “Por mi *Chinito* lo que sea”, me decían. Mucha gente lo quiere, mucha gente lo quiso. La gente que lo conoció lo quería mucho, lo apreciaban porque era un buen niño.

Mi esposo tiene una carnicería y le decía cuando estaba más chamaco:

—No quisiste estudiar, vas a entrar a la carnicería.

Y Pedro Iván lo ayudó. Todo el tiempo que estuvo en la casa lo ayudó un montón, pero se encontró un amigo que lo metió de policía. Primero, entró a trabajar en Orizaba, pero se accidentó y lo despidieron de ahí. Su moto se barrió, todo se raspó y se lastimó el cuello. En el hospital le dijeron que tenía que tener reposo porque no sé qué le pasó a su cuello. Se fue a hablar con su jefe en la policía de Orizaba. Le dijo que el doctor le había mandado incapacidades, unos tres, cuatro días de incapacidades. Y su jefe le dijo:

—Bueno, si quieres, pero sin sueldo.

Mi marido le dijo:

—Hijo, tú componte bien y ya después sigues, no hay problema. Tú no te preocupes porque no vas a tener dinero, comida va a haber siempre.

Se tomó los cuatro días. Al quinto día le trajeron sus cosas y le mandaron a pedir sus uniformes, porque ahí son prestados. Mandaron a un policía

a pedirle sus uniformes, las botas y todo. Por faltar cuatro días a pesar de que tenía incapacidad médica y que se la había tomado sin sueldo. Ahí no hay Seguro Social, nada.

Estuvo otro tiempo trabajando ahí en la carnicería, ayudando a mi esposo, pero ya después nos dijo que un amigo lo había apoyado para meterse a la policía municipal de Ixtaxochitlán. Nosotros por más que le dijimos que no, que porque ahí estaba muy feo, él nos decía que él se sabía cuidar. Todo el tiempo estábamos comunicados. Todo el tiempo.

Pedro Iván salió a trabajar el lunes 3 de septiembre del 2012. Tenía que regresar el martes 4. Ese día yo lo despedí, le di su bendición y nunca regresó. Ese día se fue con ropa de civil, pero llevaba su uniforme doblado porque cuando salía iba a ver a la novia y no le gustaba ir vestido de policía. Hasta le planché su ropa y todo. Por eso sé qué ropa llevó. Se supone que era un turno de 24 por 24, entraban hoy, salían mañana. Desde las nueve, diez de la mañana que él tenía que haber llegado, yo ya lo andaba buscando.

Iba con otros cuatro policías en su turno. No regresó ninguno. Cuando llegué a buscar a mi hijo a las oficinas de la policía, la camioneta estaba allá en la inspección, cerrada con llave, con armas y todo adentro. No sé decir qué pasó ahí. Yo fui y le suplique a su jefe. Que si algo le había pasado, pues que me dijera “Señora, vaya a recogerlo, está allá tirado”.

—Y yo le juro por Dios que yo me lo traigo, yo lo único que quiero es a mi hijo como esté, como sea —le aseguré.

Me dijeron que no, que no sabían qué le había pasado.

—Ustedes como institución tendrían que apoyarme... Apoyarme en preguntar qué fue de ellos.

—Lo siento, señora, yo nada más le estoy informando que su hijo no está.

—Es que no puede ser, si usted era su superior, ¿cómo no va a saber qué les pasó?

—Nadie sabe nada.

Todavía él me dijo:

—A lo mejor, ¿cómo ve usted?, se fueron de parranda, andaban tomando.

—Mire, señor, mi hijo no toma, él es diabético. A sus 25 años, tenía tres, cuatro años de tener diabetes. Él anda cargando su medicamento, él no puede tomar, así que eso no puede ser, en primera. En segundo lugar, si están trabajando y usted es su superior, ¿usted iba a permitir eso?, ¿que “ahorita vengo nos vamos de parranda”? ¡Claro que no, señor!

Los policías traen radio, el jefe tenía manera de decir: “Oye, ¿dónde andan?, ¿qué pasó?” Nada. Y simplemente me dijo:

—Yo hasta aquí la puedo ayudar.

—¿Ayudar? ¿En qué me ayudó?

—En informarle.

—¿Para usted eso ya es suficiente?

—Tiene que ser suficiente.

Yo había visto en las noticias y en el periódico que estaban entrando mucho en ese entonces los marinos, así que le pregunté al jefe de mi hijo:

—¿No cree usted que a lo mejor...?

—¡Ah...! Pues puede ser, puede ser también otra opción. Aparte de la parranda, otra opción es que a lo mejor se lo llevaron.

—Bueno -le respondí-, si usted cree que se lo llevaron, ustedes como institución, usted puede agarrar el teléfono y decir: “Oiga, me faltan tales elementos, ¿no los tienen ustedes?”

—No, señora, lo siento. Yo no, eso ya le corresponde a usted.

Salió igual que con la otra policía de Orizaba. Estos se lavaron las manos: era mi problema, lo que había pasado era mi problema, yo tenía que buscarlo y yo tenía que solucionar mi problema.

¿Qué podía yo hacer ante eso? Nada. Lo único que hice fue salir de ahí, tratar de localizar a los familiares de los demás. Pero nadie me dio razón. El jefe mismo me comentó que de los demás nadie había puesto denuncia, que era yo la única que andaba buscando a mi hijo. Los demás no, no sé por qué. Traté de localizar a las personas. Nomás conseguí dos direcciones, pero nada.

Cuando entré yo al Colectivo, se volvió a remover todo eso y la fiscal mandó traer a la esposa de uno de ellos, y ella pidió que constara que ella no estaba moviendo nada por su marido, que quedara claro que la que anda moviendo soy yo. Ella no quiere ni cooperar ni participar.

En aquel entonces les pregunté también a los compañeros de mi hijo. Él varias veces los llevaba a la casa y yo les daba de comer, por eso yo les decía:

—Por las veces que te atendí, que te di de comer, dime qué pasó con mi hijo.

Yo les decía, llorando:

—Mira, hijo, tú me conoces qué clase de persona soy. Dime. O manda un papel por abajo de la puerta y yo te juro por Dios que yo no voy a decir

quién me lo dijo, pero dime dónde está, yo necesito siquiera ir por el cuerpo de mi hijo. Díganme “Está en tal barranca” y yo voy por él y me lo traigo, y no digo nada. Yo solo quiero a mi hijo, sea como sea, y esté como esté.

Y todos contestaban:

—Lo siento, señora, lo siento de veras, no sé.

Y se daban la vuelta y se iban. Eso me hacía pensar que algo le pasó... algo le hicieron y ellos saben, pero nunca quisieron hablar. Nunca tuve respuesta de nadie.

Ahora hace poco me dijo la fiscal que había entrevistado a dos policías que quedaban, compañeros de mi hijo de esa época. Todos los demás son puros nuevos. Hubo un tiempo que me enteré en el periódico que habían entrado y que se habían llevado a varios policías de ahí, pero ahorita sigue normal.

Su novia tampoco sabía nada. Tuvo que ir a declarar y la fiscal me dice asombrada:

—Oiga, la novia no hizo más que hablar maravillas de él.

—Pues es que no tendría qué otra cosa decir. ¿Qué más iba a decir?

Fui a preguntarles a los marinos, pero me dijeron que no. Les dije:

—Si lo tienen detenido, díganme; si lo agarraron haciendo algo, díganme, y yo me regreso a mi casa, pero tranquila, porque sé que mi hijo está vivo; y, si cometió algún delito, que lo pague. Pero yo lo único que quiero saber es que está vivo.

Que no. Nada. Fui a Fortín, ya que ahí estaba un retén. Nada. Ya de ahí me fui a Boca del Río. Tampoco. Anduve preguntando si no estaba detenido en las delegaciones de Nogales, Río Blanco, Mendoza. Nada.

Fue un peregrinar desde que eso pasó, preguntando en todas las instituciones, hospitales, cárcel. Nadie me daba razón de mi hijo. Aparecía algún cuerpo en el río, donde sea, ahí estaba yo buscando a mi hijo. Como fuera, pero yo quería a mi hijo, de la manera en que lo encontrara.

Fui a Veracruz, a Xalapa, Boca del Río. Yo llevaba la foto de mi niño y les preguntaba si no estaba detenido ahí. Me preguntaban en qué trabajaba y, cuando les respondía que era policía, me arrojaban la foto al piso y me decían:

—No, señora, ya ni lo busque, ¿para qué lo busca? ¿Sabe qué?, mejor regrésese a su casita y, si tiene usted más hijos, cuídelos.

Eso era lo que me decían desde la entrada, ni me dejaban entrar. Yo me les arrodillaba, preguntándoles si estaba ahí detenido. No, ni se tomaban la molestia de preguntar, de ir a ver. Nada.

Un día fui a Boca del Río y me dijeron que había aparecido un cuerpo que dejaron tirado en la puerta del cuartel. Llegué a preguntar. No era mi hijo. Luego pregunté por los detenidos, vi la lista en el pizarrón y, al final, me dice el señor, con voz muy bajita:

—¿Sabe qué? Mejor váyase, porque luego pasan desgracias, luego matan a toda la familia. Por su bien, mejor váyase. Yo sé lo que le digo.

¿En quién vamos a confiar si ellos son los que nos tienen que proteger, ayudar? Hasta la fecha, la fiscal me dice que sí, que está trabajando, que está trabajando en eso, pero nada más. También ella me hizo el comentario de que “hay que irse con cuidado”.

En la policía ¡está mal de veras!, una no cuenta con el apoyo de nadie allí. Inclusive, cuando fui a Xalapa, allá me pidieron fotos, me tomaron datos, me tomaron muestra de ADN. Lo buscaron en la computadora para ver si de veras estaba inscrito como policía y sí, vieron que sí. En ese entonces mi hijo el más chico fue conmigo y me dijo que un licenciado que fue el que me atendió, muy amable, se le acercó, cuando a mí me metieron en un cuarto para tomarme la muestra de ADN, y le dijo:

—Dile a tu mamá que busque a un colectivo y se meta, porque solo así le van a hacer caso.

Ese fue mi peregrinar hasta que encontré a Chely. Y, gracias a Dios, gracias a ella, he tenido un poco más de apoyo. ¡Ya para que lo haya dicho ese señor! Me pidieron fotos de mi hijo. Tuve que contar todo desde un principio. El Colectivo ha sido de un gran apoyo para todas nosotras, que somos muchas, muchas, muchas. No tiene uno cómo pagar todo lo que Aracely hace por nosotros, por nuestros hijos.

Hasta la propia familia la trata a una comoapestada. No quieren que les hable una porque piensan que van a sufrir una desgracia: viven junto a nosotros y cerraron con llave. Nos pidieron que no les habláramos por teléfono:

—¡Ni nos hablen! ¡Ni nos hablen! ¡No, ni vengan! ¡Ni se les ocurra venir para acá!

A mis hijos les costó mucho trabajo porque estaban chicos. Ahora ya están grandes, ya están trabajando cada quien, ya tienen su vida hecha, digo yo, ya no les hago tanta falta. Luego me dicen ellos “No, mamá, cómo crees. Siempre nos vas a hacer falta”. Aunque ahora me ayudan, quien me ha apoyado mucho es mi esposo, aunque no es el papá de mi hijo. Él, llorando, me decía:

—Ay, vieja, estamos solos en esto, no contamos con nadie. Pero no importa, mientras estemos tú y yo, vamos a seguirlo buscando.

Ante el abandono de la familia, mi esposo lloraba, lloraba porque no lo podía creer. No sé qué se imaginaban.

Hubo un tiempo que me puse tan mal y me mandaron con la psicóloga, pero no pude ni ir ahí. Me dio depresión, me tiré en la cama, nada más abrazando la foto de mi hijo, no me quería yo levantar, de veras mal. Creo que si le hace a uno falta la psicóloga, para que nos ayuden un poquito a sobrellevar esta pena. Yo me sentí sola en todo esto, porque los demás chicos estaban todavía chamacos, ¿en qué me podían ayudar?

Ya no pude seguir yendo a buscar los cuerpos, ya no pude. Hasta que encontré a Chely y ya, sí... Y si aparece algún joven... es terrible... de veras. Yo digo: “Bueno, gracias a Dios esa mamá ya sabe dónde está”. Desgraciadamente no es como uno los quisiera encontrar, ¿no? A lo mejor soy egoísta, pero digo yo: “¡Ya siquiera! Ya saben dónde está”, no que uno sigue pensando ¿cómo estará?, ¿comerá bien?, ¿estará bien? Eso es terrible, es algo que no se le desea a nadie, ni al peor enemigo, ni a la persona más mala del mundo se le desea este dolor que uno está pasando.

Por eso cada que nos necesita Chely o tenemos que hacer algún evento, ahí estoy. La cosa es tener solución de algo, pero hasta ahorita nada... ¡Nada!

El trabajo con Chely y el grupo me ha ayudado bastante, bastante, bastante, bastante. ¡Gracias a Dios! Porque ella fue un apoyo, porque yo estaba sola, yo ni sabía qué hacer. Yo me moví lo poco que pude, pero yo digo que, si en ese entonces ya hubiera estado Chely, pues otra cosa hubiera sido, hubiera yo tenido más apoyo, pues todo eso lo pasé sola. Una no sabe ni qué hacer, ni cómo moverse, ni a dónde ir, ni nada.

Y ahora, después de estos años que han pasado... a veces me hago a la idea y digo “Pues mi hijo está bien, cuando vea yo, yo lo voy a ver entrar por la puerta”. Y eso me hace, por un lado, estar... Digo yo: “No, pues sí, yo siento que está bien”. Pero hay veces que no, hay veces que de plano me vengo para abajo, terrible de veras. Me entra así como que me deprimó, no hago más que estar llorando. Pero hay veces que estoy bien.

Yo solo espero en Dios que toque los corazones de las personas que le hicieron algún daño y se conmuevan de esta madre que está desesperada y que me digan dónde está, dónde lo dejaron. Espero en Dios que así sea.

“¿Si me muero y llegan?
Ya no voy a estar para ellos”

Marco Julio Gómez Mora
Desapareció el 14 de octubre de 2012

*Laura Mora Castro,
madre de Marco Julio*

MI HIJO DESAPARECIÓ EL 14 DE OCTUBRE DEL 2012. Pusimos la denuncia y hasta ahí nada más. La verdad a veces Chely nos invita y así, pero a mí me da para abajo todo esto porque, cada vez que empiezo a hablar del tema, es como volver a ese momento. Aparentemente dice uno “Pues ya lo voy superando”, pero no es cierto, es una herida que está ahí y que, en cuanto se toca, duele. Yo creo que por eso es que no se ha oído mucho de él, de lo de mi hijo.

Nosotros éramos una familia de cinco integrantes: mi marido, tres hijos y yo. Mi hijo estudiaba en la preparatoria abierta y estaba en la casa en la semana. Su hermano tiene un local de tinta y tóner, y a veces lo iba a ayudar. Era un muchacho alegre, le gustaba mucho el fútbol, tenía muchos amigos. Las personas me dicen ahora que sienten mucho lo que pasó porque él nunca fue un muchacho grosero o que le faltara el respeto a nadie. Además de ayudar a su hermano con lo de la tienda, a veces un señor que tenía como un balneario lo iba a buscar para que le fuera a lavar las albercas.

Un día salió de la casa y se fue con un amigo que yo no conozco. Hasta ahorita no lo conozco, al parecer era de la escuela. Y él se fue y me dijo:

—Luego regreso, mamá.

Regresó como a las once de la noche a la casa, y ya se iba a acostar cuando le llamaron por teléfono. Él no tenía teléfono, lo había perdido antes. Entonces, ese día llegó a la casa y yo oí que sonó un teléfono y él lo contestó. Y yo escuché que él dijo:

—Sí, ahorita voy.

Y, antes de salirse, lo único que me dijo fue:

—Mamá, ahorita regreso, no me tardo.

Y yo nunca imaginé lo que iba a pasar. Se fue y ya no regresó. Al otro día era domingo y muy temprano lo fuimos a buscar: al hospital, a la cárcel, con los amigos que uno conocía, y no lo encontramos. Seguimos preguntando y preguntando y nada. Ya el lunes fuimos a poner la denuncia. Igual uno no sabe cómo se manejan esas cosas; nos dijeron que nos teníamos que esperar, y ya hasta el día 17 de octubre fue cuando nos recibieron la denuncia. Así fue como ocurrió. No supimos en ese momento qué había pasado con él.

Ya después su hermano el mayor, por medio de las redes sociales, empezó a preguntar por su hermano con sus amigos. Yo en ese momento no sabía lo que era el Facebook. A lo mejor yo lo escuchaba, pero no tenía yo idea, nada. Mi hijo mayor se empezó a meter por las redes y se dio cuenta que fue un amigo con el que había salido, que ese muchacho le prestó el teléfono que llevaba mi hijo y que él fue el que le llamó para que le llevara su teléfono. Según nos dicen, donde este muchacho llamó a mi hijo fue por donde está Aurrerá, aquí en Orizaba. A la vuelta había un bar que se llamaba Cuarta Dimensión, algo así. Ahí afuera fue donde se perdió mi hijo y ya no supimos nada.

Mi hijo mayor platicó con el muchacho del teléfono por medio de las redes y el joven le dijo:

—Pues sí, yo lo llamé porque él se llevó mi teléfono y yo le dije que me lo fuera a entregar; y fue y me lo entregó.

—¿Y luego qué pasó con mi hermano? —le preguntó mi hijo mayor.

—Pues, no sé. Yo estaba platicando con él, así; pero me di la vuelta, y cuando voltee, tu hermano ya no estaba.

De la nada desapareció. Nosotros tenemos la idea de que él sabe algo, él lo llamó para algo, porque el teléfono se lo podría haber dado al otro día.

Cuando pusimos la denuncia, supimos que al muchacho lo empezaron a buscar y los agentes ministeriales platicaron con él, pero ni en calidad de

presentado ni nada, nada más así como para saber qué pasó. Y el muchacho cuenta eso. Dio direcciones falsas y, cuando los agentes lo fueron a buscar donde dijo que vivía, resultó que ahí no vivía. La gente les dijo que no, que no lo conocían.

El tío del muchacho tenía una papelería y lo fueron a buscar, pero también él dio una dirección falsa. Seguimos en eso, en que ni al muchacho ni al tío los han presentado para saber por qué daban direcciones falsas. Mi hijo después en las redes ya no lo encontró, ya no supimos nada. Hasta ahorita son ya casi ocho años en que no sabemos nada de mi hijo. No sabemos qué pasó en realidad.

Tengo otro hijo que no sé nada de él; se llama Luis Enrique. Él se fue para Poza Rica a trabajar allá y teníamos contacto con él, pero tiene como cuatro años que también perdimos la comunicación. Ya no supimos nada.

Él aquí tenía un taller de motos y se fue para allá porque le ofrecieron trabajo. En lo mismo, en lo de las motos. Yo nunca pude ir a ver dónde vivía ni nada, nada más nos comunicábamos y ya; pero no, nunca supe. En un momento yo me acuerdo que él me dio una dirección y yo la apunté, pero como uno no sabe lo que va a pasar, a veces no pone uno mucha atención en esas cosas, la verdad.

Y ahí andaba la dirección para allá y para acá. Después ya no supimos nada de él. Ya no encontré la dirección y, en realidad, no sé ni siquiera dónde ir a buscarlo. Yo pienso que si a mi hijo que estaba aquí en Orizaba conmigo no sé a dónde ir a buscarlo, allá en Poza Rica menos. ¿A dónde voy? ¿Con quién acudo?

Hasta ahorita no sabemos nada. De él sí no puse denuncia, porque me dicen que tengo que ir hasta Poza Rica Y, por falta de recursos, porque está muy lejos, no hemos ido.

Entonces ya mi familia somos tres nada más: mi hijo el mayor, mi marido y yo. También tengo dos nietos, que son mi motor para salir adelante, porque si no fuera por ellos yo creo que la vida se nos acaba. Nos quitaron un pedazo de nosotros.

Tenemos la esperanza de un día saber de ellos. A la mejor, por el tiempo que tiene, ya no como uno los espera, pero saber algo. Apenas me entrevistaron los de la Fiscalía y la fiscal me dijo:

—¿Y qué es lo que pide usted?

—Encontrar a mi hijo.

Uno ya no tiene ganas de estar en Fiscalías buscando culpables, diciendo “¡Sí, él fue! ¡Que lo castiguen!” Yo no quiero saber ni quién fue ni por qué ni para qué. Quiero que me digan dónde está mi hijo y terminar con esta agonía, porque la verdad es algo muy... A veces nos ven en la calle y nos ven sonriendo y nos ven... Pero el dolor ahí está. Mi madre falleció en febrero del 2012 y mi hijo desapareció en octubre. Nosotros decimos que nuestra madre es lo que más queremos y a mí me dolió mucho cuando falleció mi mamá, yo sentía que se me acababa el mundo. Pero cuando pasó lo de mi hijo, yo supe que es el dolor más grande, más grande que puede uno tener: la pérdida de un hijo.

Y más como pasa. Porque si se murió, si lo mataron, vamos... ya lo estoy viendo y me duele y esto... Pero tener la incertidumbre de si está vivo, si está encerrado, si comerá, si lo estarán golpeando... Vive uno con la angustia. Va uno en la calle y ve uno una persona indigente y yo lo veo con compasión... porque seguramente es hijo de alguien... ¿Y si mi hijo anda así en otro estado, en otro lugar? Ve uno a su hijo en cualquier persona. Pasa un muchacho, nada más de espaldas, y digo: “Es mi hijo”. No, no es, pero la verdad es un dolor que no se le desea a nadie, a nadie.

Cuando mi hijo desapareció, el señor de las albercas me dijo que, si había que ir a declarar, él podía ir a hablar a su favor, porque él era un muchacho tranquilo.

Los policías dudan de todo. Cuando pusimos la denuncia, llegó un agente investigador que preguntó:

—¿Cuántos pares de zapatos tenía? ¿Cuántos pantalones tenía y de qué marca?

Y mi hijo, el más grande, una vez sí discutió con uno de ellos:

—A ver, ¿por qué la marca?

—Es que si no trabajaba no tenía por qué andar con zapatos Nike, Puma...

—Mire —le contestó mi hijo—, yo ando con esos zapatos y eso no quiere decir que tengo dinero. A veces porque uno no tiene dinero se compra esos, porque me van a durar mucho más que unos de trescientos o cuatrocientos pesos.

Pero el agente seguía preguntando:

—¿Su hijo andaba con dinero? ¿Tenía dinero? ¿Quién se lo daba?

Yo sabía que el fin de semana traía doscientos, trescientos pesos. Para mí no es mucho. Su papá le daba, su hermano le daba o se iba a lavar la

alberca y ya tenía. Ellos dan a entender que si ya traía dinero es porque andaba en algo malo. Y no es así.

Mi hijo tenía 20 años, estaba lleno de vida. Muchos sueños truncados, muchas ilusiones. Tenía muchísimas amigas. Ya después que yo empecé a entrar en el internet, precisamente para saber más, enterarme de otras cosas, ahí fue cuando yo vi sus comentarios con sus amigas: que las invitaba a salir o si iba con una, la otra le reclamaba: “Es que no me has venido a ver”. Lo que yo entendí es que eran amigas-amigas, porque yo creo que él ha de haber dicho: “Estoy muy chico todavía para tener una relación seria”.

Allá en el barrio encuentro mucha gente que me dice:

—Tus hijos no eran malos, Laura. No sé qué les haya pasado, pero no tenían por qué haber desaparecido, eran muy solidarios.

Y sí, eran muy bondadosos. Se quitaban la camisa por sus amigos, la verdad.

Nunca recibimos llamadas de extorsión ni nada. Algunas pistas sí hemos tenido. Tengo una hermana que vive en Vicente Guerrero, aquí saliendo de Orizaba rumbo a Río Blanco, pasando los arcos, hacia dentro, hacia la vía, hacia los cerros, y ella ha visto mucho de balaceras, de camionetas de los marinos que entran ahí; es una zona muy peligrosa. Cuando pasó lo de mi hijo, yo no le dije a ninguna de mis hermanas, yo nada más dije:

—Pues no llegó.

Inclusive uno se enoja y dice: “Al rato que venga me va a oír y que esto no se vuelva a repetir”.

Entonces eso se quedó entre mi marido, mi hijo el mayor y yo, porque el otro estaba en Poza Rica. Fue hasta el lunes cuando yo le dije a mis hermanas y empezaron las especulaciones:

—Oye, ¿no se habrá ido con alguna muchacha?

—Oye, ¿no se habrá ido a trabajar fuera?

—No, porque yo lo sabría.

—Pero, ¿si se fue con una muchacha y no te quiere decir?

—Está su hermano, está su papá. Y siempre entre hombres...

Y sí, le decía a su papá cuando le gustaba una muchacha o si andaba en algún lado.

Cuando le avisé a mi hermana, la que vive en Río Blanco, al momento me dijo:

—Oye, fíjate que me platicó una señora que el domingo en la noche venía bien asustada porque vio una camioneta cerrada, y que de una casa iban sacando un muchacho todo golpeado y que el muchacho no se detenía en pie. Bien sangrado, golpeado, lo metieron a la camioneta.

Como a cuatro, cinco cuadras de donde vive mi hermana, hay una colonia que se llama La Modelo. Ahí, según sabemos, está muy pesado.

—¿Y cómo era el muchacho? —le pregunté.

—¿Por qué no me dijiste antes lo de tu hijo? Era alto, era delgado, era... Por las señas que me dio la señora, era Marco.

Yo me quedé con esta idea, que a lo mejor era mi hijo el que iba ahí, hasta me imagino yo cómo lo llevaban. Le dije:

—Mira, para empezar no sabemos si era él.

—Dice la señora esa que, cuando ella los vio, se escondió, porque no quería que la vieran.

—Pues yo siento que a lo mejor no era él pero, si hubiera sido él, no sé qué podríamos hacer, qué hubiéramos hecho al momento. Yo te aseguro que si tú hubieras sabido que es él, a lo mejor, por miedo, o no sé, te hubieras quedado callada. Ya reacciona uno después.

Cuando yo fui a poner mi denuncia nos pidieron como 100 copias de una fotografía para ir las a pegar en los hoteles, en los hospitales, en muchos lados. Fui a sacar las copias, cerca del juzgado por donde está el cuartel, con un señor que sacaba copias y que tenía su negocio abierto las 24 horas. Cuando el señor vio la foto, me dijo:

—¿Está desaparecido? ¿Es su hijo? Yo le voy a decir algo, pero no le diga a nadie, ni diga que yo se lo dije. Fíjese que aquí seguido traen jóvenes detenidos y ya no aparecen. Precisamente el domingo trajeron a varios muchachos. Los traen detenidos, esposados y los meten. No sé si después los sacan, pero nosotros nos hemos dado cuenta porque hay personas que ven cuando se los llevan. Yo veo que los está deteniendo un policía o algo y luego, cuando vienen aquí a buscarlos sus familiares, salen y dicen: “No, aquí no está”, por más que la gente les dice que aquí lo trajeron. Vino un taxista porque a él le dijeron que a su hijo lo habían levantado y vino acá; igual le dijeron que no estaba aquí, nomás que él dijo: “Aquí está porque vieron que lo trajeron acá y acá está”. Yo creo que por eso se lo dieron; si no, no.

Eso me lo dijo hace ocho años. El señor ahorita ya no tiene su negocio ahí. Yo me quedé muy asombrada, no sabe uno la verdad. La gente dice que

se debe denunciar, pero si las mismas autoridades están metidas en eso y uno habla... ¡Quién sabe! A mí, gracias a Dios, no me han llamado para extorsionarme, para nada, pero yo he sabido de compañeras que las llaman y les dicen que ya se callen, que ya no sigan buscando, que porque le va a ir mal a su familia.

Aun así yo sí tengo miedo, por mi hijo el mayor. Luego lo platicamos él y yo y él me cuenta: “Mamá, ¿supiste que levantaron a cierta persona?” “Mamá, ¿supiste que se llevaron a fulanito?” La verdad yo tengo miedo.

—Sí, yo también tengo miedo, yo tengo miedo —le digo yo.

Ahorita como que ya no me pasa tanto, pero recién que pasó lo de mi hijo, si daban las once de la noche y mi hijo el mayor no llegaba, yo empezaba a temblar y empezaba yo a llorar y a llorar, y ya llegaba y le decía yo:

—¡Ya no te vayas!

—Tranquila, mamá —me decía él.

—No, ¡es que yo no puedo estar tranquila!

Él vivía conmigo entonces; ahorita él ya tiene su familia, pero yo tengo miedo igual, porque él tiene un local, muy chiquito, donde recarga cartuchos; él tiene su moto que sacó en Elektra y que fue pagando; tiene un carrito que también está pagando; su mujer vende desayunos y se compró una motoneta, y yo tengo miedo porque luego digo: la gente piensa que el andar así es porque ya tiene mucho dinero. Tengo mucho miedo por él, mucho, mucho miedo, y siempre que lo veo, lo abrazo y le digo:

—Te quiero mucho.

—Yo también, ma —me responde.

Es que a veces uno no dice todo eso porque no sabe lo que va a pasar. Porque yo pienso: si yo hubiera sabido que mi hijo ya no iba a regresar, a lo mejor ni lo hubiera yo dejado salir. A lo mejor no tuve tiempo de abrazarlo por última vez, de decirle que lo quiero mucho y por eso luego tengo miedo de ir acá, de ir allá, porque yo siempre lo he dicho: si fuéramos nada más yo y mi marido, si en una de esas me hacen algo, no importa, porque ya no tiene uno nada. Pero desgraciadamente buscan dañar a otras personas: los hijos de uno.

Tengo mucho miedo con mi otro hijo, de que lo detenga tránsito, de que lo detenga la policía. Ya vive uno con ese miedo. Es bien triste saber todos los días que se perdió una muchacha, que se perdió un muchacho, ¡no sé en qué mundo estamos viviendo, la verdad!

Y sigue pasando todos los días y no se encuentran. Ahorita podemos decir: los que tienen suerte, a los tres, cuatro, cinco días, un mes, dos meses, ya lo encontraron; pero ¿de qué forma? Y si no, empieza a pasar el tiempo, un año, dos, tres y nada. ¿Cómo es posible que un joven desaparezca así porque sí, la tierra se lo tragó y ya nadie sabe nada? ¡Nadie! Desgraciadamente fue lo que nos tocó vivir.

Chely nos ha conseguido apoyos psicológicos, pero yo siento que no me ayuda mucho, la verdad. Yo venía aquí al DIF, pero la psicóloga nada más me decía:

—A ver, dígame qué fue lo que pasó.

¡Y volver a revivir esa historia...! Y a la siguiente sesión:

—¿Cómo se siente usted? ¿Cómo ha estado?

¡Y volver a lo mismo!

Yo siento que a mí eso no me ayudaba porque yo venía a la psicóloga y regresaba bien mal a mi casa. Ya no fui. Luego fuimos a un taller con los tanatólogos, pero es difícil. Los tanatólogos nos dicen que debemos aprender a soltar, a dejar ir. Dicen que no estamos hablando de un muerto, pero es una ausencia lo que tenemos y debemos aprender a soltar. Y yo digo: ¿cómo vamos a soltar algo que nosotros como Colectivo queremos encontrar, no soltar? A lo mejor yo estoy mal porque no entiendo a los especialistas. Pero no me ayudan en nada, la verdad.

Y tratar el asunto con los niños es mucho más difícil, porque los niños no son nuestros; en mi caso son mis nietos, y yo no puedo hablar de algo que su mamá no me permite; entonces ellos solo saben que mis hijos no están, que no los encuentro, vamos. Por ejemplo, mi nieto. Su papá es mi hijo el de Poza Rica, y él me pregunta. Una vez fuimos a ver la galería donde estaban exhibidas las fotos de nuestros hijos y mi hijo vio la foto de su tío y me dijo:

—Oye, abuela, yo vi a mi tío. Vamos a entrar.

Cuando entramos me preguntó:

—¿Por qué está aquí?

—Mira, hijo, todos esos muchachos, todos los que están en las fotos, no los encuentra su familia, así como yo. Entonces los pusimos ahí para que si alguien los ve y los conoce nos digan en dónde están.

—¿Y por qué la foto de mi papá no está ahí?

Yo no sabía qué decirle. Por fin le contesté:

—Porque ese día que nos pidieron las fotos, nada más llevaba yo la de tu tío Marco. Pero me dijeron que, como son hermanos, a lo mejor andan juntos y que, cuando encuentren a uno, encuentran al otro.

Es bien triste ver que la mamá del niño ya tiene otra familia, ya él tiene otro hermanito. Es triste escuchar eso. Mi nieto le dijo a mi otra nieta, la hija de mi hijo mayor, un fin de semana que estaban los dos en mi casa:

—¿Por qué no te gusta estar con tu papá?

—Sí me gusta estar, pero me gusta más estar con mi abuela.

—Pues a mí me gustaría estar más con mi papá.

Cuando tocamos el tema, salió que ya su mamá vive con otro muchacho. Cuando mi nieta le preguntó, él le dijo:

—Es el papá de mi hermano.

—Es el marido de tu tía —intervine yo, para explicarle a mi nieta.

—¡No!, no es su marido —respondió el niño, así, rápido.

—Y, entonces, ¿por qué vive en tu casa? —le preguntó mi nieta.

—No sé, porque es el papá de mi hermano. Yo tengo a mi papá original. Abuela, ¿verdad que yo tengo a mi papá original?

Y yo le digo que sí y le enseño fotos con su papá original. Eso es lo que más nos duele: una realidad que nosotros conocemos, pero que ¿cómo la vivimos con los niños?, ¿cómo les explicamos a los niños?, y sobre todo: ¿cómo decirles que no se salgan? Van para fuera y yo les grito:

—¡Métanse!

—Es que, abuela, ya hay unos niños jugando, ¿por qué no?

—¡Porque no!

Los tiene uno ahí encerraditos, que no salgan más que con nosotros y todo eso como que nos acaba más.

Yo no llevé la foto de mi hijo el de Poza Rica ni presenté denuncia, ni tengo ficha de él del Colectivo ni nada, porque no sé en realidad qué pasó con él. Tengo miedo. Mi hijo ya tenía como dos años allá en Poza Rica; incluso vino a Orizaba cuando falleció mi mamá, así de rapidito, y se volvió a ir. Había un muchacho por mi casa que andaba en malos pasos. Era muy amigo de mis hijos pero después, cuando empezó a andar trabajando así, se volvió muy malo.

Tuvo un altercado con mi hijo. Él se lo encontró en una calle muy transitada donde venden chilatoles, elotes, pambazos, todo eso, y este muchacho llegó con otros tres; y mi hijo Marco, al fin amigos, se acerca y yo no sé qué

le dijo, no sé si mi hijo lo ofendió o le dijo algo que lo ofendiera, y el amigo sacó la pistola y le dio un cachazo a mi hijo, a Marco Julio.

Cuando Marco llegó a la casa, ahí estaba su hermano el mayor y le platicó. Luego él me contó:

—Yo lo único que le dije a Marco fue que ya no se saliera, que se quedara en la casa, porque ¿qué querías que hiciera yo, mamá?, ¿que yo fuera a enfrentarlo a él? Sabemos con lo que él carga y son tres o cuatro, ¿a qué me arriesgo, mamá?

Yo sabía que ese muchacho se llevaba mucho con mi hijo el de Poza Rica. Ya después supe que él andaba también en Poza Rica, porque los cambian de plaza. Yo tengo miedo, la verdad. Yo no puedo saber qué le pasó a mi otro hijo, si en verdad estaba trabajando como él decía o si andaba en malos pasos, yo no sé. Si vieran la foto de mi hijo de allá y si él andaba mal o si le hicieron algo los de acá, y luego ven a su niño, y yo tengo miedo de que le vayan a hacer algo...

Yo trabajaba pero, no sé si debido a todo lo que estaba pasando, me empecé a enfermar y a enfermar; seguido estaba yo en el hospital. Por una gripa, yo iba a dar al hospital. Y al ratito me dio lo de la ciática o no sé qué, y no me podía enderezar. Y así, sin moverme y sin moverme, pues dicen que el cuerpo resiente todo eso. Entonces dejé de trabajar, aunque en la casa vendo gelatinas, vendo jugos, vendo así cosillas, y vendo por catálogo, para que entren algunos ingresos a la casa.

Ya nada más estamos mi esposo y yo, porque mi hijo el mayor ya tiene su casa, su esposa, su hijo. Mi marido me ha aguantado mucho, porque muchas veces lo he corrido. Ayer que estábamos en misa, de repente ¡me dieron unas ganas de llorar! Y no me puedo contener, no lloro así, poquito, sino que las lágrimas me escurren y me escurren y me enoja y ya me duermo.

Él me dice:

—Mira, yo te entiendo porque a mí me duele, pero pues no sé si soy más fuerte o qué.

A mí de repente me puede ver contenta, con mis nietos y subo y bajo, pero de repente estoy llorando y no quiero ni que me hable; si me dice algo ya me molestó, y luego me dice:

—¡Es que estás loca, tú! ¡Me voy a ir!

—¡Pues vete! ¿Qué haces aquí? Yo prefiero estar sola.

Pero no es cierto, porque al rato se me pasa y analizo las cosas y digo: “¡No!, porque estamos solos él y yo, y tenemos que enfrentar esto los dos juntos”.

No he tomado medicamentos porque siento que es como tenerme sedada, como dormida. Entonces yo solita trato de distraerme para no pensar. A veces me pongo a tejer algo, aunque ya me salió mal. O me pongo a bordar y ahí estoy. Trato de no pensar, porque mis hijos todos los días, desde que me levanto hasta que me acuesto, están en mi mente y en mi corazón, nada más pidiéndole a Dios que, donde quiera que estén, que estén bien.

Pero sí, nomás de repente, a lo mejor cada mes, o cada dos meses, es cuando me entra la locura. Hay veces que no quiere una que le hable nadie, quiere una estar sola, pensando. He discutido con él, inclusive, hasta porque estoy durmiendo, y en uno de esos sueños estoy soñando con mis hijos, y de repente él me habla y me despierta y ya me enojé, y él me dice:

—¿Ahora qué te hice?

—Es que ¿por qué me despertaste? Estaba soñando a mis hijos, ¡pero tenías que llegar tú!

A veces, cuando estoy soñando con ellos, quisiera no despertar, seguir ahí, porque es donde los veo, donde puedo platicar con ellos, que me digan dónde están, qué les pasó.

Estoy sobreviviendo, gracias a Dios, porque pienso: “¿Si me muero y ellos llegan? Ya no voy a estar para ellos”. Y por más que haga una, siempre volvemos a lo mismo: a mis hijos, a mis hijos, ellos son el centro de todo.

“Estoy segura de que mi hijo está vivo”

Yair Déctor Pérez
Desapareció el 25 de febrero de 2013

*Alejandra Pérez Rosas,
madre de Yair*

COMO MADRE SOLTERA, ME DEJÉ DEL PAPÁ DE YAIR cuando mi niño tenía año y medio, porque me golpeaba mucho y yo no quise que mi hijo creciera con tanta violencia, con golpes, que aprendiera cosas malas de su papá. Así que me retiré de él, lo dejé y me puse a trabajar. Él muchas veces me lo quiso quitar, pero yo siempre luché por mi hijo.

Yair estudió su primaria, una parte de su secundaria y a los 18 años, exactamente, se fue al ejército. Cuando cumplió el tiempo que tenía que cumplir, se dio de baja. Salió bien de ahí. Yo lo acompañé a que le dieran los centavos que le tenían que dar. Además, salió con buenas recomendaciones de la Sedena, de la Marina.

Regresó a Orizaba y entró a trabajar a la policía bancaria. En ese entonces conoció una mujer y vivió 10 años con ella. Tuvo una niña y un niño. El niño nació antes de tiempo, está enfermo. Tuvo muchos problemas con la mujer, seguido se peleaban porque la mujer lo engañaba muchas veces. Lo engañó mucho.

Mi hijo se salió de la policía bancaria, luego entró a la policía de Mariano Escobedo. De ahí salió porque hicieron cambio de presidente municipal, así que se metió de comerciante. En otra ocasión, lo contrataron para

cuando alguna persona necesitaba personal para un evento, como guardia de seguridad.

Un miércoles, le hablé temprano y, cuando le pregunté que dónde estaba, me dijo que en Río Blanco, echándose unas cervezas con unos amigos, unos periodistas que yo no conozco. Yo le dije que se regresara a su casa, porque estaban sus niños esperándolo; él me dijo que sí. El jueves se fue a trabajar temprano después de tener una discusión con la mujer.

Yo le pregunté a ella qué habían arreglado, porque ya eran muchos problemas. Y ella muy contenta me dijo que ya no iba a haber más problemas, que ella ya había tomado la decisión de que se iban a dejar y que él nunca más le volvería a poner una mano encima, que esa sería la última vez que le había pegado, porque ese día le había puesto dos cachetadas cuando ella le fue a hacer un escándalo a donde él estaba tomando.

El viernes le tocó descanso a mi hijo y me dijo que iba a ir a vender papas a la francesa –porque ellos también tenían ese negocio–, que fuera yo a comer. Pero ese día mi madre tuvo una discusión conmigo y me golpeó, por eso no fui.

El viernes, mi hija se fue a vender ropa a Cerritos. Yo tenía un puesto ahí. Allá se encontró a su hermano y le preguntó qué andaba haciendo. Mi hija le dijo que había ido a vender ropa, pero que no había habido nada. Luego Yair me marcó y me preguntó qué iba a cocinar. Le dije que estaba haciendo un caldo de pescado con verduras.

—¡Qué rico! ¿Me invita a comer, mamá?

—Claro, mi amor, vente a comer.

Hice la comida y lo esperé hasta que llegó, unos 20 minutos tarde. Ya estábamos todos sentados. Mi lugar siempre era en la cabecera de la mesa, pero él ese día agarró y quitó mi plato de mi lugar, se lavó las manos y se sentó. Le serví, comió, se lavó la boca, las manos, y se despidió de sus hermanas diciéndoles que le echaran ganas al estudio porque hacía mucha falta que estudiaran. Les dijo:

—Mamá las quiere mucho y las apoya.

Luego fue, me abrazó y me dijo:

—Écheme su bendición, madre.

Yo me quedé muy intrigada. ¿Por qué me pidió mi bendición? Y le pregunté, pero él nomás me dijo:

—Solo écheme su bendición.

Lo hice y él me dio un beso en la frente, luego se salió. El domingo se llevó a sus hijos a la Alameda y les echó la bendición, se despidió de ellos. Llegó luego con su suegra y le dijo que le cuidara mucho a Jesús y a Michell, porque él iba a hacer un viaje muy largo. Doña Adriana le preguntó que por qué, que a dónde iba, que qué le pasaba, que si alguien lo estaba amenazando, o qué era lo que tenía, que si tenía problemas en el trabajo o qué era lo que le pasaba.

Él solo le dijo que no y que si algún día le había faltado al respeto que lo perdonara. Que le encargaba mucho a sus hijos y que, si veía que en dos, tres días él no regresaba, que me dijera que no hiciera nada, que no moviera nada, que por la seguridad de nosotros y la seguridad de sus hijos. Eso no me lo dijo la señora de inmediato, sino como a los tres, cuatro meses me vine a enterar de eso.

El lunes salió para su trabajo y ya no regresó. Yo lo busqué por todos lados, mi nuera puso la denuncia porque yo me puse muy mala. Yo subí, bajé, buscándolo en los hospitales, en los montes, en las inspecciones, buscando de un lado a otro. Viajé hasta la frontera porque hay una foto de un muchacho que se parece mucho, mucho, a mi hijo. Mi hija lo encontró en el internet al año 18 días, pero no dice nombres, solo habla de delincuentes.

Yo viajé hacia allá. Estuvimos 12, 13 días botados en las calles, sin comer, sin bañarnos. Solo nos comíamos un atún al día, unas dos, tres tostadas, de bolsa. Dormíamos en el suelo, hasta que logramos encontrar a un periodista de allá que se llamaba Alejandro no sé qué. Eso fue que nos ayudó. Fuimos a Derechos Humanos, anduvimos buscando por allá, pero no encontramos nada. Todo el mundo nos decía que lo traía gente mala, que lo veían, que por acá, por allá. Decían que lo traían trabajando, pero hasta la fecha no he sabido nada.

Hemos puesto denuncia, hemos pedido ayuda a varios lados, a Derechos Humanos. Fui a México, mi hija se metió a una página de consulta de detenidos y ahí mismo decía que si creíamos que era por delincuencia organizada que marcáramos a tal número. Entonces fue que marcamos.

Yo le decía que no marcara, que mi hijo no podía estar detenido por delincuencia organizada, pero mi hija me decía: “¿Qué más da? El gobierno criminaliza a las personas sin que las conozca”. Y marcamos y nos contestó una operadora y nos decía que diéramos el nombre, y lo dimos.

—¿Es Yair Déctor Pérez, de Orizaba, Veracruz, de la edad de 33 años, detenido por Policía Federal?

—Sí, es correcto —le dijimos.

—Sí, él estuvo aquí detenido en la Ciudad de México, pero por el tiempo que ya pasó ya no está detenido, ya está procesado en un penal federal, por robo a casa habitación, robo de auto y delincuencia organizada.

—¿Está segura de lo que me está diciendo?

—Sí, estoy segura de lo que le estoy diciendo. Apunten los números de atención a Coordinación Federal y ahí les van a decir en qué penal se encuentra.

Nosotros nos pusimos muy alegres de saber que ya estaba localizado. En cuanto colgamos, marcamos al número que nos dieron. De inmediato nos dijeron que no estaba. Entonces volvimos a marcar otra vez al número anterior, pero ya nos atendió un operador, y me pasaron con el fiscal del departamento de desaparecidos de la Ciudad de México. Cuando le dije lo que nos había dicho la señorita, nos contesta:

—¿Por qué se lo dijeron así? Eso es confidencial.

—Pero yo solo quiero saber si es correcto, para ir allá directamente.

—Eso es incorrecto, es confidencial.

—¿Cómo va a ser incorrecto si me acaban de asegurar que sí está detenido?

—¿Y quién es Dorian? —me preguntó—. ¿Por qué se robaron el carro? ¿Quiénes iban?

Dorian es un amigo, compañero de mi hijo, al que yo hasta ese momento no había oído nombrar, que iba con Yair, según los testigos. Y no sabía de qué carro me estaba hablando. El hombre me comenzó a dar datos personales que solo nosotras sabíamos. ¿Cómo sabía él eso?

El día que agarraron a mi hijo, Dorian iba con él. Los testigos comentan que iban los dos caminando por el Río de la Carbonera. Yo no entiendo qué andaba haciendo allá entre Río Blanco y Nogales, si se supone que mi hijo se había ido a trabajar. Pero supuestamente iban caminando los dos, cuando de pronto les salió una patrulla por detrás y les comenzaron a hablar por las bocinas y les prendieron la torreta. Les dijeron que pararan, que se detuvieran. Les comenzaron a gritar.

Pero ellos se asustaron y Dorian jaló hacia el río por el puente y mi hijo jaló a la izquierda. Es lo que comentan los testigos, yo no lo vi. Dicen que a

Dorian le pusieron un balazo en la pierna derecha y cayó. Luego le dieron otro en la misma pierna y él siguió arrastrándose. Más adelante le metieron un balazo en el abdomen y cayó boca abajo. Dicen que un señor de ahí junto salió, se quitó la camisa, la mojó y se la puso en el estómago. Pero los federales lo agarraron y dicen que lo aventaron como si fuera un animal a la camioneta. Lo subieron.

Mi hijo corrió. Corrió todavía como unas seis, ocho cuadas y junto a un taller lo agarraron. Dicen que él se atajó atrás de un coche rojo y con la señora que vende las frutas picadas. Los policías lo iban correteando con el arma en la mano y aventaron de balazos. De hecho tenemos unas fotos de un taller de laminación que hay ahí donde pegaron las balas. Dicen que ahí lo agarraron. Y levantó sus manos repitiendo: “¿Qué pasó mi jefe? ¿Qué pasó mi jefe?” Pero llegó el federal, lo agarró y le pegó. Le pegó en la pura cabeza. Mi hijo se agarró de la defensa del carro y de ahí lo arrastraron. De hecho hasta la defensa del carro se le arrancó.

El dueño del carro nos contactó y quería que le pagáramos los daños. Yo le dije que sí, que se los iba a pagar, pero que lo quería como testigo. Él no quiso. Dijo que no, porque a lo mejor eran delincuentes y que no se iba a meter en problemas. Entonces yo tampoco le pagué los daños.

Todos los testigos aseguran que fueron federales del operativo Veracruz Seguro. Que ellos se los llevaron. Mi hijo iba vivo y al otro no sabemos qué le hicieron. Ese joven, Dorian, es norteamericano, pero su hermana ya no quiso buscarlo, ya no quiso hacer nada.

Cuando fuimos a Fiscalía a Córdoba, ella solamente dijo que quería dinero porque tenía dos hijas que mantener y tenía que pagar su renta. A mí me preguntaron lo mismo, pero yo le dije a la fiscal que yo no quería dinero. La vida de mi hijo no tiene precio.

La hermana de Dorian, Denisse, se cambió de casa porque los ministeriales la estaban localizando, no sé por qué. Además, tenemos una duda porque, cuando nos amenazaron y los federales se paseaban mucho por nuestra casa, nos tuvimos que ir de ahí. Un día regresamos a la casa por unas cosas y, cuando mi hija iba llegando, dice que vio a Dorian, en la mera esquina. Me asegura que lo vio, me asegura que era él. Ella dice que Dorian no está muerto, que iba en una camioneta roja, sacando el brazo. Hasta se detuvo, junto a otro carro y se quedó platicando con el que iba en el coche.

Yo les dije a los ministeriales, ahí en Fiscalía, y comenzaron a buscar a Denisse, pero para nada se deja ver. Otras personas nos han dicho que a Dorian lo vieron en Ojo de Agua. ¿Cómo es posible? El chamaco llevaba dos balazos, uno en la barriga. ¿Y entonces mi hijo? ¿Qué fue lo que pasó con mi hijo? ¿En dónde lo dejaron? ¿Acaso lo vendió o qué hizo con mi hijo? ¿A quién se lo dio? ¿Por qué él está ahí y por qué mi hijo no?

Pues el hombre con el que hablamos por teléfono no me quiso decir nada, me negó toda la información que me había dado la señorita y terminó diciendo que fuéramos a México a confirmar lo que nos habían dicho.

Fuimos a la PGR de acá de Orizaba y le comentamos a un licenciado lo que estaba pasando. Él habló y dijeron que querían hablar con un familiar. Pero nos volvieron a decir que eso era confidencial y que teníamos que ir a México para aclarar eso. Como pudimos, fuimos a la Ciudad de México. De limosna juntamos. Algunas compañeras de doña Chely nos ayudaron con cincuenta, cien pesos. No fueron muchas, pero de verdad se los agradezco. Nos fuimos, mi hija y yo, perdiéndonos, porque nunca habíamos viajado a México, yo no conocía.

Una licenciada se puso en contacto con mi hija y ella nos ayudó. Nos esperó en la terminal y nos llevó. Nos anduvo trayendo en su coche para arriba y para abajo, pa'cá y pa'llá. Ella nos invitó a desayunar, a comer. Fuimos preguntando, pero no encontramos ningún resultado: todo nos lo negaron; estoy segura que nos lo están negando. No se entiende, si la operadora que nos contestó primero nos dijo que estaba por delincuencia organizada, por robo a casa habitación y por robo de vehículos, ¿cómo va a ser incorrecto si nos están diciendo de todo lo que lo están acusando? Pues nos lo negaron, dijeron que no.

Desde entonces ya no tuvimos más datos, a pesar de que seguimos preguntando. En México nos encontramos con el licenciado de Derechos Humanos y pedimos que nos ayudara.

Yo he pedido mucha ayuda, también a la Sedena, porque él sabía hasta armar y desarmar armas con los ojos cerrados. A lo mejor se lo llevaron para trabajar. Les dije a los de la Sedena que iba a poner denuncia, para que ellos tuvieran conocimiento. En el caso de que lo llegaran a encontrar haciendo algo malo, que no me lo fueran a matar porque no era su culpa.

Pero no, no hemos sabido nada, por más que hemos buscado y luchado. Cada día que pasa para mí es más difícil, porque cada día que pasa yo

me pongo más enferma, más vieja. Tengo puras hijas y se han expuesto mucho. Cuando al principio fuimos a buscar a las fosas, abusaron de mi hija la más chica, de 14 años.

Tenemos un niño que ahorita está enfermo de un pulmón, y apenas lo pudimos llevar a tratamiento. Yo también estoy medicada. Me dieron pastillas para seis meses, pero suspendí los medicamentos porque duermo toda la noche y todo el día. Me paro nomás por ratos y me ando cayendo. Siento que eso no está bien para mí: no puedo hacer nada, no puedo ayudar a mis hijas y ya no sé a dónde más buscar, a quién pedirle más ayuda, o cómo le hago. ¡Cómo quisiera encontrarlo!

Hemos pasado por muchas situaciones difíciles con enfermedades y trabajo. Mis hijas están acabando de estudiar. Una de ellas terminó la primaria, hizo la secundaria en sistema abierto y ahorita ya está estudiando en línea. ¡No sé cómo le hace para estudiar la pobre chamaca!

A la otra la tengo enferma, tiene seis de plaquetas y tiene el bebé también enfermo. Al niño de mi hijo le hacen falta algunos estudios de su cabecita y no tenemos lo suficiente para hacer ese tipo de estudios. Ya no sabemos qué hacer, a donde más pedir la ayuda. Yo ya no puedo. A mí no me gusta ir al psicólogo, no me gusta venir a que me hagan preguntas porque no puedo, me siento muy mal. A mí esto me tira, me acaba.

Cuando él entró al Ejército, lo primero que me compró fue una máquina de coser y aprendí. Y con esa máquina ahora me dedico a poner cierres, a hacer costuras. Pongo el letrero que mis hijas me ayudaron a hacer, porque yo no sé leer ni escribir, y ahí me llegan las costuras. A veces hago unas dos, tres costuras de 20 pesos y eso ya me servía para dos kilos de tortillas. Ahora ya cuesta más trabajo, porque la tortilla está más cara. Cuando hacía yo cuatro trabajos de a 20, ya eran 80 y me servían para mi garrafón de agua, para mis dos kilos de tortillas, para un pedacito de pollo para hacerles una sopa, un arroz, un caldito, para los niños, para que ellos coman.

También compro y vendo ropa usada. A veces las personas me regalan; pasan y me regalan una bolsita de ropa. Yo la lavo, la compongo y la vendemos en lo que se pueda: de a cinco, de a 10 pesos.

Hay veces, mi hija y yo, como ahorita, venimos sin desayunar. Porque tenemos que guardar para los pasajes o tenemos que llevarles a los niños. Lo que nos vamos a comer a la calle no nos lo comemos, para llevarles a ellos y que ellos coman, aunque nosotros no comamos. Yo veo cómo le hago para

mantener a mis niñas. Me las veo bien difíciles: a veces tenemos y a veces no. Eso de sufrir de comida para nosotros ya no es novedad. Lo que quiero es a mi hijo.

Él también me compró un juego de sala. Cuando se lo llevaron, yo estaba arreglando un terreno; apenas estábamos tratando de comprarlo. Cuando se lo llevaron, yo me desentendí de ese terreno, me desentendí de mis hijas: ellas dejaron de ir a la escuela, porque yo me dediqué a buscarlo. Ahí fue cuando violaron a mi niña. Aunque se puso la denuncia, el fiscal le dio un amparo al hombre para que se pudiera ir. Ahorita ella está enferma.

Los niños también están en peligro. Últimamente los han estado amenazando. Los niños no están aquí, los tuvimos que sacar de la escuela y están escondidos. A mi consuegra le están pidiendo dinero, la están extorsionando. Nosotros estamos con miedo también, siempre estamos con miedo.

Él era mi único hijo y era el mayor. Él se crio solo conmigo, él era un niño muy alegre, le gustaba mucho jugar, estudiar. Era muy alegre, muy llevadero, muy acomedido. Ayudaba a las personas. Quien necesitaba algo, él se quitaba lo que tenía para darle a los demás. No le importaba si se quedaba sin nada. Se llevaba muy bien con sus hermanas, siempre las andaba apapachando, queriendo. Todo lo compartía con nosotros.

Cuando estaba en el Ejército me hablaba cada quincena, venía a verme cada vez que le daban permiso. Siempre que llegaba me traía mariachis y me cantaba.

—¡Ya vine, mi reina! ¡Ya vine, mi madre!

Él siempre me dijo:

—Nunca voy a dejarte sola, mamá. Siempre vas a estar conmigo. Primero voy a morirme yo antes de que tú te mueras, porque yo no voy a soportar que a ti te lleven, madre. No te voy a dejar solita.

—No, Yair. Nosotros los padres siempre nos vamos a ir primero, ustedes los hijos se tienen que quedar —le decía yo—. Tú te vas a quedar para cuidar a tus hermanas, porque eres el único hombre de la casa. Eres el mayor, tienes que dejar que me vaya.

—No mamá, yo me voy a ir. Si tú te vas, si me dejas, yo me voy contigo. Yo no voy a dejarte sola madre, te quiero mucho. Si te mueres, te voy a encerrar en el cuarto, no voy a dejar que te saquen.

—¡Ya, Yair! —me reía yo—. Voy a estar bien apestosa, ¿para qué me quieres ahí?

—¡No me importa! Ahí te voy a tener.

¡Platicábamos tantas cosas! Tenía toda una vida por delante, él quería vivir, él quería luchar para sus hijos, quería luchar para mí, que nadie me faltara al respeto ni a sus hermanas.

Ya no lo dejaron.

Me dicen los testigos que los que se lo llevaron fueron federales del operativo Veracruz Seguro. Yo fui a verlos, les supliqué, les rogué de rodillas, que me dijeran en donde lo tenían, que qué había hecho. Él no tenía antecedentes penales, ¿por qué se lo llevaron? Les pedí que me dijeran si había hecho algo malo. Que me dijeran si lo mataron, si se les había pasado la mano. Que tuvieran los suficientes pantalones y me dijeran en donde lo habían dejado tirado, que yo lo iba a ir a recoger.

Algunos chismosos dijeron que iba armado, pero él no tenía nada. No llevaba ni su cinturón, no llevaba credencial, no llevaba cartera, no llevaba nada más que sus monedas, como siempre, para sus pasajes. ¿De dónde puede traer algún arma si él no trae armas?

Cuando Duarte vino aquí a Orizaba, yo lo agarré, me le colgué del brazo y no dejé que se fuera, le supliqué. Y él me dijo:

—¿Y qué? ¿Es delincuente?

“Pues solamente que usted le haya dado el trabajo”, pensé. Porque los superiores son los más delincuentes y se ponen a juzgar.

—¿Delincuente? No, no era delincuente –le respondí.

Le conté en qué trabajaba y lo que había pasado, y que por eso le pedía que me ayudara.

—Sí, ahorita le hablo al fiscal general de Córdoba para que les atienda.

Así nos comenzaron a atender en Córdoba. Ahí llevé las fotos, una de mi hijo y la que encontró mi hija en el internet, del muchacho que es muy parecido a mi hijo. Yo estoy segura que es mi hijo.

Yo fui la primera que pasé cuando fuimos todo el grupo. Fuimos con doña Aracely, y le pedí al fiscal que me ayudara a encontrar a mi hijo y que él que sabía –porque yo soy una persona ignorante, yo no sé leer–, pero que él que sabía de leyes y sabía distinguir las personas, que me dijera si en realidad las dos fotos que yo llevaba, esta foto que habíamos encontrado, era mi hijo. Él las agarró y las puso las dos de frente y me dijo:

—¿Y usted por qué llora, señora? Si este es su hijo, entonces este y este son la misma persona. ¿En dónde encontró esa foto?

Le contamos. Y le pedí, le supliqué que me ayudara a saber en qué cárcel lo metieron y si hizo algo malo que lo pague conforme a la ley, pero al menos saber en dónde está.

Supuestamente lo buscaron, pero hasta la fecha no me han dado razón. Yo digo que no buscaron, yo estoy segura que el fiscal no buscó nada.

Alguna gente me dice que ya no lo busque, que está muerto, que ciertas personas se lo llevaron y lo mataron. Pero yo no lo creo, no quiero creerlo y no lo voy a aceptar. Estoy segura que mi hijo está vivo. Estoy segura que está incomunicado, que lo tienen guardado, que lo tienen escondido. Eso es lo que me da fuerzas para seguir adelante.

Yo les pido a las autoridades –porque ellos saben en dónde los tienen arraigados o escondidos, en esos calabozos, como ellos acostumbran– que se tienten el alma, el corazón, y que lo saquen a la luz. No importan los años que ya han pasado, yo no voy a poner denuncia o hacer algo en su contra. Solo quiero saber en dónde está mi hijo.

A ellos se les olvidó que somos seres humanos, que Dios nos mandó a la tierra para que nos quisiéramos unos a los otros y que se haga la justicia como debe de ser, no que nos destruyamos unos a los otros.

Si las autoridades saben en dónde están todos esos jóvenes que se han desaparecido, a los que se han llevado, que se comuniquen con las familias, porque no saben ellos todo el sufrimiento que están dándonos a nosotros como madres, como familia. Nosotros ya no tenemos cumpleaños, no tenemos una cena de navidad, ya no festejamos nada, solamente vivimos por la esperanza de encontrar a nuestros hijos.

A un padre no le duele igual, un hombre no siente el dolor de una madre. Nosotras los llevamos nueve meses en nuestro vientre, luego día con día los cuidamos, los bañamos, los enseñamos a caminar, a hablar. Cuando van a la escuela y se caen, estamos ahí para levantarlos. Ahí estamos pendientes de lo que les pase. ¡Para que alguien venga y se los lleve, nada más así, porque se le dio la gana! ¡Nadie tiene derecho de privarlos de su libertad! ¡De llevárselos en contra de su voluntad!

A veces me pregunto ¿qué mal he hecho para que se haya cobrado así la vida? ¿Qué hice, si a los que se acercan conmigo les ayudo? ¡La vida me cobró con mi hijo! ¡Con lo único que yo tenía!

Acaso las autoridades piensan que toda la vida van a tener ese lugar que tienen ahorita y que toda la vida van a estar bien, que nunca les va a pasar

nada. Pero mejor que no se confíen, porque Dios existe y la justicia es divina. Dios es justo. Todo lo que ahorita ellos nos están haciendo pasar, todo este sufrimiento, lo han de pagar. ¿Por qué tienen a nuestros hijos incommunicados? ¿Por qué no los sacan a la luz y los juzgan como debe ser?

Ellos tienen hijos, tienen familia y un día la vida se los va a cobrar. Así como nosotros hemos estado llorando y sufriendo por nuestros hijos, así un día ellos van a llorar también. Ojalá que no esperen a que la vida se los cobre. Si ellos saben algo de nuestros hijos, que nos lo hagan saber. Nada les cuesta, nada les quitamos con eso.

Me han ofrecido dinero, pero yo no lo quiero. No quiero nada del gobierno. Solo que me ayuden a encontrar a mi hijo. Con eso voy a estar bien pagada y bien servida. El resto de mi vida se los voy a agradecer. No tendré con qué pagarles.

Esperamos en Dios que estas nuevas autoridades que se toquen el alma, que recuerden que también tiene hijitos y que tienen nietos, que no toda la vida vamos a ser eternos aquí en la tierra. Ojalá que aparezcan nuestros hijos, que ya no sigamos llorando y dando tanta guerra, porque guerra damos, de verdad.

Yo amo a mi hijo con todo mi corazón y espero que, donde quiera que él esté, Dios me lo bendiga y lo cuide. Que sepa que aquí todavía tiene a su madre, aunque cada día que pasa más canas me salen y más arrugas, más vieja me hago. Pero hasta donde Dios me preste vida, aquí lo voy a estar esperando junto con sus hermanas. Aquí estamos para esperarlo. A ver si Dios me permite encontrar a mi hijo con vida. Y si ya no lo veo aquí en la tierra, pues allá en el cielo nos encontraremos.

“Nos dieron de a tiro en el alma”

Ramón Antonio Ponce Hubert
Desapareció el 3 de septiembre de 2013

*Sara Hubert,
abuela de Ramón Antonio*

VIVIMOS EN CÓRDOBA Y DE AHÍ DESAPARECIÓ MI NIÑO. Una nota periodística dice que fue Amatlán, pero fue en Córdoba. Ramón Antonio salió el 3 de septiembre de 2013 para ir a ver a una persona que iba a trabajar con él ese día, un señor que pintaba carros. Pero ya no llegó allá. Me fue a avisar que iba a salir al diez para las dos.

Me pidió permiso para poder ir a ver a este señor. Él estaba en el quinto semestre de Mecatrónica en el CBTis, en Córdoba y, en las vacaciones o en ratos que tenía, trabajaba. Es muy trabajador. Se cambió su ropita que traía, tenía como 15 días que le había comprado unos tenis, corrientitos, y me dijo:

—Me los voy a quitar, amá, para que no los vaya yo a manchar de pintura.

Se quitó sus tenis, se puso unos zapatos viejitos y una ropita más viejita que la que traía y me volteó a ver.

—Son diez para las dos. A ver si el señor ya raspó el carro para que lo pintemos pronto.

También se despidió de mi esposo que estaba sentado en el patiecito de afuera. Fue lo último que hablamos; ya desde ese momento hasta ahorita no sabemos nada. No llevaba identificación porque no había recogido su credencial. No tenía la de la escuela en ese momento y no traía celular.

Para nosotros es un gran sufrimiento. Cuando una persona se muere dice uno: “Ay, era muy bueno, era esto, era lo otro”. Pero en el caso de Ramón Antonio, incluso cuando estaba aquí con nosotros, yo lo decía también, porque él era muy bueno, era una persona que se preocupaba muchísimo por nosotros, por mi esposo y por mí. El día del abuelo yo le decía:

—M’ijo, hoy es el día del abuelo, ¿no nos felicitas?

—Yo no tengo abuelos, yo tengo papás —me respondía.

Y siempre, en las vísperas del día de las madres, me llevaba mañanitas con un grupito, porque él era del coro de la iglesia. Desde los doce, trece años, ahí se fue yendo, se fue yendo. En la Semana Santa era apóstol de la iglesia y, aunque ya estaba grandecito, iba con su túnica.

Yo tengo puros buenos recuerdos de él, porque nunca nos hizo una grosería. Tengo hijos, tengo más nietos, pero él —yo siempre lo dije—, él era el que más me quería. Yo soy costurera y, si no encontraba yo mi descosedora, le decía y se salía. Y, cuando regresaba, ya me había comprado una. Cuando llevé a su hermana a que se aliviara al hospital, dejamos a sus otras dos niñas en la casa. Como nos fuimos así nomás, no había comida. Ramón Antonio, al salir del trabajo, con los doce pesos que traía en la bolsa, se fue a una cocina económica a comprar dos órdenes de sopa, para darles de comer a las niñas, aunque él se quedó sin comer.

Siempre se preocupaba por nosotros. Hace años que vinieron las reliquias del Papa ahí a Córdoba. Fuimos, pero había un gentío y estaban unas colas larguísimas. Mi esposo decía que ya no íbamos a pasar, que mejor nos fuéramos, pero Ramón Antonio se quedó conmigo hasta las 3 de la mañana que logramos pasar a la iglesia. Entramos a la catedral de Córdoba y tocamos las reliquias del Papa. Compré unas estampitas para tallárselas a la urna, y él me dijo que le diera unas, para ayudarme.

En la casa, cualquier desperfecto que había, ya sea de luz, de agua, ¡órale!, él lo arreglaba. Me acuerdo un día que tuvimos un tiradero de agua en el baño. Yo tenía que salir y dije: “¡Ahorita que regresemos va a estar la casa anegada! Se va a venir toda el agua por la escalera”. Pero no. Cuando llegamos, ya estaba sequecito. Él secó todo el baño, él arregló la llave. ¡Solo Dios sabe cómo le hizo! Tapó los tubos y los dejó bien. Era muy inteligente. Es lo que me dice la gente. Un seminarista dijo: “No sé por qué pasó esto con Toño”, y los del coro, dijeron: “Si él era noble, fiel y leal, ¿por qué tenía que haber pasado eso?” ¡Solo Dios!

Hasta un vecino de por ahí, un chamaco, le decía:

—¡Salvador, Salvador!

—No me llamo Salvador —le decía mi muchacho.

—No, pero es que tú siempre me salvas cuando me pegan.

Nos dejó un hueco bien grande. En el tiempo que él trabajó, me compró una estufa grande de segunda mano, de seis quemadores. Ganaba 500 pesos a la semana y de ahí fue apartando. Llegaba y me daba su dinero:

—Tenga, ma, gané tanto. Aquí está pa' los cigarros de mi papá, ¿me puedo quedar con esto? Ten, nada más me dejas para mis pasajes.

Con la misma señora de la estufa, me compró mi licuadora. Era una persona buenísima. No me explico por qué pasó esto.

El señor con el que iba a ir a pintar el carro era un vecino que vivía a varias cuadras. Le mandamos preguntar con otra vecina de por allá, porque no sabíamos bien dónde vivía, que si Ramón Antonio había llegado con él. Vino el señor y nos dijo que allá no llegó.

Se fue caminando, porque estaba solo a unas cuadras de donde vivíamos. Ya no volvimos a saber de él, no supimos de qué lado, si del lado bueno o del lado malo, ¡solo Dios! Se lo llevaron, porque no se pudo haber ido solo. Era una persona que estaba preocupándose por nosotros, no era que no le importáramos: le preocupaba mucho.

La niña de mi hija, su sobrinita, cuando entró al kínder tenía que decir unas palabras, las efemérides. La niña tenía como cinco años y se las tenía que aprender, pero nomás no podía. Y mi muchachito le dijo: “A ver, yo me las voy aprender y te las voy a decir”. Él se las aprendió y la tuvo repasa, repasa y repasa y el lunes la niña pudo decirlas bien, gracias a él, porque la mamá no le hizo caso. Él así se preocupaba por todos.

Si mi esposo se enfermaba, él buscaba un taxi y lo ayudaba a subir. Un día le di una medicina que ya la había tomado mucho tiempo, pero de momento se hizo alérgico. Tenía toda la cara hinchada y los ojos. Pues Ramón Antonio paró un taxi, lo llevamos a la Cruz Roja y él, preocupado, iba voltea y voltea, para ver si mi esposo estaba bien.

Un día su hermana lo encontró cargando una cajota. Cuando me asomé, vi que la caja era de una vecina y él se la llevó hasta su casa. Otra vecina que traía una perrita de esas que les ponen moñito le pidió ayuda, porque andaba un perro molestándola. Ya mi hijo le cargó a la perrita y se la fue a dejar hasta su casa. Así podía uno pedirle un favor y él se acomodía a hacerlo.

Y sus amigos eran sanos, eran con los que iba a la cancha a jugar, compañeros de la iglesia.

Ramón Antonio media 1.85, estaba grandote, bien dadote, ¡chulo, mi hijo! La vecina le decía “el guapo”. Era una criatura bien obediente. Cuando iba subiendo las escaleras para irse ya acostar, yo desde la cama que está abajo le decía:

—Te persignas... Cierras la ventana... Por ahí tapa los pájaros...

¡Pobrecito! Le iba yo haciendo un montón de recomendaciones y nunca me dijo:

—¡Ay, deja de estar chocando! ¡Ya!

Para nada. Todo me contestaba de buen modo.

Y ahora ya nada más me quedan los recuerdos y los remordimientos. Nos dieron de a tiro en el alma. Ya nos destruyeron. Yo empecé con psicóloga y ahorita estoy con psiquiatra. De momento siento ganas de salir corriendo y dar de gritos, porque con el alma quisiera yo volverlo a ver, y a la mejor, hasta pedirle perdón por no saber valorarlo más. Dicen que nadie sabe lo que tiene hasta que lo ve perdido. Cuando se lo llevaron acababa de cumplir 18 años. Fue con mi esposo a sacar su credencial de elector, pero ya no la pudo recoger: a los poquitos días se lo llevaron.

Así ya grande como estaba, seguía siendo igual un niño que se preocupaba por nosotros. Nosotros los criamos a él y a hermana porque su mamá se fue para el otro lado y nos los dejó chicos. Y ella los mantiene. Nos mandaba parejo para que todos comiéramos. Yo le digo:

—M'ija, tú te fuiste para lograr algo y no hemos hecho nada. Tienes muchos años allá y ya no hicimos nada.

El muchacho con el que vivía se fue primero y luego se fue ella, pero llegaron a un lugar donde no hay trabajo, donde va a hacer limpieza a las casas un día a la semana. Ellos allá igual pagan renta, luz, todo igual. Y como no tiene papeles, no se puede ir a buscar por otros lados. Me dejó a los niños chiquitos, aunque ya vivíamos todos juntos.

Mi hija se casó, su mamá de ellos se casó bien casada por la iglesia, por lo civil, a los 17 años. El muchacho con el que vivía le pegaba muy feo. Entonces se dejaron. Luego se juntó con el otro que se la llevó a Estados Unidos. Cuando ella se fue, mi niño estaba chiquito. La niña también, pero ella está resentida con su mamá, está molesta porque los dejó y se volvió rebelde, se salía a cada rato de la prepa. Pero él no, él todo lo contrario, él lloraba y me decía, llorando:

—Mi mamá ya no va a venir, ¿verdad? ¡Es que ya quiero verla!

Nunca la volvió a ver. Tiene 14 años que ella se fue. Dice que sí va a regresar, pero si antes no vino, ahorita menos. Le digo a mi hija: “Y fuiste nomás a que mi muchachito se fuera porque se quedó solo”.

Está como yo, andamos buscando un psicólogo que nos quite culpas, porque los remordimientos son duros. Yo, porque a lo mejor no supe valorar todo lo bueno que nos hizo mi muchachito, y ella por haberse ido.

Sí, hemos tenido para comer, pero no tenemos nada más. No tenemos casa propia. Tenemos casa de Infonavit que estamos pagando a 30 años y, haya trabajo o no, hay que pagar todos los gastos de una casa. Por eso le digo a mi hija: “No, no tiene caso que te hayas ido”. Sí, es cierto que aquí no se gana igual, pero está uno con la familia, juntos, que es lo que importa, aunque no tenga uno ni qué comer, pero juntos.

Nosotros estamos en el Colectivo desde la primera vez que vinieron de Guerrero; de muchos lados vinieron a la búsqueda en fosas. La hermana de mi muchachito es la que ha ido a las búsquedas, con la señora Aracely, con Lili, con Elo, con las personas encargadas de esto. Mi nieta es la que me dice cuando hay juntas, marchas, misas, y venimos.

Tengo otros dos hijos que son trailereros. Esos pobrecitos andan ahí a los trancazos. Estoy criando también a los tres hijos de mi nieta. Porque ella se juntó con un hombre, tuvieron tres hijos, pero él se fue y los dejó. Ella después se buscó otra persona y nos dejó a los niños y trabaja con su pareja en la albañilería. Yo le digo:

—M'ija, ¡si estudiaste! No tendrás mucho estudio, pero hiciste la prepa.

Un poco de prepa, porque no la terminó, pero ¿cómo se va con él a ayudarlo? ¿A andar ahí haciendo mezcla? ¿A andar sirviendo, a andar haciendo? Y lo que sacan es para ellos, porque no es para sus hijos que están con nosotros.

Así que mi esposo y yo los criamos a los tres y, ahora que él murió, pues yo solita. Ahora duermen conmigo. Mi esposo se encargaba de llevarlos a la escuela, de los uniformes, de las tareas y, cuando Ramón Antonio estaba, se preocupaba por eso, él los cuidaba. A ver hasta cuándo Dios me da fuerzas para seguir viendo a las criaturas que van para arriba.

Desde hace años, cuando mi esposo se empezó a enfermar, le estoy pidiendo a mi hija que se regresara para que nos echara una mano, en la cuestión de cuidados, porque ya no podíamos con los tres niños. Ahora parece que sí se va a regresar.

Como que ya no es vida. Le pide uno a Dios amanecer, nomás para seguir buscando y encontrar algo. A diario aparecen en el periódico personas desbaratadas, hechas de un modo, de otro. Cuando Ramón Antonio recién desapareció, comprábamos el periódico y ahí estábamos buscándole la cara, a ver si –Dios no lo quiera– alguno era mi niño. Pero gracias a Dios no hemos encontrado nada de eso, aunque seguimos con la angustia de dónde estará.

Presentamos una denuncia en 2016, pero no han encontrado nada. ¡Son demasiados los desaparecidos! Me dice la gente que lo de mi niño fue hace ya muchos años, y ya quién sabe dónde estará. Pero yo le contesto que de todas maneras es un ser humano. Aunque el hijo hubiera sido malo, dice uno: “Es mi hijo y tengo que ver”. Con más razón si fue una persona que se preocupó tanto por nosotros.

Es verdad que fuimos a ver a adivinas, pero nunca les dimos sesenta mil pesos, como dijo la nota del periódico. Esa cantidad no la hemos visto nunca junta. Nos pidieron veladoras y algunos no nos pidieron dinero, pero les dimos algo por la molestia que se tomaron de estarnos oyendo. Alguien nos sugirió que fuéramos a donde leen las cartas. Eso yo no lo había visto nunca, pero con tal de que nos dijeran algo, allá fuimos. Luego fuimos a ver a otras, pero hubo cosas que no nos gustaron. Vimos que tenían figuras de la Santa Muerte y dijimos: “¡A dónde nos venimos a meter!” Como dice el padre: “Esos son de dobleces”, estamos con esto o estamos con lo otro.

Pero nomás lo angustia a uno. A lo mejor sí son ciertas las cosas, pero ¡quién sabe! Me han dado muchas versiones:

—Le pegan mucho y lo tienen encerrado en un cuarto oscuro. Lo tienen a pan y agua.

—Está como a cuatro horas de aquí. Pero, ¿pa' dónde será?

—Está a las puertas de una casa y está enfermo.

—Le dieron un golpe en la cabeza y perdió la memoria, él no tiene memoria.

Nos comentaron cosas que la ponen a uno peor, porque quisiera con el alma encontrar ese lugar y rescatarlo y ayudarlo. Y nomás no sabe uno ni por dónde, ni si es cierto o no. Nadie nos decía: “Está contento, está en un lugar bien”. No. Todos, cuatro o cinco que fuimos a ver, nos contaban cosas feas. Solo Dios, es el único que sabe en dónde está y cómo está.

Cuando vivía mi esposo, me ponía a platicar con Dios y le decía:

—Yo sé que la fila de todos los que pedimos una cosa, otra, otra, es larguísima. Yo soy la última de toda esa fila, pero espero que algún día voltees y me veas que ahí estoy para que nos ayudes, porque los días están pasando y a mí las fuerzas se me están acabando, a mí y a mi esposo. Siento que no lo vamos a ver.

¡Y mi esposo ya se fue! ¡Ya no lo vio!

Con las denuncias nos han tratado bien. Cuando hay junta que cambian fiscal, nos llaman para presentarnos y para que empecemos otra vez con esas personas. Nos han cambiado de fiscal como dos veces. A una persona que apenas la detuvieron, estuvo de fiscal, pero era gente con la que sí podía uno hablar. Estuvieron yendo a la casa a pedirnos datos. Dicen que preguntaron en la escuela, en el INE. Querían que les dieran ahí las huellas porque ese fue el último lugar donde se las tomaron, pero que no se las daban hasta que llevaran una orden.

Primeramente Dios, ¡que encuentre uno algo! Cuando encuentran osamenta, yo deseo que encuentren algo; ahí están las pruebas de ADN, para eso se hacen. Nos las han hecho como tres veces. En Amatlán, aquí en la Fiscalía de Orizaba. Allá me la he hecho dos o tres veces y aquí en Orizaba también. A su hermana y a mi marido igual.

Mi esposo y yo estuvimos enfermos desde hace mucho. A él le subía el azúcar, por la diabetes y, al final, hace tres meses, le dio mucha fiebre, tos, neumonía. Estuvo cuatro días internado en el hospital, pero no se pudo salvar. Y yo nada más fui bajando de peso, bajando de peso, bajando. Pesaba yo 54 y después bajé a 40 y ya me quedé en 40. Dicen que es por el estrés.

Con la psicóloga me desahugué, allá en Córdoba. También me veía una de Río Blanco, muy buena. Mi esposo, pobrecito, él no. Él nada más estaba encerrado en la casa, igual que yo, con ese sufrimiento. Yo he padecido de los nervios desde chica y ahora peor con esto. Estoy tomando pastillas para tranquilizar porque, si no, no puedo estar. Le decía a mi esposo:

—¡Me siento mal! ¡Me siento mal! Siento ganas de salir corriendo.

—¡Contrólate! ¡Tómate tu pastilla y contrólate!

—Bueno, yo cuando menos tengo eso, ¿pero tú? También te hace falta una desahogada de lo que tú sientes.

El pobrecillo tuvo que aguantarse todo, porque él no vio psicólogo ni nada. Él era el que me cargaba cuando yo me desmayaba, él me cuidaba. Y es importante sacar, dijera mi hija, que nos quiten culpas, porque tenemos muchas culpas. Es lo que andamos buscando.

Trabajo en la casa, en el quehacer, y una que otra costurita que hago ahí y los niños. Con eso tengo. Mi esposo ya no trabajaba: fue trailero más de 40 años. Nos acompañábamos, con el mismo sufrimiento.

La niña más grande ¿cómo se acuerda de mi muchachito! Un día me oyó llorar. Estábamos las dos solitas y subió a decirme:

—¡No llores, ma! ¡No llores! Piensa algo bonito: en las princesas, en los cuentos.

Así me decía la inocente, abrazándome. Y dije: “Sí, es cierto, tengo que darme ánimo, porque ¿cómo una niña de cinco años me está dando ánimos?”

Cuando ha sacado un 10, sube corriendo y me dice:

—¿Le puedo enseñar a Toño que saqué 10? ¿Le puedo ir a enseñar a Toño que pasé año?

Como tenemos su foto ahí en un altarcito, le enseña su calificación y le habla:

—Mira, Toño, me saqué un 10 porque tú me ayudabas en la escuela.

Mi hijo, el trailero, me reclama:

—Mamá, ¡estás volviendo locas a las chamacas! ¡Y tú también!

Es que yo subo y veo su foto y le digo a dónde voy, si regreso, todo. Ya platiqué con un psicólogo de Xalapa, vino a la Fiscalía. Una señora que acababa de salir le dijo al psicólogo que ella no quería saber nada de ropa, de cosas de su hijo.

—¿Entonces yo estoy mal? —le pregunté al psicólogo—. Porque yo subo y platico con él. Yo sé que él no está, no sé si me oye, pero yo subo y me pongo a platicar con él, como si me estuviera oyendo, porque cuando estaba en la casa, él sí me oía, él sí me tenía paciencia. Él me daba consejos y me consolaba.

—Si usted así es feliz, si se siente bien, pues hágalo —me dijo el psicólogo.

Mi hijo, el trailero, el que luego en vacaciones se lo llevaba a varios viajes, un día me dijo, llorando:

—Amá, ahí venía Toño sentado conmigo. Yo le dije: “Toño, aquí estás, aquí vienes”, y dijo: “No, yo no estoy aquí”, y se me desapareció al momento.

Es que también mi hijo el más chico lo quería mucho. Se veían como hermanos.

Como ven que yo le hablo a la fotografía, las niñas hacen igual.

Él las quería mucho. Cuando ellas estaban chiquitas e iban subiendo, yo le decía:

—M'ijo, cierra tu cuarto, las niñas van para allá.

—¡Ay, amá!, ¿cómo lo voy a cerrar?

—Es que te hacen desastre en tus cosas, te tiran tus juguetes.

—Ahí luego las compongo, luego las levanto.

Y así siempre...

Ahora, cada día de Reyes le ponemos un carrito en su cama, porque así lo hacíamos siempre, aunque él ya estaba grande. Aunque ya era un muchacho, bajaba y me decía:

—¡Mira, ma, lo que me dejaron los reyes!

Él sabía de sobra que no eran los reyes. Me enseñaba, sabiendo que yo era la que lo había subido en la noche cuando estaba dormido, y yo se lo ponía para cuando él despertara.

Pero ya era un muchacho que tenía hasta novia y andaba ahí con amigas que llevaba a presentar. Cuando trabajaba en la Farmacia de Dios, en Córdoba, llegaba y me decía:

—Amá, mira, una compañera del trabajo.

Tenía novia, eran compañeros del CBTis. La niña iba un semestre abajo. La mamá de la muchachita andaba molesta porque no quería que anduviera con mi hijo y un día le dijo que, si quería seguir de novia con él, que se fuera. La corrió de la casa. Llegó mi niño y me dijo:

—Amá, corrieron a Michelle de su casa porque somos novios y no tiene dónde quedarse.

Bien sanos los dos. La muchachita andaba hasta con su uniforme. Yo le dije que en la casa no se podía quedar y fuimos a buscar a una niña que había sido compañera de ella en la prepa. Pero la amiguita se hizo sangrona y dijo que allí en su casa no se podía quedar. Entonces se regresó con nosotros y le dije:

—Que se quede por esta noche. Pero mañana vamos a buscar dónde se va. Porque mira lo que pasó con la esposa de tu tío Ramón: llegó a la casa diciendo que la había corrido su mamá, que se habían peleado el papá y la mamá, y ella llorando se salió de ahí y se fue con nosotros. Tu tío Ramón igual me pidió que se quedara, aunque él ya tenía novia por otro lado y no se entendía con esa muchachita. Hace veintitantos años de eso y ya no se fue; ahí se quedó, aunque nunca se han entendido. Se enojaban y ella se iba

con sus papás y luego se regresaba. Él tenía, como trailero, una novia por acá, otra por allá. No vaya a pasar aquí lo mismo, m'ijo.

—¡No, amá! ¡Cómo crees!

La muchachita al otro día ya no se fue. Ahí estaba, pero ella dormía en el cuarto de él y mi muchachito dormía con mi esposo, en otra cama abajo. Yo le decía a mi marido:

—No podemos estar así, porque yo estoy con la tentación de que están los dos.

La chamaca estaba becada, bien inteligente, bien buena gente. No era grosera, no era malhablada. Era bien calmada, no se veía loquita. Cuando yo le servía frijoles, patitas de pollo, lo que fuera, le decía yo:

—¿Quieres más?

—No, señora, ya está bien, gracias.

Y se comía lo que le diera uno, no era sangrona. Y eso que la chamaca era de mejor posición que nosotros. Estaba bonita: morenita, china y bien estudiosa. Se preocupaba por que mi niño siguiera estudiando. Decía:

—Señora, él tiene que ir a recursamiento, tiene que ir a esto, tiene que ir a lo otro.

Pasaban los días y ni su mamá hacía porque se fuera ni ella hacía por irse. Un día me dijo mi hijo:

—Amá, no tiene dónde irse, que se quede aquí. Vamos a trabajar y a estudiar los dos.

Él tenía 17 años y ella 16.

—No, m'ijo —le dije—. Mira a tu hermana, le fue mal con el hombre ese. Él ya tiene por aquí una, por aquí otra, ya agarra camino, no se han entendido, han sido puras cosas feas. No te echas compromiso.

Así que fuimos otra vez con la mamá:

—Señora, ¿qué cosa vamos a hacer con su hija?

—Voy a recogerla.

Se la llevó. Pero nunca hubo diferencias entre ellos. No andaban mal ni vivían como pareja. Nos consta que era bien respetuosa la chamaca y él nada de encajoso, bien respetuosos los dos. Cuando terminó el semestre, su mamá la mandó a Villahermosa con una tía. Esa es otra cosa que a mí me está acabando, porque él la fue a dejar al ADO, con su maletota de ropa. Ahora pienso en el dolor de mi niño, de haber ido a dejar a la chamaca al ADO y no volverse a ver. Me decía:

—Amá, Michelle era bien buena gente, no era grosera. Si yo la empujaba jugando, ella se quedaba quieta. Si yo empujo a otra jugando, ¡me da otro empujón que me anda tumbando!

—Algún día la vas a ver, m'ijo, algún día.

Mi marido le aconsejaba:

—Júntate unos centavos, m'ijo, y cuando vayan tus tíos para allá, que te den el *raid*.

“¿Cuándo va a juntar dinero?”, me preguntaba yo.

Nunca tomé en cuenta el mal que le estaba haciendo al muchacho de 17 años, que quería mucho a esa chamaca y no la volvió a ver. Encontré su libreta. A él le gustaban esas que les dicen bombas, con dibujos y las letras garigoleadas. En una le puso: “Michelle te amo”. La mandé a enmarcar, está bien bonita.

La chamaquita se comunicaba con su mamá, se veían, se hablaban por el whats, y yo les dije que me comunicaran con ella, para decirle que me perdone por lo que le hice, porque ella quería mucho a mi hijo y él también. Y ya no se volvieron a ver. Ella estaba en Veracruz con el papá. Estudió ingeniería mecánica.

Quise verla, pero ella me dijo que estaba haciendo sus prácticas y que me avisaba cuándo podría verla. Desde entonces bloqueó todos los números y ya no volvimos a tener comunicación con ella. A veces pienso que tiene razón. Está molesta conmigo. Lo que no sabe es que yo quería pedirle perdón. Si yo los hubiera dejado que se juntaran, a lo mejor él estaría aquí, a lo mejor no le hubiera pasado. A lo mejor por mi culpa le pasó esto. Tal vez ya no estarían juntos porque estaban rechamacos pero, como mi marido me decía:

—Sí estarían juntos, porque él era bien noble, él no era de andar vacilando muchachas, él era una cosa seria.

Ese es un remordimiento que tengo: que no lo dejé ser feliz. Dicen que uno es el arquitecto de su propio destino. A este se lo forjé yo, yo le destruí su vida, yo no lo dejé ser feliz. Como veía que pasaban muchas cosas feas a nuestro alrededor, yo le decía:

—M'ijo, si algún día tú sales y ya no regresas, yo me voy a morir.

—No, amá —me contestaba—. Cuando a uno le toca, le toca. Si me toca, pues ya ni modo.

¡Que Dios nos permita saber algo de él algún día! Mi esposo ya falleció y a mí ya no me queda mucho tiempo. Día con día que nos estamos yendo y no vemos nada.

Palabras finales

Al participar en este ejercicio, sentí mucha emoción. Nunca pensé que el dolor que nos tocó vivir algún día quedaría registrado para cuando volviéramos a ver a nuestros hijos. Yo quería decir todo lo que siento, que todos supieran que nos estamos muriendo sin nuestros hijos, que estos años han sido los más duros. Qué bueno que escucharon y registraron mis palabras.

“Mire, ma, por ahí estoy. ¡Y hace mucho frío!”

Filiberto Márquez Morales
Desapareció el 14 de octubre de 2013

*Margarita Morales,
madre de Filiberto*

MI HIJO ESTABA SEPARADO DE SU MUJER. Primero se fue sola y después se fue con otro. Ya vivía con otra persona cuando él desapareció. Cuando los hijos se dieron cuenta, se enojaron mucho con ella. La relación de mi hijo con su pareja era mala: siempre tenían problemas.

Ellos trabajaron siempre juntos. Al principio trabajaron en una cocina, luego tuvieron una tienda; pero él era muy luchón y pusieron un bar. Ahí empezaron a tener muchos problemas. Yo no estaba de acuerdo en que trabajaran juntos ahí, pero era decisión de ellos y no me metí.

Les empezó a ir muy bien en el negocio, que era un centro nocturno y en el día un bar. Trabajaban mucho los dos, noche y día. Los domingos él jugaba beisbol; andaban en familia, salían a comer a algún restaurante. En ocasiones me invitaban, pero cada quien estaba en su casa. Ella constantemente tenía a alguien de su familia con ellos; incluso era su hermana la que hacía la limpieza de la casa.

A veces, entre semana, él decía: “Me voy a cotorrear”. Entonces tenía problemas con la esposa, porque ella era la que siempre manejó el dinero. Él tenía que pedirle: “Dame, dame, negrita. Dame, m'ija, para irme a cotorrear”. Y ahí empezaba el pleito. Llevaban una relación muy difícil. Ella se

enojaba y a él no le importaban los reclamos y se salía. Un día se gritaban y peleaban, y al otro ya estaban felices. Ambos siempre tenían alhajas. En ese entonces él usaba oro: tenía su esclava, sus anillos y, si ella no le daba dinero, él se iba, se emborrachaba –cotorreaba, como decía él– y empeñaba todo. Al otro día ella misma le daba para que fueran los empleados a sacar lo que empeñaba.

Llevaban una vida bastante holgada, porque ganaban bien. A pesar de eso, él traía un coche viejo para transportar a su familia, una camioneta. Tenía muchos empleados y también mujeres que llegaban a trabajar en el centro nocturno. Él traía un coche viejo, pero su hija tenía una camioneta de agencia; el hijo traía coche también de agencia. Ellos fueron a escuelas de paga. Mi nieta, incluso, se fue a estudiar a Veracruz, a la Universidad Villa Rica, porque dicen que es una de las mejores allá en el Puerto. Ahí mi nieta estudió medicina, era el orgullo de su padre.

Los problemas de mi hijo con su mujer eran porque ella era muy celosa. No me hago tonta, sí, mi hijo era ojo alegre, pero ella también exageraba. De la nada peleaban, y peleaban feo. Ellos discutían mucho y hacían uso de un lenguaje muy fuerte a la hora de pelear. Pero a mí ella siempre me decía que era él. Yo siempre estuve de parte de ella. Tristemente ahora me doy cuenta y son las cosas que duelen, porque yo siempre la traté como a una hija.

Un día ella me habló por teléfono, que se estaban peleando, y le dije que llamara a la patrulla para que se lo llevara, porque supuestamente él estaba tomado. Cuando yo llegué, él ya no estaba. Entonces yo le dije que, si de verdad ella ya no quería nada con él, como yo en ese entonces tenía mi negocio, la apoyaría y a los niños no les iba a hacer falta nada. Ellos aún iban a la primaria y él no los iba a dejar desamparados. Ella se podía quedar en su casa y cambiaríamos las chapas para que él no pudiera entrar.

—Si es verdad lo que tú dices que él te hace...

Porque yo ya empezaba a dudar de que fuera cierto todo lo que ella me decía. Me contaba que él le pegaba, que le pegaba a los niños. ¡Y mentiras! Él como padre daba la vida por sus hijos.

Al otro día llegué con mi yerno dizque a cambiar las chapas y la encontramos ¡dándole de comer a mi hijo en la boca! Ese día fue cuando rebasaron mi límite y les dije:

—¡Váyanse a la fregada!

Y mi hijo se reía de mí y me decía:

—Mire, mamá, esta nomás es teatrera. ¡Está loca!

Siempre me decía eso. Y ahora me doy cuenta que mi hijo tenía razón. Entonces yo le dije a ella:

—¡Hasta aquí! Yo ya no quiero meterme en la vida de ustedes. ¡Arréglen-selas! No me vuelvas a involucrar.

Y ella me volvía a meter tiempo después en la discusión de ambos.

—Es que él anda con otra —me decía.

Y yo lo regañaba:

—Hijo, es que no está bien; si comes por allá, si te embarras de suciedad, pues límpiate y no...

—¡No! ¡Es que no es cierto!

Él siempre me dijo que no era cierto pero, honestamente, como madre, debo decir que sí, mi hijo era ojo alegre.

Una vez fue mi nieta a decirme:

—Mi papá tiene mensajes en el teléfono... Mi mamá sufre y usted ya no se quiere meter.

—No, ya no me quiero meter porque son problemas de ellos, hija. Ya tu mamá y tu papá son adultos, ya estuvo bueno de que me usen. Además, mira, cuando la miel se les derrama, no agarran siquiera y le hacen así con el dedo a la miel y me dicen a mí: “¡Pruebe qué rica está la miel! ¡Qué dulce!” Pero cuando tienen problemas, entonces sí vienen a fregarme. No a convidarme.

Eso le dije a mi nieta, porque en realidad ellos en ese punto ya se habían alejado mucho. No me visitaban y, si lo hacían, era la nieta la que pedía que fueran a verme. Mi nieta se enojó mucho, pero pasó. Pasó el tiempo y yo ya no me volví a meter. Ella siguió estudiando, yo me retiré totalmente. Por eso yo no me di cuenta cómo estuvieron las cosas al final, porque ellos vivían en su casa, yo vivía en la mía. Me iban a visitar de vez en cuando y ella siempre me hacía el favor de rogarle a mi hijo que fuera a verme, según ella. Eso era mentira: él en todo momento andaba con ella o con sus hijos.

Cuando ellos se separaron, mi hijo empezó a ir mucho a buscar a sus hermanas y a buscarme a mí. Porque se le desapareció el dinero que tenía en el banco. Antes él me había comentado que ellos ya tenían suficientes ahorros.

—Ya me harté, mamá, de que mi mujer y yo estemos siempre peleando. La bronca son los negocios. Bueno, ¡pues ya! ¡Vamos a cerrar los negocios!

Además, los tiempos están muy difíciles. Mire, ahorita para despistar al enemigo voy a vender chicles en la entrada de mi casa, pero nosotros ya tenemos nuestra casa donde vivir y tenemos departamentos. Con esos departamentos ya nos la llevamos *light*. Hay unos centavos en el banco. Yo ya me voy a comprar un cochecito porque ya me lo merezco. Me voy a comprar un deportivo de los clásicos, porque siempre ha sido mi sueño. Y a mis hijos les voy a comprar un buen carro. Mi hijo quiere una Hummer, pero eso es como decirle a la gente: “Ahí va el dinero”. No, le voy a comprar un carrito austero a mi hijo.

De su trabajo habían hecho dos casas, bonitas, todas terminadas, bonito por dentro, hasta con *jacuzzi*. Él nos contaba todo eso, pero resulta que, cuando él se acercó a nosotros después de separarse de su mujer, fue porque se le perdió el dinero del banco. Nosotros le preguntábamos que cómo podía ser, pero él no sabía cómo se había perdido. Entonces fue cuando mi nieta se empezó a enfermar. De los nervios, supuestamente, porque estaba muy presionada con los últimos exámenes. Parecía que andaba drogada. Y mi nieta nunca usó nada de eso. Como que se le iba la cabeza y hablaba cosas, como si estuviera perdiendo la razón.

Con eso, mi hijo se fue hasta el suelo. No podía entender que se hubiera quedado sin dinero y que su hija estuviera en ese estado. Entonces él empezó a pedirle dinero prestado a sus hermanas. Por esa época, mi nieta se casó, todavía así, media mal, no estaba del todo recuperada. Y mi hijo decía: “Pues a ver si casándose se compone”. Y sí, ya con su esposo ella se empezó a recuperar.

Cuando se quedó sin dinero, él buscó mucho el apoyo de sus hermanas y mío. Sus hermanas le prestaron dinero y a mí me pidió prestado un terreno para hipotecarlo y poner un negocio. Iba ser un bar muy elegante, mucho mejor que los negocios que había tenido antes. Y sí lo puso. Invirtió en la remodelación, pero las autoridades y los vecinos no lo dejaron abrirlo. Así se quedó: con los muebles elegantes, lleno de licor, listo para funcionar.

Él desapareció ese mismo año. Yo no tuve cabeza para otra cosa más que buscarlo, y el terreno, que era mi seguro para la vejez, se perdió y yo me quedé en la calle. Tuve que vender mi casa para poder pagarle a mis hijas las deudas de él. Una de ellas tenía un negocio y su marido sabía que le había prestado; entonces yo tenía que responder. Le vendí mi casa a esa hija y con eso le pagué. Ahorita vivo en la casa que fue mía, de arrimada.

A mí me duele mucho, porque mi hijo, cuando yo iba a visitarlo y él trataba de que su mujer no se enojara para nada, él le decía a ella:

—Dale a mi mamá para su refresco, negrita.

Y ella sacaba cien, doscientos pesos.

—¡No seas canija! —le reclamaba él— ¡Dale! ¡Nos fue rebién, m'ija!

—Es que ya no traigo, es que ya pagué —decía ella.

—No pasa nada, hijo —le decía yo—. Tú tranquilo.

Nunca le exigí, porque yo siempre trabajé, y ellos vivían vida de ricos. Pero, cuando mi hijo se fue para abajo, sus hermanas siempre estuvieron con él. Como dos meses antes de que desapareciera, llegó un día, cabizbajo, y me dijo:

—Me da tristeza, mamá, porque, cuando yo tuve, nunca les di. Y ahorita voy con mi hermana y me da de comer, voy con mi otra hermana y como tacos, voy con mi otra hermana y, como vende comida, me como la comida corrida. ¡Fijese qué chistoso! ¡Me duele tanto! ¡Mire cómo ellas me están apoyando!

—Para eso es la familia —le respondí—. Somos tu familia y te amamos, hijo.

—Pero yo le prometo que me voy a levantar y que todo va a cambiar.

Él se lamentaba de que él siempre confió en su mujer para que manejara el dinero, de que él nunca trajo un peso en la bolsa. Ella era la que pagaba los empleados, ella era la que depositaba en el banco. Por eso cuando se perdió el dinero del banco fue muy raro. A ella no le hubiera costado ningún trabajo hacer la transferencia.

Mi hijo ya no tenía dinero y empezó a trabajar vendiendo publicidad en el periódico *El Buen Tono*. También se puso a vender carnitas en la entrada de su casa cuando su esposa se fue. Mi nieto más chico se quedó con él. En ese entonces tenía como 16 años, estaba en primero de prepa y no dejó de ir a la escuela de paga. A mi hijo le urgía pagar la colegiatura. El trabajo en la venta de publicidad y la venta de carnitas no fueron suficientes. Como no pudo abrir el negocio en el que había invertido tanto y debía mucho dinero, me dijo que iba a trabajar de taxista. Cuando me lo dijo, no sé por qué yo sentí que mi corazón se estremecía.

—¡No, hijo, eso no! Están pasando muchas cosas feas —le dije. Porque en esos días había habido varios taxistas desaparecidos.

—Mamá, pero yo no tengo enemigos, usted sabe que yo más que tener enemigos tengo amigos. No me va a pasar nada. Usted tranquila.

Ya no lo volví a ver. A los doce, catorce días que él se había subido al taxi, desapareció. Fue en Córdoba. El salió a trabajar el 14 de octubre de 2013 y todavía como a las 9 de la noche le llamó a su hijo, porque él siempre estaba comunicado con ellos, sobre todo con el chamaco chico, porque era el que tenía a su cargo. Ya la doctora estaba casada, ya el otro estaba casado, el que trabajaba en las grúas. Al chamaco que vivía con él le hacía de comer, él le planchaba su ropa, lo iba a dejar, lo iba a traer y estaban en constante comunicación.

Él siempre andaba con los hijos. Cuando no traía uno, traía al otro o a los dos. Ahí en el carrito se montaban. Y como el vochito convertible que traía era solo para dos personas, si venían los dos, uno andaba colgado en el estribo. Nunca andaba solo pero, al subirse al taxi, quedaba vulnerable. Ahí lo agarraron. Él desapareció con todo y taxi, jamás volvimos a saber qué pasó. Yo creo que mi hijo estuvo en el lugar equivocado, que lo confundieron, pues él era muy conocido, muy apreciado.

Cuando desapareció, yo empecé a pedir dinero prestado para buscarlo, para ir de un lugar a otro. Pegaba avisos como desesperada. Mi hija y mi yerno me llevaban de un lado a otro, a pesar de que mi yerno estaba convaleciente de un asalto en el que le desprendieron las cervicales.

Ahora sabemos que su mujer se fue con otro, uno que iba a comer en la cocinita que puso en la cochera de su casa, cuando se perdió el dinero del banco. A sus hijos les dio mucho coraje cuando ella se juntó con ese hombre. Ella estaba enfurecida y decía: “¿Cómo es posible? Yo siempre sufrí sus infidelidades y ahora mis hijos me repudian a mí”.

Todo apunta a que ella se quedó con el dinero, pero no lo podemos comprobar. Ese es el problema. Incluso mi nieta, en México, fue y puso la denuncia, diciendo que quería que se investigara a la pareja de su mamá. Y, al investigar a la pareja de su mamá, pues a ella también. Prácticamente estaba señalando a su madre.

Pero ella dizque venía a ver a su hijo y, cada vez que venía, se peleaban. Nunca entendí por qué venía ella a la casa y se peleaban. Cuando mi hijo desapareció, ella no estaba, pero los hijos le avisaron y ella vino. Ella caminó siempre con nosotros buscando a mi hijo. Yo tenía la esperanza que iba a aparecer, pero no apareció jamás. Un día la encaré:

—Tú debes saber qué le pasó a mi hijo, porque ustedes siempre anduvieron juntos. ¿Él tenía enemigos? ¡Cuéntame! ¿O tú lo desapareciste?

—¡Ay, no! ¡Cómo cree! —me respondió—. Él sería muy mal marido conmigo, pero como padre él era excelente y nomás por eso él no se merecía que se le hiciera nada malo.

En ese momento me tranquilizó, pero en verdad todo apunta a ella. Mi miedo ha sido declarar directamente contra ella, porque el marido supuestamente es un delincuente.

Mi nieto fue el primero en poner la denuncia y yo pensaba que ellos estaban yendo periódicamente a checar el caso, pero como a los cuatro meses me di cuenta que ellos no estaban yendo a dar seguimiento. Pusieron la denuncia, pero hasta ahí, nada más. Entonces yo tomé el caso y empecé a ver todas las anomalías. Desgraciadamente nuestras autoridades no hacen nada y yo tampoco me puedo poner con Sansón a las patadas, porque tengo más hijos y me da miedo. Me da miedo que les puedan hacer algo a ellos.

Cuando tomé el caso, exigí que fueran a declarar ellos: mi nieto, la ex-mujer de mi hijo, el marido de ella, allá en Córdoba. Mandaron como tres citatorios para que se presentara mi nieto y, cuando se presentó, dijo que a él ya no le interesaba buscar a su papá, que él tenía muchas ocupaciones y no tenía ningún interés en seguirlo buscando. Y peor: tristemente, en ese mismo año, en 2017, mataron a mi nieto.

A mí me dolió muchísimo, pero yo intuía que mi nieto sabía algo. El mismo año en que mi hijo desapareció, mi nieto llamó a mi hija una noche que se había peleado con su mamá porque ella le sacó las cosas de la casa, sin importar que tenía su esposa y tres niños. Muy enojado, le dijo:

—Tía, ponga denuncia contra mi mamá porque fue la que desapareció a mi papá, junto con el canijo ese que tiene.

—A ver, m'ijo —le dijo mi hija—. ¿Por qué no pones la denuncia tú? Tú eres el hijo. A nosotras como hermanas no nos van a hacer el mismo caso que a ti.

Por eso yo exigí que mi nieto fuera a denunciar, pero nunca lo hizo. Yo intuía que él sabía mucho más de lo que aparentaba, pero no fue. Y en ese mismo año lo mataron. Yo creo en Dios, yo todo lo he puesto en las manos de Dios y siento que Dios ha tomado en sus manos mi defensa.

En ese momento yo pensé que esa muerte venía de ahí mismo, de esa mujer. Eso está como moneda al aire, porque a mi nieto lo mataron y mi nieto era el único que sabía mucho. Aunque, por otro lado, él se metió a trabajar en Grúas AB, allá en Córdoba. Ellos a veces eran prepotentes con

la gente. A mí me lo contó su madre, hace poco. No sé por qué me lo contó, ella es muy astuta. Me dijo:

—¡Pobrecito de mi hijo, se sentía orgulloso porque los de las grúas y José Avella de *El Buen Tono* se peleaban por tenerlo. ¡Y claro! Lo usaban, porque mi hijo les daba a ganar dinero.

Como a cualquiera le ponían las arañas, ella cree que lo mataron por eso. Ha de haber sido alguien de la delincuencia, y en un bar. Él estaba en su casa y lo llamaron, le dijeron que fuera al bar porque ahí estaban unos compañeros de él, uno de tránsito con los que estaban coludidos; pura corrupción. Llegó mi nieto y al poco rato se hicieron de palabras. Él se salió con los que se pelearon. Al rato nada más regresaron a matarlos. Mataron a tres: uno de tránsito, a otro chofer de las grúas, compañero de mi nieto, y a él, Julio César Márquez Razo. La noticia salió en los periódicos.¹ Yo no me acerqué a ellos, no fui al velorio, porque tenía temor de que hubiera sido ella.

Tres o cuatro meses antes de que mi hijo desapareciera, ella lo demandó. Porque ella quería una casa. Y entonces él le dijo:

—No, no te voy a dar nada. Dijimos que lo que hiciéramos era para nuestra vejez y, cuando nosotros muriéramos, eso se quedaba para nuestros hijos. Ahí está tu casa, regrésate, yo no te corrí.

Eso se lo dijo mi hijo, bien inteligente, delante de un abogado. Entonces ella lo demandó, lo acusó de que, una ocasión en que ella había ido a ver a su hijo a la casa de los dos, él había tratado de violarla. El abogado que conocía muy bien a mi hijo, desde chiquito, le contestó:

—Sí, está bien. Todo lo que tu digas está bien y si él es culpable lo vas a meter al tambo. Pero una cosa te digo: fijate bien lo que dijiste, porque todo esto se va a investigar y, si algo de esto no es cierto, puede ser que resulte al revés.

—Esta me la ganaste, ¡pero de mí te acuerdas! ¡Te vas a acordar de mí! —le gritó ella a mi hijo, delante del abogado y de mi otra hija.

La licenciada de ella estaba como fiera sobre mi hijo pero, después de eso, hablaron entre ellas y retiró la demanda. Mi nieta también peleó con su

¹ <https://www.alcalorpolitico.com/informacion/agente-de-transito-gerente-y-operador-de-gruas-los-asesinados-en-bar-de-cordoba-239516.html#.XnpMMYgzbBU>. <https://www.presidentreader.com/mexico/el-mundo-de-orizaba/20170725/281479276480856>

mamá por su papá; le dijo: “No perjudiques a mi padre”. Entonces, por un lado, la presión que hizo mi nieta y, por otro, la presión que hizo el licenciado la obligaron a retirar la demanda.

Nosotros no teníamos relación con la exmujer de mi hijo ni con mis nietos. Dejé de frecuentarlos desde que, al terminar una misa que mandó celebrar mi nieta a los pocos meses de que mi hijo desapareció, cuando me quise acercar, una de las nietas de la señora, hija de mi nieto, venía hacia mí queriendo acercarse, pero la señora caminó rápido y levantó a la niña y me dio la espalda. Y entonces yo dije: “No quieres nada conmigo, tienes razón, son tus hijos, son tus nietos”. Ahí entendí su lenguaje y me retiré definitivamente. Cuando hablaba con mi nieta yo le preguntaba:

—Oye, hija, ¿qué sabes de tu papá?

—Nada, mamá, pues yo ya estoy trabajando.

Cuando mi hijo desapareció, en octubre de 2013, mi nieta ya estaba embarazada y no se había dado cuenta. Tuvo una niña. Empezó a trabajar en un dispensario médico y no buscaba a su papá; así como yo lo buscaba, no. Pasó el tiempo y un día mi nieta me mandó llamar. Que estaba mal, internada en un hospital de Orizaba. Yo hasta pensé: “Dios mío, vaya a ser una trampa que me están poniendo, que quieran que yo vaya para...”

Como yo siempre ando solita, pensé dos veces antes de venir. Pero no, sí estaba enferma. Tenía cáncer en los pulmones y se dieron cuenta demasiado tarde. Cuando la vi, me dio mucho dolor, porque era mi nieta, toda una profesionista, con una niña hermosa, con un esposo enamorado y ella igual. Estuve con ella el día que me llamó y platicamos muchas cosas. Ella me volvió a pedir:

—¡Búsquelo! ¡Búsquelo, caiga quien caiga! Y, si es mi madre, ¡que caiga!

A los tres meses, el 2 de julio de 2019, falleció. Dejó una niña de 5 años.

Por eso digo que el Señor ha tomado en sus manos mi caso, porque yo perdí un hijo y, si fue su exesposa –y todo apunta que ella fue la que lo perjudicó, la que lo desapareció–, ella ya va perdiendo dos y no creo que no le duela porque, para mí, ha sido dolor sobre dolor: la desaparición de mi hijo, aunada a la muerte de mis dos nietos. No sé qué clase de mujer es, pero yo siento que perder un hijo es lo más doloroso. Por lo menos ella sabe dónde están sus hijos muertos. Yo no sé dónde está el mío.

El problema es que yo no me atrevo a seguirlo buscando, es decir, a buscarlo abiertamente, porque tengo miedo. Ya me quitaron uno, no aguanto

la idea de... Si me quitan la vida a mí, ¡bendito sea mi Dios!, porque me van a quitar de este dolor, pero tengo miedo que le hagan algo a alguno de mis nietos que están tan vulnerables o a alguna de mis hijas. Una de mis hijas trabaja en plena calle, vende ahí, en una esquina. Está vulnerable. Aracely me dice que no tenga miedo pero, a veces, como los carros viejos, cascabeleo.

De todas maneras ellos nos conocen a todos. Yo ni siquiera los conozco a ellos. Ella tiene un familión y ahora me vengo a enterar qué clase de familia es. Ahora se dice que el papá siempre fue fumador de marihuana. Cuando mi hijo andaba de novio con ella, una persona me dijo y yo le dije que yo no podía obligar a mi hijo. Finalmente yo tengo que respetar sus decisiones. Desde que él estaba muy joven, yo le decía a mi hijo:

—El día que te enamores, ¡fíjate bien! Así sea tuerta, coja, fea que espante, yo te la voy a respetar. Nada más que fíjate bien, porque no eres animal. Los perritos dejan los hijos regados porque son animales, no razonan, pero tú no, hijo. Y yo no soy perro, yo quiero que el día que tú embaraces a una mujer, que esa sea para siempre tu mujer.

Y ella fue la que lo dejó.

A veces digo que ya no quiero seguirlo buscando. Es una guerra interior. Yo no debería, ya no. El dolor, la impotencia y el coraje son muy fuertes. Tengo la esperanza de sepultarlo, la esperanza de encontrar sus restos. Cuando mi hijo tenía como tres meses desaparecido, yo soñé que veníamos bajando Las Cumbres. Veníamos en un convertible blanco y él venía manejando. La esposa venía a su lado y yo venía atrás, porque ella siempre andaba con él: ella era su sombra. En el sueño ¡yo iba tan contenta! Iba abrazando el asiento, lo venía tocando a él. En eso él me señaló una hondonada, donde hay unos cerros y me dijo:

—Mire, ma, por ahí estoy. ¡Y hace mucho frío!

Y es que él era muy friolento. Eso es lo que a mí me puede. A veces digo:

—¿Será que mi hijo quiere que yo encuentre sus restos?

Por eso, cuando buscan por aquí, yo me lleno de esperanza pensando que van a encontrar los restos de mi hijo.

Mi hijo, cuando tuvo a su primera hija, la doctora, él le preparaba biberones, cargaba a la niña, la bañaba. Cuando tuvieron el negocio de la cocina, él calentaba tortillas, él servía, él atendía, él lo mismo se ponía a pasar jerga que a planchar su ropa. Cuando se casó, los dos trabajaban y él veía a su niña y ayudaba en los quehaceres de la casa.

Mi hijo hasta tortillitas de mano sabe hacer, porque yo trabajé siempre y mis hijos tenían que hacerse ellos mismos sus tortillas, ya que en mis tiempos no había máquinas de tortilla. El molino estaba cerca, como a una cuadra. Entonces mis hijos iban y molían su nixtamalito o, si no, ponía yo el nixtamal, compraban masa y se hacían sus tortillas. Eran tres mis hijos. Él, aunque fuera varón, hacía sus tortillas y se lavaba su ropa y se la planchaba.

La ilusión de mi hijo era hacer un patrimonio para que sus hijos no sufrieran carencias, porque yo fui muy pobre. Mis hijos sí sufrieron carencias y, sobre todo, yo tenía que salirme a trabajar. Vivíamos en dos cuartos; en uno estaban las camas: la cama de mi hijo, una división de un ropero de él y un ropero mío y ahí estaba la cama de mi hijo.

Yo me iba tempranito. Él tenía que pasar jerga todos días. Ese era su trabajo: tender su cama y pasar jerga. Mi otra hija tendía la cama. Yo les dejaba guisado, ellos nada más tenían que hacerse sus tortillitas. Y, si a mí no me daba tiempo de guisar o no tenía dinero, le decía a mi hija:

—Ahí se hacen nada más unos huevitos y frijoles.

En la noche, cuando yo llegaba, la casa debía estar limpia y ordenada porque, si no, les iba como en feria. Fui muy dura como madre. Cuando él era niño, hubo un episodio que lo marcó para siempre y que a mí me duele recordar porque, como madre, yo quise hacer lo mejor para mis hijos.

Cuando él tenía seis o siete añitos, en la esquina de donde vivíamos había un terreno baldío y ahí, una mata de chayotes grandota. Los chayotes caían hasta abajo, a la calle. Un día mi hijo cortó uno.

—Ma, me encontré un chayote —me dijo.

—¿Te lo encontraste o lo cortaste? A ver, mírame a los ojos. ¿Lo cortaste, verdad? A mí aquí el chayote me está diciendo que lo acabas de cortar, aquí tiene agüita de que lo cortaste.

—Sí, mamá, lo corté.

—Pues vas y devuelves ese chayote donde estaba.

—No, mamá, no se va a poder —me respondió.

Yo cortaba unas de esas varitas que les dicen de escobilla, porque con esa hacen escobas para barrer y, cuando le pegan a uno con ellas, arde la piel.

—Sí se va a poder, porque ahorita te voy a dar en las manitas para que no andes agarrando lo que no es tuyo. Ahora vas y le vas a decir a la señora dueña del chayote que por favor te disculpe y se lo entregas. Porque yo te

pregunto: ¿el chayote lo sembré yo? ¿Está en tu terreno? ¿Está en el terreno de mi mamá? El chayote es ajeno y esa mata de chayotes no es nuestra.

—Pero no voy a saber.

—Pero supiste cortar el chayote, así es que ¡órale! ¡Córrele! Ahorita, porque ahí va la varita.

Ese día traía un shortcito, era tiempo de calor, y le di en las piernitas. Él salió corriendo y ahí voy yo con la señora.

—¡Ay, cómo cree! ¡Por un chayote! —me dijo la señora.

—No, señora, discúlpeme, yo le agradezco que usted no se lo tome a mal, pero yo a mi hijo lo educo a mi manera, y yo quiero que mi hijo el día de mañana sea un hombre honrado.

Y mi hijo, ya grande, siempre me decía:

—Madre, yo siempre he trabajado con honradez. ¡Si usted supiera lo que ese pinche chayote me marcó en la vida...!

A mis hijos los eduqué así. Y fui muy dura, aunque fui madre soltera. Mi hijo se llevó sus buenos azotes. Le daba yo duro porque yo decía que yo quería un hijo bueno. Era buen muchachito. Por eso sé que mi hijo no hizo nada malo. Por eso me da rabia, porque si mi hijo hubiera sido un delincuente, si yo supiera que mi hijo andaba haciendo cosas malas, ni lo buscaría ni haría nada, porque me ardería la cara de vergüenza. Un día le dije a mi hijo:

—El día que tú caigas a la cárcel porque te peleaste con alguien, a lo mejor te voy a sacar, pero ¡Dios te libre que caigas a la cárcel por marihuano o por ratero! Allá te quedas, papacito. Yo no te voy a ir sacar, porque no voy a ir a pasar la vergüenza de que me digan: “Ah, ya vino usted por su marihuano o por su ratero”. No.

Con las averiguaciones no ha pasado nada. A la fiscal le di declaraciones de cosas muy íntimas. Incluso le llevé fotografías, porque la familia de ella anda en malos pasos y por ahí puede haber alguna punta suelta, pero yo me siento atada de manos y a la vez tengo miedo, porque puse toda esa información y ella no hace nada. Yo, la verdad, tengo miedo. Por eso dejé de pelear con la fiscal. Yo quisiera que de México vinieran e investigaran, porque aquí no hacen nada, no les interesa y pienso que la investigación de México pudiera ser más efectiva, ya que esa denuncia la puso mi nieta la doctora, señalando a la pareja de su madre y a su madre misma.

Yo le pido a Dios que conmueva el corazón de quienes hicieron este daño, porque mi única ilusión es encontrarlo. No quiero castigo para quie-

nes hicieron esto, yo solo quiero saber en dónde lo dejaron. Una señora me dijo:

—Ya quítate eso de la cabeza, tu hijo ya no es nada. Si ahora lo encuentras, ¿qué va a ser? ¿Polvo?

Me dolió muchísimo, pero tiene razón, aunque fue una manera muy cruel de decírmelo. Tengo la ilusión de encontrarlo, de saber. Yo estoy al límite, tal vez sea una de las últimas veces que participo, porque mi salud se ha deteriorado por el dolor de vivir todo esto. Tal vez ya no quede nada de él, pero aquí estoy. Mientras Dios me dé vida, seguiré con la esperanza de encontrarlo.

¡Mi dolor es tan grande! Mi hijo no era delincuente: buen hermano, buen padre de familia, buen hijo, buscaba no darme mortificaciones. Desgraciadamente yo me involucraba en sus problemas, porque su esposa era la que me metía. Tal vez si yo hubiera decidido seguir frecuentándolos, no habría tanta información de mi hijo que desconocemos y que podría ser relevante para la investigación.

“Quien se lo llevó no supo todo el daño
que nos hizo a todos, no nada más a él”

Christian Orlando Pérez Hernández
Desapareció el 20 de julio de 2014

*Laura Hernández,
madre de Christian Orlando*

MI HIJO ESTABA TRABAJANDO EN TIJUANA. Él tenía contratos temporales de tres, seis meses. Trabajaba para una empresa de colocaciones. A veces trabajaba en el almacén de algún hotel. Trabajaba en funerarias arreglando, embalsamando cuerpos, porque desde chico aprendió el oficio. Los hijos del dueño de una funeraria eran sus amigos y, por curiosidad, empezó a meterse ahí. A mí no me gustaba, me daba miedo. Luego llegaba con un olor horrible, cuando iban a levantar cuerpos descompuestos y se le quedaba el olor en la ropa.

Él tenía el don de caerle bien a la gente; donde quiera era aceptado, porque era muy amiguelo, muy alegre. Mi hijo no fuma, no toma, no le hacía daño a nadie; al contrario, él siempre se quitaba las cosas para dárselas a otra gente. Allá en Tijuana su último trabajo fue de policía de vigilancia en un hospital del IMSS, pero se enfermó y se vino acá a Orizaba. Pidió permiso, le dieron incapacidad y aprovechó para venir a bautizar a su niña, que tenía seis meses. Vino acá y decidió esperar su cumpleaños aquí. Quería que le hiciéramos pozole. Ese fue el problema, porque le vendían una estufa usada, muy buena, y quería comprarla, junto con las cosas para el pozole.

Se fue el día 20 y ya no regresó. Cuatro días después era su cumpleaños. Cumplía 36. Siempre fue una persona muy amable. Como en Tijuana vivía con mi otro hijo, le pregunté:

—¿Christian salía, andaba o tenía amigos?

—No, madre. Nosotros salimos a trabajar a las cinco y media de la mañana. Entramos a las siete, pero es un trayecto largo de donde vivimos a donde nos recoge la camioneta. Salimos a las siete de la noche y venimos llegando a la casa a las nueve.

Él todas las noches me hablaba cuando llegaba. Me decía: “Estamos en la casa, acabamos de llegar”; me preguntaba: “¿Qué vas a hacer de cenar allá? Aquí no vamos a cenar, estamos bien cansados”. Me decía: “Me voy a bañar y me voy a dormir”. Y le hablaba a su niña que estaba chiquita, tenía tres años. Le decía “mi pequeña Wendolyn”. Eso era todos los días.

Me quitaron la mitad de mi vida, porque la otra mitad son mis otros hijos, pero él era el que siempre estuvo con nosotros. La que más sufre es su niña. Ahorita tiene nueve años, y me decía: “Abuelita, mi papá no me habla, ¿por qué?” Yo le respondía: “Está trabajando muy lejos”. Y ella sabía: “No es cierto, mi papá estaba lejos y me hablaba todos los días”. Me llegó a decir: “¿Tiene otros hijos? ¿Tiene otra familia, por eso ya no me quiere a mí?” Le decía yo que no.

La niña llegó a tal grado que me dijo: “Te voy a contar un secreto, pero no le digas a nadie, ni a mi mamá: mi papá todas las noches me viene a ver y me dijo que me va a llevar con él, para que ya no lo extrañe”. Le tuve que decir: “Si vuelve a venir tu papá, dile que no te lleve, que te siga viniendo a ver pero que no te lleve, porque a mí me haces falta”.

Ha sido una situación muy difícil, porque la niña se aisló mucho, se volvió rebelde. Cambió mucho, porque ella quería ver a su papá. Mi nuera se tuvo que ir con su familia porque no podíamos con todo. Nos cambiamos de casa y regalamos, malbaratamos todo para caber donde nos fuimos.

Cuando mi nieta venía de visita, llegaba corriendo y preguntaba: “Abuelita, ¿me tienes una sorpresa?” Y luego, desilusionada, decía: “Yo pensé que ya estaba mi papito aquí”. Siempre llegaba con la esperanza de ver a su papito. Las plantas eran un gusto de mi hijo, los animales, y la niña me decía: “Estas plantas son de mi papá, yo te voy a ayudar a cuidarlas”. Está yendo al psicólogo porque está muy afectada.

Todas las cosas de él las tengo conmigo: ropa, zapatos, perfumes. Aún conservo la última camisa que se puso. No la lavé, a veces la saco y la huelo pensando que es él, pensando que mi hijo está conmigo. Quien se lo llevó no supo todo el daño que nos hizo a todos, no nada más a él. La niña pequeña tenía meses de nacida y ha ido perdiendo la memoria de quién era su papá.

A mi hija se le adelantó el parto, le dio preclampsia por lo mismo, y fue un batallar cuando lo buscamos porque nos mandaron a muchos lados a entregar documentos, nos pidieron copias y copias y que las fuéramos a entregar nosotros a todas las dependencias, porque ellos no podían.

Mi hijo se fue a Orizaba a comprar la estufa; nosotros vivimos en Ixtaczoquitlán. Él salió de la casa ese domingo a las 7:30 de la mañana, lo vieron cerca de ese lugar donde iba a comprar a las 8:15, era el tiempo que se hacía el autobús de la casa para el lugar a donde iba a ir. Una chica que vende por ahí dice que lo vio porque le pidió un café. Ella se agachó pero, cuando le quiso preguntar si quería azúcar, ya no estaba. Dijo que caminó hasta la esquina, pero ya no lo encontró. Ni siquiera un coche al que se podría haber subido vio.

Empecé a buscarlo y a preguntar, hospitales y todos los lugares posibles. Iba con una bermuda, ropa deportiva, y llevaba solamente 500 pesos para la estufa. Iba a cambiarla por la que teníamos, y 100 pesos que le dimos para el flete. Luego se iba por la carne y el maíz. Le marqué y vi que eran 9:30 y no me contestó. Cuando volví a marcar, me mandó a buzón. Le enviamos mensajes mi hija y yo, pero nunca contestó.

Fuimos a donde iba a comprar la estufa. Le pregunté a la persona esa y me dijo que nunca lo vio. Siguió negándolo incluso cuando le dije que le había pedido café a la chica de la esquina. Cuando hice mi denuncia, citaron al hombre a declarar. No iba y no iba, hasta que lograron encontrarlo y lo obligaron a ir. Cuando leí lo que dijo, no lo podía creer:

Él declaró que lo había visto ahí parado cerca de su casa, pero que lo vio como desde 7:30 de la mañana y que él salió a misa con su familia y que él seguía parado ahí. No pudo ser cierto porque él salió de la casa a las 7:30 y la chica lo vio a las 8:15. Ahí supe que el hombre sabe algo o vio algo y no dice.

Dijeron que lo iban a llamar para otra declaración, porque no estuve conforme con lo que dijo y nunca lo llamaron. Dijeron que iban a investigar también a los policías que andaban en ese tiempo, pero nunca llegó la

hoja de autorización. Pedí una sábana de llamadas cuando todavía era tiempo y tampoco la hicieron: dijeron que la compañía telefónica no autorizaba y que volverían a solicitar. Pedí que pusieran a Christian en el programa de recompensas y tampoco lo pusieron. Dijo la Fiscalía que eso se llevaba un tiempo, que iban a meter la solicitud. Nunca lo hicieron. Ahorita ya perdí la esperanza, porque ya son seis años.

Los nuevos funcionarios nos tienen también así, en lista de espera. A ellos se les hace tan fácil decir: “Es un desaparecido más”. Lo primero que hacen es preguntar: “¿Qué amigos tenía? ¿No vio si llevaba mucho dinero últimamente? ¿Llevaba alhajas? ¿Compraba cosas?” Pero no, vivíamos al día, todos en la casa trabajábamos. Yo ganaba poquito pero, con lo que él mandaba, se pagaba renta, luz, gas. Nosotros metíamos dinero para comida y lo demás. Las autoridades son insensibles, porque no les ha tocado, no les preocupa, no les importa el dolor de los demás. Somos un nombre más en sus listas.

Yo pienso que a lo mejor están coludidos. Ha habido casos donde están los policías involucrados y no pasa nada o uno se entera de que los detienen y después salen. Hay personas que trabajan con la gente mala y dicen: “Hicimos esto, hicimos aquello”, se llevan con los policías y las autoridades no dicen nada, no hacen nada.

En lo federal ya no hicimos nada, pues nos dijeron que, si ya habíamos puesto denuncia aquí estatal, que ya no podíamos poner denuncia federal. Cuando vinieron de México nos pidieron documentos para ver si podían ayudarnos, pero nunca recibimos respuesta. Yo no pido ni que me den nada, solamente que me ayuden a seguir buscando, es lo único. Y que, si encuentran al culpable, que solo me diga dónde lo dejaron, porque si mi hijo ya no vive, con el castigo ya no me lo van a regresar. Ya pasó mucho tiempo.

Siempre me pregunté: “¿Por qué a él? ¿A quién le pudo haber hecho tanto daño como para que le hicieran esto? ¿Qué pudo haber hecho él, si siempre ayudaba?” Él no tomaba porque desde chico tuvo un problema hepático: si llegaba a tomarse una cerveza se hinchaba, una mano se le ponía horrible y se ponía todo feo. Y empezaba el dolor. Le dijeron que, si llegaba a tomar, haciendo poco caso de que se hinchara, le podía dar una cirrosis sin ser alcohólico. Por eso se cuidaba mucho. Odiaba el cigarro; decía: “¿Cómo pueden fumar si apesta tan feo y hace daño?” Me preguntaban si se drogaba, pero ¡si no fumaba y no tomaba!

Para ser drogadicto hay que tener dinero y él trabajaba, como decía: “como burro”, para darnos lo poquito que podía. Él pensaba siempre en sus hijas; primero, la grande y, después cuando nació la otra, ya tenía sus dos prince-sas. Y yo siempre fui “su madrecita”, siempre. Me trataba como una amiga. Siempre cariñoso, siempre bromista, como un chiquillo.

Recogía gatos que encontraba en la calle, atorados, abandonados, le da-ban lástima. Un día llegó con un gato gris, que estaba atorado en una barda. Se brincó por él, y ese gato se volvió tremendo. Le puso Bruno, lo adoraba. Ese gato no quería a nadie, solamente a él no le hacía nada. Le dieron un perro al que también maltrataban y lo traía con él. “Christian, tú eres San Martín de Porres porque andas recogiendo todos los animales”, le decía. Siempre fue así desde chiquito.

Eso es lo más difícil: saber que su vida fue siempre así y que nos lo hayan quitado. No es por desear nada malo a nadie, porque estoy en esta situación y no se lo deseo a nadie, pero hay gente que ni tiene familia o no le importa su familia y andan haciendo daño. Y hay personas que tienen familia, que tienen gente que los quiere, les hacen esto, ¿por qué?

Mi hijo es alto y es robusto. Por eso mi hija estaba con la idea de que se lo hubieran llevado a trabajar. Dice: “¿Y si investigaron lo que él sabía hacer y se lo llevaron para trabajar con esa gente?”, porque él sabía preparar cuerpos y sabía sacar todos los órganos. Yo ya no sé qué pensar, la verdad, la verdad. ¿Qué pudo haber sido? ¿Quién pudo haber sido? ¿Por qué? Él no iba bien vestido, como para que dijeran: “Le vamos a robar”. ¿Qué le podían robar?

Mi hijo se fue a Tijuana con su esposa desde el 2010, y mi nuera se regre-só porque extrañaba a su familia y porque nació mi nieta en el 2011. Ya se quedó en la casa conmigo y él se regresó solo. Él iba y venía, a veces cada seis, ocho meses, dependiendo de su trabajo. Él juntaba dinero y se venía en un autobús que sale desde Tijuana y que se sigue hasta Chiapas. Se venía en ese porque solo pagaba 600 pesos. Tardaba tres días, pero no le impor-taba. Llegaba hinchado de los pies, adolorido de tantas horas y luego sin comer, porque la comida le hacía daño. Se traía sus tortas, pero en el retén les tiraban la fruta, todo.

Eran sus travesías de cuando venía. Ya sabíamos que venía cansado y, para irse, igual. A veces mi otro hijo, que ya tiene casi 20 años allá y no viene, le cooperaba para el viaje. Y, pobrecillo, traía lo que el otro mandaba. Se cooperaban para que Christian pudiera venir.

Mi otro hijo se culpaba mucho, estuvo a punto de suicidarse. Me habló para despedirse de mí, entró en depresión porque se sentía culpable: “Si yo no le hubiera prestado para que se fuera, no se hubiera ido, estaría acá y no le hubiera pasado nada”. Me mandó un mensaje, que rezara yo mucho por él y que recordara que me quería mucho. Cuando le marqué, igual me dijo: “Estoy bien, madre, no se preocupe, pero acuérdesse que la quiero mucho, aunque estemos lejos. Siempre recuérdeme como era yo”. Le respondí: “No vayas a hacer tonterías, por favor. Perdí uno, no quiero perder otro, ¡por favor, no!” Me dijo: “No se preocupe, piense que la quiero mucho”. Y me colgó.

Le estuve mandando mensajes, diciéndole que él era mi pilar y que su hermana también lo necesitaba y que, si mi hijo aparecía, él lo tendría que apoyar; que pensara en eso, que a su hermano no le gustaría que fuera cobarde, porque él nunca fue cobarde. Ya después me marcó y me dijo: “No se preocupe, madre, ya estoy más tranquilo, no quiero que se me enferme, no quiero que se preocupe ahora también por mí. Me voy a trabajar”. Le insistí en que me marcara diario, para saber cómo estaba. Su esposa me marcaba y me reportaba que estaba bien.

En ese tiempo tenía su esposa, con ellos vivía mi hijo. Christian vivía con ellos cuando estaba allá, por eso mi otro hijo me aseguraba que no andaba en nada malo, porque vivían todos juntos. Sufrió mucho y se quejaba, ya se quería regresar.

Mi hija también ha sufrido por el estrés. Y a veces se deprime, pero no llora, se encierra a llorar, para que nadie más la vea. Mi nieta se da cuenta de todo. Cuando me ve, dice: “Estás triste, abuelita”. Ella no conoció a su tío, pero ve su fotografía y me dice: “Este es mi tío Christian, yo lo quiero mucho, ya lo quiero conocer, ya va a venir”.

En la casa, tenemos la foto al subir la escalera. Siempre que pasa la niña, si se mueve con el viento, lo acomoda. “Adiós, tío Christian”, le dice, y baja: “Hola, tío Christian”. No lo conoció, pero para ella es su tío y lo pelea mucho. Yo pienso que es porque hablamos mucho de él, no dejamos de hablar de él: en la casa todos los días se habla de él porque yo no quiero que se olvide. Ahí tengo sus cosas, tal y como me las mandaron. Están en un velicito.

Una psicóloga me dijo que me deshiciera de las cosas de mi hijo. Quedé muy decepcionada. Y le contesté que no podía hacerlo.

—Es que es una herida que nunca va a sanar, señora. La ropa ¿ya para qué? Si su hijo regresa, esa ropa ya no va a estar de moda y, si no, ahí la va a tener.

—Yo tengo la esperanza que mi hijo regrese —le respondí—. Si él regresa y ve sus cosas le va a dar gusto y, si ya no las encuentra, me va a decir: “¿Qué? ¿Esperabas que ya no regresara? ¿Creías que estaba muerto?” ¡No!, cuando él regrese, si ya no está de moda esa ropa, que él decida si la regala, si la tira, si se la va a poner. Y si las cosas se evaporan, se echan a perder, igual ahí se van a quedar. Es lo único que me queda de él.

¿Qué clase de psicóloga dice eso? Mi hija estudió psicología también y, cuando le conté, me dijo:

—¿Qué tipo de ética tiene esta persona para decirte eso? No se le puede decir a un paciente “Deshágase de eso”. Eso se puede decir cuando ya sabemos que la persona murió, porque sí tenemos que deshacernos de las cosas. Pero en tu caso no, en tu caso no se puede decir eso.

A raíz de todo esto me volví hipertensa; apenas tuve un problema serio de presión muy alta que llegaron a detectarme a tiempo, un coágulo que se me subió al cerebro. Empecé a sentirme muy mareada, con náuseas. No podía respirar y tenía dolor de cabeza y en el brazo. Cuando fui al doctor, me dijo que estaba muy mal. Tenía una bolita en la cabeza y, si me apretaba, me dolía hasta el ojo. Me dijo que los vasos sanguíneos de mi cerebro se habían obstruido. Me dio vasodilatadores para las arterias y algo para respirar. Ahorita medio ando, pero no me dejan salir sola, siempre anda mi hija conmigo. Mi nieta también ya es del Colectivo, porque anda con nosotros en todos lados.

El papá de Christian se fue cuando él estaba pequeño. Nos separamos y, cuando mi hijo tenía cinco años, conocí a otra persona, que es el papá de mi hija y de mi otro hijo. Él siempre, desde un principio, lo reconoció como su hijo, cambió sus apellidos. Fuimos a juicio para cambiar el apellido, fuimos a la iglesia para cambiar el apellido en la fe de bautizo. Fue un señor que siempre quiso a mi hijo, nunca le dijo: “Yo no soy tu papá”.

Él hizo su vida con otra persona, ya no estaba con nosotros y no estaba acá cuando mi hijo desapareció. Cuando regresó a la ciudad y se enteró, él también fue a buscarlo, también él fue a Derechos Humanos, anduvo también tocando puertas para que nos ayudaran a buscarlo, pero el ADN no se lo podía hacer porque no era su papá biológico. No tengo otro familiar que pueda dar su ADN, solamente yo. Pero él se preocupó mucho. Él no dice “Christian”, dice “mi hijo”. Para él es su hijo.

Su verdadero papá no sé si se enteró. Me encontré un día a su hermana, cuando Christian tenía dos años de desaparecido. Ya le platicué y se puso a

llorar. Me dijo que iba a tratar de localizar al padre de mi hijo para decirle, pero ya no la volví a ver. No sé si se enteró o no se enteró. Nos tocó a mi hija y a mí. Ella es la que está al pendiente de todo.

Yo trabajaba haciendo comida en un restaurante, hasta que fueron a intimidarme ahí los ministeriales. Ahora nada más voy a apoyar dos veces por semana a un señor que tiene un bar; le voy a hacer su botana nada más y ya. Es muy difícil, porque si uno tiene un desaparecido lo etiquetan, le cierran las puertas. Desgraciadamente la sociedad está mal. Mi patrón me llegó a decir:

—¿Ya para qué lo buscas? Mándale a hacer misas cada mes y ya. Mi sobriño también desapareció y eso hacen...

—Aquí es mi hijo y yo lo voy a buscar —le dije.

Nadie buscó al otro muchacho. Ellos se hicieron a la idea de que lo mataron y ya no lo van a buscar. Mi patrón me dijo:

—No te puedo dar permiso de que faltes, de que tengas que ir acá, allá.

Nos perjudicaron de todo a todo. La gente que no pasa por situaciones así no se imagina que los demás tienen esa insensibilidad para todo esto.

Al principio sí teníamos miedo, pero después me di valor y dije: “No tengo que tener miedo, porque con miedo nunca lo voy a encontrar, nunca voy a saber qué pasó”. Por eso seguimos así.

La cara de mi hijo no es de malo. En las fotos se ve serio, menos en esta, 15 días antes de que desapareciera, en el bautizo de su hija. Nunca se reía, era serio, pero en esa foto se está riendo, es la única. Ese día estaban sus suegros, sus cuñados, todos. Estaban como en escalerita, porque él era más alto que los cuñados y se estaban riendo porque dijeron que parecían Blanca Nieves y los siete enanos. Es mi hijo y yo no lo veo con cara de malo. A veces tenemos que reconocer cuando sabemos que andan mal. Si yo hubiera sabido algo, hubiera dicho: “Sí, tenía malos amigos o agarró un rumbo equivocado”. Pero no, no era el caso.

Nos han tratado muy mal en la Fiscalía; las autoridades prepotentes, abusivas. ¡Querían que aceptara que mi hijo medía 1.40! Cuando le hice saber a la fiscal que había un error, me dijo:

—Mire, cuando nosotros morimos, nos encogemos. Ese no es problema.

—Para mí sí es problema porque mi hijo mide 1.71, ¿cómo pudo haber encogido 31 centímetros? Además, no creo encontrarlo muerto.

Cuando fui, como a los tres meses, me dijo el secretario de la fiscal:

—¡Ay, señora! Ya son tres meses. Su hijo ya no está vivo.

¿Cómo es posible que me dijera eso? Quisiera que estuvieran de este lado para que sintieran lo que se siente, porque no es justo que le digan eso a uno. Desde ahí dejé de asistir a la Fiscalía. ¿Qué clase de apoyo encuentra uno con ellos si se supone que están para ayudarnos?

Después, la Policía Ministerial nos estuvo hostigando, a mi nuera, a mi hija, a mí en mi trabajo. Yo perdí mi trabajo porque ellos me llamaban, me decían que querían ir a mi casa. Cuando les decía que estaba trabajando, me fueron a buscar allá. Me decían:

—Nosotros estuvimos en Antisecuestros y podemos movernos, pero necesitamos...

Yo les dije que no quería perder mi trabajo, porque mi hijo ya no estaba y tenía que trabajar para mantener a la familia.

—Entonces que vaya su hija —pidieron.

Cuando le dije que ella trabaja y estudia, me respondió uno:

—Pero en la noche, que vaya a mi oficina, quiero platicar con ella.

Entonces yo me pregunté: “¡Momento! ¿Qué pasa aquí?” Luego el secretario fue a pedirle dinero a mi hija porque iba a llevar los documentos a otro lugar. Y yo me molesté y le dije:

—Si te vuelve a ir a buscar o a llamar, le dices que si él me dijo a los tres meses que ya para qué lo buscaba yo, que estaba muerto, ¿para qué le vamos a dar dinero?

Ya no volvió. Fue un acoso espantoso.

A la esposa de mi hijo, que trabajaba en un casa de empeño, le dijeron:

—Nosotros podemos buscarlo, pero necesitamos... ahí se puede desaparecer un anillito, una cosa así, ¿no harías eso para encontrar a tu esposo? Para ti es fácil; además, tú has de ganar bien.

Nos toman en momentos de dolor y no pensamos ni en grabarlos. Ella se tuvo que salir de su trabajo, porque le llamaron pidiéndole dinero. Le decían que tenían a mi hijo y que necesitaban dinero, si no, lo iban a mandar en pedazos. Quince minutos después de la llamada, entraron los ministeriales a la tienda, viendo todo lo que había ahí. No se acercaron ni nada. Luego se salieron. La camioneta siempre estaba afuera. Tuvo que salirse de trabajar.

Hasta que nos acercamos a la señora Aracely, fue cuando empezó a cambiar la situación, porque ya hubo un poquito de más respeto hacia nosotros. Cuando entré al Colectivo, ya empezaron a hacer investigaciones y a calmarse las cosas.

Donde nosotras vivíamos, ahí vivía mi nuera, mis nietas, y la gente no sabía realmente lo que nos estaba pasando, porque mi hijo trabajaba fuera. Entonces empezaron a hostigarnos y nos tuvimos que cambiar de casa. Vivíamos con constante temor. Todavía nos habla gente diciendo que tienen a mi hijo, que quieren dinero. Muchas, muchas veces, yo creí que de veras era cierto, y caía yo en sus juegos. Pero después reaccionaba:

—Bueno, si lo tienes dile ¿cómo me decía él?

Porque él no me decía mamá, me decía apodos.

—No puede hablar, está muy mal —me respondían.

—Que te haga señas, ¿cómo me decía?

Empezamos a notar que la policía tenía algo que ver, porque me hablaban y me daban las señas de él, pero su error era que me decían que tenía dos hijos, y eso no es verdad. Fue una situación muy difícil.

Ahora todo paró porque nos cambiaron, quitaron al secretario, quitaron a los ministeriales. Iban a abrir nuevas líneas de investigación: querían investigar a la esposa de mi hijo, que a la mejor tenía una pareja y esa pareja lo había mandado desaparecer, o que a la mejor mi hijo se vino huyendo de Tijuana, porque algún marido lo halló con la esposa y lo vino a matar hasta acá. ¡Yo confiando en las autoridades y las autoridades diciéndome eso! No es por nada, pero yo meto las manos por mi nuera, porque es una persona muy muy tranquila. Y nosotros sabíamos a qué hora entraba y a qué hora salía de trabajar, y los domingos venía su familia a verla a la casa o nosotras íbamos a ver a su familia. Pero no salía sola. Después de lo de mi hijo, menos salía sola con las niñas.

El Colectivo ha sido un apoyo moral muy importante, porque estamos personas que vivimos lo mismo, pasamos por situaciones difíciles, de desapariciones, de muerte. Aquí hay un poquito de entendimiento, porque otras personas son insensibles. Dejé de ver a algunas amistades porque me decían “¿Qué pasó? ¿Has sabido algo de tu hijo?”, con una actitud muy burlona.

Y cuando les decía que no, que nada, respondían: “Es que te ves muy bien, yo pensé que ya lo habías encontrado”. Entonces uno lo que hace es que, cuando ve que esa persona se va acercando, mejor camina uno por otro lado.

Y otras personas le llegan a decir a uno: “Resígnate, mejor pídele a Dios que, si ya lo tiene ahí, que esté bien”. Pocas personas le dicen a uno: “Sigue con tu fe, que verás que el día que menos pienses, va a aparecer”.

Pocas personas me lo dicen. La gente es así. A mi nieta le decían sus primos:

—Tu papá está muerto, a tu papá lo mataron.

Ahorita que la niña ya entiende, hablamos con ella. Nos dijo la psicóloga que se le explicara, así que le dije:

—Mira, tu papá salió a comprar, personas malas se lo llevaron. Tú has visto que secuestran, así le pasó a tu papá.

Ella pregunta:

—¿Verdad que está vivo?

—No sabemos, hija, pero tenemos que estarlo esperando, buscando. Yo lo sigo buscando.

Me mantengo con esa idea: de buscarlo. Mi único deseo es encontrarlo como sea. Yo no me quiero morir sin saber qué pasó con él. Por eso me levanto otra vez, porque no me dejo. Si no lo busco yo, ¿quién?

Pues nos tocó. Nos tocó a nosotros...

Palabras finales

Al participar en este proyecto, me sentí bien al ver que aún hay gente que se interesa en esa parte humana, ese dolor que ahoga, por el que atravesamos. Muy poca gente nos entiende y, lejos de sentirnos apoyados, somos silenciados, señalados, y muy pocas personas en verdad nos apoyan. No teníamos idea de qué se trataba cuando llegamos, pero siempre vamos con la mente abierta, porque estamos tan expuestos a tantas cosas, que es difícil asirse a una sola idea. Me gustó el proyecto, de tener la posibilidad de recordar a nuestros hijos, de que ellos y sus familias sean conocidos desde nuestra propia voz. Que se sepa que vivimos siempre con la angustia de volverlos a ver. Ellos tienen familia, tienen sueños, metas. Y se los arrancaron. Queremos ser escuchadas y es muy importante haber tenido la oportunidad.

“Si yo hubiera sabido que era la última vez
que lo iba a ver, lo hubiera abrazado muy fuerte...”

Randy Jesús Mendoza Campos
Desapareció el 2 de agosto de 2014

*Eloísa Campos Castillo,
madre de Randy Jesús*

MI HIJO RANDY JESÚS MENDOZA DESAPARECIÓ el 2 de agosto del 2014, a la edad de 22 años. Desde ahí inició mi calvario.

Él siempre fue un jovencito muy tranquilo, lleno de un gran optimismo, con muchas ganas de seguir adelante. Quería seguir estudiando, porque a esa edad ya era papá: papá soltero, porque no se entendió con la persona con la que vivía. Él tenía a su niña y su niña era su adoración. Siempre preocupado por lo que le hiciera falta. Fue muy responsable mientras estuvo. Desde que supo que iba a ser papá, empezó a comprar las cosas para su niña. Empezó a llenar la casa con cosas para la bebé.

Él trabajaba, aunque no terminó de estudiar la prepa: le faltaba un semestre por concluir. En ese tiempo su papá se enfermó, estaba internado y no teníamos a nadie que nos apoyara, y Randy se quedaba a cuidarlo. Lógicamente perdió clases, perdió exámenes y no pudo concluir su prepa. No fue que hubiera dejado la escuela porque sí.

Yo fui a hablar con la directora para que le dieran una oportunidad, pero me dijeron que no se podía, que tenía que ir a Xalapa a ver si ahí me ayudaban. Por eso él se quedó sin terminar, quería seguir estudiando, porque

quería que la niña, cuando estuviera más grandecita, se sintiera orgullosa de él; que dijera: “¡Ah! Mi papá siguió estudiando a pesar de que yo ya estaba!” Era su sueño.

Tuve cuatro hijos: dos mujeres y dos varones. Mi hija mayor vive fuera de aquí y los otros tres estaban aquí conmigo. Ahorita nomás me quedé con mi otro hijo y mi hija menor. Randy fue el tercero de los hijos. Después tuve al más chico y ellos crecieron juntos.

Randy era especial porque yo ya tenía mis dos niñas, y ya estaban grandecitas cuando mi esposo y yo platicamos y decidimos que me embarazara de nuevo. Lo planeamos. El papá de mis hijos era de octubre y quería que su primer hijo varón también naciera en octubre; y sí, nació una semana después del cumpleaños de su papá.

Cuando Randy se separó de su pareja, empezó a jugar fútbol rápido. Al salir del trabajo se iba a una cancha por donde estaba la Fiscalía, frente al cuartel. Siempre se comunicaba y me iba diciendo por dónde iba, si iba a jugar o no.

Ese día 2 de agosto de 2014, él salió como todos los días. Trabajaba en la óptica de un muchacho de su confianza, aquí en Orizaba. Ya había trabajado antes con él. Se iban a Córdoba, adelante de Paso del Macho, a vender las armazones y a hacer las graduaciones. Ya después el muchacho estableció aquí su óptica y dejó a mi hijo de encargado. Randy no faltaba, entraba a las nueve de la mañana, salía a las tres de la tarde, regresaba a las cinco y cerraban a las nueve y media de la noche.

Ese día 2 de agosto, él salió como todos los días y yo también, a trabajar. Cuando llegué a medio día vi que no había llegado a comer y me pregunté dónde podría estar. Se estaba bañando, porque había ido a la peluquería y le picaban los cabellos.

—¡Te vas a gastar! —bromeé.

Nos reímos. Comimos juntos y luego se fue al trabajo con mucha prisa. Más tarde yo salí rumbo al centro con mi otro niño y se me ocurrió marcarle. No me contestó.

—¡Ay, mamá! —me dijo mi otro hijo—. A lo mejor no trajo el teléfono, lo tiene apagado o algo así. Pero ahorita pasamos.

Fuimos a verlo. No me había contestado porque no tenía pila en el teléfono. Él siempre se reportaba conmigo. Me daba no sé qué que siempre me decía: “Voy por el cuartel, ya voy a dos cuadras del cuartel”. Siempre estaba

diciéndome por dónde iba porque, cuando ya venía cerca, le calentaba la cena. Esa noche llegamos a la óptica como a las ocho y media de la noche. En ese momento él me abrazó, me dio un beso y me dijo:

—Mamá, ¿te hago de una vez el examen de la vista? Ya hablé con mi jefe y le dije que quiero tus lentes.

—Sí, mi amor, pero cuando él esté. No quiero que piense que es un abuso, aunque hayas hablado con él.

—Está bien, como tú quieras.

No me neceó y me abrazó.

Si yo hubiera sabido que era la última vez que lo iba a ver, lo hubiera abrazado muy fuerte, pero nos abrazamos como siempre. Me dio un beso en la frente y me dijo:

—Al ratito llego.

Le pregunté si no quería que lo esperáramos, pero nos dijo que no y que no lo esperáramos a cenar, porque iba a jugar. Me pidió que le guardáramos la cena. Pasamos a comprar unas garnachitas que a mi otro hijo se le habían antojado. Cené temprano y mi otro hijo prometió esperar a su hermano y cenar con él.

—Yo te despierto cuando llegue –prometió.

Yo me acosté, segura de que mi hijo iba a llegar. Por ahí de las 3:30 de la mañana me desperté y vi que mi hijo todavía estaba en la sala. Randy no había llegado. Le empezamos a marcar y nos mandaba a buzón. Mi hijo trató de tranquilizarme:

—Vete a acostar, sigue durmiendo. A lo mejor alguien lo invitó a tomar unas cervezas y, como sabe que a ti eso no te gusta, no quiere que lo veas. Ve a acostarte otro rato. Tú sabes que nunca falta a la casa, va a llegar.

Me volví a acostar otro rato y me desperté otra vez como a las cinco y media de la mañana. Pero Randy no había llegado. Le seguimos marcando. No nos contestaba.

—No te aflijas, mami –me decía mi otro hijo—. A lo mejor se le pasaron las copas y no quiere que lo veas así, para que no te enojés.

Pero eso nunca había pasado antes. En una ocasión, cuando cumplió 18 años, unos amigos lo invitaron, pero él no era de tomar, pues era muy simple, muy tranquilo. Yo le puse una hora de llegada y, como no llegó, yo ya estaba muy enojada, pero también con mucha preocupación. Cuando llegó, la verdad lo regañé muy duro. Fue la única vez. Él no acostumbraba irse y

que yo no supiera dónde estaba, a pesar de ya ser papá y todo. Siempre me avisaba.

Mi mamá tenía siete meses de haber fallecido y yo, todavía con el dolor de su partida, me iba al panteón los domingos temprano. Ese día mi otro hijo me animó a que nos fuéramos para allá, a ver si mientras regresaba su hermano, por si no quería que yo lo viera pasado de copas. Nos fuimos, regresamos y nada. Entonces ahí sí yo, la verdad, me empecé a preocupar y llamé a mis sobrinos que también iban a jugar fútbol. Les marqué a todos, pero nadie lo había visto. No llegó ni a jugar.

Fui a buscarlo a la Cruz Roja, al hospital, a la cárcel, recorrí Orizaba, Río Blanco, Nogales, Mendoza, Córdoba. Y nada. Ya era como la una de la tarde cuando yo, ya bien desesperada, le hablé a uno de mis hermanos.

—¡Pero si él nunca hace eso! —me dijo.

Ya lo conocían.

Llegó a la casa y otra vez volvimos a recorrer los mismos lugares, inclusive nos fuimos a los antros, a las cantinas, todo eso anduvimos viendo, aunque él no era de eso, pero lo anduvimos buscando ahí, por si se hubiera quedado dormido. Pero no.

Ese día yo ya no dormí: me quedé sentada en el sillón toda la noche viendo a la calle a ver si lo veía llegar. Y me anocheció, se estaba acabando el domingo y él no llegaba. Yo ya estaba muy desesperada. Para el lunes temprano, ya nada más esperé a que amaneciera y me fui a la Fiscalía a poner la queja.

Empezaron con que querían tantas fotos y que querían no sé cuántas copias y los protocolos que siguen ellos. Reuní lo que me pidieron y me quedé ahí casi todo el día. Entre la denuncia y todo lo que hicieron se fue otro día. Me dieron los oficios para irlos a repartir a todos los municipios. Así se llegó la noche y yo ya había repartido la mayoría de los oficios. Me faltaba uno, que mandaron a donde estaba el Mando Único.

No pude entrar porque cuando llegué había mucha gente. Había muchas familias ahí que habían tapado la carretera porque al Mando Único les habían encontrado muchas prendas de ropa. El Mando Único también tuvo algo que ver con desapariciones. Los manifestantes habían hecho un muñeco con todas las ropas que encontraron ahí. Una señora había reconocido los tenis de su hijo y lloraba y gritaba. A mí ya ni me dejaron bajar del carro.

De ahí en adelante me dediqué a buscar a mi hijo. Subí, bajé, además seguía trabajando, pues el único sostén de la casa era yo. Trabajaba en una tienda naturista, donde horneaba comida a base de soya. Cuando salía de la tienda, me iba a la Fiscalía a preguntar. Todos los días era lo mismo y siempre me decían lo mismo: que no había nada. Me decía el licenciado:

—Mire cuántas llamadas tengo que le he hecho a su hijo.

—¿Y eso de qué me sirve? —le decía yo—. Si yo le llamo también, pero no me contesta.

Ese era mi caminar todos los días. Iba a la Fiscalía, no había nada. De ahí, me salía a deambular, buscándolo por todos lados, a ver si lograba encontrarlo. En dos o tres ocasiones me hablaron y me dijeron que habían visto a alguien muy parecido a él, que andaba así como ido. Entonces yo decía: “A lo mejor lo golpearon”. ¡Miles de pensamientos que yo tenía! Nunca logré encontrarlo; no sé si lo confundían, pero el chiste es que nunca di con él.

Hubo muchas veces que me dijeron: “En tal parte vimos a alguien parecido a él” y yo ahí iba. No era. Yo lloraba amargamente, porque no lograba encontrarlo. Un día alguien me contactó y me dijo que tenía información de mi hijo. Era una mujer.

Me dijo que necesitaba sacarla de donde era su lugar de trabajo, pero tenía que pagar para que pudiera salir, porque era una casa de citas. La saqué de ahí y obviamente me costó que me diera información.

Ella me dio las señas de un hombre que se jactaba de haberse llevado a mi hijo. No supo el nombre, pero dijo que era como el novio de la dueña de la casa donde ella trabajaba. Él había llegado tomado y había dicho: “Si supieran dónde lo tengo” y aventó la foto de mi hijo sobre una mesa. Las chicas habían escuchado todo, pero también tenían mucho miedo.

Al lugar donde ella trabajaba iba de todo: soldados, los del Mando Único, policías... toda la gente involucrada en eso. Ella tenía mucho miedo y me decía:

—Sí, yo denuncio, pero no aquí. En otro lado. Donde sea, menos acá, porque tengo una niña.

Hablamos varias veces, pero llegó un momento en que yo ya no pude verla, porque decía que el hombre ya no las dejaba salir a sus casas como antes. Las tenían ahí casi las 24 horas del día. Y yo, con mis nervios y con todo el dolor, perdí el teléfono donde tenía el contacto de ella. No lo pude recuperar. Ahí se me fue información importante.

Esa misma muchacha me contó que el hombre aquel tenía un bar y que ahí en un anexo tenía uno o dos cuartos, que a lo mejor ahí tenían a mi hijo. Me fui a meter allá. Yo que casi nunca me maquillo, en esa ocasión me tuve que pintar más de la cuenta y ponerme una falda corta para poder irme a meter a un lugar así.

Logré entrar, pero no pude ver nada. Llegué dizque buscando trabajo, hablando fuerte para que mi hijo me oyera. Pensaba que si mi hijo estaba ahí, me iba a escuchar y que iba a gritar. No sé ni siquiera qué era todo lo que yo pensaba, arriesgándome a irme a meter ahí, porque se ve que estaba peligroso. Yo veía salir carros, puros Tsurus blancos, sin placas, con ropa ahí adentro de los carros, como si la llevaran a lavar. Pilas de ropa doblada.

—Aquí no hay trabajo, vete por ahí, no andes merodeando —me dijeron al verme.

Me sacaron. Anduve por ahí varios días, a ver si veía yo algo, pero lo único que veía eran esos carros con la ropa. Dejé de ir porque ya empezaba yo a despertar sospechas: me habían visto seguido. Otra persona me dijo que ellos tenían a mi hijo, que lo habían secuestrado y que yo tenía que depositarles una cantidad. Yo estaba bien tonta en ese aspecto y pensaba: “No tengo dinero. ¿De dónde lo voy a sacar?”

En Fiscalía jamás hicieron nada por encontrar a mi hijo. Cuando me chantajearon, yo le di al licenciado el número de teléfono del cual me hablaban y no hicieron nada. Ni cuando le di uno de los vouchers del depósito. Fueron como veinte mil pesos. Eran los pocos ahorros que tenía y lo que saqué de vender dos que tres cositas. Da uno hasta la vida por un hijo y yo hubiera querido en ese momento intercambiar mi vida por la de él. Pero no pude lograr nada. Lo que pasa es que, cuando mi hijo desapareció, yo mandé a hacer muchos volantes en donde iba su foto y los números de teléfono. Pienso que de ahí vino la extorsión.

Mi esposo falleció a los dos meses que desapareció mi niño. Eso fue terrible, todo se me juntó. Yo parecía loca en ese momento y le gritaba: “¿Por qué te fuiste?! ¿Por qué me dejaste sola con este dolor?! Tú no aguantaste. ¿Tú crees que yo soy más fuerte que tú?” En lugar de pedirle a Dios que le diera descanso, que ya se fuera tranquilo, él estaba en su caja y yo le gritaba. Fue muy duro. Él ya tenía muchos problemas de salud porque un tiempcito atrás le había dado por tomar y se fue dañando el organismo, hasta que

ya no aguantó. Ya había dejado de tomar, pero ya estaba muy dañado y eso, aunando al dolor de su hijo, lo mató.

Él también sufrió mucho de no saber nada. Y también se andaba arriesgando a meterse a lugares donde le dijeron que había un jefe de plaza. Se fue a meter con los de la delincuencia para pedirles que, si sabían algo de su hijo, que le dijeran, arriesgándose a que le hicieran algo. Cuando yo le decía que no se fuera a meter ahí, me contestaba: “No importa, yo ya no voy a durar mucho. Pero quiero saber de mi hijo”. Se fue sin saber nada.

¡Pobrecito! Con su desesperación pensaba que llegando ahí le iban a decir: “Sí, nosotros...” Pero es difícil que alguien acepte que sí lo hizo o que por órdenes de fulano se lo hubiera llevado. El dolor nos hace no medir el peligro, con tal de encontrarlo. Porque así como él se arriesgó, yo también.

Cuando mi esposo falleció, me quedé sola con todo esto porque, aunque tengo mucha familia y al momento estuvieron ahí conmigo y me apoyaron, con el paso del tiempo todo el mundo vuelve a sus actividades. Las que no volvemos a la normalidad somos nosotras: nunca más podemos volver a estar bien y ni podemos estar igual que antes, porque estamos incompletas.

En mi mesa hay una silla vacía, siempre hace falta alguien. En la casa no se volvieron a hacer fiestas ni reuniones. Lo único que sí le hice a la niña, con todo y mi dolor, fue su fiesta de tres años, porque ese era el sueño de mi hijo: que la vistiera de la princesa Sofía, hacerle sus tres años en grande.

A los siete meses de la desaparición de mi hijo me integré al Colectivo de Aracely y ahí fue donde empecé a tomar cursos. Yo quería aprender cómo buscarlo y ahí empezó mi peregrinar en los talleres. Fui a la Escuela de Paz y otros. Me volví buscadora en vida, en muerte, en fosas clandestinas, me he ido a caravanas donde vamos a buscar en la cárcel. Son situaciones que va uno viviendo poco a poco junto con el dolor, porque el dolor siempre está vivo.

Cuando yo pasaba a la Fiscalía a preguntar y me decían que no había nada, yo llegaba a la casa y lo primero que hacía era aventar mi bolsa e irme al cuarto de mi hijo. Lloraba, pataleaba, golpeaba la pared con mis puños hasta hacerme daño; no me importaba, era más fuerte el dolor de la ausencia de mi hijo que el golpearme. Terminaba hincada en el piso, implorándole a Dios, ofreciéndole mi vida a cambio de la de mi hijo. Yo solita me martirizaba de esa manera. Necesitaba sacar mi impotencia al no encontrarlo.

La mamá de mi nieta se desapareció un año dos meses. Una semana después de que la chica se fue, llegó la mamá de ella, la otra abuela de mi

nieta, y me dijo que me la iba a dejar, porque ella no tenía para leche ni pañales. Desde entonces me la dejó y hasta la fecha la niña está conmigo. Ellos sí la ven de repente; en alguna ocasión se la llevan a Córdoba un fin de semana. Por la escuela no puede ir más tiempo. En vacaciones se la llevan unos días, pero en realidad la niña está conmigo.

La niña tenía dos años dos meses cuando su papá desapareció. Ahora ya está en la primaria. Todo ese tiempo yo soy la que la ha cuidado, la que ha luchado porque ella tenga una atención psicológica. Ella preguntaba mucho por su papá y me imagino que su mamá o su familia en Córdoba le han de haber dicho que él se había ido a trabajar. Yo no sabía qué decirle. Cada vez que me preguntaba yo sentía un nudo en la garganta y ella me veía llorar. Sabía que yo lloraba por su papá, lo intuía. Pero yo no sabía cómo explicarle.

La traje un año acá a la psicóloga. Yo necesitaba que me ayudaran a prepararla para que ella supiera que su papá está desaparecido. Pero, en todo ese año que estuvo, nunca le pudieron decir nada. Y la niña seguía con el problema.

Un día me agarró la mano, me llevó al teléfono y me dijo:

—Llámale a mi papá, por favor, yo quiero hablar con él. Dile que no me compre nada, pero ya quiero que venga.

—Hija, es que donde está tu papá no tiene teléfono —le dije.

—¡Mi papá me abandonó!

Ahí fue cuando me di valor para explicarle. Ella tenía un muñequito de esos que les llaman Casimeritos; yo le traje dos de México. Y los quería muchísimo. Un día no supo dónde perdió uno y lloraba y se angustiaba buscándolo. Entonces le dije:

—No, mi amor, tu papá no te abandonó. ¿Sabes qué pasó, hija? ¿Ves qué te pasó a ti con tu Casimerito? Lo perdiste y no sabes dónde está, ¿verdad? Pues me pasó lo mismo con mi hijo, con tu papá: no sé dónde está. Y así como tú buscas a tu Casimerito, yo busco a tu papá.

Se puso a llorar, se le escurrieron las lagrimitas y me dijo:

—¡Es que yo quiero que ya venga mi papá! Cuando yo esté más grande, ¿me vas a dejar que te ayude a buscarlo? Te voy a ayudar porque ya no quiero que tú tampoco llores por él.

Se me partió el alma.

—Sí, mi amor. Si tú quieres ayudarme, ¡claro que te voy a dejar! Lo vamos a buscar y lo vamos a encontrar.

La niña ya está aprendiendo a escribir. Ese era mi temor, porque tengo lonas, carteles que nos dan en México de “¿Lo has visto?” o los de recompensa y yo decía: “Un día mi niña va a ver esto y me va a reclamar: ¿Por qué no me dijiste?” Cuando empezó a conocer las letras, le hizo a su papá un cartel que dice: “Papi, que Diosito te cuide, te amo”. Poco a poquito está aceptando que su papá no está.

Mi otro hijo es cinco años menor que Randy. Él, al igual que yo, ha sufrido mucho. No lo veo llorar tan fácilmente, pero sí ha llorado la ausencia de su hermano. Cuando nos hicieron un documental y yo lo llevé a la casa, él se soltó a llorar como un niño. Lloró y lloró, hasta que se cansó, y ahí se pudo desahogar tantito, porque como varones no se dan esa oportunidad: sienten que los van a juzgar. Siempre me ha dicho: “Me duele mucho la ausencia de mi hermano”, porque, aunque había diferencia de edad, se llevaban bien; muy pocas veces peleaban, echaban relajo entre los dos.

Randy se sorprendía mucho de su hermano porque mi otro niño seguía estudiando y se ponía a hacer sus tareas de la escuela. Un día lo vio hacer unas cartulinas en que iba a exponer la tarea. Él investigando ahí en el internet hizo sus trabajos y me acuerdo que Randy estaba muy sorprendido, porque le dijo: “Pero y eso ¿cómo lo sacaste?” Él le daba todas las explicaciones y Randy se quedaba sorprendido, decía:

—¡Ay, ma! Mi hermano es bien inteligente, mira cómo todo se aprende.

—Tú también eres inteligente, no nada más él —le decía yo—, tú también aprendiste muchas cosas.

—Sí, mamá, pero mi hermano me sorprendió, porque él es muy dedicado, yo lo veo cómo hace sus trabajos.

Él quiso entrar a la Facultad de Medicina, pero no lo logró. No pasó el examen. De ahí como que se desmoralizó un poco. En la Cruz Roja estudió para paramédico y luego siguió haciendo muchos cursos en los que ha ido escalando. Se ha ido preparando poco a poco y ahorita ya trabaja en Protección Civil, pero sigue estudiando en línea, porque no se quiere quedar así.

Fuera de la extorsión que sufrí en un principio, del dinero que deposité, no he recibido ninguna amenaza. Cuando me extorsionaron, sí tenía miedo, porque me dijeron que me estaban vigilando, que si iba yo con la policía, que sabían que tenía yo más hijos, y cosas así. Por eso a mi hijo lo mantenía al margen de todo esto. Nunca le decía yo a dónde iba. Aunque

dejaba hechas mis bitácoras de lo que iba a hacer por si un día no regresaba, mínimo que supieran a dónde había ido la última vez.

Siempre he dicho que a lo mejor alguien confundió a mi hijo o que se lo llevaron porque en ese momento estaba con la persona equivocada o que tuviera algún problema con aquellas personas. No sé. Pero él no tenía problemas con nadie. Hay mucha gente, maestras, que lo conocieron y que hablan bien de él. Su maestra de kínder, que ya está grande, se acuerda mucho de él. ¡Cómo le llora a mi niño!

—¡Tan noble, mi Randy! ¡Tan buen chamaco! —me dice siempre.

Ahora que estuvimos en las tomas del ADN, llegó un joven que trabaja en la prepa donde estuvo mi hijo. ¡Qué bonito habló de mi hijo! Y para mí es un orgullo. En las redes sociales, cuando compartimos las fotos de nuestros hijos, hay veces que la gente hace malos comentarios del tipo: “Su hijo andaba en malos pasos” o cosas así. Pero desde que yo comparto la foto de mi hijo, nunca nadie ha hecho un mal comentario de él, siempre decían: “Randy, un muchacho bien a todo dar”. Y yo siento bonito. Cuando cumplió cuatro años de desaparecido, yo mandé a hacer una misa y ahí llegaron las que fueron sus compañeras. Se me acercaron y me dijeron puras cosas muy bonitas. ¡Ay, Dios mío! Yo me solté a llorar. Le digo a Dios:

—Tú sabes que mi niño es bueno, tú sabes que mi niño nunca le hizo mal a nadie. En donde quiera que esté, cuídamelo, protégemelo, porque él no andaba en cosas malas, es un buen muchacho y tú lo sabes, Señor. A ti nadie te puede engañar.

Mi hijo era muy noble, de verdad. Él desde chiquito demostró que era muy noble. Cuando yo lo regañaba, si yo estaba siendo injusta, se agachaba y me hacía un movimiento especial con la cabeza. Pero si yo tenía razón, nada más se agachaba y no movía la cabeza.

Era muy caritativo con la gente. Aunque él no tuviera, él quería ayudar. Ya de grande, en los últimos meses antes de su desaparición, un día entró a la casa y descolgó una chamarra. Cuando le pregunté para qué hacía eso, me respondió:

—Es que allá afuera está un señor, está borrachito, pero está temblando de frío.

En otra ocasión, se había caído otro borrachito por ahí. Pasaban mucho por esa calle. El señor se cayó y se había golpeado. Y mi hijo lo fue a curar y lo fue a encaminar a su casa.

Como papá, ni se diga: muy buen papá. Él no quería que yo me levantara en las noches a ver a la niña si lloraba. Yo le decía que ella podía dormir conmigo y él me contestaba:

—No, mamá, ¡cómo crees! Tú te levantas temprano, trabajas mucho como para que yo te moleste con la niña.

Luego yo oía que lloraba la niña y me despertaba para ir a verla o prepararle algo, y me daba cuenta que andaba él en la cocina, con su niña en brazos y preparando el biberón. Todos esos recuerdos, de esas cosas tan bonitas, son las que me hacen aguantar de pie, porque hay momentos en los que yo ya no quisiera saber: quisiera aventar la toalla. Pero luego digo: “Si yo no busco a mi hijo, ¿quién lo va a buscar?”

Hasta el momento no hay novedades. Dijeron que había varias líneas de investigación, pero nunca se han logrado concretar. Yo pedía, casi exigía, que investigaran a la mamá de mi nieta y a su pareja. Antes de que mi hijo desapareciera, él había discutido con ella para que le prestara a la niña y ella no quiso, pensando que él andaba con otra. La pareja de ella amenazó a mi hijo por teléfono: que dejara de molestarlos porque, si no, se las vería con él. Después, hubo un momento en el que la mamá de ella me decía que estaban en un rancho por Veracruz y la chica jura y perjura que estuvieron aquí por Puebla. Yo quiero saber dónde estuvieron realmente.

La verdad es que sí duda una, porque fue en ese tiempo cuando encontraron restos en el Rancho Limón. Y como la mamá de la chica me habló y me dijo que estaban en un rancho aquí por Veracruz, eso me hace pensar mal. ¡Que Dios me perdone! Porque a veces uno adelanta juicios. Yo no la acuso de nada, porque no sé. No puedo asegurar algo que no me consta. Simplemente quiero que sea investigada, nada más.

Por otro lado, al parecer había un hombre con el que mi hijo se comunicó. Fue la última llamada que tuvo en su teléfono. Cuando me dieron las sábanas de llamadas aparece ahí una persona. Lo busqué en las redes sociales. Mi Randy fue el que me enseñó, me abrió mi cuenta de Facebook; después va uno aprendiendo más por la necesidad de encontrarlos, por la ansia de saber algo de ellos.

Días después ese hombre puso en el Facebook: “Qué bien se siente eliminar a alguien y que no te agarre la policía”. Las autoridades lo buscaron para investigar si tuvo algo que ver, para saber para qué le habló a mi hijo, pero ya no lo encontraron. Ese número de teléfono ya lo tenía otra perso-

na, que dio detalles de quién le había vendido el teléfono, pero luego se arrepintió de dar informes. Siguen investigando, pero hasta ahorita no han encontrado nada.

Durante siete meses anduve yo sola, trabajando y yendo diario a la Fiscalía, hasta que llegó un momento que dije: “Ya ni caso tiene que vaya”. Dejé de ir unos días y, cuando regresé, estaba una fiscal nueva que fue la que empezó a trabajar en el caso de mi hijo, fue la que hizo cosas que el otro ni siquiera. En ese tiempo me hicieron una entrevista en el periódico y luego me habló un comandante y me dijo que necesitaba hablar conmigo.

Llegó y me dijo muy prepotente: “¿Qué dice usted? ¿Que no hacen nada en el caso de su hijo?” Yo aprendí a sacar las uñas. Le respondí: “Mire, comandante, si usted me demuestra lo contrario, yo me trago mis palabras”. Mandó a traer el expediente de mi hijo y eran como tres hojas. ¿Después de siete meses? ¡Por favor! Le dije: “A ver, ¿quién tiene la razón?” Y me dio la razón, claro. Yo la tenía, porque no habían hecho nada. Fue la fiscal que se quedó con el caso de mi hijo, fue ella la que empezó a hacer, a girar oficios, a pedir las sábanas de llamadas, a trabajar, porque no había absolutamente nada.

En el estado de Veracruz estamos mal con las autoridades. No hacen nada, son muy indolentes ante nuestra situación. A ellos no les importa que nosotros estemos sufriendo porque a ellos no les ha tocado, ellos no han pasado por una situación así. Hay mucha apatía. No les interesa, ni siquiera hacen su trabajo. ¡Pura simulación! Y nosotros tenemos que aprender a exigir. Estábamos avanzando bien con las mesas de trabajo en la administración anterior, para que hubiera más atención en nuestros casos, pero ya nada.

Todos quisiéramos que fuera pronto. Yo quisiera que no nomás mi niño, sino que todos los jovencitos aparecieran. Para mí es muy duro cuando veo que ya desapareció otro jovencito. Revivo lo mío, porque pienso en todo lo que esa pobre madre está pasando, lo que está sufriendo.

A veces creo que mis ojos ya están cansados de tanto llorar. Ya no sé qué más hacer para encontrar a mi hijo, pero no pienso desistir. En este caminar comienza uno con enfermedades. A mí se me desarrolló la diabetes. Yo que nunca padecí de la presión, ahora ya tengo la presión bien baja. Al principio me pasaba muchas horas sin dormir y me tomaba hasta 20 tazas de café al día, si no es que más, y eso me mantenía. Siempre estaba yo con los ojotes bien abiertos, esperando verlo llegar y, como no pasaba eso, llegó un momento en el que me enfermé de los nervios. Entonces caí en cama. Fue

algo devastador: primero pierdo a mi madre, a los siete meses mi hijo desapareció y a los dos meses murió su papá. Gracias a Dios salí de ese asunto y a seguirle a la vida, a seguir buscando a mi hijo. Trato de cuidarme, porque digo: “Me pongo malita ¿y luego? ¿Quién lo va a hacer por mí?”

Cuando mi hijo desapareció, muchas de las cosas que a él le gustaba comer las dejé de hacer en la casa. El único detalle ahí es que a su hermano también le gustan mucho. Desde chiquitos les encanta la barbacoa a mi niños. Pero, desde que él no está, yo no voy a comprar barbacoa para mi otro hijo, porque la primera vez que me acerqué ahí, me di la media vuelta, con mis lagrimotas hasta acá. No pude.

También a él le encantan las papas a la francesa, pero nunca volví a hacer papas a la francesa en la casa, porque no puedo. Tan solo de pensar que... si a mí se me atora... se me atora la comida todavía. Ahí en el comedorcito tengo la foto de mi hijo. Si estoy solita y estoy guisando, ahí es cuando estoy hablando con él. Si alguien entrara en ese momento diría: “Esta señora está loca”. No estoy loca, hablo con él porque lo veo ahí y yo quisiera... Aunque sea en sueños...

Como que a veces empiezo a perder la esperanza. Le digo a mi hijo: “¿Dónde estás? ¡Indícame dónde encontrarte! Yo te quiero encontrar”. Todos los días me levanto y le digo a Dios: “Señor, donde quiera que esté mi hijo cuídalo, protéjelo, si está con vida, no lo abandones y si no fuera así, muéstrame el camino para llegar a él y encontrarlo. Es duro aceptarlo, pero son tus designios”. Es difícil.

Con el Colectivo hemos aprendido a defendernos, a saber cómo actuar en la Fiscalía y a exigir. Nos vamos empoderando. Y, cuando llega alguien nuevo y podemos darle apoyo y acompañamiento, lo hacemos con gusto, porque en su momento nosotros estuvimos solos, sin tener quién nos apoyara, sin saber qué hacer, a dónde ir. Anda uno perdido. Hubiera querido que alguien me dijera.

Ha sido algo terrible, pero aquí estoy de pie y sigo luchando. Hasta mi último aliento voy a seguir buscando a mi hijo. Mientras que Dios me preste la vida, lo he de buscar. Me duele mucho decir esto, pero lo quiero encontrar como Dios me lo ponga, como Dios me lo muestre. No me gustaría irme de este mundo sin saber nada de mi hijo. Por eso lo he buscado hasta por debajo de las piedras y lo seguiré buscando hasta que Dios me lo permita. Y, si lo encontrara pronto, pues ¡qué mejor!, ¿verdad?

Palabras finales

Tuve emociones encontradas al participar en este ejercicio de memoria pero, a la vez, satisfacción por ser escuchada y saber que se va a transmitir el dolor que vivimos a raíz de la desaparición de mi hijo, porque es muy importante visibilizar el problema que estamos viviendo.

“Si denuncio le puede pasar algo,
lo pueden matar, pensé”

José Jaime Aparicio Trujillo
Desapareció el 6 de septiembre de 2014

*Enriqueta Aparicio,
hermana de José Jaime*

MI HERMANO DESAPARECIÓ EL DÍA 6 DE SEPTIEMBRE DEL 2014. Fue el último día que yo lo vi, que estuvo en mi casa. Me fue a ver. Estábamos apurándonos porque ya iba a ser el aniversario de fallecimiento de mi mamá y ya estábamos haciendo los preparativos. Al día siguiente íbamos a ver a nuestro compadre para ver lo del aniversario luctuoso. Mi mamá murió el 1 de noviembre, pero queríamos hacer todos los preparativos con mucha anticipación. Era su primer año de fallecida.

Quedamos de acuerdo para ir al día siguiente muy temprano con el compadre. Pero llegó el domingo y mi hermano ni en cuenta. Él ya vivía solo, porque con su pareja ya se habían dejado, aunque yo sabía que tenía otra persona a su lado y que a veces se quedaba con ella. Por eso yo estaba confiada en que él se podía haber quedado ahí y resulta que el lunes me avisaron que no lo encontraban.

Él se dedicaba a la construcción y un familiar mío le habló para eso. Lo llamó y ni razón de él. De ahí procedimos a buscarlo, preguntar ahora sí a todos sus amigos si lo vieron. Nadie supo dar razón de él. Hasta ahorita no se sabe nada. ¡Nada! ¡Está perdido! Sin que sepamos qué pasó.

Lo único que se supo antes de los ocho días fue que subieron una foto en la Estación 33, que era un antro que estaba aquí en Orizaba, en la calle Sur 33, entre Oriente 6 y la vía del tren. Luego lo cerraron porque era un centro donde habían sucedido otras cosas más, anteriormente. Al final los dueños lo cerraron. En esa foto aparece él con otros amigos, conocidos de nuestro pueblo. De ahí empezamos a indagar. Los familiares le preguntaron a esas personas y simplemente ellos dijeron: “No sabemos nada”. “No estuvimos con él.” “Nada.” Pero se tiene conocimiento que ellos salieron con él y estuvieron conviviendo con él, como consta en la foto publicada por el antro.

La persona con la que andaba mi hermano fue a preguntarles, a pedirles que si sabían algo le dijeran. Fue a hablar con otros conocidos de ese mismo antro y se enteró de que sí estuvo con ellos, que pagó la cuenta y todo. Así de fácil desapareció después. Él se vino del pueblo en su camioneta; la encontré a un costado del antro, cerrada, todo, con las llaves de su casa, intacta. ¡No puede ser posible que no hayan sabido nada!

El pueblo donde vivimos está por el rumbo de Córdoba. De ahí está un camino que va para allá. Está un poco solo. Por ahí encontraron una fosa clandestina, está muy retirado. La gente se dedica al corte de caña, café, las labores del campo.

Mi hermano fue precandidato a alcalde por su partido. Era muy aficionado a la política y siempre anduvo en esos asuntos. Cuando estuvo en el periodo de las precampañas internas, como un año antes de que desapareciera, él fue sustraído de su casa, lo amenazaron para que ya no siguiera en la contienda. Así se lo dijeron.

Él supuestamente supo quién fue, pero nunca lo comentó, nunca lo dijo, simplemente declaró: “Me retiro por mi familia”, porque en ese entonces todavía vivía con su esposa. A partir de entonces ya se quedó todo tranquilo. No denunció, dijo que se iba a retirar y hasta ahí.

En el periódico se dijo que mi hermano se había peleado con el ex alcalde del pueblo, pero él nunca tuvo un conflicto con el señor. Y fue más que todo porque mi hermano era muy pacífico, muy confiado; también ese fue el detalle, de que no le gustaban las peleas. Si salía a tomar, siempre andaba con alguna persona que fuera su chofer, o si él se iba solo, luego me llamaba:

—Dile a tu esposo que me vaya a traer, estoy en tal lugar.

No se arriesgaba, no era una persona conflictiva, mucha gente lo conocía en el pueblo y también en el municipio de Ixtaczoquitlán.

Esa noche iba con los vecinos. Son vecinos, hasta eso. Son vecinos de nuestro pueblo. ¡Son vecinos! Entonces uno se pregunta: ¿pues, qué pasó?

Los llamaron a declarar ya tres veces y simplemente ellos dicen que no estuvieron con él, que se salieron antes del antro, que ellos no saben nada, y hasta ahí. No los han obligado a más, pero se sabe que ellos salieron con él.

Mi hermano tiene un niño de quince años. Pero como ya se había separado de su esposa, lo veía poco, aunque él lo quería mucho y estaba al pendiente del muchacho. Lo iba a visitar, pero como que él estaba más apegado a su mamá.

Yo no puse denuncia al momento con la esperanza de que lo hubieran secuestrado y fueran a llamar. Se queda uno con el pendiente: “Si denuncio le puede pasar algo, lo pueden matar”. Y la incertidumbre de no saber quién fue. Yo denuncié hasta los dos meses, pero nunca recibí ninguna llamada. Nada.

Después de las denuncias sentí miedo, ante todo miedo, porque uno se enfrenta a otra circunstancia. Como era yo sola, pues no le hacen caso a una. Por eso le pedí apoyo al que era alcalde en ese momento y me dijo:

—Pues no hay nada que hacer, simplemente espera.

Así de fácil.

Mi hermano se dedicaba a la construcción, en ese tiempo él tenía obra en el Municipio y el alcalde era su conocido, se llevaba con él, estuvo trabajando con él. ¡Y eso fue lo único que me pudo decir!

De sus trabajadores no dudamos, pues son gente a la que él le daba empleo. Son gente de nuestro rancho, les daba empleo y estaban a gusto con él. Era constructor, pero no era una persona prepotente sino todo lo contrario: los sobrellevaba, les compraba cosas. Es un trabajo en el que te quitan material, pero nunca, nunca les dijo nada, siempre los sobrellevó bien. Entonces no creemos que haya sido alguien de la gente de ahí, alguien de ellos que lo haya puesto.

Yo pienso que los amigos con los que estaba son los que saben qué fue lo que pasó realmente. Está en ellos, ellos saben todo lo que pasó. Yo me llevaba con algunos de ellos, los saludaba yo. Y ese lunes, después de lo que pasó y antes de que supiéramos que mi hermano había desaparecido el domingo, me encontré a una de esas personas que estuvo con él en el antro y me vio, me saludó y no me contó nada. ¡Nada! Me saludó como si nada.

Ahora ya no trabajo. Además de atender a mi familia, me dedico a buscarlo. A veces dice mi esposa: “Te arriesgas, por tus hijos”. Pero ya no tengo

papá, mi mamá también está fallecida, él es mi único hermano; entonces ¿quién lo va a buscar si no yo?

Estoy así buscando, siguiendo a doña Aracely para que nos apoye.

Mi hermano era muy dócil, muy amiguelo, a cualquiera saludaba. Si alguien le pedía una ayuda, poquito o mucho, él les daba. Es una persona muy tranquila, no tomaba, no se drogaba, no andaba cargando armas, nada. Para todo estaba ahí cuando se necesitaba. Eso sí, le gustaba la política. Cuando le pasó la situación de que lo amenazaron, le dije:

—Retírate, eso no es nada bueno.

—Pero es que hay que cambiar al Municipio, hay que ver por la gente que necesita, la gente que lo apoya uno...

—Pues sí, pero sabes que en eso se manejan muchos intereses. Para algunos es perjudicial. Tú sí quieres trabajar, pero hay otros que manejan otros intereses. Retírate, ya no te metas en eso, ya. Dedícate a tu familia y olvídate de la política.

Pero no se fue. De algún modo él seguía participando. En el PAN siempre. Siempre fue militante de su partido. Se quedó ahí desde que empezó como miembro activo. Se iba a todas las reuniones que había del PAN a Xalapa, a México. Andaba por donde sea, ese era su gusto.

Y el alcalde al que le pedí ayuda era del PRI. Pero mi hermano lo apoyó en su candidatura, porque veía que en ese tiempo en las campañas electorales había mucha corrupción.

Y mi hermano me decía:

—No, no puede ser posible que vengan a fregar a la gente otra vuelta.

Por la inseguridad, y por eso decía:

—¡Hay que apoyar a esta persona! Si no, ¡imagínate! La delincuencia va a estar peor todavía.

No tengo idea si lo desaparecieron por su actividad política, ya que en el tiempo que le pasó eso pues ya no había campañas, ya no había nada. Todo estaba tranquilo. Entonces ni idea de qué haya sido, quién haya sido o por qué haya sido eso.

Avances no ha habido, la verdad, ninguno. Pero en el Colectivo nos apoyan. Algunas personas han encontrado a desaparecidos, porque con el grupo como que te hacen más caso que solo. Hay acompañamiento. Ya entre varios, las autoridades se prestan a mostrarte las cosas, porque si va uno solo, la verdad, no.

He ido a buscar y hacer trámites a Xalapa y doña Aracely nos apoya en otros lugares donde a veces no puede uno ir. La Fiscalía metió a mi hermano en el programa de recompensas, pero hasta ahorita igual, nada. Nada. Con el nuevo gobierno tampoco hay avances. Nadie ha venido a hablar con nosotros, no hay apoyos, no hay personal, no hay herramientas para buscar.

Tengo familia pero, pues, en el momento en que pasa la situación se alejan. Mis primos, por ejemplo, simplemente decían:

—Nos vamos a arriesgar, tenemos familia, no nos vamos a exponer. Tú eres la hermana, tú enfréntate. Tú eres la que lo puede buscar.

Al menos mi esposo me deja venir a las reuniones, a preguntar, a salir si es que hay algo. Él me apoya. Y a mis hijos yo les digo:

—Si no lo busco yo, ¿quién lo va a buscar? Nada más soy yo, y yo lo tengo que encontrar. Hasta donde yo pueda y Dios me dé fuerzas.

Y ellos me dicen:

—Búscalos.

Con los hijos toma uno más precauciones. A veces siento como que exagero. Tengo un hijo que dice:

—¡Es que es mucho!, ¡te posesionas tanto en decir las cosas! “Ten cuidado”, que “No salgas”, que “Ya es noche”, que “Si vas a la escuela, cuídate”.

A veces, para ellos, es difícil reconocer eso que uno ya sabe. Uno está con la idea, otra idea... Yo lo sigo esperando y espero algún día poder tener noticias de él. Tengo la esperanza de que algún día lo pueda yo encontrar. El tiempo pasa y ya son casi seis años sin tener noticias. A veces piensa uno lo peor, pero hay que tener la esperanza de que lo logremos encontrar con vida.

Palabras finales

Es difícil expresar lo que sentí al participar en este proyecto. Fue volver a recordar los momentos en los que empezó nuestro peregrinar en la búsqueda de mi hermano y revivir la incertidumbre de no saber de él. Volver a pensar

en tanta maldad que existe y seguirse cuestionando ¿dónde está? Pero sé que este es un medio de apoyo más en la difusión para encontrar a mi hermano y una manera de sensibilizar a la gente. Por eso se agradece el tiempo que se dedicó a escuchar. Ojalá que encontráramos más gente interesada que brindara su apoyo.

“Estar con él era todo el tiempo reír y reír”

Zito Ángel Zanatta Vidaurri
Desapareció el 18 de octubre de 2014

*Delia María Cadó,
pareja de Zito Ángel*

YO CONOCÍ A ZITO ÁNGEL CUANDO TENÍA como trece, catorce años. Lo conocí en una Semana Santa en la iglesia, un sábado de gloria. Fue a través de dos primos míos, porque él también es mi primo de tercera, cuarta generación. Mis hijas dicen que siempre le agrego una generación más para disculparme, pero no. Ahí él empezó a pretenderme, aunque sabía que éramos parientes y su papá era mi tío. De hecho mis hijas llevan el mismo apellido de mi suegro.

Ya cuando cumplí 16 años y él 20, comenzamos a ser novios. Él se dedicaba al ganado, a la caña, al hule. Iba y venía del rancho de su papá. Los sábados llegaba a Orizaba y se regresaba los lunes o martes a trabajar. En un principio, hace 30 años, esperábamos a comunicarnos hasta que él llegaba aquí a Orizaba, porque no había teléfono allá en el rancho, mucho menos celulares.

El rancho pertenece a Puebla, pero se entra por Cuitláhuac; por Tezonapa se baja uno. Así fue nuestra relación durante muchos años. Yo estudié en la universidad y él iba a verme allá también. Era un hombre muy alegre, muy amigüero. Estar con él era todo el tiempo reír y reír. Muy rara vez se enojaba. No le gustaba estar enojado y mucho menos conmigo.

Ya después de muchos años decidimos iniciar una vida juntos. Nunca nos casamos, solamente empezamos a vivir juntos. Yo me embaracé y tuve una niña. Él estuvo presente en el parto, ¡casi se desmayó! Después de la niña, tuvimos una diferencia de opiniones y nos separamos un par de meses; pero reanudamos la relación. A los dos años y medio me volví a embarazar de otra niña.

Así fue siempre nuestra vida: él se iba al rancho, yo me quedaba en Orizaba, cuidando ahora a las niñas. Después, él compró un rancho cercano al otro. Porque ese donde él trabajaba pertenece a su mamá y a sus hermanas. A él le gustaba su trabajo, le gustaban las áreas abiertas, la naturaleza. Por eso compró un rancho, para que yo fuera a pasar allá las vacaciones: Semana Santa, Navidad... Y allá nos las pasábamos con las niñas. Íbamos al río, las llevaba a montar.

La casa donde vivimos él la quiso hacer grande, demasiado para mi gusto. Yo le decía que algo pequeño, pero él está acostumbrado a las áreas grandes, abiertas. Así vivimos mucho tiempo, con altas y bajas, consintiendo a las niñas, porque era muy consentidor con ellas: no las quería regañar para nada. Yo era la ogra ahí. Nos llevábamos muy bien, convivíamos mucho los cuatro.

Él era muy de recibir amigos en casa, en el rancho. Le encantaba que nos fueran a visitar al rancho y se pasaran allá el fin de semana o toda la semana con nosotros. ¡Hacía unas comilonas! Toda la vida quería estar conviviendo. Probablemente eso fue lo que lo llevó a esta desgracia, porque siempre quería estar rodeado de gente.

Esa noche pasó a ver a un primo y le dijo que se fueran a cenar. Se fueron a cenar ahí en Fortín. El primo es divorciado y tiene un hijo; él se quedó con los hijos. El niño iba a la secundaria, ahorita creo que ya está en la prepa. Por los niños, el primo se retira temprano. Era un viernes, y el sábado mi primo tenía que trabajar, pero mi esposo, como trabajaba por su cuenta, pues se podía tomar los días que quisiera.

El primo se fue y Zito Ángel se quedó. No era tan tarde, eran como las 11:30, 12 de la noche. Para estar en un bar, no era tan tarde y, para una persona económicamente independiente, de 47 años, las 11-12 de la noche para nada que es tarde; entonces Zito Ángel decidió quedarse otro rato. Ya por fin, cuando se retiró de ahí, se trasladó a Orizaba. Ya venía para la casa y no sé qué pasó.

Él sabía perfectamente que a esos lugares no podía entrar. No es que no pudiera, más bien no debía entrar, porque ahí están las personas que sólo se dedican a ver qué mal le producen a alguien más. En eso están: perjudicando gente, y él lo sabía. Era del dominio público. Todos sabemos que en tal bar venden droga o esto o lo otro. Y evita uno entrar. Si yo no consumo drogas, pues no tengo nada que estar haciendo ahí. Y él sabía perfectamente que no debía estar ahí. Lo agarraron.

Era un hombre muy inteligente, la verdad. Yo le tenía, le tengo mucha admiración, aparte de todo lo que lo amo y lo quiero. Siempre se lo decía: “Te admiro mucho”. Es una persona muy fácil para negociar. No sé qué le pasó, se atontó. Pero terriblemente. Nunca lo había visto atontarse tanto, al grado de poner en riesgo su integridad física. Pasó por ahí y lo detuvieron.

Zito Ángel siempre, desde jovencito, vistió de bota vaquera, pantalón vaquero, el cinturón pitiado, camisa vaquera y sombrero. Es un hombre muy alto, 1.85, no gordo, un hombre de mucha personalidad.

Dicen los que saben, porque yo la verdad no estoy enterada de ese tipo de situaciones, que a esa hora, entre las dos, tres de la mañana, ya los jefes de los cárteles pasan a tomarse una copa para revisar. Cuando Zito Ángel llegó a ese lugar estaba puro halcón, puro chamaco entre 17 y 20 años, y ellos se sorprendieron mucho al ver a mi esposo. Al verlo, estos como que se apanicaron. No quiero decir que tuvieron miedo, pero como que sintieron algo y se la empezaron a hacer de pleito.

Él no era un hombre de pleito, pero al parecer lo empezaron a provocar para sacarlo, porque lo querían catear. Todos sabemos también que los policías están en nexos con ellos por una módica cantidad y al poco rato llegaron cuatro patrullas de doble cabina para atender una riña ahí. Horas antes había habido una riña con los Zetas y dicen que llegaron muchísimas patrullas.

Teníamos por costumbre entre amigas avisarnos si sabíamos de alguna balacera. Nos preguntábamos por dónde andábamos y nos preveníamos. Pero como mis amigas ya sabían que yo no salía –desde hace mucho tiempo dejé de salir– nadie me avisó nada. Normalmente yo le hablaba a él y le avisaba:

—Oye, si vienes para acá, pasa esto, ten cuidado, corta vuelta.

Pero ese día nadie me avisó. Como que los planetas andaban todos locos.

Llegaron cuatro patrullas, con dos policías cada patrulla, y se lo llevaron detenido. Dicen que se lo llevaron en la cabina, no en la batea. También se llevaron al tipo que lo provocó, con el que tuvo la riña, ese sí en la batea.

Eran puros chiquillos, de esos niños que crecen en la calle y que por una u otra cosa caen en la delincuencia. Y Zito Ángel, como me dijo alguien, es un hombre bien alimentado, de mucho trabajo, un hombre fuerte. Lo quisieron atacar y él, de muy rápida reacción, se defendió.

Ya en la cárcel hicieron sus respectivas llamadas. No le quitaron el celular, no le quitaron el cinturón, ni el reloj. No le quitaron nada para detenerlo, así lo metieron a una celda. Ellos mismos dicen que no lo tuvieron detenido ni 10 minutos después de que él hizo su llamada. El hermano de Zito Ángel fue delegado de tránsito de Orizaba y de otros municipios, entonces todavía tenían contactos políticos. Por eso lo soltaron.

Cuando lo dejaron ir, dicen que ya había un auto que había estado dando varias vueltas alrededor del camellón. En los videos se ve que se bajaron dos personas y lo subieron a un Jetta rojo. Ese Jetta era del tipo que en ese momento estaba al mando de los Zetas, aunque él ya está preso y dice que no fue él y que no fue. Total que se lo llevaron. Yo no he visto los videos, la verdad, todavía no me siento lista para verlos.

Al otro día yo lo empecé a buscar. Empecé a hacer llamadas. Yo ya presentía algo y empecé a hacer llamadas, pero no. Nadie y nadie. Le hablé a sus hermanos, pero se presentaron hasta el lunes. Había llovido mucho y no podían salir del rancho. Lo empezaron a buscar, pero no estaba en ningún lado, nadie sabía de él. Fueron a hablar con el que estaba de presidente municipal en ese momento, y él le dio la orden al comandante, el que luego estuvo en Gobernación. Y él dijo que no. Lo mandó al carajo, así; prácticamente lo mandó al carajo el presidente municipal, lo trató como un pendejo.

Yo no fui, porque desgraciadamente –o afortunadamente– no tengo una buena relación con la familia de él. Mi cuñada y mi cuñado fueron los que estuvieron en la búsqueda en ese momento. Fueron a hablar con el comandante y él les dijo que él ya los había soltado y que seguramente Zito Ángel se había ido con el gay con el que había tenido la discusión y que en una semana, probablemente, ya estaría de regreso.

Eso no es verdad. Todos los que conocemos a Zito Ángel sabemos que no es cierto. Él podrá tener muchos defectos, pero no. Ni siquiera es homofóbico, como para decir que oculta su inclinación. Teníamos amigos gays y siempre muy bien, con mucho respeto y todo.

Se hizo la denuncia, pero a mí de buena fuente me dijeron que nadie lo buscó. Nadie, ningún policía lo buscó. No lo buscaron en ningún lado,

ni los del estado, ni los federales, ni los municipales. La denuncia no tiene ningún avance. Es una carpeta que ha de medir, no sé, como 60 centímetros de alto, de tanto papel que tiene. Pero, de todos esos papeles, ni uno solo ha servido. A mí, por lo menos, no me ha servido de nada.

No tenemos ni apoyo psicológico ni nada. Yo no tengo nada. Mi suegra se quedó con todas las propiedades que él había generado para mí, para sus hijas y para él. Se quedaron con todo y ahorita hay que tramitar el juicio.

Sí voy a poder tomar posesión de todo el ganado y predios para mis hijas, como albacea, pero hasta que salga lo del juicio de presunta desaparición y luego la presunta muerte. Grosso modo, eso es lo que vivimos y lo que pasó con Zito Ángel. No sabemos dónde está.

Tal vez fue una venganza política, porque el jefe de Gobernación conocía bien a mi cuñado y cuando él era director de tránsito le gastaba bromas.

Tanto mi esposo como mis cuñados tienen un humor muy negro, muy sarcástico. Son unas personas agradables, que difícilmente caían mal. Pero el jefe de Gobernación es una persona corrientita. Tiene muchísimo dinero, pero el dinero no le quita al final de cuentas lo corriente y lo ignorante. Y no hay nada peor que un naco con dinero. Un pendejo con iniciativa y un naco con dinero es lo peor que se puede uno encontrar en el mundo.

La verdad, yo estoy segurísima que él dio la orden cuando supo que tenían a Zito Ángel detenido. A lo mejor por algo que mi cuñado, que ya falleció, le ha de haber hecho. Porque mi cuñado era mula, la verdad era una mula. Yo soy igual, tengo el humor muy negro y soy muy sarcástica para hablar también. Y si me ponen de mal humor, los mando a chingar a su madre, pero rapidito. Por eso, hoy que no tengo quién me defienda ya no lo hago. He tenido que evitarlo. Antes me valía madre, porque siempre venía él y sacaba la cara por mí, pero ahora mejor ya no.

Era un cabrón mi cuñado, y algo le ha de haber hecho a Herebia. En ese momento Herebia se había comprado unas grúas y me imagino que mi cuñado lo ha de haber bloqueado con sus grúas. Y el otro se daba unas encanijadas pero sabrosas. Porque la gente entre más tiene más quiere. Y ahí encontró su venganza.

Ni siquiera le hizo el daño a la familia de su hermano; me lo hizo directamente a mí, y a su mamá. Sus hermanas y su hermano y la viuda de su otro hermano, al final de cuentas, siguen su vida. Su mamá y yo somos las mujeres que más lo amamos. Y mis hijas también; pero ellas van a seguir su

vida, se van a casar, van a tener sus propios hijos y, al final de cuentas, Zito Ángel y yo vamos a pasar a la historia. Rapidito. ¡Como es ley de la vida!

Los hijos son pésimos, y lo digo como hija, no lo digo como madre. Yo he sido una persona muy despegada de mi familia. Amo a mis hijas y amo a Zito Ángel y yo vivía nada más para ellos. No sé si estuvo bien o estuvo mal, porque ahorita me siento como perdida. Él era mi todo, él y mis hijas, mi casa, yo. A él le gustaba que yo fuera al gimnasio y yo iba al gimnasio; a él le gustaba que yo no saliera y yo no salía, y así estuvimos siempre. Ahorita estoy sola con mis hijas, trabajando.

Me extorsionaron, porque subimos mi número celular a Facebook y lo captaron en una cárcel e inmediatamente me empezaron a hablar. Y por el aspecto físico de Zito Ángel, se ve que no es papanatas, un pelagatos cualquiera, y que traía buena ropa. Por eso me pidieron cuatrocientos mil pesos. Les pedí una prueba de vida y me contestaron puras estupideces. No sé qué esperaban, que yo temblara de miedo. Pero desde un principio yo me dije que con miedo, enferma, debajo de la cama, no lo iba yo a encontrar: tenía que mantenerme fuerte. Yo les dije que sí, que les daba el dinero.

—Pásamelo –les pedí.

—No lo tengo aquí cerca.

—Ok, pregúntale cómo me llamo por favor.

—Es que no lo tengo cerca.

—Por eso, pero debes de tener un celular o un radio. No sé cómo te estés comunicando, pero es alguien que te va a generar dinero, no puede ser posible que no tengas comunicación con quien lo está cuidando.

—Ok, aguántame, ahorita te regreso la llamada.

Fue mi hermana la que subió el celular al Facebook, con su nombre y todo, pero este imbécil me regresó la llamada y me dice:

—Gloria. Dice que te llamas Gloria.

Y mi hermana no se llama Gloria tampoco.

—No me llamo Gloria. Pregúntale de qué color tengo los ojos, no sé, otra cosa. Cómo es él, dime algo, algo que convenza para que yo te deposite.

—Ahorita te regreso la llamada.

—Que tienes los ojos bichos –dijo cuando volvió a marcar.

—No, no tengo los ojos bichos. Dile que te diga mi nombre, no sé, algo, algo que a mí me convenza.

—¡Ya le corté la lengua!

—Entonces que escriba, porque sabe escribir.

Ahí se siguió con puras ofensas;

—Hija de tu puta madre, vete a la verga, y aquí los huevos no son al gusto...

Yo tenía ganas de mandarlo a rechingar a su madre, pero me dijeron: “No lo puedes ofender porque qué tal si sí lo tiene”. Y yo decía: “Güey, no lo tiene, no lo tiene, yo sé que no lo tiene”. Y, efectivamente, no lo tenía. Ya después vimos que era un número de Hidalgo, no sé si haya por allá una cárcel.

Y pues sí ha sido muy difícil todo esto desde que él no está. A pesar de que veo las noticias de tantos tráilers y tantos muertos día con día y fosas y fosas, la verdad que tengo la esperanza de volverlo a ver. Y tengo muchas ganas de volverlo a ver. Él, repito, es un hombre muy inteligente, sabe de muchas cosas, sabe de campo, de ganado, de mecánica. Él desbarataba un tractor y lo volvía a armar. Yo le decía: “Güey, no mames, yo le saco las pilas al control y ya no se las puedo meter”. No sé si era porque lo amaba tanto, lo amo tanto, que lo admiraba también, o es que de verdad se lo merecía.

Mis hijas están enojadísimas, porque tenían una vida bastante cómoda. Tenían una mamá que era cien por ciento para ellas, por lo menos de lunes a viernes, y ahora, por más que me esfuerzo, no puedo estar. ¡Lo extraño mucho! Ellas tuvieron que cambiar su vida completamente, salir de escuelas particulares, dejar de ir a gimnasia, dejar todo, todo lo que tenían, dejar de salir, vivir con angustia, viendo cómo me derrumbo día con día, y están muy enojadas.

Conmigo y con él. Conmigo, porque dicen que yo debía ser más dura con él, más celosa. Pero a mí no me gusta ser así, a mí no me gusta que me celen y que se quieran posesionar de mí. Entonces ¿yo cómo iba a ser así con él? Mi cuñada también me lo dijo: “Tú tienes la culpa, porque lo dejaste que hiciera lo que quisiera al güey”. No tenía tres años como para decirle: “Deja eso”. Tenía 47 y no todo eran malas decisiones con él. Tenía muy buenas decisiones también y, desde mi punto de vista, tenía todo el derecho del mundo de irse a tomar una maldita copa, porque no se la estaba pidiendo a nadie, él estaba pagando con su dinero de su trabajo. Por eso no le decía nada, porque él era libre.

Por eso están enojadas, porque yo se lo consentía todo. Si él quería tomar, yo lo acompañaba. Si quería invitar amigos, yo le recibía a los amigos, a la familia, y no había ningún problema. Ahí está ese enojo de todos: “¿Por qué, si tú todo le aguantabas, tenía que irse a un bar? ¿Por qué, si él sabía

cómo estaba la situación, tenía que irse a un bar? ¡No tenía nada que estar haciendo ahí!”

He estado buscando en todas partes con el Colectivo, menos en fosas, porque tengo que tomar cursos y, como me dedico a las niñas, no puedo ir. Además, tengo que trabajar, porque él era nuestro sostén cien por ciento, de todo a todo, y ahora yo soy la que mantiene la casa. Yo nunca había trabajado. Soy licenciada en química agrícola, pero nunca he ejercido.

Cuando él desapareció, mi cuñado entró a hacer el quite un poquito, pero muchas cosas se tuvieron que ir. Me empezó a dar un préstamo, una cantidad, que no es ni el 50% de lo que Zito Ángel me daba, y en calidad de préstamo. No hay problema, pues, al final de cuentas, cada quien trabaja para sí mismo. Me ayudó a conseguir un empleo y en eso estamos trabajando las tres.

Solamente he estado preguntando, de boca a boca. Los policías están detenidos, pero a mí no me permiten ir a verlos; ni PGR ni mi cuñado me permite, porque me dice que puede ser peligroso que me conozcan. A mí no me conocen. Como a Zito Ángel no le gustaba que yo saliera, yo no salía; entonces muy poca gente me conoce, aunque soy de Orizaba. De por sí, todos estamos en riesgo, pero, nosotras que tenemos desaparecidos, un poquito más, porque ya estamos adentro. Entonces no me dejan ir.

Estamos esperando la sentencia de los policías, porque aún son “presuntos”, no se han declarado culpables.

He estado hablando con una persona de México, que supuestamente estuvo en el interrogatorio y todo, pero no avanza nada. Estamos en ceros, con todo y los cambios de gobierno. El caso es federal, ya la carpeta va en un metro de alto, pero igual los fiscales están rebasados: hay miles de casos.

No hay apoyos de nada. Lo que yo pienso: ¿por qué chingados no se agarran 10 desaparecidos y que no paren hasta encontrarlos? Y luego otros 10, ¡órale! Y aunque sea un diente, chingao. “Sí, este es de Zito Ángel, órale ya, sácate de acá”. Y que le sigan. Si encontraran una prueba, ahora sí, ya estaría convencida: está muerto, ya no va a regresar. Al menos ya le podré... La verdad, ese es otro detalle: tampoco quiero que me digan que ya está muerto.

Él ya tiene más de cinco años desaparecido y, la verdad, temo tocar fondo, porque sé que en algún momento tiene que suceder y no sé si pueda levantarme. Por eso prefiero hacerme pendeja sola. Porque esa es la verdad. Prefiero esperarlo, prefiero pensar todos los días que hoy sí va a regresar, que

hoy sí va a ser el día. Me paso noches enteras sin dormir todavía y también pienso: “Ojalá hoy sí me hablen para decirme que ya lo encontraron”. Vivo, obviamente. Sé que existe el 1% de probabilidades de que aparezca, pero no importa. Prefiero vivir con eso. Prefiero vivir con esa idea de que en algún momento nos vamos a volver a ver y vamos a estar juntos.

Realmente a la gente no le interesa. Una persona, pues no tan cercana, pariente, a su esposo lo secuestraron. Lo secuestraron en el rancho. La mujer vive aquí en Orizaba. El marido, igual que Zito Ángel, iba y venía para acá. Lo secuestraron y yo nunca la fui a ver. La relación no es cercana; alguna vez fue cercana, pero como que yo noté que le caía mal y dije: “¿Pues qué chingados hago aquí?” Me abrí. Luego secuestraron a su esposo y nunca la fui a ver. Yo en ese momento tenía cuatro mil pesos y se los di. Le pidieron cinco millones de pesos en aquel entonces, así que no creo que le haya servido mucho.

¿Cómo puedo pedir empatía si yo en su momento no fui empática? Ni siquiera fui, no sé, a llevarles tortillas a lo mejor. Cuando se está en esta situación, en verdad es terrible, no dan ganas de nada, cocinar, comer... Solo quiere una estar pegada a la puerta esperando a ver a qué horas va a regresar. Y por los demás tiene uno que seguir. Por mi mamá, por mis hermanos, por mis hijas. Todo el mundo te dice: “Es que por tus hijas”. ¡Coño! No quiero, ya no quiero. Porque a lo mejor ellas van a estar mejor sin mí.

Cuando él desapareció, tenían 16 y 12 años. Se enojan mucho de que yo lloro. No puedo llorar delante de ellas, tengo que controlarme, aguantarme y aguantarme. Y, la verdad, no está padre.

No quiero apoyo psicológico. Lo ofrecieron, pero nunca llegó. Mi hija mayor ya se está pagando ella su psicólogo, porque ha tenido un par de problemitas de agresividad. Dice que esa no es ella, pero también entiende que está enojada. Está muy enojada por esto que le está tocando vivir, que definitivamente no tenía por qué. Hay muchísima gente que conocimos ahora, gente nefasta, y que no tenía nada que hacer en nuestras vidas, porque para empezar no aportó nada.

Dicen que por algo se te atraviesan en la vida; pues será solamente para no voltear a ver pendejos porque ¡en serio! Esa parte es la más difícil: encontrarse con gente que solo nos ha venido a tratar de hacer mierda. Mi hija andaba con un pendejo que sí tiene mucho dinero, pero yo nunca se lo pedí, ni ella tampoco. Y un día él le gritó que era una muerta de hambre. ¡Y sabien-

do! ¡Sabiedo por la situación que estamos pasando! Se supone que tenían una relación de noviazgo, era para que la tratara como su princesa.

Nos cambió la vida, pero estamos trabajando mucho las tres, emocionalmente, anímicamente. Me gustaría, me encantaría recuperarles un poco de la situación económica, la estabilidad. No me importa dejar el alma en eso y la estoy dejando. Porque yo sé que la estabilidad emocional ya no se va a regresar. Estos cuatro años que han pasado sin él han sido muy feos. Y el hecho de que ellas me vean sufrir, a ellas les duele. Un día mi hija mayor, me dijo: “Lo que sí está claro es que amas más a ese hombre que a tus hijas”.

¡Claro que no! Solo que él no está y no sé dónde está. Porque, si él me hubiera dejado, a lo mejor lo estaría odiando o ya iría en el veinteavo matrimonio. He recibido algunas proposiciones matrimoniales en este lapso, que obviamente no pienso aceptar. Pero si hubiera sido un divorcio, una separación, pues por lo que sea, por ardida, por puta, por lo que quieras, ya me hubiera revolcado con cuanto cabrón. Pero no sé dónde está, ¡no me dejó! ¡Él no me dejó! ¡Él no me hubiera dejado! Definitivamente no me hubiera dejado. Y eso les duele a ellas: el ver que una decisión estúpida nos cambió la vida.

Es que hay que cuidarse. Yo una vez leí que el ser humano no ama su libertad, que se pone constantemente en riesgo, que hace muchas estupideces. Yo sí amo mi libertad, me encanta mi libertad, y por eso no salgo de noche, y por eso no hago estupideces y no hago imprudencias, porque me encanta ser libre. Y a él le encantaba ser libre, pero no sé qué pasó. El chiste es que no está y no sé si va a volver. ¡No sé si va a volver!

“Nunca digas: A mí no me va a pasar”

Hugo Trujillo Hernández
Desapareció el 11 de diciembre de 2015

*Isabel Trujillo Hernández,
Catalina Hernández Enríquez,
hermana y madre de Hugo*

HUGO DESAPARECIÓ EL DÍA 11 DE DICIEMBRE DE 2015, entre las cinco y las seis de la tarde. Decimos –y por ahí hubo un testigo– que lo agarró una patrulla de los estatales. Tenemos la placa, el número de la patrulla, tenemos el nombre de los policías. En ese tiempo estaban al mando de Bermúdez Zurita, que ahora ya está fuera de la cárcel. Los policías también están en la cárcel, pero nuestro fiscal nos dijo que ya los fue a ver y que les enseñó la foto y dicen que no lo han visto, que no saben nada. Solo eso nos dijo. No se puede creer eso. ¿Qué tal si ni fueron? Eso es lo que dicen ellos pero, ¿qué tal si de veras ni fueron y ni se entrevistaron con los policías?

¡Qué van a decir que sí lo tuvieron o que lo mataron! Mi mamá dice que, si ya lo mataron, que digan dónde lo tiraron, dónde dejaron el cuerpo, dónde dejaron los huesos, para que ella los vea. Ella siente que, si no se encuentra nada, existe la posibilidad de que esté vivo, aunque ella sabe que la mayor posibilidad es de que esté muerto. Mi mamá lo entiende y lo comprende: ella lo único que quiere es ver su cuerpo, ver sus huesos o un pedazo de él para estar tranquila, porque no está tranquila desde que desapareció. Va a hacer tres años este 11 de diciembre. Ese día a mi hermano se le descompuso su coche, porque él era taxista, es taxista, y como son lugares que están muy lejanos, él

se dedicaba a llevar gente a Cuitláhuac y a dónde le dijeran. Paraba el taxi en la casa y ahí mismo le llegaban los viajes o le hablaban por teléfono. Ese día se le descompuso su coche y lo llevó al taller. El taller estaba en La Ampliación. El mecánico le dijo que le hacía falta una pieza y él dijo que iba a ir a traerla a la siguiente comunidad, que se llama Cerritos.

Se fue caminando porque Cerritos está cerca, sabiendo que si se encontraba un *raid* pues ahí se iba. Llegó al entronque hasta la calle por donde se va para Cerritos. Más adelante por ese camino había un cañal, y ahí estaba la patrulla de los estatales esperándolo. Y que lo agarran y que lo suben.

Hubo testigos, de los cortadores de caña que estaban ahí, y ellos vieron de lejos lo que pasó. Uno de ellos declaró que vio cómo lo subieron a la patrulla y se lo llevaron.

Fuimos luego a Cerritos a buscar a esa persona, pero ahorita ya no vive ahí. ¿Lo amenazarían? ¡Quién sabe por qué! Nadie sabe nada y nadie dijo nada. Al principio, cuando pasó todo, un policía, con engaños lo llevó a la comandancia y lo hizo declarar; pero ya después de eso se desapareció, no se supo nada de él. Eso fue lo que pasó.

Dicen que eran entre las cinco y las seis de la tarde, fue el 11 de diciembre. A las doce de la noche son las mañanitas a la Virgen, y todos sabemos que iba a haber misa. Él tenía esposa y dos hijos, y le dijo a mi mamá:

—Te llevas a la mujer y yo los alcanzo allá.

—Sí, m'ijo, te apuras —le dijo ella.

Nunca llegó.

Todavía tenían la esperanza de que al otro día llegara. “A lo mejor —dijera mi mamá— se fue a tomar o algo”.

Pero temprano, al día siguiente, fueron a avisar. El del taller fue a decir que mi hermano nunca llegó con la pieza y que ya no lo había visto. Entonces nos empezamos a mover. Me hablaron a mí, porque yo no vivo con ellos, yo vivo por Yanga, y ya yo me fui a verlos y nos fuimos a buscarlo a los cañales, a los pozos que hay por ahí cerca.

Lo buscamos en el cañal donde nos dijeron y encontramos su cinturón. Estaba roto, no tenía la hebilla, nada más su cinturón. A lo mejor al subirlo a la patrulla lo forzaron o algo y ahí lo dejó tirado.

Hubo otra persona que lo vio en Matatenatito. Por ahí pasó la patrulla de los estatales y dicen que arriba llevaban a un muchacho gordo, pelón, que se parecía a mi hermano, porque el señor que lo vio era su amigo o su

compadre, no sé. Entonces él les dijo a todos que parecía que ahí llevaban a su compadre. Estaba tardeando, eran como las siete de la noche y esa fue la última vez que lo vieron, hasta ahorita.

Lo buscamos, subimos al internet su foto, preguntamos, fuimos a los pueblos cercanos. Yo fui con mi papá. Nos decían que encontraban un cuerpo e íbamos. Nos fuimos hasta Soledad de Doblado y a otros muchos lugares, buscándolo. Una deja muchas cosas: a los hijos, al marido... Pasan muchas cosas en la vida que no puede una salvar, que no sabe cómo manejar.

Otras personas no saben manejar ese dolor como una. Yo aprendí a no llorar, a quedarme callada, a no llorar para que mi mamá no me viera. Aprendí a ser fuerte por ella. Desde el día que mi hermano desapareció mi mamá no duerme, dejó de comer, se le olvidan las cosas, incluso hasta quiso morir-se. Se tomó unas pastillas para ya no vivir, para ya no sentir ese dolor. Tardó dormida tres días y no podíamos revivirla, no podíamos ver qué le pasaba.

Después nos dijo que se había tomado las pastillas que le había recetado el psiquiatra para poder dormir. Los doctores dijeron que a la mejor le habían dado las dosis muy fuertes, por eso había tardado dormida. Pero no: ella se tomó muchas pastillas porque se quería morir. Vive porque tiene que vivir pero, si por ella fuera, ya no viviría.

En la familia somos dos hermanas y mi hermano, y nosotras le dijimos que por qué, si todavía nos tenía a nosotras. Yo soy la más grande y mi hermana es la más chica; mi hermano era el de en medio. Cuando desapareció tenía 36 años. Ahorita en este diciembre que viene cumpliría treinta y nueve.

La mujer de mi hermano la primera semana sí andaba con nosotros, preocupada por su marido, y mi mamá le dijo:

—Si quieres vete donde está tu mamá, te distraes y después vienes.

Y ella decía que se iba a quedar con nosotros hasta que él apareciera, pero solo se quedó como dos o tres semanas; luego se fue a donde está su mamá y ya nunca regresó. Se llevó a los hijos y nunca volvió.

Ya no dejó que mi mamá viera a sus nietos; ese fue todavía otro dolor más: ya no ver a sus nietos. Mi papá la demandó para que los dejara ver a los niños. Hasta abrieron una cuenta para que mi papá le pasara dinero a la señora, pero aun así no nos deja verlos. Les hemos dicho a licenciados que hagan el intento, pero ella es una persona cerrada, una persona ignorante que no entiende razones y no nos los deja ver.

No entiendo por qué es así, porque los hijos no son solo de ella, también son de mi hermano. Son un pedacito de mi hermano. Y mi mamá y mi papá tienen derecho a verlos, después de ese dolor tan grande que han pasado, ¡tenían derecho a verlos! Mi mamá nunca la trató mal. A veces le decía esas cosas que las suegras dicen: “No le pegues al niño”, que esto, que lo otro. Pero de ahí no pasó. Ningún licenciado puede hacer que vean mis papás a los niños y nosotros queremos, no sé, que hagan algo para que ellos puedan acercarse.

También queremos saber si los policías están en la cárcel. ¿Cómo voy a creer que no hablan? ¡Tienen que obligarlos a hablar! Si ellos se los llevaron, hay testigos, hay quienes vieron cómo pasó y ellos dicen que no. ¿Cómo van a decir que no? Si ya lo mataron, ya nada más que digan dónde lo dejaron, dónde lo tiraron, para saber.

Hay muchas cosas que se pueden hacer: recabar la sábana de llamadas de los policías, ¡y no lo hacen! No sé por qué. Hasta nos habíamos hecho la prueba de ADN y después resultó que no era cierto, que nada más fingieron que nos habían tomado la muestra del ADN a todos los colectivos. Nada más nos dan atole con el dedo y no hacen nada, y la familia se desintegra.

Nos quedamos nosotros solitos: mi papá, mi mamá, mi hermana y yo, porque los demás se hicieron a un lado. Te apoyan al principio y te dicen que están contigo, pero después ya se olvidan. Solo nosotros no lo olvidamos. Yo hago lo posible por venir a cosas del Colectivo, a ayudar a mi mamá, porque ella vive en la colonia Primero de Mayo, municipio de Tierra Blanca. Y ahí vivía mi hermano también.

El taller del taxi está en el siguiente pueblito, que es Ampliación, pero también los policías fueron a espantar al señor del taller; luego él le fue a reclamar bien enojado a mi papá que lo habían ido a espantar con sus pistolas, y dice mi papá:

—¿Y yo qué tengo que ver? Mi hijo nada más dejo ahí el coche, yo no tengo nada que ver; ahí dejó el coche y se fue. El dueño del taller fue la última persona que lo vio, pero de ahí no pasa.

De hecho, el señor nos ayudó a buscarlo, iba con nosotros cuando lo íbamos a buscar.

Es un dolor muy grande tener un desaparecido. No encuentras respuestas a tantas preguntas: ¿por qué a mí?, ¿por qué a él? No sabes dónde estará, qué hará, si está vivo, si está muerto. No sabes. Ahorita en Veracruz mucha gente ya tiene un desaparecido. Yo creo que de 10 familias, seis o siete tie-

nen un desaparecido, y cada vez más y más. Nosotros en el Colectivo llegamos a ser 50, y ahorita ya somos más de 100, 150, 200. Y éramos poquitas cuando nosotros ingresamos hace tres años. Hace dos años y medio éramos 50, y ahorita ya somos más de trescientos cincuenta.

Conocimos a la señora Aracely por el Facebook, donde salió la foto de la señora que le había gritado a Duarte, y después en el Face salió que Aracely Salcedo, que el Colectivo Familias de Desaparecidos, y luego salió que en Amatlán iban a ir a salir a buscar fosas clandestinas. Así supimos que estaban en Amatlán y allá fuimos, mi mamá y yo, temprano, y encontramos a dos señoras del Colectivo. A ellas les dejamos los datos y la foto de mi hermano y nos integramos a él.

Luego vinieron a hacer pruebas a Amatlán y ahí nos hicieron el ADN. Y después lo hicieron en Orizaba y allá nos fuimos. Ya mis papás ya se lo habían hecho tres veces en Tierra Blanca, por parte de la Fiscalía del lugar. A mí también me lo hicieron, pero hasta ahorita nada se ha encontrado. Hemos visto fotos de lo que está en el Semeño: de cuerpos, de huesos..., pero no, ninguna señal de nuestro desaparecido.

Hemos ido a las cárceles. Mi hermana fue, pero no la dejaron entrar. Le dicen a doña Aracely que le van a dar permiso de ir y todo, pero no sé si saquen a todos los reos. A lo mejor esconden a unos, ¡tantas cosas que hace la justicia por esconder sus fechorías! Como los tráilers que encontraron en Guadalajara: ya sabían y no tenían donde meter los cuerpos y hasta allá los llevaron. Creo que unas compañeras del Colectivo andan allá, porque a mí me pidieron mis datos, que en qué fecha había desaparecido mi hermano, pero pues tu desaparecido puede estar en cualquier lugar; incluso en otro país, y tú nunca vas a saber.

Yo siento feo por mis papás, porque de un tiempo para acá se pusieron más viejitos. Ellos estaban llenos de vida, fuertes, sanos. Mi mamá de por sí padecía de la presión, siempre toma su pastilla porque se siente mal. Mi papá no tiene ninguna enfermedad, pero pues ya está viejito, cansado. Él es un señor medio enojón, no expresa sus sentimientos, pero cuando le llega la nostalgia llora amargamente. Y qué feo que una hija como yo vea llorar a sus padres así, que no pueda hacer nada para que ya no lloren, para calmarles su dolor. No puedo hacer nada. ¡Yo qué más quisiera! Decirles que ya lo encontraron. Pero no, y se siente muy feo verlos llorar. Hay que aguantarse, hacerte la fuerte, para que no te vean llorar.

En la familia pasaron muchas cosas. Mientras yo andaba buscando a mi hermano con mi mamá, mi marido se aprovechaba y andaba con una mujer y, a últimas, me dejó. Me dejó por otra mujer. Me fui, pero andaba con mi mamá buscando a mi hermano, mientras él se aprovechaba para verse con su amante. Y son cosas que una no tiene contempladas por más que quiera. Y me hizo mucho daño, porque a veces las mujeres cambian a los hombres: él me llegó a pegar.

Casi me mochan mi dedo, porque me lo lastimó, y todo porque lo caché con ella y me pegó. Las cosas que una viene arrastrando por todo eso... Tengo cuatro hijos, dos casados. Uno se dejó de su mujer y vive conmigo. Mis dos hijas ya están grandes. Una tiene 20 y la otra, 17. La muchacha de 20 está estudiando para enfermería, nada más le falta un año y ya se recibe, y la otra va a salir de la prepa, ya nada más le falta este año.

Yo aguanté a su papá y lo perdoné por ellas. Dije: "Ya nada más les falta un año, ya que salgan de la escuela y lo corro". Pero no aguanté. Lo encontré con la mujer en su parcela y le dije que se fuera de la casa. Y ahora yo tengo que trabajar, me tuve que buscar un trabajo. Después de que estuve 26 años casada con él y nunca trabajé, ahorita lo tengo que hacer.

Trabajo en una casa haciendo el quehacer y cuidando niños de lunes a sábado, de siete de la mañana a tres o cuatro de la tarde. Cuando salgo de ahí, me dedico a vender cosas por catálogo y en las noches espero a mi hija, porque sale a las ocho de la noche de la escuela y agarra el pasaje a las 8:20. Yo la espero en Yanga, donde vivimos. La espero en la carretera y nos vamos caminando a la casa, porque está lejitos y no alcanzamos el carro que llega hasta allá. Vamos llegando a la casa como 9:20 de la noche. Y eso es todos los días.

Mi hermana también ha sufrido. Ella estaba en el norte y se regresó para acá. Se vino con mi mamá y dejó a su marido. Su marido se divorció de ella, en Estados Unidos. Él tiene un hijo y ella tiene un hijo, así que se regresó acá con su hijo. Se buscó otro marido, pero le daba mala vida y también tenía mucho que ver eso. Hasta que reaccionó, ya se quedó calmada. Después se encontró a un buen muchacho y se embarazó y ahorita ya tuvo a la bebé y ella es la que anima un poco a mi mamá.

Mi papá siempre ha sido abarrotero, siempre ha tenido tienda allá donde viven. Viene dos veces a la semana a Córdoba a surtirse de mercancía. Se viene tempranito, sale de allá a seis de la mañana y a las tres o cuatro de la

tarde va llegando allá, bien cargado. Son cosas cansadas: hay que bajar cajas, bultos, refrescos, hay que acomodar los refrescos. Todo eso, a eso se dedica mi mamá. Así no le da tiempo de pensar tanto.

Además, están construyendo una iglesia chiquita, una galerita, ahí en la casa de mi mamá. Ella se dedica a poner los manteles, a lavarlos, a poner el micrófono, todo eso, que cuando va a la hora santa –que es cuando va a haber misa– eso también la distrae un poco. Ni tiempo le da de agarrar el celular, más que cuando ya está acostada.

Eso sí, se acuestan temprano. A las nueve o nueve y media ya están acostados, pero mi mamá luego son las 11 y todavía no se duerme. Aun así, aunque esté muy cansada, no duerme. Había días que no dormía, y dice que a veces lloraba en las noches y a veces, cuando ya estaba muy desesperada, lloraba y gritaba. Se iba a su patio y gritaba: “¡Hugo! ¿Dónde estás?”, gritaba llorando de la desesperación.

No sé cómo las autoridades, cuando va uno, le dicen que su familiar se dedicaba a algo malo, que era huachicolero, que vendía drogas. ¿Ellos cómo saben? ¿Cómo los etiquetan? ¿Cómo pueden decir eso? ¿Cómo pueden decir que eran delincuentes si no lo saben? Él era taxista, él se dedicaba a su taxi. Toda la gente lo sabe. Si le preguntaran a los vecinos, dirían que a eso se dedicaba. Los desaparecidos son personas, son seres humanos. No son bultos, no son animales, ni un número, ni nada, para que digan así.

—Mi hijo era un ser humano y no se merecía lo que le hicieron –dice mi mamá.

No se sabe de dónde eran los policías, porque son los que traía Bermúdez, y decían que ni policías eran. Nada más los agarraban, los disfrazaban de policías y ya. Todo eso salió en las noticias, todo eso salió a la luz. ¡Y quién sabe si estén todos en la cárcel!

Hay más desaparecidos en la zona; los cinco de Tierra Blanca, por ejemplo. Pero ellos desaparecieron el 11 de enero de 2016 y mi hermano desapareció el 11 de diciembre de 2015. Mi hermano, como nada más era uno solito, pues no le hicieron caso, no lo pelaron. Y estos, como eran cinco, todo el mundo hablaba de ellos: “los cinco de Tierra Blanca”. Y mi hermano, como había sido un mes antes, nadie decía: “el de Tierra Blanca”.

¿Cómo no hablaron así? En 2018 estuvimos en la Fiscalía con los papás de los cinco. Hasta dormimos con ellos allí para que nos hicieran caso también. Muchas cosas hemos hecho. Ese día nos entrevistaron. Allá había un

reportero, le hizo la entrevista a mi mamá también. Hemos hecho esas cosas y hemos andado buscando. Yo siempre ando jalando la foto de su ficha y del trofeo de fútbol. También tenemos lonas de él.

Mi mamá decía que estaba en el rancho El Limón, donde encontraron los restos de los otros. Incluso le dijo a doña Aracely que fuera, pero ya no se supo nada de los restos, ya nunca fueron a El Limón. ¡Ya no se supo nada! Mi mamá tenía esa corazonada de que a lo mejor estaba ahí y pues no...

Mi hermano también estuvo en el norte y se regresó. Tuvo una esposa allá. Tuvo un hijo con una morena también y después se juntó con ella. Se vino del norte y la dejó. La primera mujer se llama Julie. Acá llegó mi hermano y conoció a la que es ahorita su mujer y se casaron, de blanco y todo, por la iglesia. Con Julie no, solo vivieron juntos. Hasta ahorita, ella llora por él.

Lo sabemos porque tenemos contacto con ella. También le preguntamos si no andaba por allá, si no lo vio. Ella también nos ayudó en Estados Unidos. La mamá del otro niño no se sabe, no sé qué le diría ella a mi mamá. Le dijo que investigara, pero creo que le dijo que no y ella ya estaba con otra persona y ya no se supo nada del niño, pero ella todavía lo ama.

¡Qué más quisiera que dar mi testimonio! Dar a conocer, que la gente se sensibilice para que vean que este es un dolor muy grande, que no puedes controlar ni saber. Que no se burlen, que uno no nace para tener este dolor y a cualquiera le puede pasar. Nunca digas: a mí no me va a pasar. Del Colectivo hay un cortometraje y pues doña Aracely ahí anda, hace el intento por hacer que la gente vea. Hasta ahí en las marchas hemos andado. Está invitado el Colectivo pero, como se anda en eso del ADN, creo que no vamos a ir. Mi mamá quería venir pero, como mi hermana está en la cuarentena, no puede.

¡Yo qué más quisiera que encontraran a mi hermano! Un hueso tan siquiera, un rastro, algo, para que yo le diga a mi mamá que ya lo encontraron, que ya descanse, que ya viva bien, que ya duerma bien, que ya no se enferme. Ojalá Dios quiera que se encuentre algo en los cuerpos de Guadalupe y ya nos digan algo, para que yo le pueda decir a mi mamá. Yo sé que va a ser un dolor, pero al fin va a descansar.

“La justicia humana no existe, no la espero.
Lo único que quiero es encontrar a mi hija”

Sayra Anaíd Aguilar Arce
Desapareció el 1 de febrero de 2016

*Victor Manuel Aguilar Vargas,
padre de Sayra Anaíd*

MI CALVARIO COMENZÓ EL 1 DE FEBRERO DE 2016, cuando mi hija Sayra desapareció en las instalaciones de la Policía Federal, en el Puerto de Veracruz. Nunca podré olvidarla, siempre estará aquí en mi corazón y en mi mente. He de tratar de encontrar como sea a mi hija.

Ella fue una buena estudiante desde primero de primaria. Luego en la secundaria, siempre con buenas calificaciones, siempre sacando lo mejor de ella. Ya cuando se tituló de abogada, ella pensaba que las leyes eran para aplicarse como tenía que ser, de manera debida, nunca con injusticias, siempre conforme a derecho, diría ella. Todo conforme a derecho tenía que ser. Y así se fue.

Yo entiendo su profesión. Aparte de licenciada en Derecho, ella se recibió también de Criminalística. Estudió la carrera y siguió desempeñándose bien en ella. Cuando la llevaron a una prueba a Veracruz, al Semefo, se tomó una foto con todas sus compañeras. Y, ahora, ¡qué duro tener que volver ahí a buscarla! Para mí es cruel buscarla en esos lugares. Es durísimo, de verdad.

Al momento de recordar todas esas cosas, me siento impotente, me siento mal, porque no puedo encontrarla. Siempre lo he dicho: ¡tengo que en-

contrarla! ¡Tengo que encontrarla! Y creo yo que, si hay un Dios, no me está dando ninguna respuesta. ¿Y en qué me apoyo?

El 1 de febrero, día de fiesta en el puerto de Veracruz, ella estaba aquí en la casa, y me habló por teléfono a mi negocio, porque siempre teníamos una comunicación constante:

—Papá, me habló mi compañero Giovanni —se trataba de Giovanni Gerardo Sol Guevara—. Me dice que si lo puedo acompañar al puerto de Veracruz.

—Seguro vas a alguna fiesta, porque hoy es 1 de febrero, no trabajan en las oficinas —le dije yo.

—No, papá, es una cosa importante, según él me dice. Y él ahorita no tiene la credencial que lo acredita como licenciado, por eso quiere que yo lo acompañe.

—¿Pero de qué se trata? —le pregunté yo, inquieto.

—Al regreso te lo digo.

Ya le dije que fuera y todavía me atreví a pedirle que me trajera vainilla.

En la noche, llegó la mamá del licenciado Giovanni:

—Mi hijo no contesta el teléfono.

—Seguramente están ocupados o algo —le dije, al verla tan desesperada—. No se ponga así.

—Es que no contesta, y mi hijo tiene que andar siempre en comunicación con alguien.

Le hablamos a otro licenciado, Israel, que por su cuenta iba al mismo caso, pero tampoco nos respondió. A mí eso me empezó a inquietar más, y ya fue cuando me pude enterar bien de lo que estaba pasando. La mamá de Giovanni me empezó a platicar de la situación en la que estaba su hijo. Los tres iban a hablar con un detenido en las instalaciones de la Policía Federal. Fue cuando ya me empecé a preocupar en serio.

Inmediatamente fui a la Fiscalía, levanté mi denuncia y pasé por todo ese largo proceso: que la media filiación, que cómo iba vestida, que aquí la vamos a buscar. Después, al tercer día, fuimos ya al puerto de Veracruz y ahí nos encontramos a los familiares de Israel. Ya ahí nos identificamos, íbamos al mismo caso.

Y se empieza a ver el desastre. Desapareció también la familia del detenido: madre y padre, un chofer. En total fueron seis personas las desaparecidas. Así porque sí. Encontramos la camioneta de Israel en la Policía Federal; el Ford K color arena que era de Giovanni no estaba por ningún lado.

He estado pensando que tiene que haber dos líneas de investigación: una estatal y otra federal. En el ámbito federal porque intervienen policías federales, que dicen que no saben nada. Aunque sí conocían al detenido.

Mi hija no se presentó como defensora, iba acompañando a Giovanni y los policías la vieron, la identificaron, saben que efectivamente estuvo ahí. La recuerdan porque ella empezó a alegar que quería entrar, seguro se refirió a las violaciones al debido proceso del detenido. En los registros de las firmas en la PFP no está ella, porque no la dejaron entrar, pero las sábanas de llamadas así lo prueban. Ellos dicen que sí salió de ahí, aunque no hay manera de consultar las cámaras de video, porque en la Policía les dicen que no hay, que no las usan. ¿Cómo se pudieron haber ido si la camioneta estaba ahí estacionada adentro? ¿Cómo? Eso es lo que no me explico.

En cuanto al ámbito estatal, cuando llegamos a Fiscalía del estado, nos hicieron una serie de cosas horribles. Primero nos avisaron que ya tenían los datos del licenciado Israel. Nosotros teníamos información de que en la tienda Aurrerá, que está muy cerca de la PFP, se había suscitado una balacera y que habían levantado a unas personas. Lo había dicho una locutora, Maruchi Bravo. Y que ahí estaban los abogados, que ahí estaba el Ford K y que desaparecieron. Con esa certeza, llegamos con el fiscal.

—No, no puede ser. Nosotros no tenemos ninguna información, pudo haber sido un caso aislado —nos contestó.

Tanto insistimos, que el fiscal regional nos citó y nos pasó unas imágenes en la computadora.

—Efectivamente hubo una balacera —nos dijo—, pero fue algo que nada tuvo que ver con el caso.

En las imágenes ahí en la pantalla pudimos ver un zapato embalado y gotas de sangre no identificadas que habían levantado en la escena. Nos preguntaron si era de alguno de nuestros hijos. Pero el fiscal no nos dijo por qué, ni nos dio mayores detalles.

Posteriormente, el fiscal Luis Ángel Bravo nos mandó llamar. Con mucha amabilidad, con mucha inteligencia, nos decía que nos iba a resolver el caso. Tuvíamos muchas entrevistas con él, y siempre nos decía que ya tenían pruebas. Mandaba a investigar al fiscal regional, le preguntaba qué más se necesitaba, porque él conoce muy bien su profesión y sabía cómo se movían esas cosas.

Nosotros le preguntamos por qué no iban a ver al detenido, ya que su padre y su madre también estaban desaparecidos. Siempre nos contestaba

que eso también se tenía que investigar. Pero ¿lo hicieron? ¡Nunca lo hicieron! Nunca aparece esa diligencia en el expediente. Nunca consta que hayan ido a hablar con él, qué le dijeron o qué preguntas le hicieron. Nada.

Nosotros hicimos denuncia en todas partes. Fuimos a la Procuraduría, a Derechos Humanos, hablamos con el famoso Campa, cuando vino ahí al World Trade Center. Ahí yo le entregué todo lo que nosotros habíamos investigado, lo vio. A su lado estaba Luis Ángel Bravo Mena, el fiscal.

Por eso yo le entregué el expediente a Campa con temor –y era un temor fundado, luego habría de comprobarlo–. Ese día un compañero de Poza Rica que estaba junto a mí, así, cerquita, le gritó a Bravo:

—Lo que ustedes tienen que hacer es buscar. Yo ya sé quién es la persona que se llevó a mi hija, sé todo. Y ustedes no lo buscan.

¿Qué pasó con ese compañero de un colectivo de Poza Rica? ¡Lo mataron! Allá en Poza Rica, al cuarto día, lo mataron. Por eso yo entregué todo con temor fundado, porque sé en lo que estoy, porque no sé ni quién es mi enemigo, ni quién es el enemigo de mi familia. De lo que sí estoy totalmente seguro es de que no fueron delincuentes comunes, fueron delincuentes de cuello blanco, esos que ordenan, esos que tienen el alma podrida por siempre y para siempre. Los responsables de todo lo que ha pasado en nuestro estado de Veracruz.

En abril de 2016, la compañera del Colectivo nos invitó a Coatzacoalcos, a un foro de desaparecidos durante la campaña de Yunes Linares. Ahí, el candidato a gobernador pronunció unas palabras tan hermosas para todos los desaparecidos, que me llenaron de fe y de esperanza. Dijo que, en cuanto tomara posesión, iba a aparecer a todos los desaparecidos, a todos y cada uno les iba a dar seguimiento. Pero, al final de su gestión como gobernador, vi con tristeza que se abocó más a sus enemigos políticos que a lo que nos había prometido.

La Fiscalía estatal, desde el 1 de marzo de 2017, se declaró incompetente, diciendo que mandarían el caso a la PGR. La diligencia esperó mucho tiempo antes de tener la firma necesaria de las autoridades estatales. Y a mí me trajeron a las vueltas. A fines del 2018 me hablaron de la Comisión Ejecutiva de Atención a Víctimas. Me dijeron que ya iban a traer de regreso mi caso, del ámbito federal al estatal, que porque no habían encontrado evidencias claras. Yo me pregunto cuáles fueron las investigaciones que ellos hicieron, porque nosotros les llevamos un paquete con todo. Todo se lo hicimos a la Fiscalía y el fiscal del estado fue el que mandó el paquete.

Nosotros siempre dijimos que era una desaparición forzada y ellos siempre dijeron que no, que no había tal, que no tenían elementos. Después, el caso regresó al ámbito federal, gracias a la intervención del Colectivo. Se han mandado más de 150 oficios, a la Sedena, a la CNDH, hasta a la ONU. Pero ya han pasado cuatro años y no pasa nada. La mamá de Giovanni está enferma y no tienen recursos económicos. Por andar en la búsqueda, nunca se operó un tumor cerebral; tampoco puede ofrecer dinero en la ficha de búsqueda.

Hasta ahorita no he tenido ninguna amenaza. Vigilancia, sí. Hubo un tiempo que mi teléfono tenía interferencias, creo que estaba intervenido, pero hasta ahí. También ha habido intentos de extorsión. Al principio me llamaron diciendo que mi hija estaba en el norte y que necesitaba dinero para comprar el pasaje de regreso. Y le mandé una cantidad porque, cuando uno está en esta situación, no puede ni pensar. Luego me llamaron otra vez y ahí ya dije que mejor yo iba a ir a recogerla. Me colgaron.

Estamos viviendo una situación de miedo. Ya no podemos decir “con que yo me proteja”, no. No sabemos cuándo nos vaya a tocar una situación así. Pero tenemos que vivir hasta que el Creador diga.

La ausencia de mi hija nos destruyó a todos. A mi esposa a veces no la dejo venir a las actividades del Colectivo porque sé que más se agravaría su pena. Ella procura no demostrar lo que le duele, pero siempre la encuentro llorando, siempre pidiéndole a Dios que mi hija regrese. A raíz de lo que pasó, yo tuve diabetes; pero hay que seguir adelante, trabajar. Soy comerciante en carnes y tengo que seguir trabajando. Tuve tres hijas. La menor tiene 18 años, la otra ya es casada y vive aparte; mi hija mayor es comerciante también. Sayra Anaíd se dedicó más al estudio, a la preparación. Nunca la encontraba uno viendo la tele, ella lo único que hacía era leer libros.

La lectura a mí también me hace bien. Ahorita estoy leyendo un libro, *El alquimista* de Paulo Coelho. Estoy leyendo ese libro que es de ella, era su tesoro. También tenía entre sus libros *El diario de Ana Frank*; lo empezó a leer en la secundaria. Ella siempre leía ese tipo de libros, del Holocausto y todo eso. Luego nos daba unas pláticas que eran muy brillantes, llenas de información. A diferencia de sus hermanas, si había un temblor Sayra Anaíd se ponía a temblar también, se preocupaba por los demás. Mi hija la mayor podía decir: “Si tiembla o no, con que tenga yo comida me basta”. Pero Anaíd se preocupaba por los otros, por su familia. No había momento en que no me estuviera marcando al teléfono cuando había algún riesgo.

Mi hija no le hacía mal a nadie. Dejó una hija. Una niña que ahorita tiene ocho años. Con su esposo no se entendía bien y Anaíd y su hija vivían con nosotros. Ahora la niña vive con su papá, él se hace cargo, es buen padre y vemos que su familia quiere mucho a mi nieta. Ya cuando crezca, que sea mayor de edad, ella puede decidir. Nos visita con mucha frecuencia, se acuerda de su cuarto, donde tengo fotografías de mi hija.

Ella sabe que su mamá no está, su papá le ha dicho siempre que ella es una estrella, que está en el firmamento, que desde ahí la ve. Nosotros no tocamos el tema con ella, solo le hablamos de Anaíd como una mujer viva, como alguien que tal vez algún día regrese, porque esa es mi esperanza. ¡Solo Dios!

Yo veo a mis compañeras del Colectivo, con sus casos también muy duros, pero tenemos que darnos valor, tenemos que darnos fortaleza en la fe; y debemos dirigirnos a nuestro Dios interior, al que le debemos todo, y pedirselo con fuerza. La justicia humana no existe, no la espero, lo único que quiero es encontrar a mi hija.

“Somos gente de fe y Dios nos ha sostenido”

Orlando González López
Desapareció el 21 de junio de 2016

*Tayde González López
y Leonor López Castro,
hermana y madre de Orlando*

ORLANDO Y SUS OTROS DOS HERMANOS tenían un taller de pintura. No era un taller normal, porque ellos desde muy jovencitos se especializaron en pinturas exóticas, a hacer algo parecido a lo que hacen en Estados Unidos, repintados muy especiales. Ellos eran muy conocidos en la ciudad, muy trabajadores, tenían muchos clientes. Sus clientes eran de buena posición económica, porque esos trabajos de pintura eran muy especiales y también eran caros.

Así ganaron fama en la ciudad: organizaban eventos de carros, exposiciones, a beneficio de fundaciones o ellos mismos hacían sus eventos. Venían personas de Guadalajara, de México, de Puebla, y ellos también acudían a los eventos para exhibir.

Hicieron su club, llevaba el nombre del taller, Depredador. Así se llamaba: Depredador Repintado Automotriz. Incluso tenían una página de internet, pero ahorita ya no se ha alimentado más. Ahí mostraban los trabajos especiales que ellos hacían. Siempre tenían abiertas las puertas, porque era un taller de servicio. Desafortunadamente ese día nos tocó la mala suerte de que la persona a la que iban persiguiendo fue a meterse al taller.

Era Julio César Sánchez, ex alcalde de Tezonapa, con su esposa y su sobrino. Ahí se fueron a meter. El único que estaba en el taller en ese momento trabajando, porque estaba terminando un carro, era César, el hermano de Orlando. Él perdió la vida ahí, porque entraron las personas que iban persiguiendo a Julio César Sánchez, y ahí los acribillaron. La señora alcanzó a meterse a la oficina del taller, pensando que ahí se iba a resguardar con su sobrino, pero hasta allá entraron a matarlos.

Orlando estaba en la calle, en la banqueta, como a unos 20 metros de la entrada principal, porque estaban poniendo una cortina. Iban a abrir otro negocito y la estaban probando. La cerraron porque ya iban a dar las seis de la tarde y Orlando le dijo al albañil: “Ya así deja, deja, ya mañana terminamos bien de componerla”, porque le faltaba nivelarle algo. El albañil bajó la cortina y Orlando se quedó en la calle con un ayudante que tenía.

Cuento esto y pareciera que fue mucho tiempo, pero todo ocurrió en unos segundos. El muchacho que trabajaba ahí con ellos nos contó que llegaron unas personas, se bajaron del carro y les dijeron que se tiraran al piso y que no levantarán la cabeza. Quién sabe en qué momento, si él se dio cuenta o no, de que llegó otro a meterse. Eran tres o cuatro carros los que llegaron atrás de Julio César Sánchez.

Y Orlando, al oír los balazos, se levantó, porque sabía que el único que estaba ahí adentro era su hermano César. Se levantó para preguntarle a los que llegaron que qué pasaba, que qué querían. Entonces lo agarraron y lo subieron a un carro. Se llevaron a Orlando y mataron ahí a César y a las otras tres personas.

El otro hermano, Omar Lázaro, estaba dentro del nuevo local donde estaban poniendo la cortina, pintando un tanque que iban a utilizar. Al oír la balacera, salió corriendo y alcanzó a abrir el portón. Cuando los agresores lo vieron, también le dispararon. Él aventó la puerta, pero sí le alcanzaron tres balas: en el brazo, en el costado y en la pierna. Ahí quedó tirado y sin saber lo que había pasado con sus hermanos.

Mi madre cuenta su versión así:

“Yo abrí la puerta cuando la balacera y me fui a meter allá. Llevaba yo a los delincuentes adelante. Lo que hice fue regresarme y cerrar la puerta. Ni siquiera se dieron cuenta que iba yo detrás de ellos, lo que hice fue irme al altar y decirle a mi señor: ‘¿Por qué te fuiste? ¿Por qué no estabas aquí en este momento? ¿Por qué nos dejaste? Si tú hubieras estado, no hubiera pasado

esto'. Yo estaba ahí, reclamándole y después pensé: '¡Mira, Dios mío, lo que estoy haciendo! Te entrego sus almas, porque ya me mataron a todos mis hijos'. Yo pensé que eran los tres los que estaban ahí. Y mi perrito se daba de vueltas alrededor de mí y pelaba los ojotes, y yo lo abracé y le dije: 'Vente, vamos a sentarnos aquí para ver a qué hora se abre la puerta y nos acaban a nosotros'. Y ahí me senté con mi perro. Ya cuando terminó la balacera, abrí la puerta y fui a ver el tendedero de gente. Pero yo sin una lágrima, como que estaba yo ida, no sé, no me sentía yo misma. No sentía nada en ese momento. Cuando salí a la calle, vi todo desierto: ni una persona. Luego vi venir a mi hijo y lo regañé:

—¿Dónde andas? ¡Mira a tus hermanos!

—Nada más es uno.

—¿Y por qué están dos ahí?

—Este es el que entró y este otro es tu hijo.

"Estaba tiradito, con dos hoyotes así negros en su espalda, y entonces fue cuando empecé a llorar. Luego llegaron los de la policía estatal y salí a gritarles que ellos habían sido:

—¡Ustedes fueron! Porque los hombres que entraron aquí venían vestidos como ustedes.

"No me contestaron nada. Yo seguí gritando:

—¡Mátenme a mí también! ¡Mátenme! ¡Ya para qué estoy aquí? ¡Ahhh, pero así como me ven a mí, así los van a ver un día a ustedes! ¡Malditos! Sus hijos van a comer con sangre. Así se los van a entregar un día, estas lágrimas que ven en mí las van a recoger ustedes, porque sepan que yo soy mujer de oración y todos somos creyentes.

"Cuando levanté la cara, vi el montón de gente. Toda la colonia estaba ahí y me dio pena, pensé el ridículo que hice: grité lo que no debí de haber gritado. Fui a ver a mi hijo, estaban mis vecinas ahí conmigo, les dije:

—Háblenle al padre, díganle que me haga una oración, porque me acaban de matar a mis hijos, díganle que no venga, que no venga, que desde allá haga oración por nosotros.

"Pero cuando acordé, él ya estaba ahí, los fue a bendecir. Yo lo único que alcancé fue a darle la bendición hasta al que no era mi hijo. Luego me senté en mi sillón y entré en *shock*. Cuando llegaron los de la Cruz Roja, me dijo la señora:

—Está usted al borde de un infarto, ¡vámonos!

—¿Por qué me voy a ir? ¿Qué no ve lo que tengo ahí tirado? Yo no me retiro de aquí. ¿Trae ahí una pastilla, una inyección, algo? ¿No? ¿Entonces qué quiere? ¡Váyase! ¡Para qué la quiero aquí?

”Y sí se fue, pero ya en ese momento ya había llegado mi hija. También se puso muy mal, también se la querían llevar, pero no nos fuimos. Porque los estatales se querían llevar los cuerpos y ella les dijo que no, que ellos no. Les habló a los marinos. Yo no me había dado cuenta que mi otro hijo estaba lleno de sangre, estaba todo lleno de sangre y así andaba. Dijo que fue a seguir a los hombres para saber por dónde se habían ido cuando se llevaron a su hermano. Los de la Cruz Roja se lo querían llevar al doctor, pero yo no los dejé. Llegaron unos amigos y ellos se llevaron a Omar al doctor”.

Mi madre siempre dijo que eran los estatales, pero no lo sabemos a ciencia cierta. No lo podemos afirmar, porque no tenemos la evidencia. Si tuviéramos la evidencia, sería otra cosa. No sabemos realmente quiénes fueron. El porqué sí lo sabemos: por el señor Julio César, a quien venían persiguiendo. Tal vez tomaron a mi hermano para llevárselo porque los había visto. No sabemos qué pasó.

Ahí se acabó la historia. No solo acabaron con la vida de César, acabaron con la vida de todos, porque ha sido un proceso no nada más de dolor, sino también de sacar adelante a las familias que se quedaron. Los tres estaban casados, tenían hijos. César, al que mataron ahí, dejó tres hijos: la más grandecita tiene nueve años, tiene un niño de ocho años y el otro ya tiene tres.

Orlando, el que está desaparecido, tiene dos hijos; ayer, precisamente, su hijo cumplió 15 años. Tiene otro hermanito que tiene 10 años. Y su esposa se quedó embarazada ¡y él no lo supo! Tuvo gemelas, con toda la cara de los dos hermanos. Las gemelas van a cumplir apenas dos años. Cuando él desapareció, exactamente al mes, ella se dio cuenta de que estaba embarazada y pensaba que se sentía mal por lo mismo, porque el doctor ya les había dicho que no iban a tener más hijos.

Desde que su hijo tenía cuatro años, el doctor les dijo que ya no iban a tener más hijos, porque tenía problemas hormonales. Que ya había terminado de ovular, a pesar de que tenía 28 años, que era como si estuviera ya en la menopausia. Pero cuando fue al doctor, resultó que estaba embarazada y que serían gemelos.

Tuvimos sentimientos encontrados de alegría, tristeza y preocupación, porque hay que sacarlos adelante, y además ella se había puesto muy mal

con los otros dos niños; gravísima. Y si con uno se veía mal, ¡ahora con dos! No fue un embarazo fácil.

Aparte, los ministeriales no nos dejaban. Iban a casa de la muchacha. Hasta que tuvimos que hablar para que no la molestaran, que vieran cualquier cosa con nosotros, porque ella no estaba en condiciones. Le dio preclampsia, porque la fue a ver un ministerial. Cuando el policía fue con nosotros, le dijo mi madre:

—¿Por qué fue a ver a mi nuera? ¿Ve usted que está enferma? Está embarazada y ahorita está en cama, todo a raíz de que usted la fue a visitar, pues ella está con la esperanza de que le lleve una noticia y ¡usted con sus preguntas! Qué, ¿usted no tiene mamá? ¿No tiene sentimientos? ¿No es usted papá? Yo creo que debe de haber una ley que ampare a la mujer, porque ella es muy delicada y ya la pusieron en cama. Está bien hinchada. Yo sí me voy a quejar si le pasa algo, porque usted no tenía por qué ir allá. Aquí pasó todo, y aquí tiene usted que arreglar las cosas. ¿Qué es lo que busca? Nosotros no debemos nada. Yo estaba aquí en el momento, aquí está mi tienda y del otro lado el taller. Si fuéramos delincuentes ellos me habrían dado aunque sea una pistola, porque ya sabrían en lo que andaban.

Omar tiene una hija y ahí vamos levantando. Tardamos en levantar el taller otra vez, teníamos un proyecto entre los cuatro hermanos, porque siempre hemos sido unidos, fuimos unidos: lo mío es de ellos y lo de ellos era mío. Yo les daba o ellos me daban y ahí estábamos. Logramos abrir un negocio hace un año y ahí vamos, luchando para poder sacar a estos niños adelante, porque ahorita es lo que nos interesa más.

Decidimos ya no continuar con las exigencias porque hay muchas cuestiones ahí detrás de todo esto, lo hemos vivido. Los hechos de violencia que ocurrieron aquí en Orizaba en estos días son el reflejo de lo que está pasando. No hay más. Por eso opta uno por guardar silencio, se conforma uno con que le dejen la vida para poder seguir luchando por los que se quedan. Porque no nada más es luchar por él: es una incertidumbre que se tiene de día, de noche, despertar y preguntar.

Ayer le hicimos una convivencia al hijo de Orlando por su cumpleaños, y no es una alegría completa: a ellos le cambió la vida. Mis hermanos siempre fueron hombres muy dedicados a su casa, a su familia, siempre trabajando. Sus amigos les decían: “Mejor nosotros venimos a buscarlos porque ellos nunca tienen tiempo”. Y el taller siempre estaba lleno. Gracias a Dios

ese día se acababan de ir unos muchachos, porque cuando no llegaban unos con el desayuno, otros llegaban con comida. Siempre estaba lleno de muchachos que los iban a visitar.

Yo siempre les decía “¡Ay, hermanos!”, porque daba la una, daban las dos de la mañana y ahí seguían trabajando. El taller está al lado de la casa donde vivimos, y yo oía las risas en el taller. Yo les decía:

—Mmmmh, si ustedes cobraran por entretener a la gente, serían ya millonarios.

O le decía yo a mi mamá:

—¡Óyelos!, ahorita están a las risas y luego en la noche es la una o dos de la mañana y apenas van terminando de trabajar, porque se sentaron a platicar.

Ahí en ese taller siempre había risas, siempre. Por eso yo digo: no tenemos por qué agachar la cabeza, y cuando nos iban a ver los de la policía para preguntar –porque querían que nosotros les dijéramos cosas– yo les decía:

—Si nosotros supiéramos que ellos debían algo, en ese mismo instante nos hubiéramos ido todos. Pero aquí estamos, porque no le debemos nada a nadie; al contrario, muy al contrario.

Hace un tiempo hubo un evento en la Volkswagen, en Córdoba, y uno de los clientes anotó su coche y contó su historia. Escogieron su carro para exhibirlo y él dijo que era en honor a ellos, por el trabajo que siempre han hecho.

Los cuatro nos hemos caracterizado por nuestro trabajo, por nuestro servicio. Yo he sido servidora pública muchos años y donde quiera me conocen. Por eso nos preguntamos: ¿por qué a nosotros, si hemos sido gente de bien? Hemos dado más de lo que hemos recibido.

Lo que vivimos es algo que no tiene nombre, porque el único pecado que cometieron mis hermanos fue haber tenido abierto el lugar. ¿Cómo le hace uno con los talleres y lugares que dan servicio? Si tiene uno cerrado, piensan mal: “¿Por qué trabajan a puerta cerrada?”

Los talleres no tienen garantía, puede llegar quien sea. Uno no puede estar investigando a sus clientes o a la gente que llega. Aun así, ellos tenían ahí su hoja de servicio, tomaban datos y siempre tenían precaución, checaban los carros que llegaban, para saber. Tenemos todo el archivo de los clientes, no hay nada que esconder. Por eso nos preguntamos: ¿dónde y por qué se lo llevaron? ¿Por qué nos lo quitaron? No sabemos nada. Eso es lo

peor, pues llega uno a agradecer cuando los dejan por ahí tirados, en vez de estar con esta incertidumbre todos los días, a cada rato, a cada momento.

Y de las investigaciones no ha salido nada. Y si los primeros días no hicieron nada, después ya es muy difícil saber. Ellos nos preguntaban dónde estaba mi hermano pero, si supiéramos dónde está, a lo mejor hubiéramos hecho algo, sin esperarlos a ellos. Fue ponernos al acecho, porque las primeras versiones que se manejaban en las redes eran que ahí teníamos secuestrada a una persona y que por eso había sido la balacera. Pero todo fue porque el señor se metió al taller. Mucha gente nos ha dicho que lo venían persiguiendo, y sí, porque la camioneta quedó parada en la esquina y ahí la fueron a rafaguear. Nosotros imaginamos que él se paró atrás de mi hermano, por la posición en la que quedaron los cuerpos.

Ya nos tomaron muestras de ADN. Fui dos veces porque nos dijeron que la primera vez nada más había sido una farsa. La esperanza es que estén por ahí en algún lugar. Yo me imagino que lo tengan ahí por ahí trabajando, y que algún día nos lo regresen. Tenía 36 años.

Yo siempre permanezco con mi teléfono prendido de día y de noche, siempre con la esperanza, porque mi número tiene muchísimos años y ellos se lo sabían. Aunque no conozca los números, yo siempre contesto, por tener la esperanza de que algún día él aparezca. Y esas personas, sin duda alguna, creo que están al tanto de nosotros, saben que somos gente de trabajo y no hay más. Con las denuncias, nosotros no pedimos nada, lo único que queremos es que nos regresen a Orlando.

Somos parte del Colectivo de la señora Aracely y vamos a las actividades. No hemos ido a buscar en las fosas porque se tiene que tener una capacitación. Yo, que soy su hermana, soy la que voy cuando hay algo, porque luego mi madre, por su salud, no puede; su esposa tampoco, por las niñas. Si hay que ir, voy yo con la señora Aracely a Xalapa, luego a Córdoba. Hacemos lo que podemos, porque ¿dónde buscamos? ¿Qué hacemos? ¿En dónde?

Uno confía en que las autoridades deben hacer su trabajo, pero también sé que ya somos tantos, que medio siguen un caso y siguen otro, y ya aparecieron más, y ya no se dan abasto, ya no hay seguimiento.

Nosotros no hemos tenido terapia. Nosotros siempre hemos sido gente de fe, hemos participado los cuatro en la iglesia católica desde chicos. Incluso Orlando era adorador nocturno, le tocaba a las dos de la mañana. De dos

a tres hacía su oración en el Sagrario. Creo que esa fe es la que nos ha sostenido, la que nos ha permitido sobrellevar el dolor, ir sanando interiormente.

Mis hermanos se llevaban con muchos sacerdotes. Una vez cerraron el taller casi por tres meses, porque anduvieron trayendo las reliquias de monseñor Guízar y Valencia. El padre les pidió que lo acompañaran a Xalapa y allá se las entregaron. Recorrieron con las reliquias toda la diócesis de Córdoba, incluidas las faldas del volcán. Se iban a las dos, tres de la mañana, cuando les tocaba subir al volcán.

Mi madre tiene más de 33 años de ser catequista, dar pláticas de todo tipo en la iglesia. Fue ministro de la eucaristía, visitando enfermos, y personas, a veces, como nosotros, a las que les pasan cosas. El padre le dijo:

—Te tocaba, porque tú ya viviste la experiencia y tú pareces un roble: fuerte.

—No crea —le respondía mi madre—, por dentro a veces me muero, pues mis hijos eran mi vida.

Pero ahí se va, mi madre, a visitar a las personas, a darles consuelo, a animarlos y a rezar con ellos. Todo eso nos ha dado fuerza para seguir adelante, viendo también a los niños, haciéndonos fuertes delante de ellos, aconsejándolos, para que ellos no se pierdan, porque vemos que también para ellos es difícil, porque a veces abrazan a mi madre y le dicen:

—Abuelita, ¿y tú no extrañas a mi papá?

—¡Ay, hijo!, cómo crees que no. Mira, tú pídele a Dios que te dé mucha fuerza, porque Dios nos la da. Sufre, pero confórmate y vive tu fe, y ten la esperanza en que tu papá un día va a llegar, un día va a llegar y, si no, si no llega, entrégaselo a Dios, dile que lo pones en sus manos, pero a la vez que te dé fuerza para entender las cosas. Y tú juega, estudia y trata de ser bueno, porque ustedes serán el orgullo de tu papá.

Orlando llevaba medalla de excelencia en su escuela y César también sacaba siempre los primeros lugares. Orlando siempre se desvivía por su estudio. A las cinco de la mañana estaba en un rancho sembrando flores, regándolas, arreglándolo bonito. Ese lugar es muy hermoso. Tenía un lago con peces, criaba carpas Koi, y así empezaron a hacer lagos ornamentales. Le crecían mucho los pecesotes, ¡hasta tiburones tenía! A las nueve, diez de la mañana, salía de ahí y se venía para el taller.

—Y todo ese esfuerzo era por ustedes —les dice mi mamá—. Así que ustedes tienen que salir adelante, siempre portándose bien y siendo buenos estudiantes, porque eso a él le gustaba, por eso él se esforzaba en trabajar por ustedes.

Los muchachos llevaban a mi madre a surtir su tiendita de ropa a México cada dos o tres meses y, si ella le veía a Orlando su carterita, que casi siempre andaba vacía, le decía:

—Ten, hijo, échale a tu cartera, mira cómo anda, vacía.

—No, mami, eso lo trabajas tú y es para ti.

Le daba unos doscientos, trescientos pesos.

—Porque vas a las reuniones y, si a ti te tocan los refrescos, ¿cómo vas a decir “no traigo”? Ten, pero eso es para ti; tráetelo ahí en tu cartera. Si no lo gastas, ahí tráetelo.

La tiendita de mi madre estaba bien llena, pero ahora está vacía, ya no tiene quién la lleve; el otro hijo no se da abasto, trabaja duro también para ayudarle, y entre los dos ahí van sacándola adelante.

Yo soy bióloga y trabajo, tiene tiempo ya; 26 años trabajando en Medio Ambiente. Y a mis hermanos también les gustaba mucho la naturaleza, mi hermano todavía cultiva peces. Ellos eran de irse al monte, al campo. Luego cada año colectaban cobijas o ropa de frío y se iban al volcán a entregar las prendas o buscaban dulces. O luego la misma gente les decía: “Ustedes que les gusta subir y llevar, les voy a traer esto”. Y traían dulces o ropa, cobijas, y se iban con las motos a entregar las cosas a la sierra, allá al volcán, y tomaban fotos y se las daban a la gente que ayudaban para que vieran que entregaban las cosas.

Entonces, uno se pregunta ¿por qué?, si su vida fue de hacer el bien. Mi hermano Orlando presentó examen al Tecnológico de Orizaba y a la Universidad Veracruzana para Ingeniería Mecánica. Pasó el examen en los dos lados pero, como veía las necesidades de la casa, no se inscribió en ninguno. Decidió que iba a trabajar y decidió con Omar poner el tallercito. Fueron a Estados Unidos a tomar cursos. Entre ellos armaron el taller, porque todo lo hacían ellos mismos: hacían las puertas, echaban el piso, se ahorran la mano de obra. Únicamente compraban los materiales.

César, el que murió, estudió Derecho, pero nunca ejerció su carrera, se quedó ahí trabajando con ellos en el taller. Su vida fue muy buena, yo puedo decir que todo el mundo los recuerda, todos los vecinos de ahí de la colonia dicen: “Se acabó la alegría”, porque ellos siempre participaban en todo, tenían que ver en todas las cosas. Si les iban a pedir ayuda, ellos los ayudaban. Hubo cosas que nosotros ni nos enteramos que ellos hacían por los demás, hasta que faltaron; entonces la gente llegó a contarnos. Por ejemplo, cuando

había una fiesta de niños y no había diversión, ellos se vestían de payasos y hacían el *show*.

Siempre estuvieron pendientes de nuestra madre. Como trabajan ahí junto, a cada ratito iban a preguntar:

—Madre, ¿cómo estás?

—Aquí estoy apurándome para que coman.

—No dejes sola la tienda, te van a robar.

—¡Ah! ¿Qué tanto se pueden llevar? Que se lleven una camisa o un suéter, pero tengo que hacer de comer.

—¿Por qué no buscas quien te ayude?

—No, porque se va el dinero.

Y corría ella a la tienda y a hacer de comer y así andaba, de allá para acá. Cuando ellos querían comer, ella cerraba y entraban a comer. Siempre, aunque estaban casados, comieron ahí con mi madre. Las esposas también. Una de las tres se fue para allá con mi madre. Llegaba temprano y decía:

—Es que a su hijo no le gusta cómo le hago de comer.

—Pues dile que se aguante, ¿para qué se quiere casar?

—No, mejor me vengo para acá con usted, para que aprenda yo cómo hace usted de comer.

Y ya ahí se estaba con ella. Se iba hasta en la noche, hasta en la tarde. Siempre estuvimos ahí y sin problema, siempre unidos.

Ahora ellas ahí están con sus hijos. Sin duda alguna, la que quedó ya sola, algún día tiene que rehacer su vida, es una muchacha joven y ella sabrá qué va a hacer. Nosotros ahí no podemos opinar más, solo decir que estaremos, como siempre le hemos dicho, siempre pendientes de los niños, porque son de nosotros, nos duelen. Siempre le digo: “A nadie le van a doler más esos niños que a nosotros”. Porque en ellos vemos a mis hermanos, ahí están ellos siempre, recordándonos su presencia.

Creo que, sin duda alguna, en medio de todas las cosas, Dios nos ha sostenido, porque no hemos ido al psicólogo, aunque nos lo han ofrecido. Siento que no lo hemos necesitado porque, en medio de nuestro dolor, nos sostenemos.

Los psicólogos sí han ayudado a los niños en la escuela, porque a uno de ellos le ha costado mucho. Su papá es el que no aparece y siempre se cuestiona. Si lo asimila, pero trae este dolor adentro. Cuando es Día del Padre, ellos se sienten mal, porque hacen un evento en la escuela y van los papás, y

los papás de ellos no pueden ir. Entonces no quieren ir, aunque les decimos que nosotros vamos con ellos. Cada cumpleaños o el día de Reyes, les piden que les traigan a su papá. Ellos van a escuela religiosa y se preguntan:

—Tú me dices que Dios me oye, ¿entonces por qué no me responde?

Son preguntas difíciles de contestar.

Palabras finales

Al participar en este proyecto, sentimos algo muy especial, ya que la memoria de Orlando, parte de lo que es como persona, lo conocerán quienes lean este libro, ya que es muy importante que se enteren que él es un persona de bien, que jamás pensó en hacer daño a nadie, y sentimos orgullo de poder compartir nuestro sentir, nuestro dolor y también esperanza. Deseamos que algún día él pueda leer este libro, que sepa que en ningún momento de nuestra vida hemos dejado de pensar en él, que lo amamos y lo esperamos. Pensamos que es una oportunidad de decir nuestra verdad, por lo que agradecemos profundamente la dedicación y el tiempo para escucharnos. Agradecemos las lágrimas derramadas con cada uno de nosotros, al conocer nuestras historia. A través de nosotros, más personas conocerán a los nuestros, a quienes día y noche viven en nuestro pensamiento. Gracias por sumarse a nuestro dolor y hacerlo visible a los demás.

“Fue el dolor más grande del mundo”

Antonio de Jesús Martínez Mora
Desapareció el 19 de enero de 2017

*María del Carmen Mora Oseguera,
madre de Antonio de Jesús*

FUE EL DOLOR MÁS GRANDE DEL MUNDO y lo sigue siendo. Me mataron en vida al quitarme a mi hijo. El dolor más grande del mundo sería enterrar un cuerpo que ya ni reconozco, porque no es posible. Lo que más se ama es un hijo, por eso yo le pido a Dios que me permita vivir hasta encontrarlo.

Así como amo a mi hijo, me duele ver el dolor de tantas madres, me duele ver todo lo que está haciendo el ser humano que no debería ser: acabar con personas tan buenas, con niños chiquitos, que nada más se iban a trabajar y ya no regresan. Me duele ver a las madres llorando, buscando hasta debajo de las piedras y no hay quien le ayude a uno a encontrarlos ni a buscarlos.

En ese momento todas las puertas se cierran, las únicas puertas que hemos visto abiertas son las de Aracely. De ahí en fuera, todas están cerradas. La Fiscalía hasta el día de hoy no ha dicho una sola verdad. Fue hace más de tres años, pero para mí son siglos, y el fiscal sigue diciendo: “Espérese”. Vi a Yunes, el gobernador de entonces, dos veces, y prometió mucho: que iba a mandar helicópteros y todo. Nunca mandaron nada. Yo no tengo abogado, no tengo a nadie que me ayude, solo Aracely, que anda a las vueltas para allá y para acá conmigo. Y mi Dios, porque él no me deja y confío en

que cubra a mi hijo con sus alas preciosas de ángel y pueda regresar vivo y pueda decir quién le hizo esto.

Me he consumido poco a poco. Prefiero buscar a mi hijo que ir a buscar un plato de comida y comer. Todos me dicen: “Te vas a morir”. Sí, me voy a morir, pero antes de morirme voy a encontrarlo, para volverlo a abrazar y, si él me puede hablar, que me diga como me decía: “Lolita”. Él me decía así porque le gustaba cómo cantaba Lola Beltrán. Ahora quiero volver a oír esa voz que me diga: “Mi Lolita, aquí está tu niño, mi Lolita”.

Él es mi niño y yo soy su mamá. Él y mi niña son los únicos hijos que tengo. Fui madre y padre para ellos. Él dejó un bebé; en ese tiempo tenía 11 meses, ahorita tiene cuatro años. Yo, a mis 62 años, trabajo para poder seguir buscando a mi hijo y ayudando en lo que pueda a mi nuera, para poder ver a mi bebé y no dejarlo nunca.

Yo vivía con mi hijo, su esposa y su niño, en un cuartito. Cuando a él se lo llevaron, estuvimos viviendo juntas la muchacha y yo todavía tres meses, pero la mamá la convenció de irse con ella. Le dije que se llevara lo que había. Nomás me quise quedar con la cama y me compré una estufa de mesa para poder quedarme. Me quedaban recuerdos muy grandes, por eso no me quería ir, porque pensaba que mi hijo ahí iba a regresar. A veces mi nuera iba y se quedaba hasta una semana conmigo, y mi hija estaba al pendiente de mí como podía. Ahora ya me cambié a otro lugar más cerca de mi hija.

Mi hijo no quería que yo trabajara, porque tengo una osteoporosis muy fuerte. Pero tuve que volver a hacerlo, para ayudar a mi nuera con despena y pagar un cuartito y sobrevivir. Porque esto ya es sobrevivir, con este dolor que traigo. Llorar a diario porque una ya no tiene ganas de vivir. Vive una con la ilusión de encontrarlos nada más, de ver a los hijos que le quedan vivos y de volver a verlos a ellos, los que desaparecieron, vivos también.

Tengo diploma de Enfermería, pongo un suerito de vez en cuando, inyector de vez en cuando porque, a mi edad, ya no me dan trabajo. Con eso levanté a mis hijos, poniendo sueros e inyectando, cuidando enfermos. Con eso ayudé a mi hijo en lo poquito que podía con su niño, porque le pagaban una miseria allá arriba y jencima exponer su vida todavía! Y así me ganaba siquiera 200 o 300 pesos para aportar un poco más a la casa.

Pero, desde el día que él se perdió, ya no tengo deseos de hacer nada. A veces me llaman las señoras a lavar o a poner un suero y les digo:

—No tengo ganas. Si desean, voy mañana o pasado mañana.

A veces me acuesto a dormir y no me levanto en todo el día, de la depresión tan fuerte que traigo. También trabajo haciendo labores de casa para poderme ayudar. La osteoporosis que tengo ya es muy fuerte; a veces ya no puedo trabajar, se me empiezan a hinchar las articulaciones. Pero todo lo hago por mi hijo. Así le hablo:

—Tú lucha por levantarte, así voy a luchar por encontrarte a ti, por seguir viendo a tu hermanita y a tus sobrinas.

Mi hijo fue secuestrado junto con tres policías. Él era el más chico de todos. Subieron a la comunidad de Loma Grande, donde supuestamente había un atropellado. Les mintieron, eran dos que habían matado. Ellos iban apenas a acordonar la zona cuando unas camionetas blancas les rodearon los carros; los agarraron a golpes y se los llevaron. Dicen unos que se los llevaron, otros dicen que no, que los mataron. No se sabe en realidad. Hay testigos que dicen que se los llevaron a punta de cachazos. Yo pienso que todo eso es verdad, porque en la patrulla de Protección Civil había un balazo en la puerta y sangre en el asiento del conductor. Estaban sus papeles con gotas de sangre, sus lentes rotos, su plato de comida tirado, batido. No se sabe de qué grupo eran.

Nosotras empezamos a ir a buscarlo, las señoras y yo allá arriba. Nosotras subimos muchas veces. Ahora voy yo solita. Dizque solita, pero me cubre Dios. He llegado a cuevas que nadie ha llegado, he levantado cosas que deja la gente guardadas en lugares ocultos buscando a mi hijo. Y yo le digo:

—Si te llego a encontrar, aunque sea tus huesos, ¡qué bueno que alguien te analizara para abrazarte y quedarme abrazada ahí ya! Ya no tendría caso salir de aquí, pero sé que tu hermanita me necesita, tu niño, tu bebé.

Quien vea bien su rostro, que me diga si cree que él puede hacerle daño a alguien. Él fue a salvar una vida. Por salvar esa vida ya no regresó, ni él ni los policías. Las esposas, las madres de ellos también están en el Colectivo, pero no vienen, porque todas viven lejos y no siempre tienen recursos, las pobrecitas. Yo vivo más cerca y a todo lo que me dice la señora Chely, yo voy.

Al principio nunca me amenazó nadie. Si me han llamado pero, cuando contesto, no hablan, me cuelgan. Me tomaban muchas fotos, de frente. Me seguían y, a donde me encontraran, me sacaban el celular y ahí está la foto. Hasta que me hartaron. Les dije:

—¿Qué? ¿Soy muy fotogénica? ¿No te sirvió esa? Tómame otra.

¡Salían hasta corriendo! A veces me seguía una pareja, un señor, otras veces dos muchachos.

Ahí arriba se dicen cosas de cómo fue que los agarraron a ellos. Dicen que hace tres años tenían agarrado a *el Delta*, un señor que era el director de Protección Civil y comandante de policía, y a un hijo y un sobrino del entonces presidente municipal de Mariano Escobedo. Dicen que, para dejarlos libres, les deben haber pedido que alguien se quedara en su lugar y ellos se cambiaron por los policías y mi hijo. Por eso se los llevaron. ¿Por qué ellos, si no le fueron a hacer mal a nadie?

A *el Delta* no lo habían interrogado que porque tenía una embolia. Después de un tiempo, lo trajeron a declarar a la Fiscalía. Y cuando lo vi, me pregunté: ¿cuándo se ha visto a un policía con una embolia en esas condiciones? Me quiso dar la mano y le pregunté:

—¿Usted quién es?

—Yo soy Aurelio Avendaño, apodado *el Delta*, el director de Protección Civil y comandante de policía, ¿Nunca le habló Toñito de mí?

—¿Él qué tenía que hablar conmigo de usted? Ese era su trabajo, él y yo de usted jamás hablamos.

Cuando me dijo que tenía una embolia y por eso no había ido a declarar, le dije:

—¿Cómo una embolia? Con una embolia a la gente se le va la boca chueca, los ojos chuecos, no puede caminar...

Él estaba con el ojo morado, la boca rota, las costillas lastimadas y eso no es una embolia.

—Para mí que usted hizo un intercambio: mi hijo y los señores por usted y ¡quién sabe cuántos más!

Se me quedó viendo, hasta cambió de color. Me dijo:

—Señora, no haga eso.

—¿Lo está oyendo, señor fiscal? —dije—. Está viendo los síntomas del señor, yo estoy viendo los síntomas, lo que ustedes no hayan visto lo estoy viendo yo.

Mi hijo sí me había hablado de *el Delta*. El día que se lo llevaron, me llamó por teléfono y me dijo que no había comido porque había estado en un servicio. Tuvo que colgar, porque la operadora de Protección Civil reportó un accidente en Loma Grande.

—Pero ¿en qué vamos? la ambulancia está toda quemada, huele muy feo, está echando humo —oí decir a mi hijo.

Se fueron en una patrulla. Yo le dije que comiera antes y él me respondió:

—No, mamita, porque si hacemos eso y no vamos rápido, *el Delta* nos va a correr, porque es canijo, tiene su carácter. Nos dice: “Ustedes fallan en algo y los corro. Un día que no vayan a trabajar y les quito una quincena”.

El día que conocí a *el Delta*, el fiscal le dijo que se quedara a declarar, porque no habían notado lo que yo les hice ver. ¡Qué coraje me agarró a mí ese hombre! Estaba más claro que el agua.

Un día estábamos en Mariano Escobedo y, como a las tres de la tarde, vimos cómo iban subiendo los convoys de la Marina. Ya me habían dicho que iban a tardar en subir, que iban a regresar como a las seis o siete. Entonces llegó *el Delta* y se puso a platicar con ellos. La subida hasta Loma Grande desde Mariano Escobedo toma una hora de ida y otra hora de vuelta. Pues en 10 minutos subieron y bajaron. Cuando *el Delta* agarró su camioneta para irse, yo me les paré a media calle y les dije:

—Es una hora, porque yo he ido con todas las señoras. No una, ¡miles de veces!, y es una hora de subida y una hora de bajada.

—¿Caminando? —me preguntó él.

—No, en camión. Porque si nos vamos caminando no llegamos en todo el día; así que, señores, a mí no me engañan.

—Entonces, ¿usted qué quiere? ¿Qué busca? ¿Dinero?

—No, yo quiero a mi hijo. Ni todo el oro del mundo pagaría la vida de mi hijo.

Ya desde antes le había rechazado dinero al presidente municipal de Mariano Escobedo, cuando nos ofreció quince mil pesos para que dejáramos de hacer marchas frente al Palacio de Gobierno.

Y a los de la Marina les dije:

—¿Ustedes también me van a cuentea? Nos hemos ido en camión y demoramos una hora para llegar nada más a Loma Grande. No nada más yo he ido ahí, nos hemos ido todas hasta Paso Carreta, Paso Ganado, toda la salida hasta Puebla. Así que díganme si nos pueden cuentea.

Me dijeron que ya habían subido hasta La Perla, pero que había muchos hombres en la entrada y que no los dejaron subir más arriba. Y a La Perla si son 10 minutos. Ni siquiera llegaron a donde se sube a Loma Grande.

La última vez que subí, hablé con la señora que está ahí en la Conasupo y me dijo que, cuando se perdió su papá, agarró el teléfono de su mamá y le marcó a su papá y le contestó un fulano. Una de las señoras, más joven, le

quitó el teléfono y empezó a hablar ella; se hizo pasar por otra cosa, le mandó una foto equis y le pidió una foto a él. Empezó a enamorarlo y a sacarle información. Era un huachicolero que andaba con drogas y alcohol. Él le mandó una foto en una camioneta blanca con dos botes de huachicol a los lados. En la foto se ve un patio grandote y atrás un portón gris.

Yo así había soñado a mi hijo: en un patio grandote con un portón. Estaba amarrado, encadenado de una pierna hasta acá y la cadena en la pierna y en la cintura. Soñé que pasaba un fulano y le daba una patada y pasaba otro y le jalaba el pelo y él se persignaba y empezaba a rezar, porque es muy cristiano, siempre andaba buscando a Dios.

Nunca se supo dónde fue eso porque, cuando fueron a declarar a Córdoba, le quitaron el teléfono a la señora. Ya no la dejaron hablar a ella, pusieron a una mujer policía a que hablara. Claro que el hombre oyó otra voz y ya no volvió a hablar. Lo hicieron con alevosía y ventaja para poderles dar chance que se fueran. Ahora ese fulano que habló anda perdido. Se ve que lo sacaron del grupo, porque yo lo he visto, anda perdido: se cae en las banquetas, todo drogado, todo borracho. Tenían que sacar un acta para que lo fueran a levantar y hacerlo hablar. Fui a Córdoba, hasta el regidor fue a hablar conmigo. Sale con que “mamita”.

—A mí no me haga el cuento de que “mamita”. Quiero hechos, no palabras. Las palabras no me engordan, ya hasta me enflacaron más. Les cueste lo que les cueste, porque si yo, siendo mujer y sin traer una pistola, me he ido a meter a donde ustedes no saben, es por eso que si les digo que el fulano está ahí, es porque está el fulano ahí, el que habló la primera vez.

—Pero, ¿ya para qué lo queremos si anda así?

—Pues tráiganlo, desintoxíquenlo y háganlo que hable. Es la única persona que puede hablar, así que háganlo o voy a tener que hablar con sus jefes. A ver qué hacen con ustedes que no sirven para nada.

Se levantó el acta, dijeron que lo iban a recoger y meter al hospital, pero tampoco lo hicieron. Me dijeron que ya lo habían agarrado y que lo tenían en un hospital de Río Blanco. Pero, cuando fui ahí, me enteré que nunca estuvo internado.

Al terminar la prepa, mi hijo me dijo:

—Me fui a apuntar al ejército, pero sin tu permiso no puedo. Tienes que firmar.

—No, no te dejo. ¡Cómo crees! —le respondí.

—Por favor, mamita, te lo pido por favor. Quiero ser doctor y no puedes pagarme la escuela. Me voy allá porque me van a ayudar para ser doctor y te prometo que voy a regresar y te voy a llevar a vivir conmigo a ti y a mi hermanita.

Demoró seis años, pero regresó.

—Mira, mamita, lo que te prometí. No fui doctor, pero traigo el certificado de paramédico.

No había ejercido su profesión. Trabajó en Veracruz, en Panamericana; después se regresó conmigo porque hubo bajas en la empresa. Cuando se vino para acá, me decía:

—Mamita, cuando yo pueda voy a entrar para doctor, porque yo quiero ser doctor. Vas a sentir más orgullo de tu niño. Así tenga yo doble trabajo, el que tenga, hasta de albañil, pero voy a pagarme el estudio para que no suframos y, cuando yo me case, voy a darle lo mejor que pueda a mis bebés y voy a adorar a mis bebés, así como tú me adoras a mi hermanita y a mí.

Luego conoció a esta muchachita, se unieron y tuvieron al bebé. Y sí, adoraba a su hijo, lo cargaba bien orgulloso. Se parece mucho a él. “El muñeco”, así le decía:

—¡Mira cómo te quiere tu muñeco! ¡Mira cómo te quiere tu pelón!

Y el otro parecía que le pagaban por estar besando al papá, beso y beso. Mi hijo lo abrazaba, lo cargaba en hombros y el bebé lo agarraba de las orejas.

Ya aquí, él no encontraba trabajo. Empezó a trabajar en una cafetería, después en una joyería, pero no alcanzaba el dinero. Entonces vio el anuncio de Protección Civil en el periódico y fue. Lo agarraron de paramédico, llevó sus papeles originales del Ejército, su cartilla. ¡Pues cómo no lo iban a agarrar! Pero no era un buen trabajo. La muchacha estaba embarazada y siempre la teníamos que estar llevando a la Farmacia del Ahorro a consulta, porque ni siquiera eso les dieron. Les daban 2 200 quincenales, por eso nos tuvimos que ir a vivir por allá, en un cuarto cerca, para no pagar tantos pasajes.

En los cinco años que él estuvo en el Ejército, vino tres o cuatro veces a verme. Yo fui tres o cuatro veces a verlo a Jalisco. Él, muy contento, me abrazaba por toda la calle y yo a él. Su hermanita, él y yo salíamos abrazados. Ahora que a unos fulanos se les ocurrió quitármelo nomás por quitármelo, me duermo y le digo a Dios: “¡Es una pesadilla que mañana va a pasar!” Pero tiene más de tres años que no pasa esta pesadilla, que al contrario: se hace más grande cada día. ¡Es imposible encontrarlo!

Las averiguaciones están en las mismas. No sabía que tenían que pasar cuatro horas de entrevista para que me dejaran ver el libro de desaparecidos. ¡Cuánto tiempo perdieron ellos! El fiscal y el ministerial que nos tocó ni pa' atrás ni pa' adelante. Un año después llegó otro fiscal de Córdoba que dio la orden para que yo pasara cuatro horas de entrevista, llevara fotos y todo de él, porque los otros nunca me dijeron qué tenía que hacer. Me decían que no se sabía nada, que iban a ver eso. Ese fue siempre el cuento. Ya llevamos cuatro fiscales distintos y nada.

Luego pude ver el libro donde están las fotografías de las personas no identificadas. Que no identifican porque no quieren, porque ADN tienen. Los ADN que nos hicieron al principio se les perdieron, por eso Aracely nos tiene que seguir haciendo pruebas de ADN. Por eso, la verdad, a la única que le agradezco es a ella.

Hay que ver las narcomantas, lo que dicen en los periódicos de las narcomantas. Yo los compro y se los llevo a los fiscales. Ellos dicen que no hay nada, pero ¿cómo no va a haber nada? Yo siempre ando comprando los periódicos y se los llevo de frente y les digo: “Pasa esto y están las cosas así y por eso no se mueve ninguno de ustedes, ¿qué se creen? ¿Que a mí edad estoy ciega?” En las narcomantas “se queman”. Una dice: “Perro, me prometiste que me ibas a dar la mercancía del tráiler con zapatos, te di 600 mil pesos y no me diste nada, te voy a matar a todas tus perras. Me quitaron el tráiler y tú te llenaste los bolsillos”.

—Mire lo que dice de usted esa narcomanta, ¿ya la vio? Cuando el río suena es porque piedras trae, señores. Y *el Delta* se llevó a mi hijo porque él tenía que salir libre y ustedes lo saben.

Ese *Delta* estuvo en la cárcel por robo, y secuestró a gente para hacerla trabajar y matar. En mayo de 2017, a mi hijo y a los policías les dieron su baja. Nos dejaron de pagar su sueldo, aunque les dijimos que ellos no habían renunciado. Les trajimos las bajas al fiscal que todavía era Leo Chaga. ¡Qué raro que *el Delta* lo mandó saludar! ¡Le llenó los bolsillos de dinero, por eso lo mandó saludar? ¡Por qué lo mandó saludar? ¡Hasta dónde llegan las cosas! Ellos, sabiendo, no metieron una mano. El fiscal, por cobarde, pidió su baja pero, en vez de dársela, lo mandaron de fiscal a Zongolica.

El Delta es un expresidiario y el que era el presidente municipal de Mariano Escobedo lo sacó para que estuviera como funcionario ahí con él, que trabajara como director de Protección Civil y como director de la policía.

Lo mataron en abril de 2019, cuando ya estaba en Santa Ana Aztecán. Lo mataron frente a la casa de sus padres.

A mí me dijeron que un tal Luis Ángel, al que le dicen *el Donas*, sabía algo. Le dije al ministerial que me tocaba que fueran en la patrulla y lo agarraran. Hasta se los señalé. Y hasta el día de hoy el chamaco sigue ahí. Una vez fui y me le paré enfrente:

—Oye, ¿tú eres *el Donas*?

—Sí, señora, ¿por qué?

—Por nada, muchacho, ¡qué bueno que estás tranquilo!

Me dijeron que ese muchachito estaba involucrado con los que agarraron a mi hijo. Él le dijo a alguien dónde estaba mi hijo. Le dijo muchas cosas más, muchos detalles:

—He tenido que darle su cadenazo porque se pone muy pesado, se quiere soltar para irse. He tenido que darle su puñetazo para desmayarlo y que no trate de soltarse, porque se quiere soltar y no quiere hacer las cosas que le dicen. Lo quieren sacar a trabajar y él no quiere. Dice que prefiere que lo maten a ensuciar sus manos con sangre inocente y no lo va a hacer, que Cristo le dice que no lo haga, que su madre le enseñó una buena religión, a ser un buen ser humano y un buen ciudadano y no lo va a hacer. Prefiere que lo maten. Cuando le pregunté “A ver, ¿dónde está tu dios?”, él me dijo: “Ustedes no lo ven, yo no lo veo y Él está viendo a todos. Si ustedes me tienen encadenado aquí, les va a ir peor”.

Así me dijo esta persona, con estas palabras, así dice ese estúpido. *El Donas* se lo contó a uno, él se lo contó a otra y ya ella me lo contó a mí. Fui y se lo dije al ministerial, y él me hizo ir con él a dar la vuelta como locos en la patrulla, para que yo le enseñara quién fue y qué hizo. Nunca nada. Pero estoy segura que lo fue a sobornar, a sacarle unos buenos billetes y le ha de haber dicho: “Tal persona te anda viendo y no te dejes”.

Un día iba yo a Veracruz, para dejar la orden que me había dado la Fiscalía a la Marina y a la Sedena y vi a *el Donas* ese día. Pensé: “¿Por qué me seguirá este chamaco?” Se paró enfrente de mí en la cola del autobús. Llegó corriendo otro y le dio el boleto. Los dos se subieron en el mismo carro que yo. Llegamos a Córdoba y yo sentí temor. Yo sentía como escalofríos, como si algo me fuera a pasar, y yo los veía y ellos me veían.

Bajé al baño y, cuando volví a subir, vi vacíos los lugares donde estaban pero, cuando volteé, vi que el chamaco se había sentado al fondo y el otro

estaba sentado atrás y se me quedó mirando. Sentí escalofríos, pero no por mí: si me llegan a agarrar me iban a matar enfrente de mi hijo y lo iban a obligar a hacer cosas. Me bajé rápido con mi maleta y mi fólder de papeles. Rápido tomé un taxi a Orizaba.

Todo esto se lo estaba guardando al nuevo gobierno. Cuitláhuac dijo que él iba a mover mar y tierra. “Yo sí los voy a ayudar”, dijo. Pero hasta ahora no hemos visto nada. Nadie ha venido a hablar con nosotros. Cuitláhuac se nos esconde. Para nada ha servido.

Y siguen pasando cosas horribles, y la gente desesperada quiere linchar a los delincuentes. Yo digo: “¡Dejen que los linchen! ¿Para qué los quieren en la cárcel? Al rato vienen más y hacen cosas peores. Ojo por ojo y diente por diente, a mi gusto. ¡Dios mío, perdóname! Pero me quitaron la mitad de mi vida. Suelo ser la más frágil en el dolor, pero la más dura del mundo. Me dan compasión los ancianos, los niños que sufren, las personas que veo llorar como yo. Pero a quienes hacen esas cosas no les tengo compasión. ¡No merecen la compasión de Dios!

Palabras finales

Al participar en este proyecto, se me vino a la mente una vez más todo lo que pasó con mi hijo, pero comprendo que es necesario, porque ayudará a recordar a mi hijo y a todas las personas desaparecidas y que su memoria no se pierda. Al recordar de nuevo, pensé en todo el dolor que tenemos que pasar por culpa de unas personas malvadas que les hicieron mucho daño a nuestros hijos. Revivir todo otra vez, paso a paso, duele mucho, pero es necesario contar las historias de nuestros hijos para que ellos vean que están presentes siempre en nuestra vidas.

“Lo volví a abrazar, pero yo sentí
que era la última vez que lo veía”

Brian Atilano Ramos
Desapareció el 10 de febrero de 2017

*Patricia Rachel Ramos Campos,
madre de Brian*

BRIAN TENÍA 19 AÑOS, 19 Y MEDIO. Todos decimos que lo que le pasó es porque era demasiado confiado y demasiado bueno, buen amigo. Él era un chico muy amigüero, muy noble, pensamos que le faltó malicia. Y, como todos los chamacos, decía:

—Ay, tranquila, no pasa nada.

Bien confiado.

Era muy cariñoso y siempre platicábamos. Cuando yo estaba viviendo en Veracruz, él estaba viviendo aquí en Orizaba con mis papás. Estuvo un tiempo viviendo allá conmigo, pero los amigos estaban aquí, la novia... Entonces dijo: “Mejor me regreso”. Porque yo trabajaba todo el día. Veracruz en ese entonces era ¡pff...! ¡“Veracruz inseguro”! Y yo dije: “Va a estar más seguro allá, yo trabajo todo el día”.

Yo trabajaba en crédito y cobranza, y entraba a trabajar ocho y media y a veces salía hasta las ocho de la noche. Todo el día me la pasaba afuera, y hasta yo le decía: “Mejor regrésate, pues aquí...” Sentía yo feo que estuviera todo el día solito. Iba a la escuela, y todo el día solo. El caso es que se regresó y dije: “Va a estar mejor”, pensando que aquí iba a estar más seguro.

Él era muy amiguero, era muy cariñoso, en serio. Era de los que por sus amigos se quitaba el pan de la boca, literal. Los invitaba a la casa, los invitaba a dormir, no discriminaba por clases sociales. Yo creo que a él lo que le hizo falta fue un hermano, por eso es que sus amigos eran sus hermanos. Y los quería mucho, los arropaba, los protegía. Por eso muchos de ellos me decían, “¿Cómo crees?, ¡va a regresar!” “Pues es Brian, vas a ver que todo va a estar bien, va a regresar”.

Él no tenía enemigos.

El 10 de febrero de 2017 me habló mi mamá.

—Brian no está, creo que no regresó a dormir.

Me extrañó mucho y pensé: “¿Cómo me habla mi mamá al medio día al trabajo?” Siempre me hablaba a la hora de la comida.

—Es que iba a salir con un amigo, vive a dos cuadras y media de la casa.

Ese día mi tía tuvo una infección de estómago y estaba muy mal, entonces se la llevaron al Seguro Social y mi mamá estaba allá con ella. Brian le llamó poco antes de la una de la mañana.

—Oye, abuelita, ¿me das permiso de ir a casa del *Pony*?

—No, hijo, ya es tarde.

—Ándale, abuelita, está aquí a dos cuadras.

—Pero es que ya es tarde, no te vayas.

—¡Ay, ándale!

—Bueno, pero, por favor, estate pendiente del teléfono.

—No me tardo, vas a ver que en una hora regreso.

Ese chico, *el Pony*, le estuvo llamando, insistiéndole que fuera. Estaba con unos amigos, que si no iba a ir, que ya lo había dejado plantado, y Brian le decía “¿Por qué no vienes tú mejor a la casa?” Pero el otro lo convenció. Su última conexión de Facebook fue a esa hora.

Y al otro día que mi mamá me habló me dijo:

—Creo que no llegó a dormir.

—Pues checa la cama.

—Es que está igual.

—Pues a lo mejor ya salió.

Porque ya era tardezón, mi mamá me habló a las dos de la tarde, por eso le dije:

—A lo mejor salió en la mañana y no ha llegado.

—Es que no me contesta.

—Bueno, pues a lo mejor estaba con los amigos, se desvelaron y no se ha parado. Tranquila.

Eso que quieres tranquilizarte, a pesar de que Brian nunca había faltado a la casa y nunca salía de noche; de hecho, hasta cuando venía en el camión se venía reportando con mi mamá. Pero uno nunca piensa que puede ser lo peor.

—Su teléfono dice que está fuera del área.

Yo le estuve marcando luego y me daba línea, pero no me contestaba. Ese día, saliendo del trabajo, me vine a Orizaba y lo anduve buscando: que vas a la Alameda, a bares, que recorres la ciudad buscándolo. Fuimos a buscar a su amigo.

—Es que no llegó —nos dijo—. Yo le hablé y ya ni me contestó.

Al otro día, a seguir buscándolo. Buscamos a su novia, y ella nos acompañó. Tenían ya como un año de novios y andaba con él de aquí a allá, conocía a sus amigos. Pero nada: ellos nos mandaban con su novia, o que Brian a lo mejor se había ido a Veracruz a visitarme.

Él desapareció un jueves en la noche y se iba a ir conmigo el fin de semana, me iba ir a ver, pero eso ya no pasó. Yo le mandaba mensajes: “Por favor, contéstame, si no regresas vamos a poner la denuncia”, dándole a entender que ya iba a pasar a otro nivel. Pero pues no. Él traía una aplicación con la que podía leer los mensajes sin abrir el teléfono, por eso yo empecé a mandar otros mensajes: “Si alguien trae el teléfono, yo sé que puedes leer los mensajes, repórtate”. “Si alguien encontró el teléfono, repórtense. Estoy buscando a mi hijo.” Pero nadie contestó.

Pusimos la denuncia y no se avanzó nada con las autoridades. Ellos no trabajan y quieren que les hagas el trabajo. No sabían actuar, no sabían hacer las cosas, uno les tenía que decir cómo, uno les da todas las pautas: “Ve investiga a este, ve ahí”. El lunes fue la policía investigadora y fuimos a buscar al amigo, y él insistió en que no lo había visto. Nos enseñó el WhatsApp y todo.

Mientras los dos policías entrevistaban al chico, mi mamá y yo nos paramos en la acera de enfrente, en el portón de una casa que está vacía. Empezó a oler a marihuana, tanto, que el policía dijo: “Están tronando aquí”. Eso fue a los cuatro días de la desaparición y es relevante porque ese es el terreno donde encontraron a mi hijo mucho después.

Nosotros queríamos que entraran a investigar a la casa del chavo. Nunca he dicho que este chico tiene la culpa ni nada pero, si hay dudas, hay que

entrar a buscarlo, hacer más. Les pedí checar las cámaras de seguridad, pero nos dijeron del C4 que no servían en ese entonces: estaban desconectadas. “Pero están las cámaras de los negocios, vayan y pregunten”, les dije. “Sí, se va a pedir, se va a pedir”. “Se va a pedir...” Ahí se quedó el “Se va a pedir”.

Mi hijo siempre jalaba para una tienda llamada 7/24 que está a la otra cuadra, y fuimos a preguntar; de hecho fuimos con la policía y nos dijeron: “Sí, sí vino el chico”, porque era habitual que él fuera a comprar ahí. “Sí, sí vino, pero pues ya tiene unos días que no ha venido. Pero sí, sí vino ese día”. Las cámaras de ahí podían haber ayudado.

¿Por qué carambas no piden? ¿Por qué no hacen más? No sé si se hacen tontos por miedo, que es entendible, porque no saben con quién se van a topar, porque también tienen una familia. Yo siempre he tratado de disculparlos, pero sí deberían de actuar muy diferente, porque podrían salvar a mucha gente, o podrían enterarse. Igual y ya no importa, porque yo no sé cuándo falleció mi hijo. Pero podrían hacer más y no quieren hacerlo, no tienen compromiso con su trabajo.

En la Fiscalía estuve pidiendo muchísimas veces la sábana de llamadas. La fiscal Teresa, que era la que estaba en ese entonces, me decía: “Sí, la voy a mandar a hacer”. Su “mandarla a hacer” tardó tres meses. Hasta que fuimos a la otra Fiscalía, de Córdoba, que mandó a otros a reunirse con ella, a checarla.

Se disculpó, pero igual, habíamos pedido la sábana de llamadas de mi hijo y la de su amigo y de otros números y nos salió con que “Pedí nada más la de tu hijo, porque las otras se me olvidó”. Pasó el tiempo, yo tenía entendido que las compañías de telecomunicaciones guardan las llamadas hasta seis meses y el tiempo siguió corriendo.

Yo me enteré de lo de mi hijo por internet: “Se encuentra un cuerpo en tal lugar”. Como a las 11 de la noche, me habló el papá de mi hijo. Estaba bien nervioso y me dijo:

—Encontraron a una persona, me llama mucho la atención por la ubicación. Vamos a verlo.

Pasó por mí y fuimos a la funeraria a donde llevan todos los cuerpos. Cuando nos describieron lo que habían encontrado, yo dije: “Pues sí, sí es”. Era 30 de octubre y se venía el día de muertos, día primero... Se juntaban esos días de que no trabajaban.

Fuimos ese día en la noche y el fiscal, que ya era el fiscal primero, que es el que había ido al levantamiento, nos dijo que teníamos que hablar con

la perito, pero ella al otro día estaba de guardia, no iba a estar. Luego venía el día 2 que no trabajaban y te tenías que esperar hasta el día 3. Fueron unos días de espera y llevar las cosas que uno tuviera para ver si coincidían con las pruebas que habían encontrado, y llegar con la perito y pedirle que por favor checara.

Yo ya estaba con la idea de que era mi hijo, pero te sacan las pruebas y te sacan una bolsa en donde vienen varias bolsas, donde tienen varias pruebas. Pero ni siquiera archivadas con número, nada. Ahí lo tienen nomás.

Uno quisiera decirles: “Es tu chamba. Ok, saliste ese día. Ok, sé que trabajas, yo he trabajado. Sé que necesitas descansar, pero llegas y te pones al corriente y dices: a ver, esto pasó, te pones al corriente en tu trabajo”.

Pero es gente muy irresponsable, a la que no le importa:

—¿Podría hacer el movimiento para pedir que se hicieran las diligencias correspondientes para checar si era el cuerpo de mi hijo?

Pero me decían:

—Es que el cuerpo está muy deteriorado, está en un estado en el que no puedes recabar una prueba.

Es terrible llegar con la autoridad y encontrarlo comiendo pepitas en su oficina que olía a borracho, para que te diga:

—No sé cómo tienes esa información, no sé por qué dices que se encontró, yo no sé esto.

Yo sé que ellos a lo mejor no comprometen la información porque no saben si realmente sea o no, pero uno no comprende esa actitud, cuando uno está con la desesperación, el sentimiento... No puede uno entender que sea un patán. Es horrible que te contesten: “Pues no sé” y, casi casi: “Hazle como quieras”. “Ve, chécale, pero no se pueden sacar pruebas”. Y yo diciendo: “¡Es que es mi hijo!”

Cuando llegué con la otra fiscal, también me dijo: “No sé cómo tienes esas pruebas, esa información de que se encontró así, no sé por qué la tengas. No deberías tenerla. Es más, ¿quién te dio la información? Vamos a tener que levantar un acta contra ellos, porque no tienen por qué dar la información”.

Pero uno ¿qué hace? Uno no sabe de los protocolos. Y siguieron insistiendo en que no se podía tomar una muestra de la persona que habían encontrado. Ahí contacté a Aracely y, cuando le conté el caso y le pedí apoyo, me respondió: “Sí, m'ija, no te preocupes”.

Realmente, si no fuera por Aracely, mi hijo seguiría allá sin identificar. Aracely fue la que se movió, habló con la maestra Martha en Córdoba, habló con la gente que ella conoce. Yo le insistía: “¡Es mi hijo! ¡Debe ser él!”

Cuando llegué al día siguiente, ya hubo una actitud diferente. Como que de “te voy a hacer caso”. Me dijo la funcionaria: “¡Ah!, eres tú, la que fue a hablar a Córdoba, ¿verdad?” Era Aracely la que se había movido en Córdoba. “Sí, ya se va a ver cómo se hacen las diligencias, pero antes de eso hay otros dos casos; entonces, te vas a tener que esperar”.

Nosotros íbamos todos los días y me decían:

—Por mí puedes venir todos los días, pero no hay avances.

—No quiero venir a molestarte. Tú dime cuándo vengo, ¿en una semana?

Si no hubiera sido por Aracely esto no hubiera avanzado. Como seis días después, ya nos estaban llamando porque ya se iban a llevar la muestra y nos tenían que sacar la prueba de ADN. Mandaron a traer gente de México, de la PGR, para llevarse los restos para hacer las pruebas. Yo decía: “Si van a venir a otras diligencias, ¿por qué no de una vez se llevan todo?” Ellos han de tener sus razones, pero uno se desespera.

Nos citaron como quince días después, a su papá y a mí, para sacarnos sangre, ¿no?, que es un piquetito en el dedo y ya es tu prueba de ADN. Eso fue en noviembre, y yo decía: “Que no lleguen los resultados en diciembre, no quiero tener un entierro en diciembre, no quiero. Ni siquiera voy a hablar, porque no quiero que me digan. No quiero marcar estas fechas. Quiero recordarlo como él era”.

Pasó noviembre, pasó diciembre. Llegó enero. Un día Aracely me mandó mensaje: “Oye, m'ija, ¿no te han hablado? Ya tienen resultados, ¿cómo es que no te han hablado?”

Yo iba a salir el otro día de viaje, pero ella me dijo que no me fuera, que al día siguiente nos viéramos en la Fiscalía, para hacer presión. Y, sí, ahí el fiscal primero me dijo: “Pues ya ahí está el resultado, léalo, porque yo de eso no sé”. Yo no sabía si reír o llorar.

Lo leí nerviosa y se lo di al papá de mi hijo para que lo leyera. Sí, sí era. Pues coincidía con el ADN. Cuando quieren la prueba de un varón es recomendable que sea del papá, hombre con hombre, y, si es mujer, que sea de la mamá. Eso fue en la mañana, y a las 4 de la tarde ya nos estaban entregando el cuerpo. No dijeron nada más.

Los peritos aquí no trabajan. Yo pasaba por el lugar por donde se encontró el cuerpo, por la casa, y decía “¿Cómo es posible? ¡Ni siquiera está clausurado!” Y luego iba a reclamarles a los peritos:

—Vayan, chequen, busquen más o algo.

—Es que está prohibido el paso a esa propiedad.

¡No es cierto! ¡Mentira! No les interesa trabajar. Yo regresé a la Fiscalía para ver qué adelantos, a ver si ya se había entrevistado a otras personas que tenían que ir a entrevistar y me decía el mismo fiscal:

—No, todavía no las llamo. Es que no he tenido tiempo de leer el expediente.

Como antes lo tenía el fiscal segundo y ya como homicidio pasó al fiscal primero, no estaba enterado.

—Ni siquiera sé por qué me pasaron el expediente a mí. No he tenido tiempo para revisarlo. Ven mañana o mejor en una semana.

Regresé a la semana y no lo había revisado. Me pidió que volviera en tres días. Es desesperante, regresé y regresé, pero andaban en diligencias o estaban de guardias o no trabajaron ese día. Son vueltas y vueltas y vueltas, casi estar yendo todos los días para que te digan: “No lo he checado, no he podido, es que no he tenido tiempo”. O llegar y ver que le están boleando los zapatos.

Para ir, hay que cargarse de pilas, sabiendo que va uno a llegar y le van a decir: “No sé”. Cada vez que iba, al otro día me la pasaba chillando o en la cama, sin ganas de nada. Desde que iba en el camino ya me iba preparando y me iba superenojando, porque ya sabía que me iba a decir: “No”.

Se topa uno con gente que no sabe hacer un oficio. Los fiscales no saben hacer un oficio. ¿Qué pasó con las sábanas de llamadas? Yo fui en diciembre, antes de encontrar a mi hijo, queriendo saber eso, y me dijeron que no había llegado. A finales de enero, cuando ya había enterrado a mi hijo, me enteré que la sábana que faltaba había llegado en diciembre.

Iban en la carpeta que le habían pasado a otro fiscal. Yo pedí que no la perforaran de orilla, porque ahí trae información, pero les vale madres. Cuando llegué, vi que la sábana está perforada, dentro de un sobre de paquetería que nadie había abierto. Decían que venía vacío, que ya le habían pasado los papeles a otra fiscal; la otra decía que no. Cuando yo revisé y abrí el sobre, claro que ahí estaba todo.

Ya la última vez, ¡llegué con una frustración!, ¡un enojo! Imaginándome qué me iba a decir, y de hecho me dijo:

—¡Asoooo! No he podido.

—Entonces, ¿no puede? —le dije—. Es un incompetente que no puede y no tiene tiempo.

—La verdad, no. Mejor pide que se lo lleven a Córdoba, ¿no?

Fui con la jefa del fiscal.

—¡Ah, sí? ¿Eso te dijo? ¿Que se fuera la carpeta a Córdoba?

Lo mandó traer, le llamó la atención:

—Me lees ahorita esa carpeta y le das una solución a la señora —le dijo, tronándole los dedos.

Se fue con la cola entre las patas y le dije:

—¿A qué hora regreso?

—Regresa a las tres y media.

Me dieron como las cinco.

—No encuentro nada.

Es una persona huevona que no quiere trabajar.

—Te voy a hacer un oficio para que lo lles a los policías, que son los que tienen que investigar.

No regresé, le llevé el oficio a la policía y ya no regresé. ¿Para qué regreso? Me dicen que vaya con los federales, pero uno queda tan desanimado... Son pocos los casos que tienen los federales, no sé cómo se manejan. Tengo entendido que cuando tienes la denuncia acá, ya no la puedes cambiar, porque no se pueden abrir dos carpetas por el mismo delito.

Las autoridades locales no quieren trabajar, por eso no regresé ni me interesa ver a ese hombre, no tiene caso. A veces siento que le fallo a mi hijo por no hacerlo, porque debería hacer más. Hasta la fecha, no ha habido ningún avance. Uno encuentra al personal menor, pero no a los encargados, y no dan razón.

Cuando estuvo desaparecido, puse un anuncio en Facebook y compré un chip especial para el teléfono y que me marcaran ahí, pero solo recibimos extorsiones, llamadas en la madrugada con los gritos de un joven, gente que según esto lo había visto en otro lado, adivinas y videntes que pedían dinero para cirios... Pero si Dios no pudo o no quiso, el Mal, menos. Ahora ya no contestamos el teléfono y el celular lo tengo en silencio. Así es más tranquilo.

Yo siempre pensé que, a lo mejor, salió con sus amigos, hubo un accidente y no supieron qué hacer. Eso es lo que yo pienso, y entiendo si fue así.

Lo entiendo porque son chamacos, que pueden decir: “¡No mames! ¿Ahora qué hacemos?”

Cuando mi hijo desapareció, yo soñaba con él. Muchas veces me decía: “Mamá, no te preocupes, estoy bien, yo voy a regresar”. Muchas veces soñé que lo tenían encerrado a dos cuadras y media de la casa, pero nunca me imaginé que en una casa que estuviera tan visible, porque está muy a la vista. Ni me imaginé que ese portón ni en esa casa, entonces abandonada, escondían el cuerpo de mi hijo. Cuando se encontró el cuerpo se ve que estaba violado el portón. ¡Me daba una impotencia! Yo había estado ahí días después de su desaparición y a lo mejor ahí estaba mi hijo y no pude hacer nada. Esa es la mayor impotencia, porque yo estuve ahí afuerita.

Yo soñaba con él. Cuando encontramos su cuerpo, en noviembre, el primero de noviembre, soñé que estaba acostada de lado y sentí que se acercaba y me agarraba la mano y me dio un beso. Yo nomás reaccioné y dije:

—Sí, mi amor, está bien, te amo, está bien.

Dejé de soñar con él mucho tiempo, meses. Yo digo que fue como la despedida porque soy de sueño ligero y sí sentí cómo fue y me agarró la mano y me dio un beso. Él y yo éramos muy unidos. A veces, podía sentir que él tenía algo, porque lo conocía. Aunque no estuviéramos cerca, sentía que le pasaba algo, cosas así. Y era muy cariñoso conmigo, era una buena persona. No era perfecto, era un chamaco, pero fue muy confiado, y creía demasiado en sus amigos. Yo sé que no eran horas para que saliera, pero era un chamaco.

Era de los que se acostaba y me abrazaba, desde chiquito, y siempre estaba ahí conmigo. Nos llevábamos muy bien; realmente era un buen chamaco y muy cariñoso. Era muy buen amigo, tenía muchos amigos, pero eran contados los que había adoptado como sus hermanos.

Una de sus amigas nos cuenta anécdotas de él. Un día llegó a decirnos que se le cayó el celular en el camión. Pero la verdad era que había empeñado el celular porque la amiga debía una materia. Le pagó el examen o le dio una lana al maestro, no sé. Se quitaba lo suyo por sus amigos y uno sabe lo que significa un celular para un chamaco.

Me hace mucha falta, lo extraño demasiado. Y mi mamá también. Ella recuerda que Brian le decía que era su “compañerita”. Ella hubiera querido que le dijera “mamá”. El día que lo hizo, ella no cabía en sí de gusto. Hasta la fecha ella sigue hablando con él, aunque no le responda. Hasta la fecha,

sigue con la ilusión de que algún día va a regresar, que va a entrar o que, si suena el teléfono, va a ser él.

Mi hijo era muy bromista también. Cuando veo sus fotos, recuerdo que me decía: “Mamá, ¿verdad que yo fui tu regalo de cumpleaños?” Y yo ahora le respondo: “Pues no me duraste mucho, no me fuiste eterno, mientras yo viviera, pero fuiste el mejor regalo”. Yo estaba muy chava cuando lo tuve, pero fue un niño deseado. Tenía 18 cuando nació. No fue un error, no. Fue un niño muy deseado, muy amado, yo creo que por eso también él era así.

Yo siento que cuando te pasa algo así, se muere esa parte de saber amar, como que se acaba. Cuando desaparece alguien que amas y que es tan cercano, es real que sientes como si te quitaran una parte de ti, te sientes incompleta, sientes eso. Pero trato de estar bien, porque yo sé que él me quiere y que, si me ve mal, va a estar triste. Él quería lo mejor para mí, en serio, yo sé que yo era su adoración. A veces sentía que no lo queríamos o se sentía incomprendido, porque así son los chamacos, pero era la adoración de nosotras.

Él era todo... Yo siempre le decía “Mi amor, te amo, tú eres mi vida”. Era mi vida, yo vivía para él, por él, para él, literal yo vivía para él. Hubo un tiempo en el que sentí que ya no tenía por qué vivir. Pero luego pienso que hay que echarle ganas, salir adelante. Yo sé que a todo se acostumbra uno. También a esto. No deja de doler, pero no te queda de otra.

La última vez que lo vi, acababa de fallecer mi abuelita y yo estuve aquí el fin de semana y se atravesó el 5 de febrero. Me fui por ahí del 7. Y, cuando me despedí de él y lo abracé, sentí que era el último abrazo que le daba. Fue horrible. Le dije: “Mi amor, cuídate, te amo”. Pero, cuando lo solté, en la cabeza yo pensaba: “Pinche Pati, ¡deja de estar pensando pendejadas!” Así me lo dije. Y lo volví a abrazar, pero yo sentí que era la última vez que lo veía. Cuando desapareció, yo le decía a todos: “¡Yo sabía que era la última vez! ¡Ya no lo voy a volver a ver!”

A pesar de todo, trato de vivir en paz, porque con él estaba yo en paz.

“Hoy vivimos solo del recuerdo”

Kimberly Kristel Jalil Rosete
Desapareció el 29 de noviembre de 2017

*María Elena Rosete,
madre de Kimberly Kristel*

KIMBERLY IBA EN TERCER SEMESTRE DE LA PREPA PÚBLICA. Quería ser nutrióloga y a veces me decía que quería también estudiar comunicación. Tenía muchos sueños, pero todos sus sueños un día se los cortaron. Era muy amigüera, muy alegre. Siempre andaba bailando. Le gustaba mucho bailar: bailaba con aros, ¡hasta tres aros bailaba! Le gustaba mucho salir a fiestas, como todas las niñas de su edad.

Ese día llegué a mi casa a las cinco de la tarde y, cuando vi que Kimberly no estaba, le mandé un mensaje.

—Estoy en un café... —me contestó—. Ya voy.

—Ya te quiero aquí —le escribí yo—. ¿Ya te vienes?

—Sí, ya, ya voy para allá —me dijo.

Creo imaginar que en ese lapso fue cuando la agarraron. Ya la venían siguiendo. ¡Era muy temprano! Pero para los delincuentes que sea tarde, temprano, noche, no importa.

Mi hija fue secuestrada el día 29 de noviembre de 2017, entre las seis y media y las siete de la noche. Primero, los secuestradores le mandaron un mensaje a mi esposo; a las siete con trece minutos querían ya negociar con él, pero él no participó. Luego me mandaron mensaje a mí y me dijeron que

me iban a llamar. Y, en efecto, me llamaron. Comenzaron a negociar conmigo: querían seiscientos mil pesos por la niña y que no diéramos parte a la policía. Lo de siempre.

No supimos bien dónde la secuestraron. Me dijeron que la habían bajado de un taxi.

Fueron tres días de negociación. Me pidieron que fuera yo a Veracruz a entregar allá el dinero. Yo no lo alcancé a completar, pero me fui a Veracruz con una parte del dinero. Me dijeron que me fuera yo en el AU y que ahí me iban a ir dizque cuidando con mensajes. Me iban siguiendo. Yo tenía mucho miedo, la verdad.

Me fui a Veracruz y me dijeron que la niña ya estaba en el parque, que la tomara y me la llevara. Me dijeron que dejara el dinero ahí, a un lado. Que no hiciera nada, ni que me ganara el llanto. Pero, cuando llegué al parque y dejé el dinero, la niña no estaba. Me regresé muy mal, ya en la noche. No me volvieron a hablar. Perdí toda comunicación.

Cuando regresé, ya venía yo muy mal, por los tres días que no dormía ni comía. Sentí que me estaba dando un paro cardíaco. Desde que iba hacia Veracruz, les dije que me dolía mucho el brazo, que me sentía muy mal. Cuando llegué de regreso a Orizaba, a la terminal, llegó mi familia con una enfermera y me checó y me dijo que me estaba hipertensando, que me tenían que ingresar al hospital. Me ingresaron y ahí estuve más de quince días, en la sección de salud mental, con puro sedante.

Cuando me dieron de alta, llegué a mi casa y me volvió a dar una embolia. Me tuve que regresar al hospital. Fue de tanta angustia. Mi presión se descontroló de no ver a mi hija. Regresé al hospital y me volvieron a poner tranquilizantes. Así me pasé otros 10 días, hasta que me quisieron ingresar al hospital de La Concha, el psiquiátrico.

Mi hermana me dijo que no lo hiciera, no dejó que me ingresaran. Les pidió a los médicos que mejor me dieran medicamento y que, a lo mejor, en un determinado tiempo podría yo curarme. Me hablaron mucho; llegó una psicóloga, luego el psiquiatra. Empezaron a platicar conmigo, pero yo estaba en un estado terrible. Me envolvía un miedo espantoso.

Llegó enero y yo ya había bajado como 10 kilos. Me llevaron a la iglesia y ahí es cuando me encontré a una señora del Colectivo, porque ese día era la misa del Colectivo, el primer sábado del mes. Entonces ahí le platiqué lo que había pasado y ella me indicó lo que se necesitaba para ingresar y em-

pezar la búsqueda de Kimberly. Es cuando empezaron a buscarla en redes sociales, en periódicos, y metieron la información a más de diez colectivos a nivel nacional, a las televisoras, a la de Reporteros Sin Fronteras...

Hasta que un 30 de enero me hablaron de la Fiscalía y me dijeron que habían encontrado a Kimberly en una fosa clandestina aquí en Ixtac. Apenas hizo dos años de esa pérdida. Los de la Fiscalía agarraron a unas personas y ellos les dijeron dónde estaba la fosa clandestina, y fue cuando ellos me hablaron para el reconocimiento del cuerpo. La reconocí porque ella tenía un corazón chiquito en su tobillo.

Los delincuentes ahorita están en proceso de dos años para ver si son culpables o no, porque ellos igual tienen derechos. Están reuniendo pruebas, aunque por lo menos uno de ellos confesó el lugar donde estaba la niña. Yo ya no he querido saber más. Yo sé que jamás me van a devolver a mi hija. Ellos comen, desayunan y cenan, y mi hija ya no está. Así les den cien años de cárcel, ese dolor nadie me lo va a quitar.

Tengo otro hijo más chico que está muy afectado, porque Kimberly lo cuidaba. Ahora también está recibiendo atención con el psicólogo y el psiquiatra. Yo me he ido quitando los medicamentos que me daban para estar tranquila. Sigo en el Colectivo porque el acompañamiento me ha ayudado mucho. Vienen psicólogas y tenemos terapias grupales. Viene una tanatóloga, a ayudarnos con cursos para el dolor, para la tristeza. Esos profesionales tocan todos esos temas: la muina, el coraje, todo eso.

No se me hace justo cómo es que le quitan la vida a gente inocente. ¿Por qué así, de esa manera? ¿Por qué morir de esa manera? ¿Por qué nos hacen tanto daño? Emocionalmente destruyen a una familia que ya jamás va a volver a ser igual. Nos destruyeron. Hoy mi esposo no se puede recuperar, hoy vivimos con esa incertidumbre, con ese miedo. Él es hipertenso y diabético. Le quitaron una parte del corazón.

Kimberly iba a clases de ballet y ahora mi esposo nomás vive así, con esa imagen de ella. Ya la tiene en su mente y en su corazón. Cada tercer día vamos a la sepultura, porque nada nos llena. A veces son tres días a la semana, es lo que nos llena: cubrirla de rosas, de flores.

Le hicimos su sepulcro y hoy es muy visitada aquí por muchas amigas, muchas amistades. Ese día que fue el funeral fue muchísima gente. ¡Muchísima gente! Y llevábamos ese coraje. Echamos muchas palomitas al aire y globos, una muestra de la paz, de esa paz que buscamos, que queremos

para ella. Solamente me queda su féretro, ahí está su foto... Fue un caso muy mencionado, toda la semana era de muchísima gente.

Desgraciadamente ya está con Dios. Y hoy vivimos así solo del recuerdo. Dios nos hizo libres y no es posible que venga alguien y nos quite la vida nada más porque ellos quieren. Yo sí tengo ese dolor.

Ahora solo nos queda la búsqueda de la memoria, la justicia y la verdad. Eso es lo que nos queda.

Palabras finales

Participar en este ejercicio, para mí fue plasmar mi historia llena de mucho dolor, fue revivir cada momento, como lo haré el resto de mi vida. Esa angustia, ese miedo, esa impotencia. Esta pérdida es morir en vida. Pensé en ese momento: ¿dónde le habrán arrebatado la vida a mi pequeña? ¿Y qué gente será esa, sin valores? Para los delincuentes es muy fácil quitar la vida y no sentir nada. Hoy ya no busco, hoy pido justicia, memoria y verdad.

LOS COLABORADORES

Sensibilizar a la sociedad para que dejen de criminalizar a los desaparecidos y a sus familias

*Daniel GM,
fotógrafo*

ESTE PROYECTO NACIÓ POR DOS RAZONES PRINCIPALES. La primera es mi gusto por la fotografía. Soy licenciado en Diseño y Comunicación Visual por la Universidad del Golfo de México. Luego hice un diplomado en fotografía digital y fue ahí donde me empezó a llamar mucho la atención esta área: la fotografía documental o la fotografía con causa, porque hoy en día estamos invadidos de mucha fotografía de paisajismo, de panoramas muy bonitos, pero hay muy poca fotografía que nos logre transmitir algo. Por eso quise hacer algo con causa.

La segunda razón es que mi primo está desaparecido desde el 27 de agosto del 2012. Hasta la fecha no sabemos nada de él.

Tuve la idea en noviembre de 2017. Yo quería transmitir a la sociedad el dolor que tiene una mamá al no saber nada de su hijo, pero me costó mucho trabajo darle forma al proyecto. Y, sobre todo, tener el valor de hacerlo. Es un tema muy delicado, y uno puede llegar a ser muy incómodo para muchas personas. Pero yo siempre lo he dicho: es una exposición que no quiero que señale a nadie. La finalidad de la exposición es sensibilizar a la sociedad para que dejen de criminalizar a los desaparecidos y a sus familias.

Hoy en día hay muchísimas fotografías de desaparecidos y muchas fotografías que ya son hasta familiares, de tanto estarlas viendo en plataformas digitales, pero nunca tenemos la curiosidad de preguntar, de saber quién está atrás.

Así nació la idea. Mi modelo de prueba fue mi mamá con la foto de mi primo. Un domingo le dije:

—Siéntate ahí y te voy a tomar unas fotos. ¿Qué piensas de Micky? —le pregunté cuando la estaba fotografiando.

Ella me empezó a platicar, se soltó a contarme desde que él era pequeño, hasta las últimas cosas que él hacía, y pude captar unas expresiones muy naturales. Entonces dije: “¡Este es el proyecto! ¡Esta es la idea que yo necesito!”

Pasaron unos meses antes de que le pudiera compartir la idea a la señora Aracely. En enero de 2018, llegué a platicar con ella y a mostrarle las pruebas de las fotografías que tenía, y ella me dijo que sí, que estaba bueno el proyecto, pero que lo iba a consultar con la gente del Colectivo. Las señoras aceptaron y me pidieron que la exposición fuera para el 10 de mayo.

Me avisaron el 28 de abril y, sinceramente, por la premura, estuve a punto de decir que no, que no me iba a dar tiempo. Pero pudieron más las ganas. Fueron 11 días. Muy apresurado todo, porque las fotografías deben llevar cierta edición, el preparado para que se imprima, para que todas salgan de los mismos tonos, que no salgan grises, que el fondo salga negro. Parecía una misión imposible.

Al principio eran 20 fotografías. Yo cubrí los costos, porque no quería cobrar ni un solo peso a las mamás. Ya tienen demasiados problemas como para que yo llegara y les cobrara. Cuando haces algo, lo haces de corazón. Ese tiempo también me sirvió para que juntara los materiales. Al estar en eso, un familiar me dijo:

—Yo te coopero con cinco fotografías más. Tal vez sea poca la ayuda, pero es de corazón.

Así llegamos a las 25. La señora Aracely lanzó la convocatoria en el grupo y los lugares serían para las primeras que respondieran. Porque son muchísimas mamás las que están en el Colectivo. Los 25 lugares se llenaron en cosa de diez, quince minutos. Al día siguiente empezamos con las primeras doce.

Yo no medí el grado de dificultad que iba a tener ese proyecto. Me pareció posible porque tengo la experiencia de una persona desaparecida, mi primo, al que yo siempre consideré mi hermano, porque toda la vida vivimos juntos, hasta que se fue a vivir con su pareja los últimos tres, dos años. Yo dije: “Sí puedo”.

Un amigo me acompañó a cargar, a montar el equipo y me pidió permiso de documentar el proceso en video, pero él acabó destrozado. Al escuchar a las doce primeras mamás, de plano me dijo que no aguantaba, que no podía seguir. Es que desde que yo les entregaba el cuadro con la imagen de sus hijos, ellas se soltaban a llorar.

Yo tenía que hacer una pregunta que consideré necesaria para el proyecto: “Si este 10 de mayo supieran algo de su hijo o llegara su hijo, ¿qué harían ustedes?” Es una pregunta muy fuerte. En algún momento pensé que me iban a terminar odiando, pero creo que hasta la fecha es algo que ha ayudado a concientizar a la sociedad, porque gracias a esa pregunta ellas se expresaron de una forma más natural.

Tomé un promedio de 30 fotografías de cada mamá y solo una fue la seleccionada. Solo con una mamá no se pudo. Nada más tomé cuatro fotografías de ella y ya no pudo: se soltó a llorar al grado de que me preocupó, porque empezó a hacer movimientos muy extraños. La sacamos a que le pegara un poquito el aire. Ya después ofreció una disculpa, que se salió de control y que no era nada en contra mía, pero que simplemente se desbarató en cuanto yo le di la foto.

Manejé encuadres básicos de la fotografía, pero ellas solitas fueron tomando las posturas. Yo les sugería cosas como “la mano de este lado para que no me tape la luz”. Pero ellas decidieron cuándo y cómo abrazaban la fotografía enmarcada de sus hijos; luego lloraban y yo trataba de disparar en el que pensaba que era el momento ideal, mientras escuchaba las doce historias de cómo extrañan a sus seres queridos. Yo estaba con un nudo en la garganta, no medí la cantidad de emociones que se iban a mover. Sí me costó mucho, sinceramente. Emocionalmente me causó mucho dolor, estrés.

A los tres días, llegaron las otras trece mamás y lo mismo. Mi amigo ya no fue a la segunda sesión. A mí me hubiera gustado que se documentara en video pero, por la premura, ya no se pudo. Se hizo la exposición así, con los 25 casos, que fueron muy dramáticos. Se movió mucha energía, fue muy fuerte.

Cuando agradecí a la última mamá, a la número 25, puse la fotografía enmarcada de su hijo a la mitad de la mesa para salir a despedirla. Era el mismo marco para todas las fotos, ya que quería que se vieran iguales, del mismo tamaño; nomás cambiaba la foto con cada mamá. Y de momento ¡fum! ¡Se cayó el cuadro y se desbarató! ¡No aguantó tanta presión! No

escuché cuando se cayó, nada más oí el golpe y, cuando llegué, el cuadro estaba deshecho.

El cuadro de Brian en la foto que se tomó después ya no es el mismo, porque el otro se había roto. No me da miedo, entendí que no había aguantado la energía. Yo estaba igual por dentro, como que... destrozado. Pero no lo demostré porque, si no, me iba yo a quebrar ahí. Yo seguí y traté de aguantar. Pero sí fue muy fuerte.

La edición de las fotografías fue también pesada, pero valió la pena la desvelada y todo el trabajo que se hizo porque, como lo estoy viendo ahora, se ha logrado mucho con la sociedad. Hay gente que yo equivocadamente pensé que no se iba a solidarizar con este tema y sí lo hizo, se acercaron. Aunque también hubo algunos, incluso amigos o conocidos, que se distanciaron de mí por publicar esas cosas. No lo dijeron directamente, pero yo vi cómo empezaron a alejarse.

Yo soy docente en la universidad y siempre les he dicho que hagan algo con causa, usando los recursos artísticos que prefieran y que tengan a su alcance. Yo sé que este comentario tal vez puede sonar un poquito egocéntrico, pero no es así: yo les digo que quiero ser una inspiración, un ejemplo, para que logren hacer cosas buenas para la sociedad. Que tomen el ejemplo de esas fotos como método de impresión en diseño y, al mismo tiempo, como una buena causa. Les digo: “Vean lo que pueden lograr, saquen ideas de esto”. Me gusta estarlos motivando mucho a que vean la problemática social.

Yo siempre he querido ser el maestro que nunca tuve, el maestro que siempre me hubiera gustado tener. Mis maestros eran de los que de plano se sentaban. Mis clases de fotografía de licenciatura nomás eran de “aquí está la cámara y vayan a tomar fotos”. No nos enseñaban encuadres, nada. Lo que sé de fotografía ha sido por el diplomado de fotografía que tomé una vez egresado, ya con un fotógrafo, una persona con experiencia.

Luego conocí a Alan Morgado, un fotógrafo de la zona que estudió en la UV. Él fue mi maestro en un taller libre de fotografía ahí en la universidad. Él me motivó a lo documental, porque yo estaba todavía en eso de las fotos bonitas. El trabajo documental de Alan me inspiró mucho. Así empecé a investigar sobre fotógrafos: Rubén Espinosa, Félix Márquez... Me gustaría especializarme, porque quiero seguir con esta área de la foto.

Estamos saturados de imágenes bonitas, de paisajes. No estoy en contra de ello, pero llega el momento en que uno dice: “Hay que hacer algo con la

fotografía”. Y creo que este proyecto es novedoso, pues me puse a investigar y no hay alguien que se haya interesado en hacer algo así, al menos en la zona. Por eso me daba miedo, porque es un tema delicado. Pero todas las mañanas al salir de mi casa repito: “Dios conmigo y ¿quién contra mí?” Me quedo con esa frase siempre. Y el proyecto ha dado buenos resultados.

Después, se agregó la fotografía de Brian Atilano, pues la señora Paty también sufrió el dolor de la desaparición de su hijo por unos meses y luego lo encontró; lamentablemente no como hubiera querido, pero por lo menos ahora tiene un lugar donde sabe que está su hijo. Por eso quisimos hacer la mención de Brian Atilano y Kimberly, que también fue encontrada sin vida. También incluí la fotografía de mi tía con mi primo. Ella falleció a los cuatro años de no saber de su hijo, por la angustia, la desesperación. Por eso yo quise hacer esa fotografía, igual como una mención especial.

En los últimos tiempos se agregaron otras cinco fotografías, incluidas por ser casos especiales: una segunda mamá fallecida, una madre que encontró a su hijo en las fosas clandestinas de los Arenales, en Río Blanco... El proyecto se pretende agrandar con el mismo nombre, pero ahora con imágenes de mamás de otros colectivos a nivel nacional.

La exposición se presentó el 10 de mayo de 2018, aquí en Orizaba, en una galería que se llama Casa 243, de Octavio Sánchez Oropeza. Él no lo pensó dos veces; yo le platiqué la idea y él luego luego dijo que sí. Cuando le platiqué la idea a Alan Morgado, él me dijo:

—¡Lanza la idea! ¡Échala a andar! Es muy buena. Yo te apoyo, te aconsejo, lo que tú quieras.

Siempre que me lo encontraba en la calle me preguntaba cómo iba el proyecto, me insistía en que lo lanzara. Eso me motivó mucho. Él fue quien me habló del espacio en Casa 243 y Octavio Sánchez Oropeza fue quien sugirió que se presentara el 10 de mayo. Luego, a principios de junio, se presentó en la USBI de Ixtaczoquitlán y estuvo casi un mes. Después se presentó en el Exconvento de San José de Gracia y en Teatro Llave, de Orizaba. En el Teatro se inauguró el 2 de agosto, y el plan era dejarla hasta el día veinte.

Pero comenzamos a tener problemas. Yo asistía a la galería todos los días, a los horarios que podía porque, por la escuela, nada más podía estar dos horas. Pero, cuando llegaba, la exposición estaba tapada, estaba cerrada. Nos pusieron muchos pretextos: que no tenían el *banner*, o si yo lo ponía en la entrada, cuando regresaba, estaba en una esquina. Si lo volvía a aco-

modar al frente y me iba a comprar algo de comer, llegaba a la media hora y ya estaba otra vez en la esquina. Parecía cosa de niños chiquitos. Fue muy muy incómodo.

Cuando se lo platiqué a la señora Aracely, ella lanzó un comunicado que les incomodó a los encargados. Contestaron que yo ni siquiera me presentaba, que yo desde el día de la inauguración jamás me había vuelto a parar. Eso sí me ofendió mucho y les fui a reclamar. Quisieron mentirme diciendo que ellos no habían dicho eso, pero yo tenía el video. No supieron qué decir. Nomás nos pidieron que la quitáramos el día 12, no el día 20. En el oficio de autorización no estaba especificado el periodo y ellos pusieron con lápiz: del 2 al 12. Ni cómo pelearles.

No se esperaban el impacto que tuvo: mucha gente quería ir a verla. No pensaron en que iba a ser en temporada de vacaciones, por lo que, en la libreta de los comentarios, escribió gente de Cancún, gente de Chiapas, ¡de muchísimos lados! Y fue padre, porque comentaban que nunca habían visto un trabajo así. Hay un comentario de una niña de seis años que me llegó mucho. Con su letrita infantil dice que no es justo que haya tantos desaparecidos, que la gente no debería de desaparecer. Entonces yo me dije: “Seis años y ya está consciente de lo que está pasando”. Es algo impresionante.

También tuve una mala experiencia. Estaba yo en la galería y llegó un señor de esos muy hiperactivos.

—¡Ese, ese, ese! —dijo, señalando las fotografías—. ¿Ves la cara de delinquentes que tienen?

Yo me quedé pasmado. No creo que él supiera que yo tenía relación con la exposición, ni se lo dije. No le contesté, me quedé tragándome el coraje, porque sé que debo tener mi lado profesional. No podía contestar.

—Conozco a uno que ahora está desaparecido —siguió diciendo—. Andaba con un montón de lujos. ¡Hasta crees que es por su trabajo!

—Yo creo que cada persona tiene una idea distinta ante este tema —le contesté por fin—. Pero hay que respetar.

—Ah, yo entiendo. Pero, como tú dices, cada quien tiene una opinión de esto.

Yo quería aventarle lo primero que tuviera ahí.

—Yo tengo a mi hijo —siguió diciendo—. Y a mi hijo yo le compro todo, por eso no sale. Tiene 22 años, tiene su Xbox, su tele, ¡tiene todo! Para que no salga.

Yo entre mí dije: “Quiero ver a ese joven el día de mañana, cuando su padre –Dios no lo quiera– no esté. ¿Qué va a hacer? No va a saber qué es un trabajo, cómo se gana el dinero...” Fue una mala experiencia.

Pues tuve que quitar la exposición el 12 de agosto y todo septiembre de 2018 estuvo en la Casa del Lago, en Xalapa. Y en octubre estuvo en el Teatro del Estado, en Xalapa, durante el Festival Nacional de Teatro, gracias al maestro Arturo Meseguer, entonces director de Difusión Cultural de la Universidad Veracruzana.

También la hemos puesto en otros lugares. En Orizaba, además de los lugares donde estuvo al principio, también fue exhibida en la Universidad del Golfo de México-Norte y en la Policía Municipal-C5. En Ciudad Mendoza estuvo exhibida en la Universidad del Golfo de México-Centro y en la Casa de San Rafael Guízar y Valencia. Y en el Puerto de Veracruz, en la Casa Múcara. Cuando se han hecho conversatorios en universidades estatales y nacionales, llevamos como muestra algunas piezas. Próximamente la llevaremos a Yucatán, y ya ha sido solicitada fuera del país.

No he publicado las fotografías en los medios y ya registré los derechos de autor, porque no quiero una sorpresa pues, con tal de molestar, pueden hacer algo.

Gracias a Dios no he recibido ninguna amenaza. Sí hay comentarios en plataformas digitales, críticas a la exposición, pero nada más. Estoy consciente de que algo puede pasar, claro. Por eso le dije a mi mamá:

—Te voy a decir algo. Y no te lo digo porque presienta nada o porque me haya pasado algo. Te lo voy a decir porque me voy a sentir más tranquilo. Si a mí me llegara a pasar algo con esto que estoy haciendo, quiero que estés tranquila, porque estoy haciendo algo que me gusta, algo que me ha ayudado profesionalmente y lo estoy haciendo por una causa. Esto no es nada más para mí o para nuestra familia: no solo estoy ayudando a que la sociedad vea el caso de Miguel, sino que también estoy ayudando a las 26 mamás que están en este proyecto. Incluso a otras mamás que sufren por este motivo, porque la gente siente el impacto de una fotografía y, si un día llegan a saber de una persona que está pasando por esa situación, van a entender mejor el grado de sufrimiento que tiene una mamá.

Estoy consciente de lo que puede llegar a pasar, nosotros lo vemos a diario. Saliendo de la casa, saliendo del trabajo, estando en el trabajo. Pero yo repito todos los días mi oración antes de salir de casa. Soy católico y me

persigno y me voy a hacer mis actividades. Yo sé que no todos tenemos la seguridad de si vamos a volver o no, pero sé que estoy haciendo algo bien. Sé que la exposición no está señalando a nadie, su objetivo es simplemente dar a conocer ante la sociedad el dolor de una mamá, conmover a la gente.

Sí hay días en los que se me mete el miedo, aunque puedo hacer estas cosas porque no tengo una familia, soy soltero. Yo creo que si tuviera un hijo o una esposa, tal vez me costaría un poquito más, porque ya dependería alguien de mí. Claro, mi familia igual depende de mí en algunas cosas, pero el estar soltero ayuda.

Sí me dan nervios. Por ejemplo, el día de la inauguración en la Casa del Lago estaba supernervioso, porque no conozco a la gente de allá y, para acabarla de amolar, cuando íbamos llegando a la galería pasó un muchacho con el *flash* activado, como grabando. Tal vez estaba fingiendo una llamada o sí estaba grabando, no sé. Pero no quise profundizar en eso, porque me iba a bloquear. Como mi mamá se dio cuenta, le dije:

—A lo mejor se le activó sola la grabadora. Vamos a hacer de cuenta que no vimos esto.

Al momento sí da miedo. El 10 de mayo, cuando se inauguró la exposición en Orizaba, hicimos una caminata, de una iglesia a un parque y de ahí a la galería que está a media cuadra. Ese día, cuando desperté, tenía miedo. Ya no quería, como niño chiquito. Pero me calmé. Puse música y dije: “No te puedes echar para atrás, las fotos ya están montadas, ya está todo”. Y no pasó nada.

Siempre soñé con tener una exposición fotográfica, pero no sabía de qué. Nunca vi una exposición con un tema tan fuerte como es el de los desaparecidos. Ahorita se está cumpliendo un sueño. Porque, al final de cuentas, es un sueño, algo que siempre quise hacer: tener una exposición y que esté ayudando a gente, sin fines de lucro. Pero sí es costoso en términos económicos y emocionales.

Esperemos que no sea el último proyecto.

“... si se puede ayudar en la difusión a través
del video, pues adelante. Es lo que yo sé hacer,
lo que me gusta hacer”

*Victor Hugo Guzmán
Centro de Derechos Humanos
Toaltepeyolo, A. C.*

SOMOS UN CENTRO DE DERECHOS HUMANOS, una asociación civil, que nos constituimos a finales de 2009 y comenzamos a trabajar en 2010, con personas de algunas comunidades de la Sierra de Zongolica, de comunidades indígenas nahuas del Valle de Tuxpango, Ixhuatlancillo, en cuestiones relacionadas con tierra y territorio, acceso a la salud, acceso a la educación. Comenzamos haciendo talleres de introducción a los Derechos Humanos con grupos de mujeres. Nos vinculamos también con la Universidad Veracruzana Intercultural, y, a partir de ahí, con alumnas y alumnos de comunidades de la Sierra de Zongolica.

Ellos nos invitaban a conocer la problemática relacionada con Derechos Humanos. Entonces íbamos, platicábamos con las personas y les decíamos en qué podíamos nosotros apoyar y, si estaban de acuerdo, comenzábamos a trabajar.

Actualmente estamos trabajando en Ixhuatlancillo, donde hay un problema importante de drogadicción con solventes. Hay una enorme cantidad de suicidios entre personas jóvenes, niños, niñas. ¡Terrible! En las tardes, en cada esquina hay un grupo de chavitos con solventes, que es lo más económico. Hay gente que les vende la bolsita con estopas ya remojadas a cinco pesos. Y la policía a dos cuerdas. ¿Dónde chingados están?

Nosotros estamos trabajando con un grupo de jóvenes, chicos y chicas, de secundaria y de bachillerato, como promotores de comunicación en video. Desde el 2017 tenemos un proyecto sobre el patrimonio cultural de Ixhuatlancillo a través de la pintura, la fotografía y el video. Había dos chicos de secundaria que jamás se habían sentado frente a una computadora. Eso sigue pasando a 10 kilómetros de una ciudad, pero con el programa de edición, en dos horas ya estaban editando. ¡Con una facilidad y una creatividad! Lo mismo pasó con el uso de la cámara y de la pintura: una sensibilidad increíble. Estamos muy contentos con eso.

Nos fuimos acercando a trabajar más con el Colectivo por la situación de violencia en el estado. Esa fue la razón más importante para vincularnos y colaborar con ellas.

Nosotros sabíamos de la existencia del Colectivo más o menos desde finales del 2014 o principios del 2015. El 10 de mayo del 2015 hicieron la marcha que siempre realizan para conmemorar el día de la madre y visibilizar que ellas no tienen nada que festejar en esa fecha. Fue la primera vez que las vimos.

Cuando nos enteramos un poco más de qué era el Colectivo, qué era lo que están haciendo, nos presentamos. En 2016, busqué a Aracely, pues sabía que ella era la coordinadora del Colectivo y le dije:

—Somos un centro de Derechos Humanos, podemos hacer tales cosas para apoyarles.

Eran cuestiones muy puntuales: quizá apoyarles en la documentación de las actividades que realizaban en esa época, pero también teníamos la idea de hacer un proyecto de video documental. En nuestro Centro, una parte importante de nuestro trabajo es la visibilización de algunos derechos vulnerados, a través del video. Por eso le ofrecimos esa opción. Platicamos también de otras ideas que ellas tenían, como hacer algunos murales, fotografías, ya desde aquel entonces.

—Pues conocemos también a algunas personas que hacen grafiti, que pueden apoyar con los murales de los rostros.

Nos pusimos de acuerdo y quedamos de grabar en julio-agosto de 2016. Hablamos de cómo iba a ser, qué queríamos de ese documental, y ya nos vimos en la cafetería que tenemos como Centro. Allí grabamos los testimonios de algunas de ellas, de las mamás y de un papá. A partir de ese momento, la colaboración fue siendo más estrecha, de mayor confianza. Nos

invitaban a las actividades que tenían, les apoyábamos con cosas ya no tan puntuales y empezó a crecer la relación, no solamente con Aracely, sino con varias mamás en el Colectivo.

Por ejemplo, si tenían que realizar algún trámite o la redacción, la impresión de algún documento, venían y nosotros les apoyábamos. Algunas veces a una de ellas la acompañábamos a entregar el documento, al DIF o a la Fiscalía. También nos invitaron a documentar con video y fotografía cuando iban a realizar acciones de búsqueda en campo, en fosas clandestinas. Había que registrar cuando llegan al punto qué es lo que hacen, porque en un inicio no iban autoridades, iban ellas solas, con todo el riesgo que eso implicaba.

Después ya hacían la diligencia con autoridades. Todavía a la fecha, alguna fiscal o algún fiscal, policía ministerial y de servicios periciales son quienes han estado haciendo ese trabajo y eso ha dificultado un poco la labor de documentación, porque de repente dicen: “Ya, no más fotos”, y ya no se puede documentar y no sabemos si ellos lo realicen bien.

Las compañeras ya tienen muchísima experiencia en la búsqueda de fosas clandestinas. Algunas tomaron cursos de antropología forense, ya son las expertas peritas forenses para la búsqueda en campo. Saben más que las personas de servicios periciales. Ha habido ocasiones en que los de servicios periciales les han pedido su herramienta para trabajar: palas, picos, varillas... Eso habla de las deficiencias que hay, hasta en el material que tienen para trabajar aquí.

No hemos sufrido amenazas desde que estamos en el Colectivo. Espero que no ocurra. Cuando trabajábamos cuestiones de tierra y territorio, sí. Construyeron una hidroeléctrica en la Sierra de Zongolica y nosotros estábamos en las comunidades de la zona que ha sido afectada por la presa; compartíamos información, que era pública, pero que no les habían dado a ellos ni la empresa ni el personal de los municipios. La Sierra de Zongolica tiene una particularidad: todavía hay un control político muy fuerte por parte del PRI. Al menos en esa época, hace tres años, era bastante notorio aún. Ese control incluye mucha vigilancia, hay personas viendo quién va y qué hacen y qué dicen. Hubo ciertas amenazas, de un grupo de por allá que es parte de ese aparato de control.

Nosotros íbamos y, para poder reunirnos con una cantidad grande de gente, nos prestaban una escuela o a veces algunos párrocos facilitaban un

espacio de la iglesia. Y esos grupos sacaban comunicados como: “Grupos extraños de quién sabe qué ideología vienen a medianoche a reunirse a la iglesia”. Muy melodramático, pero con cierta nota de amenaza. Afortunadamente en eso se quedó, no hubo algún incidente que nos pusiera en riesgo.

Y ya ahora, con el acompañamiento y colaboración con el Colectivo, hacemos acciones de bajo perfil, aunque acompañar una búsqueda en fosa no es tan bajo perfil, pero bueno.

En el Colectivo Toaltepeyolo somos cinco actualmente: cuatro compañeras y yo. Hay una abogada, dos psicólogas y una socióloga. Comenzamos un proyecto de apoyo al estado de derecho financiado por la Agencia de Cooperación Alemana. Ya tienen varios años en México y en colaboración con el gobierno mexicano. Hace un par de años empezaron a trabajar con organizaciones de la sociedad civil, porque dicen que no veían los impactos cuando daban capacitación a funcionarios de la PGR: venían, capacitaban y, al regresar, seis meses después, no veían ningún impacto.

Por eso decidieron colaborar con organizaciones de la sociedad civil. Eligieron Jalisco, Veracruz y Tamaulipas. Nosotros estamos trabajando algunos proyectos relacionados con el programa que ellos vienen a cumplir. Uno de los proyectos está relacionado con la reparación integral.

La idea es completar las acciones jurídicas necesarias para llevar un caso a la CEAV, al llamado Comité Interdisciplinario Evaluador. Ese comité es el que decide si hay reparación o no hay reparación del daño o qué es lo que se repara. Y las vías para lograr esto son dos: a través de una recomendación de un organismo de Derechos Humanos o de una sentencia.

Llegar a una sentencia está muy complicado, porque las investigaciones están muy rezagadas. Hubo cosas que no se hicieron desde hace cuatro, cinco años y que ahora no se pueden hacer. Hay investigaciones viciadas o cambios constantes de fiscales. Por eso no hay avances en las investigación.

Por ello optamos por la vía de los Derechos Humanos. Hay una compañera que tiene una recomendación y esa es la punta de lanza. Es un proyecto piloto y ahí integramos a otras compañeras. Pensamos que, si sale bien, retomaremos las cosas que tuvieron éxito, hacerlo con un mayor número de integrantes del Colectivo.

Hay una compañera que ya tiene su recomendación desde abril de 2018 y estamos con todas las baterías enfocadas a ese caso; sin desatender, claro, los demás casos que entraron en este grupo piloto. Ha sido muy desgastante,

porque este proceso requiere mucha incidencia con autoridades, cosa que nosotros no hacíamos. Nuestro trabajo era acompañar acciones de las comunidades o acciones del Colectivo, no hacer incidencia con autoridades.

Pero las circunstancias económicas de las personas que colaboramos en el Centro requerían de algún financiamiento para poder hacer el trabajo porque, si no, nos tendríamos que dedicar a otra cosa y el trabajo del Centro se vería reducido, si no le podemos dedicar más tiempo. Gracias a ese proyecto han salido cosas muy interesantes: se han movido las investigaciones. Porque todas las personas del grupo que está en el proyecto ya habían abierto una queja en la Comisión Estatal de Derechos Humanos, que estaban archivadas desde la administración anterior.

En esas quejas se reconocía que sí había habido una violación a los Derechos Humanos pero, como la Fiscalía ya no estaba investigando, ellos tampoco. ¡Algo absurdo! Así que este trabajo sirvió para reactivar las quejas, que se empezaran a mover las cosas. Y la Comisión Estatal de Derechos Humanos posterior trabajó mucho mejor que las anteriores. Tuvimos una buena relación con Namiko Matsumoto –la titular– y con el personal a su cargo.

Nosotros, en junio de 2018, planteamos un trabajo de colaboración con la Comisión. Por la cercanía podíamos hacer cosas para que ellos no se trasladaran hasta acá o que las compañeras fueran allá. Cosas como hacer alguna entrevista con los lineamientos que tiene la Comisión Estatal, apoyarles para hacer valoraciones psicosociales con las compañeras psicólogas, de tal manera que pudieran robustecer la posible recomendación que la Comisión pudiera emitir.

Sí hay impactos psicosociales y hay que determinar cuáles son esos impactos, cuáles son derivados del hecho victimizante, como le llaman a la desaparición de su familiar, y, a partir de eso, qué es lo que puede recomendar la Comisión con base en esos impactos negativos que han tenido las familias.

Las dos compañeras psicólogas son las que están acompañándonos en estas tareas, pues este proyecto implica que las familias, las mamás, cuenten de nuevo qué es lo que sucedió. Entonces lo tratamos de hacer de manera que no sea revictimizante para ellas. Aun así, se mueven cosas. Ese acompañamiento no es como esas clásicas sesiones de terapia con psicólogo, de terapia clínica, sino más bien se trata de compartirles herramientas para que ellas puedan afrontar de mejor manera los impactos que están recibiendo o

que se están creando y puedan seguir con sus labores de búsqueda. Ese es el objetivo de este acompañamiento psicosocial.

Las compañeras han comentado que están contentas con esa parte del proyecto, les ha servido. Por eso para nosotros es importante y satisfactorio. Hay un montón de cosas por hacer, se necesita mucho tiempo, se necesitan más personas que puedan colaborar, pero es lo que tenemos, es lo que podemos ofrecerles. Y creo que ha salido bien. Hay cosas que no han salido tan bien, pero creo que la balanza se va un poco más a lo que ha salido bien.

Para realizar todo esto, nosotros también hemos buscado acompañamiento psicosocial. Hay una asociación civil que se llama Aluna Acompañamiento Psicosocial. El nombre está basado en un mito de un pueblo indígena colombiano. La directora, Clemencia Correa, es de Colombia, y ella hizo mucho trabajo durante la dictadura de Pinochet. Tuvo que salir a México exiliada y ha hecho mucho trabajo psicosocial con personas y organizaciones aquí en México. La organización tiene un proyecto de acompañamiento para defensoras y defensores de Derechos Humanos y periodistas que están en situación de riesgo.

Hemos hecho un grupo de apoyo entre nosotros. Para platicarnos qué sentimos, cómo estamos, qué hemos hecho para que todos estos sentimientos que se generan no nos afecten tanto. Con Aluna están las sesiones una vez al mes. Nos vamos a donde podamos estar sin distracciones.

El proyecto pretende fortalecer capacidades o habilidades referentes al trabajo que la institución, el Centro de Derechos Humanos o los periodistas realizan, y también se ocupan de fortalecer los trabajos que hacemos con las compañeras, de brindar herramientas para que se puedan afrontar los impactos negativos, de tal manera que puedan seguir haciendo el trabajo que hacen, estar lo mejor que puedan, psico-emocionalmente. También proporcionan herramientas de seguridad, de autocuidado, porque a veces uno está en la chamba y está tan apasionado, tan metido, que comes una vez al día, por ejemplo. Esas técnicas de autocuidado deberían de ser básicas.

También apoyan con protocolos de seguridad de la organización: qué hacer, cómo tener respuestas rápidas, efectivas, frente a alguna situación que se pueda presentar. Ese es el trabajo que ellos realizan con varias organizaciones en el país y con periodistas que viven esta situación. Su trabajo es muy necesario, bien interesante. Lo hacen con una metodología de atención psicosocial que han ido construyendo con base en las experiencias de

las dictaduras en Sudamérica y las guerras en Centroamérica: El Salvador, Guatemala, Honduras. Una de sus bases es la psicología de la liberación y de ahí retoman varios elementos para ir construyendo esta metodología de atención.

Grabamos el video en 2016. Habíamos pensado que para diciembre de ese año o enero-febrero de 2017 podía estar terminado un documental de 45 minutos o una hora. En agosto nos dijo Aracely que iba a ir a Nueva York, a la ONU, y que se quería llevar algo, así que nos pusimos en friega a trabajar duro, a hacer transcripciones de los testimonios, a localizar las partes que nosotros queríamos poner, a sincronizar audio, video. Usamos tres cámaras y teníamos que sincronizarlas con los audios. Trabajamos tres hermanos ahí: las primeras secuencias, el primer corte, otro de mis hermanos hizo la edición y parte de la posproducción de un corto de 17 minutos que salió para que se lo llevara Aracely. Se llama *A mí no me va a pasar*. Está en YouTube, en el sitio de Aristegui Noticias; lo subieron desde ahí. Está también en Vimeo, en el canal de En la Línea, que es el nombre de la productora.

Esos dos meses fueron de mucho trabajo para poder hacer el corto. Creo que quedó bien. Son puras tomas cerradas, muy, muy cerradas, donde se ve un rostro, la boca, o un ojo, los dos ojos, las manos; por eso es muy impactante, porque te permite meterte a la gesticulación que realiza la persona y escuchas lo que está diciendo. Resulta muy impactante. Y el proceso de hacer el video más largo se quedó en *stand by*. En 2018 se estaba terminando de hacer el primer corte; va como una hora y media.

Son los mismos testimonios porque la situación no ha cambiado. Lo que se dice en relación con las autoridades de hace años, desafortunadamente es lo mismo. Sigue habiendo desapariciones. Los cambios de gobierno que pudieron haber dado cierta esperanza, con el paso del tiempo se ve que las cosas no cambiaron. Sigue habiendo retrasos en las investigaciones, omisiones e indolencia de parte de las autoridades. La impunidad sigue permeando. Si bien el gobierno de Miguel Ángel Yunes ha detenido a funcionarios involucrados con la desaparición, no atacó las causas de la desaparición. Y lo más importante es que no aparecieron los desaparecidos.

Es responsabilidad del gobierno corregir, atender esa situación. El trato en las instituciones cambió un poco también, hubo un poco más de sensibilidad por parte de algunos funcionarios y funcionarias, pero la estructura siguió siendo la misma. Así, llegaba un momento donde se atoraba todo y no

pasaba nada. Hubo acciones bastante mal intencionadas de algunos funcionarios, para dar “mejoralitos” y ya. De fondo no se soluciona nada y esos mejoralitos siembran esperanza en el actuar de las autoridades pero, a fin de cuentas, la gente se termina topando con la pared.

Eso sigue siendo muy complicado. Con el cambio de gobierno de la 4T se renovó la esperanza de gran parte de la sociedad. Pero, mientras siga habiendo la impunidad que existe, van a seguir pasando las cosas: delitos y violaciones a los derechos humanos. Es necesario que el nuevo gobierno rompa con la impunidad porque, si no, los mismos grupos se van a quedar incrustados en las instituciones. Puede llegar gente nueva, pero esa gente se va a adaptar a como se trabaja y van a reproducir los vicios que hay actualmente.

Yo estudié Comunicación Social en la UAM-Xochimilco, en la Ciudad de México. Comencé a hacer videoreportajes, por ahí en 2007, con una revista que se llama *Contralínea*. Cuando decidieron tener un canal de televisión por internet, mi hermano y yo estuvimos trabajando en los primeros reportajes en video. En 2009 se terminó la relación laboral, porque les quitaron la publicidad; entonces, sin publicidad, pues...

Seguí haciendo trabajo audiovisual, y mi compañera y yo nos venimos a Orizaba en 2010. Ahí empezamos con el Centro de Derechos Humanos. Hicimos algunos videos documentales de los casos que acompañamos, para apoyar en la difusión de la problemática. Queríamos que se viera lo que las personas dicen, que se escuchara, porque es bien complicado. Hay muchas problemáticas que no conocemos y, si se puede ayudar en la difusión a través del video, pues adelante. Es lo que yo sé hacer, lo que me gusta hacer.

El Centro de Derechos Humanos Toaltepeyolo forma parte de la Red Nacional Todos los Derechos para Todos y Todas, que es una red que agrupa a 85 organizaciones de derechos humanos en todo el país. Esa red también tiene sus canales de difusión para los trabajos que realizan las organizaciones que pertenecen a ella, por eso es una plataforma importante para que se den a conocer los problemas más allá del ámbito local. También tenemos relación con algunas organizaciones internacionales, que nos ayudan en la difusión. Además de la red que hay con amigos, amigas, colaboradores, que con el paso del tiempo se ha ido fortaleciendo.

La idea de la cafetería Cafenatlan es también un proyecto del Centro de Derechos Humanos. Iniciamos porque varios compañeros de las comunidades de la Sierra de Zongolica producen café. En los 70-80, 80-90 hubo

un *boom* cafetalero e Inmecafé compraba todo. Había muchísimos apoyos. Esto favoreció mucho la producción de café en la región; pero, de repente, ¡pum! Se acabó.

El café se sigue produciendo mucho en el país, en la región, y la gente venía a venderlo aquí a Orizaba y se los compraban baratísimo. Nos organizamos y vimos que podíamos poner una cafetería. Cuando estudié, trabajé muchos años en una cafetería, y aprendí bien. Después allá en México se volvió negocio familiar, y dije:

—Yo sé hacer esto, sé cómo funciona, sé qué se necesita. Si nos organizamos, lo hacemos.

Y lo hicimos. Este es el tercer lugar en el que estamos. Yo espero que aquí nos quedemos por mucho tiempo. Iniciamos vendiendo el café que dos familias extensas producen. Lo pagamos al precio más justo posible, que convenga tanto a ellos que producen como a la cafetería. Luego lo tostamos y lo vendemos.

La idea es vender productos de la región, aunque eso se ha vuelto más difícil, la verdad. Comprábamos jitomate con unas señoras que dejaron de producirlo porque se la ven muy difícil, y así se ha ido complicando. No tenemos fines de lucro: queremos pagarles su salario a las compañeras que trabajan aquí y, si hay alguna ganancia, que sea para el Centro de Derechos Humanos, que sirva para las copias, para el material de papelería, para algunos traslados de las compañeras que aquí trabajan. Queremos no depender de externos, sino que el asunto sea autogestivo. La ganancia es muy poca y se va en mantener la cafetería: sale para pagar la renta, la luz, el teléfono, que ya es un aliviane.

También queremos que no sea solamente una cafetería: queremos que pueda haber apoyo para el Colectivo de Desaparecidos, que se puedan hacer proyecciones de documentales o de ficción. Por ejemplo, vinieron del Festival Ambulante a proyectar aquí también.

Es bien importante visibilizar por todos los medios la problemática de los desaparecidos en Veracruz, porque en el estado aún hay personas que viven en una burbuja, en la negación, pensando que no pasa nada, que todos son chismes y mentiras; o que, si hay desaparecidos, es “porque se lo buscaron”. Lo que abone a una visibilización de la problemática, a que la gente tome conciencia de cómo estamos viviendo, es importante.

“En ellas vi el valor que tienen al realizar
este tipo de trabajo, que me pareció
algo admirable en una mujer”

Aldo Daniel Hernández, Fise

NACÍ EN MICHOACÁN, PERO MI FAMILIA ES DE AQUÍ y toda mi vida la he vivido aquí, en Rafael Delgado, muy cerca de Orizaba. Mi mamá habla muy bien el náhuatl y mi abuelita. Yo nada más le entiendo un poco, pues mi mamá nunca nos enseñó, y lo poco que sé es por mis amigos, pues la mayoría habla la lengua. Mi abuelita es de un pueblo de la sierra que se llama Zozocolco y en toda la región se habla el náhuatl. Mi abuelito, en paz descanse, también lo hablaba muy bien. Mi papá lo entiende, pero no lo habla al cien por ciento. Tengo tías allá en Rafael Delgado que usan la vestimenta todavía, el traje típico, y hablan el náhuatl perfectamente.

Por todo eso decidí trabajar cuestiones de revalorización de la identidad en los murales. Todo comenzó porque en la primaria me hacían *bullying* porque yo era de una zona indígena; me decían de muchas formas, me hacían llorar. En ese entonces no comprendía por qué, pero después ya no me importó. Me da orgullo ser de una zona nahua y eso me motivó a seguir reflejando los rasgos indígenas en un mural.

Yo trabajé haciendo de todo. Por la necesidad, trabajé en el campo con mi abuelo, sembrando maíz, azucena, gladiola. Trabajé de albañil, de mecánico, de carpintero. Con mi papá, que era balconero; él me ponía a pintar y a mí me chocaba pintar las puertas porque siempre terminaba manchado. Una vez me acuerdo que me puse a llorar porque no se me quitaba la pintura, estaba yo bien chamaco. Nunca me gustó su trabajo.

A pesar de que trabajaba en otros lados, siempre dibujaba, desde que tengo uso de razón. Pero, como siempre, a la gente no la tienes conforme con nada: si haces esto ¿por qué lo haces?, si no lo haces ¿por qué no lo haces? Siempre me criticaron de que andaba pintando las paredes. Desde muy chico siempre he pintado, pero, cuando entré a la secundaria, la época de la rebeldía, pertenecí a una pandilla. Antes el grafiti era más como de pandillas, andar poniendo que el barrio de aquí, que el barrio de allá.

Peleábamos por tonterías, porque éramos de un barrio y ellos de aquí del otro; dizque no nos llevábamos. Después comprendí que era una tonte-ría andar peleando por eso. Cuando yo me empecé a involucrar mucho en el grafiti, se formaban grupos de puro grafitero nada más, que les llamaban *crew* –un grupo– y le ponían un nombre.

Cuando tenía yo como 19 años, me quise ir a Estados Unidos “por un mejor futuro”. Uno de mis primos estaba allá. Como yo no tenía hermanos varones y él era el único con el que convivía y era un poquito más grande que yo, cuando se fue, pues sí sentí feo.

Yo me quería ir con él pero, por el hecho de que pintaba grafiti, mi tío le dijo que no me llevara porque lo iba a meter en problemas en Estados Unidos, porque iba a andar rayando paredes. Si me hubiera ido en ese entonces, no estuviera yo aquí dándole a esto y las cosas pasan por algo.

Yo siempre he pertenecido a un *crew*: aquí en Orizaba los conocen como INK, y con ellos empecé a jalar, y ellos me empezaron a mostrar muchas facetas del grafiti que yo desconocía. Empecé a conocer más los materiales, válvulas, tipos de aerosoles. Conocí más grafiti de otros estados, en revistas que desconocía. Me dediqué a pintar grafiti aquí en Orizaba y me alejé mucho de la problemática que mi pueblo siempre ha sufrido: la drogadicción y el pandillerismo. Yo era parte del problema también, porque andaba haciéndoles daño a otras personas.

Luego empecé a conocer más gente al salir de viaje. Fui a pintar a expos de grafiti a otros estados y eso me abrió más puertas. Hubo un *boom* de grafiti de repente, y nos empezaron a contratar para hacer murales por aquí y por allá. Los amigos que se dedican a la gestión cultural empezaron a bajar recursos y, poco a poco, fue creciendo más nuestro grafiti, se fue haciendo más estético. Hacíamos muros en escalas muy grandes. Fue cuando se volvió un trabajo. También he trabajado en los tatuajes pero, más que nada, el mural es lo que he hecho desde un tiempo para acá.

Me empecé a enfocar mucho en lo que hacía, en pintar, en pintar, en pintar, en pintar, hasta que llegué a esto. Siento que para mí fue mejor, pues lo que hice lo trato de remendar con el tiempo. Me siento bien, a gusto de estar haciendo lo que hago.

Así conocí a quien ahora va a ser mi esposa. Conocí a mucha gente, a Hugo en la cafetería, a las señoras, y siempre soy bienvenido donde quiera que voy, pues la gente te trata bien, por una u otra cuestión.

Todo comenzó cuando conocí a doña Aracely, gracias a una amiga que trabaja en el café del Centro de Derechos Humanos Toaltepeyolo, que apoya al Colectivo. Me preguntaron si podía hacer un trabajo para ellas. Querían que dibujara unos rostros. Como yo me dedico a esto del mural, vine a verlos, pero yo no sabía qué era lo que querían hacer, ni siquiera sabía que existía un Colectivo. En el medio en el que yo me desenvuelvo, no sabíamos. Yo pintaba sobre la identidad; pertenezco a un pueblo indígena y por eso hacemos una revalorización de la identidad.

Cuando llegué, le estaban haciendo unas entrevistas a las señoras. Al momento sí me sacó de onda porque vi las cámaras y dije ¿de qué se trata? Yo no las conocía. Entonces llegó doña Aracely y me dijo que me esperara tantito en lo que ellas hacían sus entrevistas, pero yo todavía desconocía del tema. Cuando yo me quedé sentado ahí, escuché los testimonios de algunas señoras y de doña Aracely también y ahí fue cuando me di cuenta de lo que estaba pasando.

Entendí la situación en la que ellas estaban y por lo que venía yo. Pedían mi apoyo y el de algunos amigos. Me preguntaron lo que necesitaba. Entonces yo no sabía cómo iba a cambiar mi perspectiva, la visión de trabajo que tenía. Esto me cambió la vida. Empecé a ver la problemática, lo que en realidad estaba pasando y lo pensé un poco, porque dije: “Me voy a meter en algo que desconozco y que me puede afectar a futuro”. Pero decidí hacerlo porque, de un tiempo para acá, he sido de la idea de que, si no nos ayudamos entre nosotros, ¿quién nos va a ayudar?

Yo también estaba involucrado en muchos movimientos a favor de la identidad, del medio ambiente, de todo eso. Poco a poco con ellas fui conociendo más a fondo sus casos, me fui involucrando más con cada una de las señoras; bueno, con las que más convivía, que eran las que todos los días estaban ahí conmigo en las pintas. Ellas, en lo que yo pintaba, se dedicaban a pedir cooperación en la calle para juntar para más aerosoles, porque yo le

expliqué a doña Aracely que el trabajo que realizo sale caro, por el material que se ocupa: se requieren ciertas cantidades para poder realizar un buen muro.

Cada aerosol sale en alrededor de 50 pesos y, para hacer un muro con tantos rostros como los que hicimos, se han de llevar como unas 20 cajas: cada caja trae 12 aerosoles. Aparte se compran las válvulas: cuestan 10 pesos cada una. Compramos de cien a doscientas válvulas para que tuviéramos material. Además, están los fondos. La pintura también sale cara. Las cubetas de 19 litros salen como en mil y cacho; rodillos, brochas, escaleras... También se requiere la herramienta de trabajo: tiralíneas, flexómetro.

Cuando estuve pintando, vino a apoyarme un amigo del DF, y también el Colectivo cubrió sus gastos de transporte, porque no cobró nada extra.

Ellas vieron cómo le hicieron y buscaron apoyos: se ponían a pedir dinero en la calle y la gente cooperaba. Lo único que yo les pedía era que me hicieran el paro con las comidas y los pasajes, para que me regresara yo a donde estaba, y con eso fue con lo que empezamos a trabajar. Me daban de comer, se iban turnando. Yo tampoco soy especial: como de todo.

Fue algo muy importante en mi vida, porque me llena completamente el apoyar a las personas sin pedir nada a cambio. Yo siento que así debe ser. Además, estaba uno arriesgándose junto con ellas. En ellas vi el valor que tienen al realizar este tipo de trabajo, que me pareció algo admirable en una mujer. Se dice que ellas son el sexo débil pero, al contrario, yo creo que ellas son las que siempre andan peleando, por una u otra cosa. En las familias de ideas muy cerradas nos educaron a ser machistas, a que el hombre debe de mandar y todo eso; por eso reaccionamos mal. Pero ver a las señoras cómo peleaban por algo que aman me enseñó a abrir un poco más mis posibilidades y me motivó a seguir ayudándolas.

Me fui involucrando más con ellas, tanto que ahorita les digo tías. Donde quiera que voy, me preguntan y yo les comento que, para mí, su trabajo es algo admirable y que es para mí un honor haber trabajado con ellas. Además, me sentí muy identificado, porque hubo una parte donde dibujé dos rostros de dos chicos que eran grafiteros igual que yo. Yo no conocía mucho a sus mamás, pero ese día me preguntaron: "Tú que eres grafitero ¿no sabes de él? ¿No lo has visto?" La verdad, yo no los conocía.

A lo mejor ellos trataron de pintar, pero nunca me los llegué a encontrar en la calle o en un evento de grafiti. Yo sentía feo porque ellas tenían una esperanza en que yo, a lo mejor, los llegara a ver, o si me enteraba que

por ahí andaban o algo así. Una de ellas llegó y se puso a llorar junto a mí cuando estaba pintando, pero yo no sabía si llorar o qué decirle, porque no tenía palabras para explicarle lo que estaba pasando. Yo creo que ella me veía pintar y veía a su hijo ahí, se identificaba un poco.

Llegué a conocer a muchas personas, como a Hugo, el de la ONG, y a su esposa, a muchas personas que están apoyando el movimiento de desaparecidos. Para mí es muy importante que lo hagan y que más gente se sume a este proyecto, que apoyen, porque el trabajo que se realiza es caro y las señoras hacen lo posible por mantenerlo y por tener viva la esperanza de encontrar a sus seres queridos: a sus hijos, a sus sobrinos, hermanos, papás.

El tema es muy delicado, por eso mucha gente no se arriesga a apoyarlos, porque piensan que les va a pasar algo; pero, al contrario, esto se está haciendo para que ya no siga pasando y, por eso mismo, es admirable su trabajo.

Ahorita, de hecho, tenemos que pintar más espacios y espero que todo marche bien y pronto empezar a poner otra vez el granito de arena junto con las señoras. En el mural que se hizo, fueron 25 rostros. El plan era pintar como cuarenta y tantos. Pero, por equis razón, por falta de dinero, ya no se concluyó el proyecto de *Miradas en nuestra memoria*. También se requiere de tiempo para estar ahí. Es que es un esfuerzo muy grande, porque también tiene uno que trabajar, y también estar ahí es una responsabilidad. Hay que dividir los tiempos. Como ahorita, yo ya tengo una responsabilidad con ellas, y también ahorita tengo que trabajar de todos modos.

Las primeras bardas que se pintaron fueron aquí en Orizaba, en la parte lateral de la Plaza de Toros La Concordia, por atrás. Ese muro lleva como 14 rostros. De ahí nos pasamos a unas paredes que están aquí atrás del ADO, pero ya las borraron. Duraron ahí un rato, como un año y cachito. Es una escuela y el director nos había dado permiso pero, de repente, un día me avisaron que ya los estaban borrando, que dizque los padres de familia lo habían pedido.

El gobierno municipal les había donado la pintura, pero en esos días hubo un problema entre las autoridades y el Colectivo. Fue cuando los policías se llevaron a Oliver, un periodista que jalaba con el Colectivo. Hubo demandas y todo. Después, a la semana o un poquito más, fue cuando empezaron a borrar esos murales. Se ve que el gobierno tuvo que ver y convencieron a los padres de familia. Lo único que dejaron fue una paloma que

había dibujado de un lado. Los murales del Toreo todavía siguen, porque esa barda es privada, es de un muchacho que apoya al Colectivo.

Ahorita estamos en plan de seguir pintando más. Fuimos a una escuela donde ya nos habían dado permiso y, a la mera hora, nos mandaron a volar. Llegamos con todo el material y salió la directora a decir que no iba a dar permiso porque el que nos había dado permiso era el turno de la tarde y que ella era de la mañana y que no sabía. Ahí fue cuando se paró el proyecto y ya no pintamos.

Yo viajo mucho por cuestiones de trabajo, por los murales, y no coincidíamos. Hace poco fui a decorarles sus oficinas. También, en una ocasión que fuimos a pintar a la Ciudad de México, cuando hubo una marcha de colectivos. Ahí pinté el rostro de un muchacho desaparecido; yo no lo conocía, pero me lo dieron a pintar y lo pinté.

He pasado muchas cosas junto con las señoras, tanto que ya se volvieron parte de una familia. En eso se van convirtiendo quienes luchan juntos. Su movimiento es muy importante, pues lo están haciendo por todos, no nada más por sus hijos. Yo he escuchado muchos comentarios sobre ellas: gente que dice que están locas, que sus hijos estaban metidos en algo. Pero no se trata de criminalizarlos, son personas y no están. Para ellas es un dolor terrible. Yo no lo puedo entender, porque no he pasado por algo así. Pero las veo.

En una ocasión yo llegué del DF y nos pusimos a pintar. Llegó una de las señoras del Colectivo y yo la vi rara, como mareada, y le pregunté qué le había pasado, le pregunté si sentía bien. Me dijo que sí y se puso a pintar, a fondear la barda.

Otra de las señoras me dijo:

—Lo que pasa es que ayer fuimos a reconocimiento y vieron unas fotografías de varias personas en estados feos y había una que tenía un tatuaje. Ella pensó que era su hijo, porque él tenía un tatuaje parecido. Ya se imagina la impresión. La señora se puso mal y la tuvieron que hospitalizar, pero ella tenía el compromiso de venir. A ella le tocaba estar en las bardas y vino.

Y sí, toda dopada, ahí estaba. Me sorprendió mucho verla así. No le importaba su estado, lo que ella quería es estar apoyando, porque ese era su trabajo. Hubo muchas situaciones como esas. Otra señora ya grande estaba pidiendo cooperaciones en la calle y se cayó pero, aun así, siguió. Es algo

sorprendente y admirable, porque ya no están haciéndolo por ellas, sino que están peleando por una causa, que para mí es bien importante: la seguridad de las familias, para que otros no pasen por esta situación.

Hasta ahorita nunca recibí ninguna amenaza. Al principio tuve un poco de delirio de persecución, porque no comprendía todavía. Siempre tuve precaución en esas cuestiones: no me movía por el mismo lugar, agarraba diferentes camiones, a veces me venía hasta el centro y me movía caminando o a veces agarraba un camión que me daba toda la vuelta...

Yo vivo en una esquina, y la ventana del cuarto da a la calle, y a veces no podía dormir porque escuchaba que un carro se paraba de repente a la una o dos de la mañana, y me asomaba por la ventana, despacio. Llegué a tener la tonta idea de comprarme un arma y, en mi viaje personal, decía: "Sí, me van a llevar, pero no me iban a llevar vivo, así, sacándome de mi casa con mi familia o a mi familia". No llegué a concretar la idea por miedo. Hubo un amigo que me apoyaba mucho, que le dicen *el Ardilla*. Ese canijo siempre estuvo conmigo ahí; hasta se fue a vivir a mi casa un rato y me dijo: "Si te van a llevar, me van a llevar junto a ti". Y estaba ahí conmigo en la casa, y venía a ayudarme. Él no sabe dibujar, pero me ayudaba a fondear.

Eso me dio fuerza para ya no estar pensando y dije: "Bueno, pues lo que tenga que pasar va a pasar y, si me llega a pasar algo, yo me voy con la cabeza en alto, porque no estoy haciendo nada malo, al contrario". Eso me motivaba, además de la gente con la que convivía. Yo veía a las señoras y me decía que si ellas están más expuestas y están enfrentando todo, yo también puedo. Lo único que no me gustaría es que se metieran con mi familia. Ya el destino va a decir lo demás.

Yo jalo con un colectivo a nivel nacional. Se llama X Familia, y ellos saben lo que estamos haciendo. Ellos hacen su labor en su estado. Somos 13 jóvenes de ocho estados de la república y un francés. Hacemos muros de protesta. El último está en Tlatelolco, en el edificio Veracruz, un edificio de 21 pisos. En una parte se habló sobre el mestizaje en México y del otro lado se habló sobre el 2 de octubre.

Siempre hemos trabajado murales que tengan algo que decir y cada uno en su estado defiende lo suyo. Les platiqué de esto y me dijeron que, si había posibilidades de ayudar, también ellos podrían venir. Hay mucha flota de varios estados que se dedica a apoyar. El problema es el dinero, porque se tienen que pagar transportes. Hay unos que vienen de San Luis Potosí,

de Zacatecas... Y ellos nada más piden los viáticos y el material de trabajo, que sí es caro.

Lo mío son los murales de protesta, así llegué a estar ahorita con ellos. Y estoy dispuesto a lo que venga. Nada más es cuestión de organizarnos bien con el Colectivo y empezar a pintar otra vez.

Nigan Tonogue. Aquí estamos¹

Nigan Tonogue. Aquí estamos,
somos las herederas de quienes
desde los tiempos antiguos,
desde antes del conquistador,
caminábamos sobre las aguas de la luna
y ordenábamos en el telar los hilos del destino.

Nigan Tonogue. Aquí estamos.
Nos derrumban y nos ponemos de pie
buscando huesos-árboles que dan frutos amargos.
Gritamos en las plazas, lloramos en las noches
para que nadie escuche.
Esperamos en la oscuridad
por si acaso al que se llevaron hace años
logra regresar y no encuentra la llave.

Nigan Tonogue. Aquí estamos.
Pintamos bardas, pedimos dinero a los transeúntes,
pegamos anuncios de “se busca” que ellos quitan.
Nos desesperamos. Nos decepcionamos.
La enésima vez que el gobierno pierde el expediente.
Nos tiramos a morir. Y alguien viene a levantarnos,
a sacarnos a la calle otra vez.

Aquí estamos, amiga. Compartiendo la esperanza.
Aquí vamos a estar. Hasta encontrarlos.

Celia del Palacio

¹ Publicado originalmente en la antología bilingüe *Resistir*, París: PEN Club Internacional, 2019, coordinada por Rocío Durán-Barba.



I. Aracely Salcedo, madre de Fernanda Rubí Salcedo Jiménez, desaparecida el 7 de septiembre de 2012.



II. Guadalupe Rodríguez, madre de Alain Emilio Cortés Rodríguez, desaparecido el 31 de marzo de 2011.



III. María del Carmen Conde, madre de Ángel Josué Avelino Conde, desaparecido el 31 de julio de 2011.



IV. Norma Muñoz, fallecida el 18 de abril de 2016, madre de Miguel Ángel García Muñoz, desaparecido el 27 de agosto de 2012.



IV.1 María Elena Miriam Muñoz Flores, tía de Miguel Ángel García Muñoz, desaparecido el 27 de agosto de 2012.



V. Ana Lilia Jiménez, madre de Yael Zuriel Monterrosa Jiménez, desaparecido el 1 de septiembre de 2012.



VI. María Eugenia Molina, madre de Pedro Iván Ramos Molina, desaparecido el 3 de septiembre de 2012.



VII. Laura Mora Castro, madre de Marco Julio Gómez Mora, desaparecido el 14 de octubre de 2012.



VIII. Alejandra Pérez Rosas, madre de Yair Déctor Pérez, desaparecido el 25 de febrero de 2013.



IX. Sara Hubert, abuela de Ramón Antonio Ponce Hubert, desaparecido el 3 de septiembre de 2013.



X. Margarita Morales, madre de Filiberto Márquez Morales, desaparecido el 14 de octubre de 2013.



XI. Laura Hernández, madre de Christian Orlando Pérez Hernández, desaparecido el 20 de julio de 2014.



XII. Eloisa Campos Castillo, madre de Randy Jesús Mendoza Campos, desaparecido el 2 de agosto de 2014.



XIII. Enriqueeta Aparicio, hermana de José Jaime Aparicio Trujillo, desapareció el 6 de septiembre de 2014.



XIV. Delia María Cadó, pareja de Zito Ángel Zanatta Vidaurri, desaparecido el 18 de octubre de 2014.



XV. Catalina Hernández Enríquez, madre de Hugo Trujillo Hernández, desaparecido el 11 de diciembre de 2015.



XVI. Víctor Manuel Aguilar Vargas, padre de Sayra Anaíd Aguilar Arce, desaparecida el 1 de febrero de 2016.



XVII. Leonor López Castro, madre de Orlando González López, desaparecido el 21 de junio de 2016.



XVIII. María del Carmen Mora Oseguera, madre de Antonio de Jesús Martínez Mora, desaparecido el 19 de enero de 2017



XIX. Patricia Ramos Campos, madre de Brian Atilano Ramos, desaparecido el 10 de febrero de 2017.



XX. Maria Elena Rosete, madre de Kimberly Kristel Jalil Rosete, desaparecida el 29 de noviembre de 2017.



XXI. Mujeres del Colectivo Familias de Desaparecidos Orizaba-Córdoba.



XXII. Antes de pintar.



XXIII. Preparando la barda.



XXIV. La señora Elo pintando.



XXV. Barda de Oriente 8.



XXVI. Barda completa, Oriente 5.



XXVII. Ofrenda.



XXVIII. Sus miradas en nuestra memoria.



XXVIX. Rubí, Aracely y Fise.



XXX. Fernanda Rubí.

Índice

“Porque la lucha por un hijo no termina y una madre nunca olvida...” Los testimonios de las madres del Colectivo Familias de Desaparecidos Orizaba-Córdoba	7
<i>Celia del Palacio</i>	
La búsqueda que dio origen a un colectivo. Fernanda Rubí Salcedo Jiménez. Desapareció el 7 de septiembre de 2012	25
<i>Aracely Salcedo</i>	
“¿Qué tal si me voy y él llega a venir y no me encuentra?” Alain Emilio Cortés Rodríguez. Desapareció el 31 de marzo de 2011	51
<i>Guadalupe Rodríguez</i>	
“¿Por qué desaparecieron a mi hijo si los problemas son conmigo?” Ángel Josué Avelino Conde. Desapareció el 31 de julio de 2011	57
<i>María del Carmen Conde</i>	
“Si no lo buscamos nosotros, ¿entonces quién?” Miguel Ángel García Muñoz. Desapareció el 27 de agosto de 2012	63
<i>María Elena Miriam Muñoz Flores y Melissa García Muñoz</i>	
“Eso y más se hace por un hijo”. Yael Zuriel Monterrosa Jiménez. Desapareció el 1 de septiembre de 2012.	73
<i>Ana Lilia Jiménez</i>	
“Es algo que no se le desea a nadie, ni al peor enemigo”. Pedro Iván Ramos Molina. Desapareció el 3 de septiembre de 2012	91
<i>María Eugenia Molina</i>	
“¿Si me muero y llegan? Ya no voy a estar para ellos”. Marco Julio Gómez Mora. Desapareció el 14 de octubre de 2012	99
<i>Laura Mora Castro</i>	

“Estoy segura de que mi hijo está vivo”. Yair Déctor Pérez. Desapareció el 25 de febrero de 2013.	111
<i>Alejandra Pérez Rosas</i>	
“Nos dieron de a tiro en el alma”. Ramón Antonio Ponce Hubert. Desapareció el 3 de septiembre de 2013	123
<i>Sara Hubert</i>	
“Mire, ma, por ahí estoy. ¡Y hace mucho frío!” Filiberto Márquez Morales. Desapareció el 14 de octubre de 2013	135
<i>Margarita Morales</i>	
“Quien se lo llevó no supo todo el daño que nos hizo a todos, no nada más a él”. Christian Orlando Pérez Hernández. Desapareció el 20 de julio de 2014.	149
<i>Laura Hernández</i>	
“Si yo hubiera sabido que era la última vez que lo iba a ver, lo hubiera abrazado muy fuerte...” Randy Jesús Mendoza Campos. Desapareció el 2 de agosto de 2014	161
<i>Eloísa Campos Castillo</i>	
“Si denuncio le puede pasar algo, lo pueden matar, pensé”. José Jaime Aparicio Trujillo. Desapareció el 6 de septiembre de 2014.	175
<i>Enriqueta Aparicio</i>	
“Estar con él era todo el tiempo reír y reír”. Zito Ángel Zanatta Vidaurre. Desapareció el 18 de octubre de 2014	181
<i>Delia María Cadó</i>	
“Nunca digas: A mí no me va a pasar”. Hugo Trujillo Hernández. Desapareció el 11 de diciembre de 2015	191
<i>Isabel Trujillo Hernández y Catalina Hernández Enríquez</i>	
“La justicia humana no existe, no la espero. Lo único que quiero es encontrar a mi hija”. Sayra Anaíd Aguilar Arce. Desapareció el 1 de febrero de 2016.	199
<i>Víctor Manuel Aguilar Vargas</i>	
“Somos gente de fe y Dios nos ha sostenido”. Orlando González López. Desapareció el 21 de junio de 2016	205
<i>Tayde González López y Leonor López Castro</i>	

“Fue el dolor más grande del mundo”. Antonio de Jesús Martínez Mora. Desapareció el 19 de enero de 2017.	217
<i>María del Carmen Mora Oseguera</i>	
“Lo volví a abrazar, pero yo sentí que era la última vez que lo veía”. Brian Atilano Ramos. Desapareció el 10 de febrero de 2017.	227
<i>Patricia Rachel Ramos Campos</i>	
“Hoy vivimos solo del recuerdo”. Kimberly Kristel Jalil Rosete. Desapareció el 29 de noviembre de 2017.	237
<i>María Elena Rosete</i>	

LOS COLABORADORES

Sensibilizar a la sociedad para que dejen de criminalizar a los desaparecidos y a sus familias.	243
<i>Daniel GM</i>	
“... si se puede ayudar en la difusión a través del video, pues adelante. Es lo que yo sé hacer, lo que me gusta hacer”.	251
<i>Víctor Hugo Guzmán</i>	
“En ellas vi el valor que tienen al realizar este tipo de trabajo, que me pareció algo admirable en una mujer”	261
<i>Aldo Daniel Hernández</i>	
Nigan Tonogue. Aquí estamos.	269
<i>Celia del Palacio</i>	

Siendo rectora de la Universidad Veracruzana
la doctora Sara Ladrón de Guevara,
“Porque la lucha por un hijo no termina...”
Testimonios de las madres del Colectivo Familias de Desaparecidos
Orizaba-Córdoba de Celia del Palacio (editora)
se terminó de imprimir en octubre de 2020
en Lectorum, S. A. de C. V., Belisario Domínguez núm. 17,
loc. B, col. Villa Coyoacán, CP 04000,
Ciudad de México, tel. 55813202.
En la edición, impresa en papel cultural de 90 g
y papel couche mate de 135 g,
se usaron tipos Goudy Old Style de 18:28, 11:14 y 9:11 puntos.